

Jaque al rey
(House of Cards)
Michael Dobbs

ALBA ● CONTEMPORÁNEA



MICHAEL DOBBS

Jaque al rey

Traducción
Patricia Antón

ALBA

Lucy y Andrei

Por Medford, 1971. Por Fiskardon, 1981. Por Villars, 1991. Por todo

PRÓLOGO

Era el día de su ejecución.

Lo guiaron a través del parque, flanqueado por dos compañías de infantería. Había una gran multitud y él había pasado gran parte de la noche preguntándose cómo reaccionaría la gente cuando lo viera. ¿Con lágrimas? ¿Con abucheos? ¿Tratarían de ponerlo a salvo o le escupirían con desprecio? Dependía de quién les hubiese pagado más. Pero no hubo estallido alguno; permanecían en silencio, abatidos, intimidados, todavía incapaces de creer lo que estaba a punto de suceder en su nombre. Una joven lloraba y cayó desmayada cuando pasó ante ella, pero nadie intentó impedir su avance a través del terreno endurecido de escarcha. Los guardias le metían prisa.

En cuestión de minutos llegaron a Whitehall, donde lo alojaron en una pequeña habitación. Acababan de dar las diez de una mañana de enero y esperaba oír en cualquier momento los golpes en la puerta cuando vinieran en su busca. Pero algo los había retrasado; no llegaron hasta casi las dos. Cuatro horas de espera, de demonios que roían su coraje, de sentir que se hacía añicos por dentro. Durante la noche había logrado una serenidad y una sensación de paz interior, casi un estado de gracia, pero con el denso transcurrir de los minutos inesperados, que se convertían en horas, la calma se vio reemplazada por una escalofriante sensación de pánico que se iniciaba en algún lugar de su cerebro y se extendía por todo su cuerpo para verterse en la vejiga y los intestinos. Sus pensamientos se convirtieron en un batiburrillo y de pronto se desvanecieron las palabras tan bien sopesadas, forjadas con tanto mimo para ilustrar la justicia de su causa y poner en tela de juicio la retorcida lógica de sus captores. Hundió las uñas de las manos en las palmas; ya se las apañaría para encontrar las palabras, cuando llegara el momento.

Se abrió la puerta. El capitán que estaba plantado en el oscuro umbral le hizo una breve y sombría inclinación con la cabeza tocada con un casco. No hacían falta palabras. Se lo llevaron y en cuestión de unos segundos se hallaba en el Salón de Banquetes, un lugar muy preciado para él con su techo de Rubens y sus magníficas puertas de roble, pero tuvo dificultades para distinguir los detalles a través de la insólita penumbra. Las ventanas altas se habían tapiado parcialmente durante la guerra con ladrillos y tablones para proporcionar mejores posiciones

defensivas. Solo entraba luz por una de las del fondo, por donde se habían echado abajo la mampostería y las barricadas, y un crudo resplandor gris bordeaba el agujero, como si fuera la entrada a otro mundo. El pasillo que formaba la hilera de soldados conducía directamente hasta él.

Por Dios, qué frío hacía. No había comido nada desde el día anterior, pues rechazó lo que le habían ofrecido, y agradecía la segunda camisa que había pedido, para no echarse a temblar. No sería apropiado que lo vieran. Pensarían que temblaba de miedo.

Subió por dos burdos peldaños de madera e inclinó la cabeza al cruzar el hueco de la ventana hasta una plataforma que habían erigido justo al otro lado. Había media docena más de hombres en aquel cadalso recién construido, mientras que en el perímetro entero se apretujaban miles de personas, de pie, en carruajes, sobre los tejados, asomándose a las ventanas y otros miradores. Sin duda ahora habría alguna clase de reacción, ¿no? Pero cuando salió a la cruda luz y quedó a la vista, la inquietud de la gente se convirtió en inmovilidad bajo el viento gélido y las figuras apiñadas permanecieron silenciosas y hoscas, siempre incrédulas. Aún no podría ser.

Clavados al cadalso donde se hallaba, había cuatro hierros invertidos con forma de U. Si se resistía, lo atarían tendido entre ellos con los brazos y las piernas extendidos; pero solo era un indicio más de cuán poco lo comprendían. No iba a resistirse. Había nacido para un final mejor que ése. Pronunciaría sus breves palabras ante la multitud y con eso bastaría. Rezó para que la debilidad que sentía en las rodillas no lo traicionara; ya había sido víctima de suficientes traiciones. Le tendieron un gorro, en cuyo interior recogió con extremo cuidado su cabello, como si se dispusiera a dar un mero paseo por el parque con su esposa y sus hijos. Debía ofrecer un buen espectáculo. Dejó caer la capa al suelo para que se le viera mejor.

¡Por todos los cielos! El frío penetró en su interior como si la escarcha fuera en busca de su corazón para convertirlo en piedra. Inspiró profundamente el aire cortante para recobrase de la impresión. ¡No debía temblar! Y ahí estaba el capitán de su guardia, ya plantado ante él, con el sudor perlándole la frente a pesar del tiempo que hacía.

—Solo unas palabras, capitán. Pronunciaré unas palabras. —Hurgó en sus

pensamientos en busca de ellas.

El capitán negó con la cabeza.

–Por el amor de Dios, hasta el hombre más humilde del mundo tiene derecho a decir unas pocas palabras.

–Vuestras pocas palabras valdrán más que mi vida, señor.

–Al igual que mis palabras y pensamientos tienen mayor valor para mí que mi vida. Son mis creencias las que me han traído hasta este lugar, capitán. Las compartiré una última vez.

–No puedo permitirlo. De veras que no, lo siento, pero no puedo.

–¿Vais a renegar de mí incluso ahora?

La compostura en su voz se había visto suplantada por el calor de la indignación y una recién llegada oleada de pánico. Todo estaba saliendo mal.

–No está en mis manos. Perdonadme, señor.

El capitán tendió una mano para tocarle el brazo, pero el prisionero dio un paso atrás y le ardieron los ojos de furia.

–Podéis silenciarme, pero jamás me convertiréis en lo que no soy. No soy ningún cobarde, capitán. ¡No necesito vuestro brazo!

El capitán retrocedió, escarmentado.

Había llegado la hora. No habría más palabras, ni más retrasos. Ni sitio alguno donde esconderse. Aquél era el momento en el que tanto ellos como él mismo escudriñarían en su interior y descubrirían la clase de hombre que era. Aspiró otra bocanada de aire desgarrador y la retuvo cuanto pudo mientras contemplaba el cielo. El sacerdote había entonado ya que la muerte era el triunfo definitivo sobre el mal y el dolor mundanos, pero él no encontró inspiración, ni un rayo de sol que le señalara el camino, ni salvación celestial alguna, solo el cielo duro como el acero de un invierno inglés. Se percató de que seguía apretando los puños, con las uñas clavándose en la carne de sus palmas; se obligó a abrir las manos y a bajarlas hasta que quedaran contra los costados de los pantalones. Una plegaria silenciosa. Una respiración más. Entonces se agachó, dándole gracias a Dios de que sus rodillas aún tuvieran fuerzas para guiarlo, y se tendió despacio y con elegancia, como había practicado en su habitación durante la noche, hasta quedar tumbado sobre la áspera plataforma de madera.

Seguía sin llegar sonido alguno de la multitud. Era posible que sus palabras no

les hubieran levantado el ánimo ni inspirado, pero al menos los habrían vindicado. Se sintió lleno de furia cuando comprendió de pronto la abrumadora injusticia que aquello suponía. Ni siquiera le concedían la oportunidad de explicarse. Una vez más, observó con desesperanza los rostros de la gente, hombres y mujeres en cuyo nombre ambos bandos habían librado la guerra y que ahora estaban ahí plantados con miradas inexpresivas, los títeres siempre intransigentes. Y, sin embargo, por zopencos que fuesen todos, era su pueblo, estaba obligado a luchar por su salvación contra quienes burlaran la ley para su propio beneficio. Había perdido la partida, pero la justicia de su causa se conocería al final. Al final. De disfrutar de otra oportunidad, de otra vida, volvería a hacerlo. Era su deber, no tendría elección. Al igual que no la tenía ahora en esa plataforma de madera desnuda, que aún olía a resina y serrín frescos. Y ellos lo comprenderían, ¿verdad? ¿Al final...?

Crujió un tablón junto a su oreja izquierda. Los rostros de la multitud parecieron congelados en el tiempo, como en un vasto mural en el que nadie se moviera. Su vejiga lo traicionaba... ¿era por el frío o de puro terror? ¿Cuánto tiempo más...? Concéntrate, ¿una plegaria quizá? ¡Concéntrate! Clavó la mirada en un niño, de no más de ocho años, vestido con harapos y con un reguero de migas en la barbilla sucia, que había dejado de masticar su pedazo de pan y cuyos inocentes ojos castaños se habían abierto como platos de pura expectación y estaban fijos en un punto por encima de su cabeza. ¡Por Dios, qué frío hacía, más del que había sentido nunca! Y de repente aquellas palabras que tanto se había esforzado en recordar acudieron a él en tropel, como si alguien hubiera descorrido un cerrojo en su alma.

Y en el año de 1649, apresaron a su señor feudal, el rey Carlos Estuardo, defensor de la fe y rey por derecho hereditario de Gran Bretaña e Irlanda, y le cortaron la cabeza.

A primerísima hora de una mañana de invierno, en un dormitorio que daba al jardín de quince hectáreas de un palacio que no había existido cuando Carlos Estuardo pasó a mejor vida, su descendiente despertó sobresaltado. El cuello empapado de la camisa del pijama se le pegaba a la piel y yacía boca abajo sobre una almohada dura como un tajo y manchada de sudor, y sin embargo se sentía tan helado como... Tan helado como la muerte. Creía en el poder de los sueños

y en su capacidad para desentrañar los misterios del yo interior, y tenía la costumbre, al despertar, de escribir todo lo que recordara de ellos en un cuaderno que dejaba para tal propósito junto a la cama. Pero esta vez no lo hizo. No era necesario. Jamás olvidaría el olor de la multitud mezclándose con los de la resina y el serrín, ni el color duro y plomizo del cielo de aquella tarde inundada de escarcha. Ni los ojos inocentes y expectantes de un niño con la barbilla sucia y salpicada de migajas. Ni la terrible desesperanza que sintió cuando no le permitieron hablar, haciendo con ello que su sacrificio no tuviera sentido y su muerte fuera totalmente en vano. Jamás lo olvidaría. No importaba cuánto empeño pusiera en hacerlo.

PRIMERA PARTE

Diciembre: primera semana

No había sido una invitación fortuita, nada de lo que él hacía era fortuito. Había sido una llamada insistente, casi perentoria, de un hombre más habituado a dar órdenes que a andarse con halagos. La esperaba para desayunar y ni se le había pasado por la cabeza que ella pudiera negarse. En especial ese día, en el que tocaba un cambio de primeros ministros: uno saliente y otro entrante, y larga vida a la voluntad popular. Sería un día de ajustes de cuentas y pocos podrían dudar de que, para cuando llegara la noche, él tendría aún más trofeos con los que adornar sus múltiples mansiones. Ella se preguntaba si pretendía convertirla en uno de ellos.

Benjamin Landless en persona abrió la puerta, lo que a ella le pareció extraño. Se trataba de un piso para causar impresión, recargado e impersonal, la clase de piso en el que uno esperaría, si no a un portero, por lo menos a un secretario o un ayudante personal que estuviera a mano para servir el café, para halagar a los invitados al mismo tiempo que se aseguraba de que no salieran corriendo con uno de los cuadros impresionistas que embellecían las paredes. Había un Pissarro, un Monet y por lo menos dos Wilson Steer. Todos parecían exhibidos con ostentación según el capricho de algún diseñador de interiores más que colgados para el placer exigente de un verdadero coleccionista. El propio Landless no era ninguna obra de arte. Tenía una cara ancha, colorada y regordeta que comenzaba a fundirse como una vela sostenida demasiado cerca de una llama. Era enormemente corpulento y tenía las manos ásperas de un labriego, y una reputación a juego. Había construido un imperio con su periódico, el *Telegraph*, a base de echar por tierra tanto huelgas como carreras profesionales; había sido él quien había destrozado la carrera del hombre que, en aquel preciso momento, esperaba para acudir al palacio a renunciar al poder y al prestigio del cargo de primer ministro.

—Señorita Quine. Sally. Estoy muy contento de que haya podido venir. Hace mucho tiempo que quería conocerla.

Ella sabía que era mentira. De haber sido así sin duda lo habría organizado. Había ocurrido algo para que quisiera conocerla ahora, y a solas. Landless la acompañó hasta el salón principal que era el centro del lujoso ático. Las paredes exteriores, de vidrio templado de arriba abajo, ofrecían una vista magnífica de los

edificios del Parlamento en el otro margen del Támesis. Parecía que se hubiera sacrificado media selva tropical para cubrir el suelo con madera de intrincados dibujos. No estaba mal para un chico de los barrios pobres de Bethnal Green, admitía él mismo a veces, pero la descripción era superflua. Donde él había nacido, todo eran barrios pobres.

Con tanta luz, el apartamento parecía suspendido en el aire, como si flotara a medio camino entre la calle y el cielo, observando desde lo alto a políticos y legisladores en el otro margen del río, reduciéndolos a la misma escala y relevancia de los signos de puntuación de uno de sus editoriales. Un efecto que sin duda era intencionado, pensó ella. Era el Olimpo, un nido de águilas que parecía alejarles por completo de la realidad, y Sally no parecía tener ninguna vía de escape. Pero había acudido precisamente por ese motivo, por el reto que suponía conocer a un hombre poderoso cara a cara, por la oportunidad de ponerse a prueba, de demostrar que era tan buena o mejor que cualquiera de ellos, quizá para vencerles en su propio juego y vengarse. La cosa podía acabar en desastre, por supuesto, en un craso intento de halagos, toqueteos y seducción, e incluso coacción, pero era un riesgo que debía correr si quería tener alguna oportunidad de conseguir lo que quería. El riesgo formaba parte de la emoción.

La condujo hacia un enorme sofá de piel ante una mesa de café llena de bandejas con un desayuno caliente. No había indicio alguno del asistente invisible que debía de haber preparado los platos y dispuesto las almidonadas servilletas de lino unos instantes antes. Rehusó comer nada, pero él no se ofendió; se quitó la chaqueta y se enfrascó en su propio plato mientras ella cogía una taza de café y esperaba.

Él se tomó el desayuno sin miramientos; la etiqueta y los modales en la mesa no eran su fuerte. No le dio mucha conversación, pues estaba más concentrado en los huevos que en ella, y la hizo preguntarse si habría decidido que invitarla había sido un error. Ya la estaba haciendo sentir vulnerable. Cuando acabó los huevos, él se limpió la boca con la servilleta y apartó el plato.

—Sally Quine, nacida en Dorchester, Massachusetts. Una chica de treinta y dos años que ya se ha forjado una reputación considerable realizando sondeos de opinión. Y en Boston, además, que no es una ciudad fácil para una mujer entre ese montón de botarates irlandeses.

Ella lo sabía todo al respecto; se había casado con uno. Landless había hecho los deberes; quería que eso quedara claro, y también quería saber qué la hacía sentir que le restregara su pasado por las narices. Bajo unas cejas enormes y enredadas como una cuerda, su mirada se clavó en ella esperando su reacción.

–Es una bonita ciudad, Boston, la conozco bien. Dígame, ¿por qué dejó todo lo que había conseguido allí y vino a Inglaterra para empezar de nuevo, de la nada?

Landless hizo una pausa, pero no obtuvo respuesta.

–Fue por el divorcio, ¿no es así? ¿Y por la muerte del bebé?

La vio apretar los dientes y se preguntó si era el preludio de un estallido de indignación o de la intención de largarse de allí. Pero supo que no habría lágrimas. No era de esas, se le veía en los ojos. No era excesivamente delgada ni estaba demacrada como exigía la moda del momento, su belleza era más clásica, con unas caderas quizá un tanto anchas pero con todas las curvas bien definidas. Su aspecto era immaculado. La piel del rostro se veía tersa, con un cutis más oscuro y brillante que el de porcelana de una inglesa, las facciones talladas con esmero, como salidas del cincel de un escultor. Los labios eran carnosos y expresivos, la barbilla plana y los pómulos altos, el cabello largo y espeso y de un tono negro tan profundo que le pareció que podría ser italiana o judía. Era un rostro repleto de fuerza y pasión, capaz de desafiar al mundo o cautivarlo a su antojo. Sin embargo, su rasgo más excepcional era la nariz, recta y algo larga, con una punta plana que se contraía cuando hablaba y unas ventanas que se dilataban con el énfasis y la emoción. Era la nariz más provocativa y sensual que había visto jamás; no podía evitar imaginársela sobre una almohada. Pero los ojos le molestaban, no pertenecían a aquella cara. Eran almendrados, rasgados, llenos de rojos y verdes otoñales, traslúcidos como los de un gato, y aun así, mientras que la nariz era prominente y casi pública en su emoción, los ojos se escondían tras unas gafas enormes. Se dijo que no chispeaban como deberían hacerlo los ojos de una mujer, como quizá lo habrían hecho antaño. Había en ellos un dejo de desconfianza, como si ocultaran algo, y cuando se concentraba, su boca esbozaba una mueca pícaro pero con un matiz desafiante en las comisuras. Era una mujer que no perdería el control con facilidad, ni estaría dispuesta a entregarse.

Ella miró por la ventana, ignorándolo. Faltaban un par de semanas para Navidad, pero no se palpaba alegría navideña alguna en el ambiente. Era el típico diciembre en Londres, húmedo y deprimente, como si el día no hubiera despuntado del todo. Unas nubes bajas se deslizaban por el cielo, al parecer a pocos metros sobre sus cabezas. Aquel día, en el puente de Waterloo resonarían los golpecitos de las puntas de los paraguas cuando los peatones, arrebujados bajo sus impermeables, intentaran cruzar al otro lado antes de que arreciara la siguiente tormenta. Los vendedores de los puestos callejeros, soltando maldiciones, tratarían de impedir que sus productos navideños acabaran empapados mientras intentaban atraer a los clientes para que salieran del calor de cafeterías y pubs. Se añadirían un par de libras más a la tarifa de cada taxi y al diablo con el cliente que discutiera. El espíritu festivo se vertía en las alcantarillas y, de algún modo, no parecía el día propicio para cambiar a un primer ministro por otro.

Una gaviota arrastrada tierra adentro por las tormentas del mar del Norte dio un bandazo al otro lado de la ventana y sus gritos e insultos atravesaron el doble acristalamiento mientras realizaba repetitivos ataques hacia donde se encontraban ellos, con aparente envidia de su desayuno y batiendo las alas contra la ventana, hasta que finalmente se marchó bamboleándose en el cielo tempestuoso. Sally la observó desvanecerse en las nubes grises.

—No espere que me sienta molesta ni ofendida, señor Landless. El hecho de que tenga suficiente dinero e influencia para hacer sus deberes no me impresiona. Tampoco me halaga. Estoy acostumbrada a que me aborden hombres de negocios de mediana edad. —El insulto era intencionado; quería que supiera que la suya no era una vía de sentido único—. Usted quiere algo de mí. No tengo ni idea de qué es, pero le escucharé. Siempre y cuando se trate de negocios.

Cruzó las piernas despacio y de forma deliberada para que él se diera cuenta. Desde que era niña no había puesto en duda que los hombres encontraban su cuerpo atractivo, y la atención excesiva que le prestaban significaba que nunca había tenido la oportunidad de considerar su sexo algo valioso, solo una herramienta para labrarse un camino a través de un mundo difícil y poco generoso. Había decidido tiempo atrás que si el sexo era la moneda de cambio de

la vida, ella lo convertiría en una ventaja comercial, para abrir unas puertas que de otro modo tendría cerradas. Cuando los magnates de la industria babearan y sintieran una tirantez en los pantalones, ella les plantaría un contrato bajo las narices y les haría firmar. Qué gilipollas podían llegar a ser los hombres. Vio a Landless mirándole los tobillos. De modo que era como los demás, y ella se había vestido para el papel: un jersey negro de cachemir maliciosamente entallado que abrazaba las partes de su cuerpo que no dejaba ver y una falda de Donna Karan salida directamente de la Quinta Avenida y más ajustada y corta que las que se atreverían a llevar la mayoría de las mujeres profesionales, pero no tanto como para que pareciera una fulana. En cualquier caso, tenía las piernas adecuadas. Y llevaba una moderna y carísima chaqueta de algodón de seda de Harvey Nicks que le pendía suelta sobre los hombros. Podía moverse con ella puesta y mostrar o no los pechos cubiertos de cachemir, según decidiera. Todo formaba parte del riesgo, de la tensión de tratar con hombres y aprovechar sus debilidades. Se vestía para dominarlos y ejercer el control. El suyo era un atuendo para el poder. Y en los reprimidos círculos empresariales de Londres parecía ser de lo más efectivo.

–Es usted muy directa, señorita Quine.

–Prefiero ir al grano que andarme con rodeos. Y puedo jugar a su juego. –Se sentó de nuevo en el sofá y empezó a contar con los dedos de la mano izquierda, con su manicura impecable–. Ben Landless. Edad... bueno, en honor a su archiconocida vanidad, digamos que no del todo menopáusico. Un hijo de puta duro que nació sin nada y que ahora controla uno de los grupos de prensa más grandes de este país.

–Que pronto será el más grande –interrumpió él en voz baja.

–Que pronto se hará con el United Newspapers –dijo ella asintiendo–, cuando el primer ministro al que usted designó, respaldó y consiguió que saliera electo prácticamente sin ayuda tome posesión del cargo dentro de unas horas y descarte el pequeño inconveniente de la política de fusiones y monopolios de sus predecesores. Debe de haberlo celebrado toda la noche, me sorprende que tuviera apetito para desayunar. Pero tiene la reputación de ser un hombre de apetitos insaciables. De todas clases. De modo que ¿qué anda tramando, Ben?

Dijo todo eso de forma casi seductora, con un acento que había suavizado y

disimulado con delicadeza pero no ocultado. Quería que la gente se fijara en ella y la recordara, quería destacar del montón. De modo que las vocales seguían siendo de Nueva Inglaterra, un tanto demasiado largas y perezosas para Londres, y las opiniones con frecuencia duras, como si se hubiesen forjado en las colas del paro de Dorchester.

Una sonrisa asomó en los carnosos labios del editor al pensar en su buena suerte y en la actitud desafiante de ella, pero sus ojos permanecieron impassibles, observándola con atención. Su humor parecía confinado en la parte inferior de su rostro, sin tocar los ojos ni penetrar bajo la piel.

—No ha habido ningún trato, le respaldé porque pensé que era el mejor para el puesto, pero no hay ninguna deuda privada. Aprovecharé mis oportunidades, como todos los demás.

Ella sospechó que aquella era la segunda mentira de la conversación, pero lo dejó estar.

—Pase lo que pase, es una nueva era. Un cambio de primer ministro representa nuevos desafíos. Y oportunidades. Sospecho que se sentirá más relajado de lo que se sentía Henry Collingridge dejando que las ruedas de los negocios giren y permitiendo que la gente haga dinero. Eso son buenas nuevas para mí. Y en potencia para usted.

—¿Con los indicadores económicos cayendo en picado?

—Ésa es precisamente la cuestión. Su empresa de sondeos de opinión ha estado en el mundillo durante... ¿cuánto, veinte meses? Ha empezado bien, se ha ganado el respeto de todos. Pero es una empresa pequeña, y los barcos pequeños como el suyo podrían hundirse si la economía se endurece en los próximos años. De todos modos, no tiene más paciencia que yo para gestionar un negocio cutre. Quiere hacerlo a lo grande, estar en la cima. Y para eso necesita dinero.

—No su dinero. Si tuviera un periódico que metiera dinero a raudales en mi empresa, echaría por tierra todo rastro de la credibilidad que me he forjado. Se supone que me dedico a hacer análisis objetivos, no a andar difamando y amenazando, con el añadido de unas cuantas cabareteras desnudas para impulsar la tirada.

Él movió distraídamente la gruesa lengua en el carrillo, como si intentara desalojar un trozo del desayuno.

–Se infravalora –murmuró. Sacó un palillo, que utilizó como un tragasables para explorar un lejano rincón de su mandíbula–. Los sondeos de opinión no son análisis objetivos. Son noticias. Si un editor quiere que un asunto se mueva, le encarga a personas como usted que investiguen un poco. Conoce las respuestas que quiere y el titular que va a sacar, tan solo necesita unas cuantas estadísticas para que todo el asunto tenga visos de autenticidad. Los sondeos de opinión son las armas de la guerra civil. Acabar con un gobierno, demostrar que la moral nacional está siendo masacrada, establecer que todos queremos a los palestinos o detestamos el pastel de manzana. No se necesitan hechos, solo la aprobación de un sondeo de opinión.

Se iba entusiasmando cada vez más con el tema. Sus manos ya no estaban en la boca sino que las retorció ante sí como si estuviera estrangulando a un redactor incompetente. No había ni rastro del palillo; quizá sencillamente se lo había tragado, como les ocurría a muchas cosas que se interponían en su camino.

–La información es poder –prosiguió–. Y dinero. Por ejemplo, gran parte de su trabajo se lleva a cabo en la City con compañías involucradas en oferta pública de adquisición de acciones. Sus pequeños sondeos les dicen cómo podrían reaccionar los accionistas y las entidades financieras, si apoyarían a la empresa o se desharían de ella por un poco de dinero rápido. Puede descubrir cómo va la opinión entre los analistas y los periodistas financieros, no en una comida regada de vino en el Savoy Grill con el presidente de una compañía, sino a la vuelta en sus mesas de despacho, donde importa. Las ofertas públicas de acciones son la guerra, la vida o la muerte para las compañías involucradas, y su trabajo consiste en decirles quién es más probable que acabe con las tripas esparcidas por el suelo al acabar el día. Esa información es de gran valor.

–Y cargamos una suma importante por ese trabajo.

–No estoy hablando de miles ni de decenas de miles –soltó Landless con desdén–. Eso en la City es calderilla. La clase de información de la que estamos hablando te permite poner tu propia cifra, si te lo montas bien.

Se detuvo para ver si ella soltaba un chillido porque se hubiera puesto en duda su integridad profesional, pero lo que hizo fue llevarse las manos a la espalda para bajarse la chaqueta, que se le había subido contra el respaldo del sofá. Mientras lo hacía puso al descubierto las curvas de sus pechos, más evidentes con

aquel gesto. Él lo tomó como una señal para que continuara.

–Usted necesita dinero para expandirse. Coger el negocio de los sondeos por las pelotas y convertirse en su reina indiscutible. De otro modo se irá al garete con la recesión. Sería un gran desperdicio.

–Me halaga ese interés suyo tan paternal.

–No está aquí para que la halaguen sino para escuchar una propuesta.

–Eso lo he sabido desde el momento en que recibí su invitación. Aunque por un momento me ha parecido que íbamos a acabar en una ronda de sermones.

En lugar de responder, él se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana. Las nubes de un gris plomizo habían descendido aún más y había comenzado a llover. Una barcaza luchaba por abrirse paso en el reflujo de la marea bajo el puente de Westminster, donde los vientos de diciembre habían transformado el río, por lo general apacible, en una sopa turbia y enfurecida de desechos humanos y aceite de las sentinas. Miró hacia el Parlamento, con las manos bajo los pliegues de los enormes pantalones, rascándose.

–He ahí nuestros líderes, los audaces guardianes del bienestar de la nación. El Gobierno es por necesidad un asunto secreto, repleto de confidencias compartidas, de información restringida, porque si se diera a conocer al público sería motivo de sensacionalismos o de insultos. Y cada uno de esos cabrones lo filtraría todo si sirviera a sus propósitos. En la ciudad no hay un solo redactor de política que tarde más de una hora en saber lo que ha pasado en un encuentro del Gabinete, ni un general que no haya filtrado un informe confidencial sobre seguridad nacional antes de pelearse contra el Ministerio del Tesoro sobre el presupuesto de defensa. Y encuéntreme al político que no haya intentado desautorizar a un rival difundiendo rumores sobre su vida sexual. –Las manos se sacudieron en los bolsillos del pantalón como las velas de un gran barco que intentara atrapar el viento, y añadió con desprecio–: Los primeros ministros son los peores. Si quieren deshacerse de un ministro problemático, lo asesinarán previamente en la prensa con historias de borracheras o deslealtad. Información interna. Es lo que hace girar el mundo. Y para nuestros superiores no se trata de utilizarla o no, sino de cuándo utilizarlo.

–Quizá sea ése el motivo por el que nunca me he dedicado a la política –dijo Sally, pensativa.

Landless se volvió hacia ella y la descubrió absorta, por lo visto, en quitarse un pelo del jersey. Cuando Sally estuvo segura de haber captado toda su atención, dejó de jugar con él y se escondió de nuevo entre los pliegues de su chaqueta.

–Bueno, y ¿qué me sugiere?

Él, distraído, volvió a hurgar con la lengua en el carrillo, esta vez no en busca de un pedazo esquivo del desayuno sino de inspiración y de las palabras adecuadas. Se sentó junto a ella en el sofá, y la proximidad de su mole constreñida por la camisa suprimió todo indicio de frivolidad en el ambiente. Para sorpresa de Sally, muy pendiente de las modas, la presencia física de aquel hombre era impresionante.

–Voy a sugerirle que deje de ser un caballo perdedor, una mujer que podría pasarse años esforzándose en llegar a la cima y sin llegar a conseguirlo. Estoy sugiriendo que seamos socios. Usted y yo. Su experiencia –ambos sabían que quería decir información interna– respaldada por mi influencia financiera. Sería una combinación formidable.

–Pero ¿qué saco yo?

–Una garantía de supervivencia. Una oportunidad de ganar mucho dinero, de llegar adonde quiere llegar, a la cima. De demostrarle a su exmarido que no solo puede sobrevivir sin él sino que encima puede triunfar. Es eso lo que quiere, ¿no?

–¿Y cómo se supone que va a pasar todo eso?

–Unimos nuestros recursos. Su información y mi dinero. Si está pasando algo en la City, quiero formar parte. Si uno llega allí por delante de la jauría, las posibles recompensas son enormes. Usted y yo nos partimos todos los beneficios a medias.

Ella juntó el índice y el pulgar ante la cara. Movi6 la nariz de manera muy expresiva.

–Discúlpeme, pero si he entendido bien, ¿no es todo eso un pelín ilegal?

Por toda respuesta, Landless guardó silencio y le dirigió una mirada de aburrimiento infinito.

–Y suena como si todo el riesgo fuera a correrlo usted –añadió Sally.

–El riesgo forma parte de la vida. No me importa correr riesgos con un socio al que conozco y en quien confío. Estoy seguro de que podríamos llegar a tener gran confianza mutua; sería primordial.

Alargó el brazo y tocó el dorso de la mano de Sally; en los ojos de ella hubo un inconfundible destello de desconfianza.

—Antes de que lo pregunte, llevármela a la cama no es una parte imprescindible del trato... No, no se haga la inocente y ofendida, maldita sea. Ha estado enseñándome las tetas desde que se ha sentado ahí, así que, como usted misma ha dicho, más vale ir al grano que andarse con rodeos. Echarle un polvo sería un placer, pero esto son negocios y, a mi modo de ver, los negocios son lo primero. No tengo intención de cagarla con lo que podría ser un trato de primera pensando con la entrepierna en lugar de con la cabeza. Tiene un buen cuerpo, y no me cabe duda de que sabe cómo y cuándo utilizarlo, pero puedo comprar a todas las monadas y todos los culos que quiera a un precio mucho menor del que le estoy ofreciendo a usted. Estamos aquí para joder a la competencia, no el uno al otro. De modo que... ¿cómo lo ve? ¿Le interesa?

Como si formara parte del guión, un teléfono empezó a gorjear en algún rincón distante. Con un gruñido de desesperación, Landless se levantó, pero al cruzar la habitación para responder la llamada también abrigaba expectativas; en su oficina tenían instrucciones estrictas de no molestarlo a menos que... Soltó unos cuantos gritos en el teléfono antes de volver con su invitada, alargando las manos como si se acercara a una mesa cubierta de deliciosos manjares.

—Extraordinario. Mi copa está a rebosar. Era un mensaje de Downing Street. Al parecer, nuestro nuevo primer ministro quiere que pase a verlo en cuanto vuelva de palacio, de modo que me temo que tengo que salir corriendo. No estaría bien hacerle esperar.

La cara cerosa de Landless se había contraído en lo que pretendía ser una sonrisa. Ella solo sería su centro de atención unos instantes más: otro lugar y otro socio lo reclamaban. Ya estaba poniéndose el abrigo.

—De modo que haga que este día sea especial para mí. Acepte.

Sally tendió la mano para coger su bolso del sofá, pero él hizo lo mismo, y su enorme mano de labriego envolvió por completo la suya. Estaban muy cerca, y ella sentía el calor que emanaba de su cuerpo, podía olerlo, captar el poder bajo aquel corpachón capaz de aplastarla al instante si así lo decidía. Pero en su actitud no había amenaza, el contacto de su mano era sorprendentemente delicado. Durante unos instantes, Sally se sintió desarmada, casi excitada. Su

nariz se movió.

–Váyase a organizar la balanza de pagos de la nación. Yo pensaré en la mía.

–Piénselo con cautela, Sally, y no mucho tiempo.

–Consultaré mi horóscopo. Ya le diré algo.

En aquel momento, la gaviota lanzó otro ataque contra la ventana, soltando improperios y chillidos y dejando churretes de guano. Landless profirió una maldición.

–Se supone que eso da buena suerte –dijo ella riendo por lo bajo.

–¿Buena suerte? –refunfuñó él mientras la conducía hacia la puerta–. Dígaselo al maldito limpiaventanas.

No había ocurrido lo que él esperaba. La multitud era mucho menor que otros años; de hecho, poco más de veinte personas arrebujadas como tortugas bajo los paraguas y chubasqueros de plástico tras las verjas de palacio difícilmente podían considerarse una multitud. Quizá los habían mantenido alejados la cercanía de la Navidad y aquel tiempo asqueroso. Al gran público británico, por lo que parecía, ya no le importaba un carajo quién fuera su primer ministro.

Volvió a subir al coche, un hombre de porte elegante entre el cuero de los asientos, con una sonrisa cansada con la que parecía aceptar su suerte casi a regañadientes. Tenía una cara alargada, que iba de una frente alta y distinguida hasta unos labios finos, con algunas arrugas pero la piel aún tersa bajo la barbilla, austera como un busto romano, con un cabello lacio entre plateado y rubio cuidadosamente peinado para que no le cayera en la cara. Iba vestido con el traje gris marengo habitual con doble botonadura y un pañuelo de seda de vivos colores, casi de dandi, que brotaba de un bolsillo en la pechera, una costumbre que había adoptado para distanciarse de las hordas de Westminster y las banales corbatas que les regalaban por Navidad y sus trajes de Marks & Spencer. Cada pocos segundos se inclinaba hacia el hueco del asiento para fumar del cigarrillo que mantenía oculto por debajo de la ventanilla, la única muestra exterior de la tensión y la emoción que burbujaban en su interior. Dio una profunda calada llena de nicotina y durante un rato no se movió, mientras notaba cómo se le secaba la garganta y esperaba a que se le ralentizara el corazón, reflexionando; solo los pequeños ojos azules se movían de aquí para allá, sin descansar nunca. Parecían en tensión perpetua, agitados, algo húmedos e irritados como si

hubiesen estado estudiando minuciosamente documentos oficiales hasta altas horas de la noche. Esos ojos atraían a muchas mujeres, estimulaban sus instintos maternos protectores, mientras que en los hombres solo provocaban ansiedad. Sugerían nerviosismo, cierta impaciencia; eran los ojos de un hombre que tardaba muy poco en montar en cólera y mucho en olvidar.

El muy honorable Francis Ewan Urquhart, primer ministro, un hombre que era líder de su partido desde las seis en punto de la tarde anterior y a quien se le pediría al cabo de unos minutos que aceptara el liderazgo de un nuevo Gobierno, ofreció un saludo mecánico con la mano a los espectadores apiñados desde el asiento trasero de su nuevo Jaguar ministerial cuando entraba al patio del palacio de Buckingham. Su esposa había querido bajar la ventanilla para que los cámaras variopintos que acechaban en las cercanías obtuvieran una imagen mejor de ambos, pero descubrió que las ventanillas del coche oficial tenían más de dos centímetros de grosor y estaban bloqueadas. El conductor le había asegurado que nada podría abrirlas a excepción del disparo a bocajarro de un mortero con proyectiles perforantes.

Las últimas horas habían sido casi cómicas. Después de que se anunciara el resultado de la votación para la elección de líder del partido, y con la victoria confirmada, Urquhart había vuelto a toda prisa a su casa en Cambridge Street y esperó allí con su mujer. No sabían muy bien qué esperaban. ¿Qué se suponía que tenía que hacer él? Nadie se lo había dicho. Había permanecido junto al teléfono, pero éste se negó con terquedad a sonar. Esperaba una llamada de felicitación de algunos de sus colegas parlamentarios, quizá del presidente de Estados Unidos o por lo menos de su hermana, pero la precaución de sus colegas ante un hombre que antes había sido su igual y ahora era su jefe empezaba ya a ponerse de manifiesto; el presidente no llamaría hasta que lo hubiesen confirmado en el cargo de primer ministro, y al parecer su hermana pensó que su teléfono comunicaría constantemente durante días. Desesperados por tener a alguien con quien compartir su alegría, aceptaron posar para que los fotografieran ante su casa y hablar con los periodistas que se agolpaban en la calle.

Él no era gregario por naturaleza: una infancia deambulando por los brezales de las fincas de su familia en Escocia, con un perro y un macuto lleno de libros

por toda compañía, lo había acostumbrado a la soledad, pero no le bastaba con eso. Necesitaba a los demás, no solo para interactuar sino para medirse con ellos. Era lo que le había llevado al sur, eso y la desesperación financiera en la que estaban sumidos los páramos escoceses. Un abuelo que había muerto sin tener ni idea de cómo evitar la corrupción del fisco y un padre con un sentimentalismo patético y muy apegado a la tradición habían llevado las finanzas de la finca al borde del desastre. Había visto cómo las fortunas de sus padres y su posición social se marchitaban como flores de manzano en la nieve. Urquhart se había marchado cuando aún quedaba algo que sacar de los páramos fuertemente hipotecados, ignorando los ruegos de su padre en defensa del honor familiar y que la desesperación había convertido en llorosa denuncia. No le había ido mucho mejor en Oxford. La compañía de los libros durante la infancia lo había conducido a una brillante carrera académica y a un puesto de profesor adjunto en economía, pero no se había adaptado a esa vida. Había llegado a despreciar los arrugados uniformes de pana y la confusa moralidad que parecían constituir el atuendo de sus colegas hasta la muerte. Y perdía la paciencia con la húmeda niebla del río Cherwell y las mezquinas posturas políticas que adoptaban los catedráticos en la mesa. Una noche, el claustro de profesores se había permitido un orgasmo intelectual en masa cuando machacaron a un joven ministro del Tesoro hasta que estuvo a punto de perder la compostura; para la mayoría de los presentes aquello no hizo sino confirmar sus opiniones sobre la incompetencia de Westminster, pero para Urquhart solo había apestado a oportunismo. De modo que les había vuelto la espalda tanto a los lluviosos páramos como a los soñadores de Oxford y había ascendido deprisa, teniendo siempre mucho cuidado de preservar su reputación como académico. Con eso consiguió que otros se sintieran inferiores, lo que en política supone tener media partida ganada.

No fue hasta la segunda sesión de fotos, hacia las ocho y media de la tarde, cuando el teléfono volvió a la vida. Una llamada de palacio, del secretario privado. ¿Le parecería conveniente pasarse por allí hacia las nueve de la mañana? Sí, lo encontraba de lo más conveniente, gracias. Entonces empezaron a sucederse las otras llamadas. Colegas parlamentarios incapaces de controlar por más tiempo su ansiedad por no saber qué empleo les ofrecería por la mañana, o

si los dejaría sin nada. Directores de periódicos que no sabían si adular o amenazar para conseguir esa primera entrevista en exclusiva que todos querían. Atentos peces gordos de la administración pública muy reacios a dejar cualquier detalle de la administración a la suerte. El presidente de la agencia de publicidad del partido, que había bebido y no podía parar de hablar con entusiasmo. Y Ben Landless. Con él no había habido una verdadera conversación, solo unas carcajadas groseras al otro lado de la línea y el inequívoco sonido de una botella de champán al descorcharse. Urquhart creyó oír a al menos una mujer de fondo, riéndose. Landless estaba de celebración, y tenía todo el derecho a estarlo. Había sido el primero, y el más directo, en ofrecerle su apoyo a Urquhart, y entre ambos habían manipulado, engañado y atormentado a Henry Collingridge hasta obligarlo a una jubilación prematura. Urquhart tenía una deuda con él, una deuda incalculable, mientras que el propietario de los periódicos, de esa forma tan suya, no se había mostrado tímido a la hora de encontrar el instrumento adecuado con que calcularla.

Todavía estaba pensando en Landless cuando el Jaguar pasó bajo el arco de la derecha en la fachada del palacio para cruzar hasta el patio central. El conductor frenó con cuidado, consciente no solo del regio entorno sino también del hecho de que no se puede detener con prisas un Jaguar reforzado de más de cuatro toneladas sin volverles la vida muy incómoda a los ocupantes y sin correr el riesgo de poner en funcionamiento el dispositivo automático de alarma que transmitía una alerta prioritaria de peligro a la oficina de información de Scotland Yard. El automóvil no se detuvo bajo las columnas dóricas de la magnífica entrada utilizada por la mayoría de los visitantes sino junto a una puerta mucho más pequeña a un lado del patio, donde esperaba el secretario privado con una sonrisa de bienvenida. Con gran diligencia pero sin prisa aparente, había abierto la puerta y llamado a un ayuda de cámara del rey para que entretuviera a Elizabeth Urquhart con un café y una educada conversación mientras él subía con Urquhart por una escalera pequeña pero con exquisitos dorados hacia una sala de espera apenas más ancha que alta. Esperaron allí un ratito, rodeados de cuadros con escenas victorianas de carreras de caballos y admirando una pequeña pero desinhibida estatua de mármol de unos amantes renacentistas, hasta que el secretario privado, sin consultar el reloj, anunció que

era la hora. Se dirigió hacia unas puertas imponentes, llamó tres veces con suavidad y las abrió, y le indicó a Urquhart que pasara.

—¡Señor Urquhart! ¡Bienvenido!

Con el telón de fondo de unas pesadas cortinas de damasco carmesí que cubrían uno de los altos ventanales de su sala de estar, se hallaba el rey. Ofreció una respetuosa inclinación de cabeza a Urquhart a cambio de su reverencia y le indicó que se acercara. El político cruzó la habitación, y el monarca solo dio un paso adelante con la mano tendida cuando había llegado casi hasta él. Detrás de Urquhart, las puertas ya se habían cerrado; los dos hombres, el uno gobernante por derecho hereditario y el otro por conquista política, estaban solos.

Urquhart se fijó en que hacía frío en la habitación, sus buenos dos o tres grados por debajo de lo que otros encontrarían agradable, y en lo sorprendentemente flojo que fue el apretón de manos real. Allí de pie, frente a frente, ninguno de los dos parecía saber muy bien por dónde empezar. El rey se estiró los puños de la camisa, nervioso, y soltó una risita.

—No se preocupe, señor Urquhart. Recuerde que para mí también es la primera vez.

El rey, heredero durante media vida y monarca desde hacía menos de cuatro meses, lo guió hacia dos sillas a ambos lados de una chimenea de piedra blanca labrada con gran delicadeza. A lo largo de las paredes se elevaban brillantes columnas de mármol que sostenían un techo abovedado cubierto de elaborados relieves clásicos de musas y parafernalia celestial, mientras que en los huecos entre las columnas de piedra colgaban enormes retratos al óleo de antepasados reales pintados por algunos de los mejores artistas de la época. Había muebles tallados a mano en torno a una gran alfombra Axminster, con un dibujo de recargadas flores rojas y doradas, que se extendía de un extremo al otro de la vasta estancia. Aquello era una sala de estar, pero solo para un rey o un emperador, y era posible que no hubiese cambiado en cien años. El único detalle informal consistía en un escritorio, colocado en un rincón para aprovechar la luz que entraba por una de las ventanas del jardín, cubierto por una verdadera erupción de papeles, folletos y libros que casi enterraban un solitario teléfono. El rey tenía reputación de lector concienzudo; por el estado de su escritorio, parecía que se la había ganado a pulso.

—No estoy muy seguro de por dónde empezar, señor Urquhart —dijo el rey mientras se acomodaban en las sillas—. Se supone que estamos haciendo historia, pero al parecer no existe una fórmula para estas ocasiones. No tengo nada que darle, ni grandes consejos, ni siquiera un sello de su cargo que entregarle. No tengo que invitarlo a besar mi mano ni a prestar juramento alguno. Lo único que tengo que hacer es pedirle que forme un Gobierno, y lo hará, ¿no es así?

La evidente sinceridad del soberano hizo sonreír a su invitado. Urquhart pasaba de los sesenta, era diez años mayor que el rey, aunque no parecían llevarse tanto, pues el soberano tenía una cara enjuta y demacrada que no correspondía a su edad, unas entradas pronunciadas y la espalda un poco encorvada. Se decía que había reemplazado la completa ausencia de preocupaciones materiales por una vida de tortuosas dudas espirituales, y la tensión era evidente. Mientras que Urquhart hacía gala de la sonrisa fácil y la charla insustancial de los políticos, la actitud distante de un académico y la capacidad de relajarse de un hombre adiestrado para disimular y en caso de necesidad para engañar, el rey no tenía nada de eso. Urquhart no sentía nerviosismo, solo frío; de hecho, empezó a sentir lástima por aquel hombre tan circunspecto. Se inclinó hacia delante.

—Sí, majestad. Será para mí un honor intentar formar Gobierno en su nombre. Solo espero que mis colegas no hayan cambiado de parecer desde ayer.

El rey no captó el leve toque de humor porque estaba intentando aclarar sus propios pensamientos. Un profundo surco partía la frente de aquella cara que se había plasmado en un millón de objetos conmemorativos: tazas, platos, bandejas para el té, camisetas, toallas, ceniceros e incluso algún que otro orinal, la mayoría de ellos fabricados en Extremo Oriente.

—¿Sabe una cosa?, espero que sea un buen augurio, lo de tener un nuevo rey y un nuevo primer ministro. Hay mucho por hacer. Aquí estamos, al borde de otro milenio, de nuevos horizontes. Dígame, ¿qué planes tiene?

Urquhart abrió los brazos.

—Apenas he... Ha pasado muy poco tiempo, señor. Necesitaré una semana más o menos, para reorganizar el Gobierno, establecer algunas prioridades...

Estaba dando largas. Conocía los peligros de ser demasiado preceptivo, y su campaña por el liderazgo, más que soluciones exhaustivas, había ofrecido años de experiencia. Trataba todo dogma con un indiferente desdén académico y había

observado con macabra satisfacción cómo sus oponentes más jóvenes intentaban disfrazar su falta de experiencia con detallados planes y promesas, para acabar descubriendo que habían ido demasiado lejos y puesto al descubierto flancos ideológicos vulnerables. La estrategia de Urquhart para enfrentarse a interrogatorios agresivos por parte de los periodistas había sido ofrecer tópicos sobre el interés nacional y llamar por teléfono a sus directores; así había conseguido abrirse paso a través de los doce tumultuosos días de la carrera por el liderazgo, pero no estaba muy seguro de cuánto tiempo le iba a servir esa estrategia.

—Ante todo, deseo escuchar.

¿Cómo era posible que los políticos soltaran unos clichés tan espantosos y que su público estuviese sin embargo tan contento de aceptarlos? El monarca asentía en silencio como muestra de conformidad, con el rígido cuerpo balanceándose con suavidad en el borde de la silla.

—Durante su campaña, dijo que nos encontrábamos en una encrucijada, que nos enfrentábamos a los desafíos de un nuevo siglo al tiempo que construíamos sobre lo mejor del anterior. «Fomentar el cambio a la vez que preservamos la continuidad.»

Urquhart reconoció la frase.

—Bravo, señor Urquhart, el poder está en sus manos. Eso es un resumen admirable de lo que yo también considero mi trabajo. —El rey unió las manos para formar una catedral de nudillos huesudos, sin dejar de fruncir el ceño—. Espero ser capaz de encontrar algún medio, por pequeño que sea, de ayudarlo en su tarea, y que usted me lo permita. —Hubo un dejo de aprensión en su voz, como si fuera un hombre habituado a la decepción.

—Por supuesto, señor, nada me gustaría más... ¿Tiene pensado algo en concreto?

Los dedos del rey se desplazaron hacia el nudo de su estrecha corbata pasada de moda y la retorcieron con torpeza.

—Señor Urquhart, lo concreto es asunto de la política del partido, y ésa es su competencia. No puede ser la mía.

—Señor, le agradecería mucho cualquier clase de aportación... —Se encontró diciendo Urquhart.

—¿Lo haría? ¿De verdad? —Hubo una nota de entusiasmo en su tono que intentó disimular, demasiado tarde, con una risita—. Pero debo ser cauto. Cuando solo era heredero al trono, se me permitía el lujo de tener mis propias opiniones e incluso se me permitía el privilegio esporádico de expresarlas, pero los reyes no pueden dejarse arrastrar a debates partidistas. Mis consejeros me sueltan sermones a diario sobre este punto.

—Señor —terció Urquhart—, estamos solos. Agradeceré cualquier consejo que pueda darme.

—No, de momento no. Tiene mucho que hacer y no debo retrasarle. —Se puso en pie para indicar que la audiencia había concluido, pero no hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, sino que unió los dedos y se los llevó a la punta de la huesuda e irregular nariz y se quedó absorto en sus pensamientos, como si rezara—. Quizá hay una cuestión, si me lo permite... He estado leyendo los periódicos. —Indicó con un ademán el caos de su escritorio—. Van a derruirse los edificios del antiguo departamento de Industria de la calle Victoria. Los edificios actuales son espantosos, parecen un anuncio malo del siglo XX, merecen desaparecer. Me encantaría conducir yo mismo el bulldozer. Pero su emplazamiento es uno de los más importantes de Westminster, cerca de los edificios del Parlamento y pegado a la propia abadía, uno de nuestros más magníficos monumentos eclesiásticos. Es una oportunidad excepcional y vale la pena que la aprovechemos, ¿no cree? Para crear algo digno de nuestra era, algo que podamos transmitir a las futuras generaciones con orgullo, ¿no? Tengo la esperanza de que usted, y su Gobierno, se aseguren de que en ese solar se construya... ¿cuál sería la palabra? —Con su tono entrecortado típico de internado buscó el término apropiado—. Con sensibilidad. —Asintió, muy satisfecho de sí, y pareció envalentonado por la intensa mirada de Urquhart—. Algo que fomentara el cambio al mismo tiempo que preservara la continuidad, como dijo un tipo sabio, ¿eh? Sé que el ministro de Medio Ambiente está considerando diversas propuestas y, con franqueza, algunas son tan estafalarias que avergonzarían hasta a una colonia penal. ¿Podemos por una vez en nuestras frugales vidas elegir algo para preservar el carácter existente de la abadía de Westminster? ¿Crear algo que respete los logros de nuestros antepasados, no insultarlos permitiendo que algún torpe modernillo construya un monolito de acero inoxidable en cuyo interior se

apelotone la gente y exhiba por fuera sus entrañas mecánicas? –La pasión había empezado a vencer a la inseguridad y un rubor había teñido sus mejillas.

Urquhart esbozó una sonrisa tranquilizadora, una expresión que le salía tan fácil como respirar.

–Señor, puedo asegurarle que el Gobierno –quería decir «mi Gobierno», pero esas palabras aún parecían atascársele en la dentadura postiza– considerará prioritarios los temas medioambientales. –Más tópicos, pero ¿qué se suponía que tenía que decir?

–Vaya, pues así lo espero. Quizá debería disculparme por mencionar la cuestión, pero tengo entendido que el ministro de Medio Ambiente está a punto de tomar una decisión definitiva.

Durante unos instantes, Urquhart tuvo ganas de recordarle al rey que ésa era una cuestión casi judicial, que se habían dedicado muchos meses y más millones incluso a una investigación oficial de planificación que ahora aguardaba la salomónica deliberación del ministro pertinente. Urquhart podría haber sugerido que algunos no verían la intervención del rey con mejores ojos que el soborno a un jurado. Pero no lo hizo.

–Lo estudiaré. Tiene mi palabra, señor.

Los pálidos ojos azules del rey sufrían de un estrabismo descendente que le hacía parecer siempre sincero y en ocasiones triste, como si llevara la carga de un sentimiento de culpa; sin embargo, en aquel momento brillaban con un inconfundible entusiasmo. Tendió la mano para asir la del primer ministro.

–Señor Urquhart, creo que vamos a llevarnos de maravilla.

Al parecer de modo espontáneo, el secretario privado del rey había aparecido de nuevo junto a las puertas abiertas y Urquhart se dirigió hacia ellas tras una reverente inclinación. Apenas había cruzado el umbral cuando oyó unas palabras a sus espaldas.

–¡Gracias una vez más, primer ministro!

Primer ministro. Ahí estaba, por primera vez. Lo había conseguido. Mi Gobierno, se repitió. Todo había parecido de lo más improbable, si bien era cierto que había habido muchos ministros poco probables. Pitt, un joven de solo veinticuatro años. Disraeli, un judío. Lloyd George, un escandaloso adúltero que vendía títulos nobiliarios por dinero en efectivo. Churchill, hijo de un sifilítico.

Macmillan, un cornudo que honró al amante de su mujer con un título. El conde de Home, la ruina nobiliaria del partido conservador. Y Margaret Thatcher, ama de casa. Lord Home era todo un caballero, mientras que ella hacía gala de una crueldad sin remordimientos, y aun así había ganado en todas las elecciones a las que se presentó mientras que él condujo su Gobierno a la derrota instantánea. Era necesaria la crueldad e incluso un pequeño pecado para entender el poder y sus usos. Él había aprendido la lección. No arrepentirse nunca. Para la mayoría, el arte de la política consistía en sobrevivir, pero eso nunca había sido suficiente para él. ¿De qué servía entablar la batalla de ideas y egos si al final a uno solo le quedaba la supervivencia? El éxito en la política requería sacrificios, preferentemente de los demás, y él ya había sacrificado lo suficiente en su momento. Amigos, colegas, los más cercanos a él. Había empujado, dado codazos, los había arrojado desde azoteas y bajo las ruedas de la opinión pública. Y nunca se arrepintió. El liderazgo traía consigo unas responsabilidades asombrosas e ineludibles con respecto a la vida y la muerte, y él sabía que era digno de semejantes decisiones.

—Y bien... ¿qué ha dicho?

Ya estaban en el coche camino de Downing Street cuando su mujer lo sacó de sus ensoñaciones.

—¿Qué? Ah, no gran cosa. Me ha deseado todo lo mejor. Ha hablado de las grandes oportunidades que tenemos por delante. Luego ha mencionado unas obras cerca de la abadía de Westminster. Quiere que me asegure de que se construya allí imitando el estilo Tudor o alguna chorrada semejante.

—¿Lo vas a complacer?

—Elizabeth, si la sinceridad pudiera construir templos, toda Inglaterra estaría cubierta de sus disparates, pero ya no estamos en la edad de las tinieblas. El trabajo del rey es dar fiestas en el jardín y librarnos de la molestia de elegir a algún otro como presidente, no andar por ahí interfiriendo en los asuntos de Gobierno.

Elizabeth soltó un bufido en señal de conformidad mientras hurgaba con impaciencia en su bolso en busca del pintalabios. Era una Colquhoun de nacimiento, una familia que podía seguir el rastro a sus orígenes hasta los antiguos reyes de Escocia. Desde entonces, hacía ya tiempo que habían perdido

sus fincas feudales y reliquias de familia por las confiscaciones de las patrullas fronterizas, y en nuestros días por los estragos causados por los recaudadores de impuestos y la inflación, pero ella nunca había dejado de sentirse parte de una clase social superior ni de creer que la mayor parte de los miembros de la aristocracia moderna eran intrusos, incluida «la actual familia real», como solía decir. La realeza era una mera cuestión de nacimiento, y de matrimonio o muerte, y ocasionalmente fruto de una ejecución o de un crimen sangriento; podría haber sido tanto una Colquhoun como una Windsor, y aun así ser del linaje más puro. A veces se ponía realmente pesada con el tema, y Urquhart decidió distraerla.

—Por supuesto que lo complaceré. Mejor un rey con conciencia que sin ella, sospecho, y lo último que necesito son envidias campando por palacio. En cualquier caso, hay otras batallas que librar, y lo quiero a él y su popularidad decididamente en mi bando. —Su tono era serio y sus ojos parecían reflejar los desafíos por llegar—. Pero al fin y al cabo, Elizabeth, yo soy el primer ministro y él es el rey. Él hace lo que yo le diga, no al revés. El ceremonial del trabajo, eso es todo lo que hay y todo lo que tiene que haber. Es el monarca, no un maldito arquitecto.

Pasaron con el coche ante el salón de banquetes de Whitehall y redujeron la marcha al aproximarse a las verjas en la entrada de Downing Street. Urquhart se sintió aliviado al ver que allí había más gente que en el palacio para saludarlo y animarlo en beneficio de las cámaras. Creyó reconocer un par de rostros jóvenes, quizá los de la sede del partido habían mandado a una turba alquilada. Su mujer se colocó despreocupadamente un mechón de pelo en su sitio mientras la cabeza de Urquhart volvía a la remodelación del Gabinete y los comentarios que haría en el umbral, que se retransmitirían a escala mundial por televisión.

—Bueno, y ¿qué vas a hacer? —quiso saber Elizabeth.

—La verdad es que no importa —murmuró Urquhart por la comisura de los labios mientras sonreía para las cámaras que arremetieron contra él con sus objetivos cuando el coche entró en Downing Street—. Como rey no tiene experiencia, y como monarca constitucional es impotente. Tiene la misma capacidad de amenazar y morder que un pato de goma. Pero, por suerte, resulta que en este asunto estoy de acuerdo con él. ¡Abajo la modernidad! —Saludó con

la mano cuando un policía se acercó para abrir la pesada puerta del coche—. De modo que en realidad no puede tener mucha importancia...

—Deja esos papeles, David. Por el amor de Dios, saca las narices de ellos durante un minuto. Para un día que pasamos juntos.

El tono de voz era tenso, más nervioso que agresivo.

Los ojos grises permanecieron impasibles, sin moverse del fajo de documentos en los que estaban clavados desde que se habían sentado ambos a la mesa del desayuno. La única reacción facial consistió en un irascible meneo del bigote recortado con gran esmero.

—Me voy dentro de diez minutos, Fiona; sencillamente, tengo que acabar con esto y ya está. Y hoy más que nunca.

—Hay algo más que tenemos que dar por acabado. ¡Así que deja esos condenados papeles!

A regañadientes, David Mycroft levantó la vista a tiempo de ver que a su mujer le temblaba tanto la mano que se le derramó el café de la taza.

—¿Qué demonios pasa?

—Tú. Y yo. Eso pasa. —Luchaba por no perder el control—. No queda nada de nuestro matrimonio y lo quiero dejar.

El asesor de prensa del rey y portavoz público oficial cambió de marcha. Se puso diplomático.

—Mira, no nos peleemos, ahora no. Tengo prisa y...

—¿No te das cuenta? Nunca nos peleamos. ¡Ése es el problema! —La taza golpeó contra el plato, se volcó y una amenazadora mancha marrón se extendió por el mantel.

Por primera vez él bajó los papeles, con gesto cuidadoso y deliberado, como lo eran todos los aspectos de su vida.

—Quizá podría tomarme algún tiempo libre. Hoy no, pero... Podríamos ir a algún sitio juntos. Sé que hace mucho tiempo que no tenemos una verdadera oportunidad de hablar...

—¡No es por falta de tiempo, David! Podríamos tener todo el tiempo del mundo y no supondría ninguna diferencia. Eres tú, y soy yo. El motivo de que no nos peleemos es que no tenemos nada sobre lo que discutir. Nada en absoluto. No hay pasión, nada. Lo único que tenemos es una coraza. Solía soñar

que cuando ya no tuviésemos que ocuparnos de los niños todo cambiaría. –Negó con la cabeza–. Pero estoy cansada de engañarme. Esto nunca cambiará. Tú nunca cambiarás. Y yo tampoco creo que lo haga. –El dolor la hacía enjugarse los ojos, y aun así no perdía el control. Eso no era ninguna pataleta.

–¿Te encuentras... bien, Fiona? Ya sabes, las mujeres en este momento de su vida...

A ella le dolió aquella estúpida actitud paternalista.

–Las mujeres de cuarenta, David, tienen sus necesidades, sus sentimientos. Pero ¿cómo vas a saberlo tú? ¿Cuándo te fijaste por última vez en mí como mujer? ¿Cuándo te fijaste por última vez en cualquier mujer?

Le había devuelto el insulto para hacerle daño. Sabía que para abrirse camino le iba a hacer falta derribar a golpes las paredes que él había construido a su alrededor. Siempre había sido muy cerrado, introvertido, un hombre de poca estatura que había tratado de sobrellevar lo que él consideraba una deficiencia física siendo absolutamente formal y puntilloso en todo lo que hacía. En su cabeza pequeña, casi de niño, nunca había un pelo fuera de sitio, incluso las vetas grises que empezaban a aparecer en sus sienes lo volvían más elegante que avejentado. Siempre desayunaba con la chaqueta puesta y abotonada.

–Oye, ¿esto no puede esperar? Sabes que tengo que estar en palacio dentro de...

–El maldito palacio otra vez. Es tu casa, tu vida, tu amante. Hoy en día las únicas emociones que muestras tienen que ver con tu ridículo trabajo y ese patético rey tuyo.

–¡Fiona! Eso está fuera de lugar. No lo metas en esto. –El bigote rojizo se le crispó de indignación.

–¿Cómo no voy a hacerlo? Le sirves a él, no a mí. Sus necesidades van por delante de las mías. Ha contribuido a destrozarnos nuestro matrimonio con mayor eficacia que cualquier amante, de modo que no esperes que le haga reverencias y lo adule como los demás.

Él consultó el reloj con impaciencia.

–Oye, por el amor de Dios, ¿podemos hablar de esto esta noche? Quizá pueda volver pronto.

Ella enjugaba la mancha de café con su servilleta, en un intento de retrasar mirarlo a los ojos. Su tono era ahora más tranquilo, más decidido.

–No, David. Esta noche estaré con otra persona.

–¿Hay otra persona? –Sintió un nudo en la garganta; quedó claro que nunca se le había ocurrido esa posibilidad–. ¿Desde cuándo?

Fiona levantó la vista del mantel echado a perder y sus ojos parecieron desafiantes y tranquilos, como si ya no intentaran evadir su mirada. Aquello se venía fraguando desde hacía tiempo, ya no podía ocultarlo más.

–Siempre ha habido otro, David, desde dos años después de que nos casáramos. Una sucesión de «otros». Nunca has tenido la capacidad de satisfacerme; nunca te he culpado por eso, de verdad que no, fue solo lo que me cayó en suerte. Lo que lamento amargamente es que nunca lo intentarás. Nunca fui importante para ti, al menos no como mujer. Nunca he sido más que un ama de casa, una lavandera, tu fregona las veinticuatro horas, un objeto que exhibir en las cenas. Alguien que te proporcionara respetabilidad en la corte. Incluso los niños eran puro paripé.

–Eso no es verdad.

Pero no hubo verdadera pasión en su protesta, como no la había habido en su matrimonio. Ella siempre supo que eran sexualmente incompatibles; él parecía siempre más que dispuesto a verter su energía física en el trabajo, mientras que ella al principio se había contentado con la distinción social que su empleo en el palacio les proporcionaba. Pero no por mucho tiempo. En realidad, ni siquiera estaba segura de quién era el padre de su segundo hijo, mientras que si él tenía dudas al respecto, no parecía importarle. Él había «cumplido con su deber», como lo expresó una vez, y ahí se acababa todo. Ni siquiera en ese momento en que ella escupía desprecio y lo llamaba cornudo conseguía que respondiera. Debía de abrigar una rabia santurróna en algún sitio, sin duda, ¿no era eso lo que exigía su dichoso código de caballería? Pero parecía vacío, hueco por dentro. Su matrimonio no había sido más que un laberinto para ratones dentro del cual ambos llevaban vidas inconexas y se encontraban solo por casualidad antes de seguir por caminos separados. En aquel momento ella brincaba hacia la salida.

–Fiona, podemos...

–No, David. No podemos.

El teléfono había empezado a sonar con su timbre insistente e irresistible, emplazándolo a cumplir con su deber, una tarea a la que había dedicado su vida

y a la cual se le pedía ahora que entregara su matrimonio. Hemos pasado buenos momentos, ¿no?, deseaba alegar, pero solo podía recordar momentos que eran más buenos que fantásticos, y habían tenido lugar hacía mucho, muchísimo tiempo. Ella siempre había estado en un distante segundo plano, sin ser consciente de ello, pero ahora que había decidido sincerarse, resultaba innegable. Miró a Fiona con unos ojos llorosos que expresaban dolor y suplicaban perdón; no había rencor. Pero sí miedo. El matrimonio había sido un ancla de salvación en los embravecidos mares emocionales, evitando que lo zarandearan vientos tempestuosos y lo arrojaran hacia sendas temerarias y carentes de control. El matrimonio. Había funcionado precisamente porque había sido mera forma sin sustancia, como el canto repetitivo de salmos al que lo habían obligado durante sus tristes años de colegial en Ampleforth. El matrimonio había sido una carga pero, para él, una carga necesaria, una distracción, un divertimento estratégico. Había habido negación por su parte, pero lo había hecho por protegerse. Y en este momento estaban cortando la cadena del ancla.

Fiona se sentaba inmóvil al otro lado de la mesa cubierta de tostadas, fragmentos de cáscara de huevo y piezas de porcelana, la mezclanza y las migajas domésticas que representaban la suma total de su vida juntos. El teléfono seguía reclamándolo. Sin una palabra más, Mycroft se levantó para contestar.

—Pasa, Tim, y cierra la puerta.

Urquhart estaba sentado en la Sala del Gabinete, solo aparte del recién llegado, y ocupaba la única silla de brazos de las que rodeaban la mesa con forma de ataúd. Ante sí tenía una única carpeta de piel y un teléfono. El resto de la mesa estaba vacía.

—No es precisamente lujoso, ¿verdad? Pero está empezando a gustarme. — Urquhart soltó una risita.

Tim Stamper miró alrededor y le sorprendió advertir que no había nadie más. Era el fiel ayudante de Urquhart, su mano derecha, o lo había sido hasta media hora antes, cuando este último había cambiado su puesto de whip por el de primer ministro. El papel de un whip es misterioso, y el de su ayudante, invisible, pero su unión había supuesto una fuerza de influencia incalculable, puesto que la oficina del whip es la base desde la que se mantiene la disciplina en el seno del partido parlamentario mediante una juiciosa mezcla de espíritu de

equipo, amenazas y la brutalidad más absoluta. Stamper tenía unas cualidades ideales para el trabajo: una cara enjuta y demacrada con una nariz protuberante y unos ojos oscuros de brillo excepcional que le daban la apariencia de un hurón, y la capacidad de hurgar en los rincones oscuros de la vida privada de sus colegas para dejar al descubierto sus debilidades personales y políticas. Era un juego de vulnerabilidades, que consistía en proteger la propia y aprovecharse de la de los demás. Hacía mucho tiempo que era el protegido de Urquhart; quince años más joven que éste, era un antiguo agente inmobiliario de Essex, así que se trataba de una atracción entre polos opuestos. Urquhart era sofisticado, elegante, académico, refinado en extremo; Stamper no era nada de eso y llevaba trajes de confección de British Home Stores. Sin embargo, lo que sí compartían era quizá más importante: ambición, una arrogancia que para uno era intelectual y para el otro instintiva, y la capacidad de comprender el poder. La combinación había demostrado ser increíblemente eficaz en las maquinaciones para allanar el camino de Urquhart hasta el cargo de primer ministro. El turno de Stamper llegaría, ésa había sido la promesa implícita. En ese momento estaba ahí para recoger lo sembrado.

–Primer ministro. –Le ofreció una teatral reverencia de respeto–. Primer ministro –repitió, practicando una entonación diferente, como si intentara venderle la plena propiedad del cargo.

Stamper tenía una forma de ser familiar, casi afeminada, que ocultaba el temple que había debajo, y los dos colegas empezaron a reírse de un modo que se las apañó para resultar burlón y conspirador, como dos rateros después de una expedición nocturna. Stamper tuvo buen cuidado de asegurarse de que dejaba de reír primero; no estaría bien ganarle a socarrón a un primer ministro. Habían compartido muchas cosas en los últimos meses, pero era consciente de que los primeros ministros tenían tendencia a contenerse ante sus colegas, incluso ante quienes conspiraban con ellos, y Urquhart no siguió riéndose durante mucho rato.

–Tim, quería verte completamente *à deux*.

–Es probable que eso signifique que me toca una buena bronca. Vamos a ver, ¿qué he hecho?

Su tono fue ligero, y aun así Urquhart captó la ansiedad en la comisura de los

labios de Stamper, y se percató de que estaba disfrutando de la sensación de dominio que entrañaba la incomodidad de su colega.

—Siéntate, Tim. Frente a mí.

Stamper cogió la silla y miró a su viejo amigo. Lo que vio no hizo sino confirmarle lo mucho que había cambiado su relación. Urquhart estaba sentado ante un gran retrato al óleo de Robert Walpole, el primero, y posiblemente el mejor, primer ministro moderno, que llevaba dos siglos observando las deliberaciones en esa estancia de los poderosos y los embusteros, los desgraciados y los miserablemente débiles. Urquhart era su sucesor, elevado por sus pares, designado por su monarca y en ese momento en posesión de su cargo. Por el teléfono que tenía junto a sí podía llamar a hombres de Estado a cumplir con su destino u ordenarle al país que entrara en guerra. Era un poder que no compartía con hombre alguno en el reino; en realidad ya no era solo un hombre sino que, para bien o para mal, era ahora parte de la historia. Si en la historia merecería una nota a pie de página o un capítulo entero, el tiempo lo diría.

Urquhart sintió el remolino de sensaciones del otro hombre.

—Diferente, ¿no es así, Tim? Y nunca seremos capaces de dar marcha atrás. No me he percatado hasta hace un momento; no lo he hecho mientras estaba en palacio, ni aquí con los medios ante la puerta, ni siquiera cuando he entrado. Todo parecía una gran obra de teatro en la que tan solo me habían dado un papel. Sin embargo, cuando he cruzado el umbral, todos los trabajadores de Downing Street se habían reunido en el vestíbulo, desde el funcionario de más alto rango del país hasta los empleados de la limpieza y telefonistas, quizá había doscientos. Me han recibido con tanto entusiasmo que casi esperaba que me lanzaran ramos. Qué euforia produce el aplauso —añadió con un suspiro—. Se me estaba empezando a subir a la cabeza, hasta que he recordado que apenas una hora antes habían llevado a cabo la misma rutina con mi predecesor cuando se alejaba hacia el olvido. Es probable que toda esa gente aplaudiera en su propio funeral. —Se humedeció los finos labios, como tenía por costumbre hacer cuando reflexionaba—. Entonces me han traído aquí, a la Sala del Gabinete, y me han dejado solo. Estaba en completo silencio, como si hubiese caído en una cápsula del tiempo. Todo en orden, meticuloso, a excepción de la silla de primer ministro, que habían apartado un poco. ¡Para mí! No ha sido hasta que la he

tocado, cuando he pasado el dedo por su respaldo, cuando he comprendido que nadie iba a gritarme si me sentaba, que finalmente he caído en la cuenta de dónde estaba. No es solo otra silla ni otro trabajo, sino el único de esta clase. Sabes que no soy un hombre humilde por naturaleza y, sin embargo, demonios, durante un momento me he sentido abrumado. –Siguió un prolongado silencio antes de que su palma golpeará la mesa–. Pero no te preocupes, ¡me he recuperado!

Urquhart soltó su risa conspiradora una vez más, pero Stamper solo logró esbozar una tímida sonrisa mientras esperaba a que finalizaran los recuerdos y se pronunciara su destino.

–Manos a la obra, Tim. Hay muchas cosas que hacer y, como siempre, te quiero a mi lado.

La sonrisa de Stamper se volvió más amplia.

–Vas a ser mi presidente del partido.

La sonrisa desapareció con rapidez. Stamper no pudo ocultar su confusión y su decepción.

–No te preocupes, te encontraremos alguna prebenda ministerial para conseguirte un asiento en la mesa del Gabinete, jefe de administración del duque de Lancaster o algún disparate similar. Pero por el momento quiero tus guantes de boxeo defendiendo con firmeza la maquinaria del partido.

Stamper apretaba los dientes con furia, intentando poner en orden sus argumentos.

–Pero no han pasado ni seis meses desde las últimas elecciones, y queda un buen trecho hasta las siguientes. Tres, quizá cuatro años. Contar sujetapapeles y resolver disputas entre los presidentes de distritos electorales de barrio no es precisamente mi fuerte, Francis. Deberías saberlo después de lo que hemos pasado juntos. –Era un llamamiento a su antigua amistad.

–Piénsalo bien, Tim. Tenemos una mayoría parlamentaria de veintidós y un partido que está hecho pedazos debido a la reciente contienda por el liderazgo. Y estamos a punto de recibir una paliza por culpa de la condenada recesión. Estamos peor que nunca en los sondeos de opinión y nuestra mayoría no durará tres o cuatro años. Nos van a hacer añicos cada vez que se elija quién ocupa un escaño vacante y solo tenemos que perder diez o doce de ellos para que este

Gobierno quede sentenciado. Es decir, a menos que puedas garantizarme que no habrá escaños vacantes, que has encontrado algún medio mágico para asegurarnos de que no pillen a ninguno de nuestros estimados colegas solicitando votos en un burdel, malversando fondos de la iglesia o simplemente sucumbiendo a la senilidad y una senectud excesiva, ¿no?

–Tampoco suena muy divertido para un presidente de partido.

–Tim, los dos próximos años van a ser un infierno, y es probable que no tengamos una mayoría suficiente para sobrevivir más allá de la recesión. Si es doloroso para el presidente del partido, será una condenada agonía para el primer ministro.

Stamper guardaba silencio, nada convencido, no muy seguro de qué decir. El entusiasmo y los sueños de unos minutos antes se habían ido al cuerno.

–Nuestro futuro puede medirse casi en segundos –continuó Urquhart–. Experimentaremos un pequeño repunte en popularidad a causa de mi período de gracia, mientras la gente me conceda el beneficio de la duda. No durará más allá de marzo.

–Eres muy preciso al respecto.

–Por supuesto que lo soy. Porque en marzo se publicarán los presupuestos. Será muy jodido. Dejamos que los mercados fueran a todo gas para abrirnos paso en la reciente campaña electoral, y el día del juicio por ese pequeño detalle está justo a la vuelta de la esquina. Le pedimos prestado a Pedro para sobornar a Pablo, ahora tenemos que volver a robarles la cartera a ambos. No va a gustarles la idea. –Hizo una pausa, parpadeando con rapidez mientras ordenaba sus pensamientos–. Y eso no es todo. Nos van a pegar un palo desde Brunéi.

–¿Cómo?

–El sultán de ese diminuto Estado infestado de petróleo es un gran anglófilo y una de las personas con más libras esterlinas del mundo. Un amigo leal. Por desgracia, no solo está al corriente del lío en el que estamos metidos sino que además tiene sus propios problemas. De modo que va a deshacerse de parte de sus libras, como mínimo tres mil millones de ellas pululando por los mercados como huérfanos en busca de un hogar. Eso crucificará la moneda y alargará la recesión por lo menos un año más. En honor de los viejos tiempos, dice que venderá solo cómo y cuándo nosotros sugiramos. Siempre y cuando sea antes de

los próximos presupuestos generales.

Stamper tenía dificultades para tragar, se le había secado la boca.

Urquhart empezó a reírse pero sin el más mínimo indicio de sentido del humor.

—¡Y hay más, Tim, hay más! Encima la oficina del fiscal general ha hecho saber con discreción que el juicio a sir Jasper Harrod empezará justo después de Semana Santa. O sea, el veinticuatro de marzo, para que te ahorres buscarlo. ¿Qué sabes sobre sir Jasper?

—Solo lo que sabe la mayoría de la gente, supongo. Un hombre que se ha hecho a sí mismo, multimillonario, presidente de la mayor empresa de *leasing* de ordenadores del país. Trabaja mucho con departamentos gubernamentales y autoridades locales, y se le acusa de haber pagado sustanciales sobornos por todas partes para mantener sus contratos. Muy generoso con las organizaciones benéficas, creo recordar, motivo por el que logro su «S».

—Logró su título de sir, Tim, porque era uno de los mayores contribuyentes del partido. Con lealtad y discreción durante muchos años.

—Y ¿cuál es el problema?

—Tras haber acudido en nuestra ayuda siempre que se lo hemos pedido, ahora espera la misma lealtad por nuestra parte. Que tiremos de unos cuantos hilos con el fiscal general del Estado. Lo que por supuesto no podemos hacer, pero se niega a entenderlo.

—Hay más, sé que hay más...

—E insiste en que si el caso va a juicio tendrá que revelar sus sustanciales donaciones al partido.

—¿Y bien?

—Que se pagaron todas en efectivo. Entregadas en maletines.

—Oh, mierda.

—La suficiente para que nos den a todos unas hemorroides de narices. No solo donó al partido en sí sino que apoyó las campañas de las circunscripciones electorales de casi todos los miembros del Gabinete.

—No me digas más. Todo gastado en cosas que no figuraron como gastos electorales.

—En mi caso, todo se registró religiosamente y soportaría el escrutinio público.

En otros casos... –Arqueó una ceja–. Según me han contado, a última hora de esta misma tarde para darles la razón a nuestros maravillosos diputados sin cargo específico, el ministro de Comercio utilizó el dinero para pagar a una amante problemática que amenazaba con sacar a la luz ciertas cartas comprometedoras. Se le entregó a la mujer en cuestión, y Harrod aún conserva el cheque cancelado.

Stamper empujó la silla hacia atrás hasta que quedó balanceándose sobre las patas traseras, como si tratara de distanciarse de algo tan absurdo.

–Por Dios, Francis, ¿tenemos toda esta basura a punto de estallarnos en la cara a mil kilómetros por hora y tú quieres que sea presidente del partido? Si no te importa, prefiero pedir asilo en Libia. ¿Por Semana Santa dices? Hará falta algo más que una condenada resurrección para salvar a quienquiera que pillen en medio de ese asunto.

Sentía que se había quedado sin energía y resistencia y agitó los brazos con gesto de tristeza, pero Urquhart se inclinaba hacia él con gran apasionamiento y la tensión estaba agarrotándole el cuerpo.

–Por Semana Santa. Exacto. Lo que significa que tenemos que movernos antes, Tim. Utilizar el período de gracia, darle una paliza a la oposición, ir por delante de la recesión y conseguir una mayoría que dure hasta que hayamos dejado el fuego antiaéreo bien atrás.

La voz de Stamper sonó entrecortada.

–¿Te refieres a unas elecciones?

–A mediados de marzo. Lo que nos concede exactamente catorce semanas, y solo diez hasta que tenga que anunciarlo, y durante ese tiempo te quiero como presidente del partido para que ajustes al máximo la maquinaria electoral. Hay que hacer planes, conseguir dinero, oponentes a los que avergonzar. Y todo sin que nadie tenga la más mínima idea de lo que les vamos a soltar.

La silla de Stamper volvió a caer hacia delante con estrépito mientras él intentaba poner las ideas en orden.

–Presidente del partido, joder.

–No te preocupes. Es solo durante catorce semanas. Si todo va bien podrás elegir cualquier departamento del Gobierno que quieras. Y si no... Bueno, ninguno de nosotros tendrá que preocuparse por un puesto en política nunca más.

–Esto es espantoso.

Elizabeth Urquhart arrugaba la nariz casi con violencia mientras inspeccionaba la habitación. Hacía varios días que los Collingridge se habían llevado sus últimos efectos personales del pequeño piso sobre el número 10 de Downing Street, reservado para el uso de los primeros ministros, y en ese momento la sala de estar tenía el aspecto de un hotel de tres estrellas. Carecía de personalidad alguna, pues ésta se había ido también en las cajas de embalaje, y lo que quedaba estaba en buen estado pero su estética recordaba a la de la sala de espera de una antigua estación de trenes británica.

–Sencillamente repugnante. No puede ser –insistió dirigiendo la mirada hacia el papel pintado, donde casi esperaba encontrar la imagen descolorida de una fila de patos chinos volando.

Se distrajo durante unos instantes al pasar junto a un gran espejo en la pared, en el que comprobó a hurtadillas el llamativo tinte rojo que le habían puesto en la peluquería unos días antes, cuando esperaba la votación definitiva para la elección del líder del partido. Reflejos de celebración, según la estilista, pero ya nadie creería que aquel tono era natural y se había encontrado ajustando constantemente el color con el mando a distancia, preguntándose si sería el momento de cambiar de televisor o de peluquería.

–Qué personas tan extraordinarias tienen que haber sido –murmuró quitándose una mota de polvo imaginaria de la pechera de su traje de Chanel mientras la secretaria de su marido en la Cámara de los Comunes, que la acompañaba en la ronda de inspección, se enterraba en su cuaderno.

La secretaria pensó que los Collingridge le caían bastante bien; era más categórica con respecto a Elizabeth Urquhart, cuyos ojos, muy fríos, le daban cierto aspecto depredador, y cuyas dietas constantes para impedir el aumento de la celulitis en su cuerpo forrado de ropa cara parecían dejarla en un estado de impaciencia continua, al menos con otras mujeres, en particular aquellas más jóvenes que ella.

–Averigua cómo podemos deshacernos de todo esto y entérate del presupuesto para volver a amueblarlo –espetó la señora Urquhart, que encabezaba enérgicamente la marcha por el pasillo corto que conducía a las negras entrañas del piso y al caminar se daba golpecitos de reproche con las yemas de los dedos

en la papada.

Soltó un chillido de alarma cuando pasó junto a una puerta a su izquierda, detrás de la cual descubrió una pequeña cocina de fogones, un fregadero de acero inoxidable, baldosas rojas y negras de plástico, y que no había ni rastro de un microondas. Su tristeza fue completa tras inspeccionar el claustrofóbico comedor, con la atmósfera de un ataúd cerrado y vistas a un ático mugriento y a un tejado. De vuelta en la sala de estar, estaba sentada en uno de los sillones de rosas estampadas del tamaño del pie de un elefante, sacudiendo la cabeza, decepcionada, cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta del vestíbulo.

—¡Pase! —ordenó, recordando con tristeza que la puerta de entrada ni siquiera tenía cerradura, por motivos de seguridad según le habían dicho, pero sospechaba que era más bien para conveniencia de los funcionarios que iban y venían cargados de papeles y despachos—. Y a esto lo llaman hogar —se lamentó, hundiendo la cabeza entre las manos con dramatismo.

Se animó al alzar la vista para inspeccionar a su visitante. No llegaba a los cuarenta, era delgado y llevaba el pelo cortado con maquinilla.

—Señora Urquhart. Soy el inspector Robert Insall, del departamento de Seguridad —anunció él con marcado acento londinense—. Estuve de supervisor de la protección de su marido durante las elecciones, y ahora han sido lo bastante ingenuos como para hacerme responsable de la seguridad aquí, en Downing Street.

Tenía una sonrisa y un encanto natural que despertaron la simpatía de Elizabeth Urquhart y un tipazo que no pudo sino admirar.

—Estoy segura de que estaremos en buenas manos, inspector.

—Haremos cuanto podamos. Pero las cosas van a ser algo diferentes para usted, ahora que está aquí —prosiguió—. Hay varios detalles que necesito explicarle, si tiene un momento.

—Venga y tape alguno de estos muebles horrorosos, inspector, y cuéntemelo todo...

Landless saludó con la mano al ver que la gente aplaudía. Los curiosos no tenían ni idea de quién iba sentado tras el cristal ahumado del Silver Spur, pero era un día histórico y querían formar parte de él. Las pesadas verjas metálicas que custodiaban la entrada a Downing Street se abrieron en muestra de respeto y los

policías de guardia ofrecieron un elegante saludo. Landless se sentía bien, incluso mejor cuando vio la acera de enfrente repleta de cámaras y periodistas.

–¿Te va a ofrecer un trabajo, Ben? –exclamó un coro de voces cuando se levantó con esfuerzo del asiento trasero del coche.

–Ya tengo un trabajo –refunfuñó con su consabida mirada de amo y señor, y disfrutando de cada instante. Se abrochó la chaqueta para que no le aleteara en los costados.

–¿Un título nobiliario, quizá? ¿Un escaño en la Cámara de los Lores?

–¿Barón Ben de Bethnal Green? –Su rostro rechoncho expresó desaprobación–. Suena más a número de una comedia de variedades que como un título.

Aquello provocó muchas risas, y Landless se volvió para cruzar la reluciente puerta negra y entrar en el vestíbulo, pero un mensajero que llevaba un montón de flores llegó antes que él al escalón. Dentro había un gran despliegue de ramos y cestas, todos aún por desenvolver, y no paraban de llegar más. Las floristerías de Londres, al menos temporalmente, podían olvidarse de la recesión. Guiaron a Landless a lo largo de la alfombra roja que iba desde la puerta de entrada hasta la Sala del Gabinete en el otro extremo del estrecho edificio, y se encontró caminando a toda prisa. Aminoró el paso, saboreando la sensación. No recordaba cuándo se había sentido tan emocionado por última vez. Un solícito funcionario lleno de granos lo hizo pasar directamente a la Sala del Gabinete y cerró la puerta en silencio detrás de él.

–Ben, bienvenido. Pasa. –Urquhart le hizo un ademán de saludo pero no se levantó. La mano señaló una silla al otro lado de la mesa.

–Un gran día, Francis, un gran día para todos nosotros.

Landless le hizo una inclinación de cabeza a Stamper, que estaba apoyado en un radiador apostado como un guarda pretoriano, y Landless advirtió que le molestaba su presencia. Todos sus tratos anteriores con Urquhart habían sido a solas; al fin y al cabo, no habían invitado a espectadores cuando trazaban los planes para dejar exhausto y abrumado al jefe de Gobierno electo. En aquellas ocasiones anteriores, Urquhart siempre había sido quien suplicaba, y Landless el poderoso; pero ahora, cuando miró más allá de la mesa, se percató de que las cosas eran distintas y sus papeles se habían intercambiado. De repente,

sintiéndose incómodo, extendió la mano para felicitar a Urquhart, pero fue un gesto torpe. Urquhart se vio obligado a dejar el bolígrafo, echar su gran silla hacia atrás, levantarse y tender la mano, para acabar dándose cuenta de que la mesa era demasiado ancha y que cuanto podían hacer era rozarse los dedos.

–Bien hecho Francis –farfulló Landless con timidez, y se sentó–. Significa mucho para mí que me hayas invitado a venir aquí en tu primera mañana como primer ministro. En particular del modo en que lo has hecho. Pensaba que tendría que entrar a hurtadillas por la parte de atrás entre los cubos de basura, pero debo decir que me he sentido muy bien cuando he pasado junto a todas esas cámaras y focos de televisión. Aprecio la demostración pública de confianza, Francis.

Urquhart extendió los brazos, un gesto destinado a reemplazar las palabras que no acababa de encontrar, aunque Stamper intervino.

–Primer ministro –corrigió con énfasis. Su propósito era regañar al magnate de la prensa por su excesiva familiaridad, pero sus palabras resbalaron por el pellejo de Landless sin hacer mella–. Lo lamento, pero el nuevo lord canciller llegará dentro de cinco minutos.

–Discúlpame, Ben. Ya empiezo a descubrir que un primer ministro no es un amo, solo un esclavo. De los horarios, en su mayor parte. Vamos al grano, si no te importa.

–Así me gusta. –Landless se movió hacia delante en la silla, expectante.

–Tú controlas el grupo del *Telegraph* y has hecho una oferta pública de adquisición para hacerte con United Newspapers, y le toca al Gobierno decidir si esa oferta sería de interés público.

Urquhart tenía la vista clavada en su cartapacio, no como un juez que dictara sentencia sino más bien como si leyera un guión. A Landless no le gustaba esa repentina formalidad, tan distinta a su conversación previa sobre el asunto.

Urquhart había vuelto a tender las manos con las palmas abiertas como si buscara palabras esquivas. Finalmente, apretó los puños.

–Lo siento, Ben. No puede ser.

Los tres hombres se convirtieron en efigies mientras las palabras describían círculos por la habitación como aves de rapiña.

–¿Qué coño quieres decir con que no puede ser, joder? –Su tono sonó salido

directamente de la calle, el barniz había resbalado.

–El Gobierno no cree que sea de interés nacional.

–Y una mierda, Francis. Teníamos un trato.

–El primer ministro tuvo buen cuidado durante toda la campaña por el liderazgo de no ofrecer compromisos sobre las ofertas de adquisición, los archivos públicos al respecto lo demuestran con claridad –intervino Stamper.

Landless lo ignoró, tenía toda su atención puesta en Urquhart.

–¡Teníamos un trato! Tú lo sabes. Yo lo sé.

–Como te he dicho, Ben, un primer ministro no siempre es quien manda. Los argumentos a favor de rechazar tu oferta son irrefutables. Tú ya eres propietario de más del treinta por ciento de la prensa nacional; United te daría casi el cuarenta.

–Mi treinta por ciento te ha respaldado en cada paso del camino, como lo haría mi cuarenta. Ése era el trato.

–Lo que aún deja más de un sesenta por ciento que nunca perdonaría ni olvidaría. Verás, Ben, los números sencillamente no cuadran. Para el interés nacional, no. Ni para un nuevo Gobierno que cree en la competencia, en servir al consumidor más que a las grandes corporaciones.

–Gilipolces. ¡Teníamos un trato!

Sus grandes puños cayeron sobre la mesa desnuda.

–Ben, es imposible. Tienes que saberlo. En mi primer acto como primer ministro no puedo dejar que hagas picadillo la industria de la prensa británica. No es un buen negocio. No es buena política. La verdad es que provocaría titulares terribles en todas las demás primeras planas.

–Pero hacerme picadillo a mí supondría unos titulares de puta madre, ¿no es eso? –Landless adelantaba la cabeza como un toro a punto de embestir y los carrillos le temblaban de ira–. De manera que por eso me has pedido que entrara por la puerta principal, qué cabrón. Me han visto llegar, y me verán salir. Con los pies por delante. Has organizado una ejecución pública ante las cámaras del mundo entero. Un gordo capitalista como chivo expiatorio. Te lo advierto, Frankie. Voy a luchar contra ti a cada paso del camino, con todo lo que tengo.

–Lo que nos deja solo a un setenta por ciento de los periódicos además de todos los programas de televisión y radio para aplaudir a un primer ministro que

se ha mostrado enérgico públicamente –terció Stamper con desdén mientras se examinaba las uñas–. Y que no teme dar la espalda a sus amigos más íntimos si el interés nacional lo requiere. Una buena historia.

A Landless le llovía el fuego de ambos flancos, de ambos cañones. Su rostro carmesí se enrojeció aún más y le tembló todo el cuerpo de pura frustración. No conseguía encontrar palabras con las que regatear o persuadir, no era capaz de hacer un trueque ni de intimidar, y solo le quedó el argumento físico de golpear la mesa con los puños cerrados.

–Miserable pedazo de m...

De repente se abrió la puerta y entró Elizabeth Urquhart en plena perorata.

–Francis, es imposible, del todo imposible. El piso es espantoso, la decoración es un horror y me informan de que no queda suficiente dinero en el presupuesto... –Se interrumpió al advertir los puños de Landless temblando a diez centímetros de la mesa.

–Lo ves, Ben, un primer ministro no manda ni siquiera en su propia casa.

–Ahórrame el sermón.

–Ben, piénsalo bien. Olvídate de ese tema. Habrá otros acuerdos, otros intereses por los que querrás luchar, en los que puedo ayudar. Te sería útil tener un amigo en Downing Street.

–Eso pensé cuando te di mi apoyo para que fueras primer ministro. Me equivocaba. –Landless había recuperado el control, sus manos se veían firmes, clavaba una mirada glacial en Urquhart, y solo el temblor de sus carrillos revelaba la tensión interior.

–Discúlpenme si he interrumpido –dijo Elizabeth, incómoda.

–El señor Landless ya se iba, creo –zanjó Stamper desde su puesto de guardia junto al radiador.

–Lo siento –repitió Elizabeth.

–No se preocupe –respondió Landless con la vista fija aún en su marido–. No puedo quedarme. Me acabo de enterar de que tengo que ir a un funeral.

–Ben, en serio, si hay algo que yo pueda hacer...

Landless no respondió. Se puso en pie y se abotonó la chaqueta con resolución, se ajustó la corbata y cuadró los anchos hombros antes de salir a grandes zancadas para enfrentarse a las cámaras.

–No quiero ni oír hablar del tema, David.

Era absurdo, Mycroft estaba confuso; había demasiadas dudas en el aire, temores que no podía o no se atrevía a entender, de los que tenía que hablar con el rey, por el bien de ambos. Pero se veía limitado a intercambiar unas cuantas palabras medio tragándose el agua clorada mientras se abrían paso en las olas de la piscina de palacio. La única interrupción que consentía el rey en la programación de su ejercicio diario era la de pasar de crol a braza, lo que le permitía a Mycroft seguir su ritmo con mayor facilidad. Lo que mantenía al rey en excelente forma física era su estricta disciplina, y todos los que le servían tenían que esforzarse en no quedar atrás.

El rey era un firme defensor de las formas dentro del matrimonio, eran gajes del oficio, como diría él, y a Mycroft le había parecido necesario hacerle la propuesta.

–Es lo mejor, señor –insistió–. No puedo permitir que se vea envuelto en mis problemas personales. Necesito un poco de tiempo para organizarme. Lo mejor para todos nosotros es que presente mi dimisión.

–No estoy de acuerdo. –El rey escupió agua, decidió por fin acabar la conversación en tierra firme y se dirigió hacia la pared de mármol de la piscina–. Hemos sido amigos desde la universidad y no voy a echar a perder los últimos treinta años simplemente porque algún viperino cronista de sociedad pueda enterarse de tus problemas privados. Me sorprende que hayas pensado que lo consideraría. –Metió la reluciente cabeza por última vez debajo del agua cuando llegaba a la escalerilla–. Formas parte del consejo de administración de esta compañía, y así es como van a seguir las cosas.

Mycroft meneó la cabeza como un perro, intentando ver con claridad. No se trataba solo del matrimonio, por supuesto, sino también de todas las otras presiones que lo agobiaban y que le hacían sentirse tan aprensivo y desgraciado. Si no lograba ser del todo honesto ni siquiera consigo mismo, ¿cómo pretendía que el rey lo entendiera? Pero debía intentarlo.

–De repente todo parece diferente. La casa. La calle. Mis amigos. Incluso yo parezco diferente, para mí mismo. Es como si mi matrimonio hubiese sido una lente que le diera al mundo una perspectiva particular durante todos estos años, y ahora que ha desaparecido nada fuera lo mismo. Es un poco aterrador...

–Lo lamento, de verdad, lo de Fiona. A fin de cuentas, soy el padrino de tu hijo mayor, estoy implicado. –El rey cogió su toalla–. Pero, maldita sea, las mujeres tienen sus propias y extraordinarias formas de comportarse y no puedo presumir de que las entienda. Lo que sí sé, David, es que no tendría sentido que intentaras resolver tus problemas tú solo, que dejaras atrás no solo tu matrimonio sino también lo que tienes aquí. –Puso una mano sobre el empapado hombro de Mycroft. El contacto fue muy íntimo, y su voz expresó preocupación–. Tú me entiendes, David, siempre lo has hecho. Me conoce el mundo entero pero muy pocos me comprenden. Tú lo haces, tú entiendes. Te necesito, no permitiré que dimitas.

Mycroft clavó la mirada en el rostro angular de su amigo. Se encontró pensando que la delgadez del rey lo hacía parecer demacrado y demasiado viejo para su edad, en especial por lo ralo que tenía ahora el pelo. Era como si una hoguera interna estuviera consumiendo al rey demasiado rápido. Quizá se preocupaba demasiado.

Preocuparse demasiado, ¿era eso posible? Fiona había arrojado a Mycroft de nuevo a la piscina y él estaba pataleando en aguas profundas, incapaz de tocar fondo. Se le ocurrió que nunca había tocado fondo, ni una vez en su vida. Lejos de preocuparse demasiado, se dio cuenta de que en realidad nunca le había importado en absoluto, y entenderlo así, de repente, le hizo sentir pánico, le hizo desear huir antes de ahogarse. Su vida sentimental había sido amorfa, sin sustancia ni raíces. Excepto ahí, en el palacio, que en ese momento le proporcionaba su único apoyo. El hombre al que una vez arrojó completamente vestido a la fuente de la universidad a través de la capa de hielo y que salió escupiendo hojas y acabó abrazando la taza del retrete estaba diciendo, de la única forma que se lo permitía una vida entera de autocontrol, que se preocupaba por él. De pronto importaba, y mucho.

–Gracias, señor.

–No conozco ni un solo matrimonio real, corriente o sencillamente vulgar, que no haya pasado por una criba; cuesta muy poco pensar que estás solo, olvidar que casi todo el mundo que conoces ha pasado por el mismo aro.

Mycroft recordó que Fiona y él habían pasado separados muchísimas noches de su matrimonio e imaginó qué habría estado haciendo ella cada una de esas

noches. Había habido muchos aros. No le importaba, ni siquiera eso. Así pues, ¿qué le importaba?

–Te necesito, David. He esperado toda mi vida para estar donde estoy hoy. ¿No recuerdas las interminables noches en la universidad cuando nos sentábamos con una botella de oporto entre ambos y hablábamos de lo que haríamos cuando tuviéramos la oportunidad? Nosotros, David, tú y yo. Ahora la oportunidad ha llegado, no podemos despreciarla. –Hizo una pausa mientras un lacayo de librea depositaba una bandeja de plata con dos tazas de té de hierbas en la mesa de la piscina–. Si de verdad todo ha acabado con Fiona, trata de dejarlo atrás. Mira hacia delante, conmigo. No puedo empezar el período más importante de mi vida perdiendo a uno de mis amigos más importantes y de mayor confianza. Hay tanto que hacer, para ambos. –Empezó a secarse vigorosamente con la toalla, como si hubiera decidido empezar en ese mismo instante–. No tomes ninguna decisión ahora. Aguanta un par de meses y, si todavía sientes que necesitas un descanso, lo arreglaremos. Pero hazme caso, quédate conmigo. Todo irá bien, te lo prometo.

Mycroft no estaba convencido. Quería correr, pero no tenía adónde ir y nadie hacia quien correr. Y la idea de lo que podía encontrar si se alejaba demasiado lo abrumaba. Después de tantos años era libre, y no sabía si podía manejar esa libertad. Se puso en pie, con el agua goteándole de la punta de la nariz y a través del bigote, sopesando sus dudas y comparándolas con la certeza del soberano. Le fallaba el sentido de la orientación, solo le funcionaba el sentido del deber.

–Y bien, ¿cómo te sientes, viejo amigo?

–Muerto de frío, señor. –Logró esbozar una leve sonrisa–. Vamos a darnos una ducha.

–Circula, Francis. Y sonrío. Se supone que esto es una celebración, no lo olvides.

Urquhart obedeció las instrucciones de su mujer y empezó a abrirse camino despacio a través de la abarrotada sala. Odiaba esos actos. Se suponía que era una fiesta de agradecimiento a los que lo habían ayudado a llegar a Downing Street, pero, cómo no, Elizabeth había intervenido para convertirlo en otra de sus veladas para codearse con todas las personas de las crónicas de sociedad que deseaba conocer.

–A los votantes les encanta que haya un poco de glamour –sostuvo.

Como cualquier otro Colquhoun orgulloso de ser quien era, siempre había deseado presidir su propia corte. De modo que, en lugar de una pequeña reunión de colegas, lo había arrojado a un torbellino de actrices, divos de la ópera, directores de prensa, hombres de negocios y famosillos diversos, y sabía que no iba a ser capaz de pasarse la velada charlando sin decir nada.

Los invitados habían acudido en tropel a través de la oscura noche de diciembre hasta los angostos confines de Downing Street, donde encontraron un gran árbol de Navidad ante la puerta del número diez, puesto allí según instrucciones de Elizabeth Urquhart para proporcionar a los televidentes la impresión de que aquélla era tan solo una familia más que esperaba ansiosa la celebración de las fiestas. En el número diez, las celebridades habían cruzado el umbral ignorando que acababan de pasar por un escáner oculto en busca de armas y explosivos. Entregaban sus capas y abrigos a cambio de una sonrisa y de un resguardo de guardarropía, y esperaban en fila con paciencia en las escaleras que conducían a la Sala Verde, donde los Urquhart recibían a sus invitados. Mientras serpenteaban con lentitud escaleras arriba, y pasaban ante las paredes cubiertas de retratos de antiguos primeros ministros, intentaban no posar la mirada en los demás invitados o en lo que tenían alrededor. Mirar fijamente implicaba que no habían hecho aquello ya cientos de veces. La mayoría poco tenía que ver con la política, algunos ni siquiera apoyaban al Gobierno, pero el entusiasmo con que los recibió Elizabeth Urquhart dejó a todos impresionados. El ambiente los estaba absorbiendo, los volvía miembros honorarios del equipo. Si el poder era una conspiración, ellos querían formar parte de ella.

Durante diez minutos, Urquhart tuvo problemas con la mezcla de invitados, sus ojos se movían inquietos y veloces de un punto fijo a otro, como si estuviera siempre en guardia, o a punto de atacar, obligado a escuchar las quejas de los hombres de negocios o las fórmulas sociales mal concebidas de moderadores de tertulias. Finalmente cogió del brazo a Tim Stamper y lo arrastró hacia un rincón, agradecido.

—¿Qué te da vueltas en la cabeza, Francis?

—Solo reflexionaba sobre lo aliviado que debe de sentirse Henry por no tener que soportar todo esto por más tiempo. ¿De verdad vale la pena?

—La ambición debería estar hecha de un material mejor.

–Si vas a citar a Shakespeare, hazlo bien, por el amor de Dios. Y preferiría que eligieras una obra que no fuera *Julio César*. Recordarás que se lo cargan mucho antes del intermedio.

–Me merezco la bronca. En el futuro, en tu presencia solo citaré *Macbeth*.

Urquhart sonrió a su pesar ante el sutil humor de Stamper y deseó poder pasar el resto de la velada midiéndose con él y maquinando las siguientes elecciones. En menos de una semana los sondeos ya los habían puesto tres puntos por delante gracias a que los votantes respondían bien a las caras nuevas, a la renovada sensación de urgencia que reinaba en Whitehall, a la pública expulsión de unos cuantos elementos de los menos aceptables del Gobierno.

–Les gusta el color de las sábanas de un mandato virgen –había informado Stamper–. Limpias, almidonadas, con la sangre justa para demostrar que estás haciendo tu trabajo. –Este Stamper tenía un estilo propio, desde luego.

Del otro extremo de la abarrotada sala les llegaba la risa de Elizabeth Urquhart entre el parloteo. Estaba inmersa en una conversación con un tenor italiano, uno de los mejores divos de la ópera y el que estaba más de moda de los que habían llegado a Londres en los últimos años. Lo estaba convenciendo, con una mezcla de adulación y encanto femenino, de que más tarde, durante la velada, les interpretara algo. Elizabeth se acercaba a los cincuenta, se conservaba bien y cuidaba mucho su aspecto, y el italiano ya estaba consintiendo. Se alejó a toda prisa para preguntar si en Downing Street había un piano.

–Ah, Dickie –exclamó Urquhart alargando la mano hacia el brazo de un hombre bajo y muy menudo, de enorme cabeza desproporcionada y con una mirada seria, que se había abierto paso con decisión entre la multitud hacia él.

Dickie era el nuevo ministro de Medio Ambiente, el miembro más joven del nuevo Gabinete, corredor de maratón, un entusiasta y un mediador, y había quedado profundamente impresionado por la decisión de Urquhart de convertirlo en defensor de las políticas verdes del Gobierno. Su nombramiento había recibido el aplauso de todos, excepto el de los grupos de presión más militantes, y sin embargo no se le veía nada contento en ese momento. El sudor le perlaba la frente; algo le inquietaba.

–Esperaba poder hablar contigo, Dickie –dijo Urquhart antes de que el otro tuviera la oportunidad de desahogarse–. ¿Qué hay de ese proyecto de

construcción en la calle Victoria? ¿Has tenido ya oportunidad de echarle un vistazo? ¿Vas a cubrirlo de hormigón o qué?

–Madre mía, no, primer ministro. He estudiado todas las opciones con cuidado, y la verdad es que creo que lo mejor sería olvidarnos de las opciones más extravagantes y decidirnos por algo tradicional. No por uno de esos edificios de acero y vidrio con aire acondicionado.

–Pero ¿seguirá tratándose de unas oficinas modernas? –intervino Stamper.

–Encajarán con el entorno de Westminster –prosiguió Dickie algo incómodo.

–Eso no es lo mismo ni mucho menos –respondió el presidente del partido.

–Los grupos de conservación del patrimonio pondrían el grito en el cielo si intentáramos convertir Westminster en el centro de Chicago –contestó Dickie a la defensiva.

–Ya veo. Los grupos de presión son los que planifican las cosas –dijo Stamper con una sonrisa cínica.

El ministro de Medio Ambiente pareció confuso ante el inesperado ataque, pero Urquhart acudió raudo a su rescate.

–No te preocupes por Stamper, Dickie. Solo lleva una semana en la sede del partido y ya no puede entrar en contacto con un grupo de presión sin liarse a rodillazos con ellos. –Sonrió. Aquello era bastante más divertido que aguantar los sermones de las dos robustas voluntarias de una organización benéfica que rondaban detrás de Dickie, listas para el ataque. Acercó a Dickie hacia sí para protegerse—. Y bien, ¿qué más te ronda por la cabeza?

–Ese misterioso virus que está matando a las focas en la costa del mar del Norte. Los científicos pensaban que había desaparecido, pero acaba de llegarme un informe de que el mar está dejando cuerpos de foca en todas las orillas de Norfolk. El virus ha vuelto. Por la mañana las playas estarán plagadas de cámaras y gacetilleros y las fotos de focas moribundas aparecerán en todas las noticias.

Urquhart esbozó una mueca.

–¡Gacetilleros!

Hacía años que no oía utilizar esa palabra. Dickie era un hombre muy serio y poco divertido, el hombre ideal para tratar con los ecologistas. Podrían aburrirse mutuamente durante meses con tanta formalidad. Siempre y cuando los mantuviera bien calladitos hasta después de marzo...

–He aquí qué vas a hacer, Dickie. Para cuando lleguen a las playas por la mañana, quiero que estés allí. Como muestra de la preocupación del Gobierno, disponible para responder a las preguntas de los... gacetilleros. –Con el rabillo del ojo, vio la sonrisita de Stamper–. Quiero tu cara en las noticias del mediodía de mañana. Al lado de esas focas muertas.

Stamper se tapó la boca con un pañuelo para sofocar la risa, pero Dickie asentía con la cabeza, muy serio.

–¿Tengo tu permiso para anunciar una investigación del Gobierno, si creo que es necesario?

–Claro. Por supuesto que lo tienes, mi querido Dickie. Dales lo que quieras, siempre y cuando no sea dinero.

–Pues si he de estar allí al amanecer, más me vale ponerme en marcha de inmediato. ¿Me disculpas, primer ministro?

Cuando el ministro de Medio Ambiente se alejó a toda prisa dándose aires hacia la puerta, Stamper ya no pudo controlarse más. Sus hombros se sacudieron de la risa.

–No te burles –le reprochó Urquhart con una ceja arqueada–. Las focas son un asunto serio. Se comen todo el maldito salmón, ¿no lo sabías?

Ambos hombres estallaron en carcajadas, al tiempo que las dos voluntarias decidían coger aire y lanzarse. Urquhart vio cómo rebotaban sus pechos al acercarse y se volvió con rapidez, para encontrarse cara a cara con una mujer joven, atractiva y muy elegante, con ojos grandes y provocadores. Parecía mucho más interesante jugar en esa liga que en la de las viejas matronas. Extendió la mano.

–Buenas noches. Soy Francis Urquhart.

–Sally Quine. –Era fría, menos efusiva que la mayoría de los invitados.

–Estoy encantado de que haya podido venir. ¿Y su marido...?

–Pues la verdad es que confío en que esté bajo una tonelada de cemento.

En ese momento, él detectó un suave acento nasal y miró con discreción pero con admiración el corte de su chaqueta regencia. Era roja con grandes puños, y la única decoración la proporcionaban unos pequeños pero ornamentados botones de metal que ofrecían un aspecto tanto llamativo como profesional. El cabello negro relucía de forma maravillosa bajo la luz de la araña.

–Es un placer conocerla, ¿señora...? Señorita Quine.

Urquhart captaba el intenso lenguaje corporal de aquella mujer, su independencia, y no pudo evitar advertir la tensión que expresaba la boca; algo la preocupaba.

–Confío en que lo esté pasando bien.

–Si le soy sincera, no demasiado. Me irrito mucho cuando un hombre intenta toquetearme y me elige a mí solo porque resulta que estoy sin pareja.

De modo que aquello era lo que la preocupaba.

–Entiendo. ¿Qué hombre?

–Primer ministro, soy una mujer de negocios. No llegaré muy lejos si soy una bocazas.

–Bien, déjeme adivinarlo. Tiene pinta de que esté aquí sin esposa. Es prepotente. Y es probable que político, si se siente lo bastante cómodo como para probar suerte en este sitio. Suena como un encanto de persona, ¿no es eso?

–Ese lameculos tiene tan poco encanto que ni siquiera ha tenido la decencia de decir por favor. Creo que eso es lo que me ha sulfurado más que nada. Esperaba que cayera rendida en sus brazos sin tan siquiera la cortesía básica de preguntarlo con educación. Y yo que pensaba que ustedes los ingleses eran unos caballeros.

–De modo que... Sin una esposa presente. Prepotente. Político. Sin modales. – Urquhart echó un vistazo por la habitación, todavía intentando evitar las miradas fijas de las matronas, cada vez más irritadas—. ¿Aquel caballero que lleva el llamativo traje de raya diplomática con chaleco, quizá? –Señaló a un hombre gordo casi de mediana edad que se enjugaba la frente con un pañuelo de topos, pues sudaba debido al calor cada vez más sofocante de la abarrotada estancia.

Se rió, sorprendida, confirmándolo.

–¿Lo conoce?

–Más me vale. Es mi nuevo ministro de Vivienda.

–Pues parece conocer bien a su hombre, señor Urquhart.

–Es mi principal recurso político.

–En ese caso, espero que entienda a sus mujeres igual de bien, y mucho mejor que ese ministro de Vivienda tan bruto... En el sentido político más que en el sexual –añadió por si acaso, y esbozó una sonrisa algo impertinente.

–No estoy seguro de seguirla.

–Las mujeres. Ya sabe, ¿qué son, el cincuenta y dos por ciento del electorado? Esas extrañas criaturas lo bastante buenas para compartir sus camas pero no sus clubes, y que opinan que su Gobierno les presta tanto apoyo y está tan a la altura de las circunstancias como la goma rota de unas bragas.

En una inglesa, su brusquedad se habría considerado mala educación, pero era corriente que los americanos tuvieran algo más de licencia. Hablaban, comían, se vestían diferente, eran incluso diferentes en la cama, según le habían contado a Urquhart, aunque no había tenido ninguna experiencia de primera mano. Quizá debería preguntarle al ministro de Vivienda.

–No será tan malo...

–Durante los dos últimos meses ha habido grandes divisiones en su partido mientras se elegía un nuevo líder. Ni uno solo de los candidatos era mujer. Y según las votantes, ninguno de los asuntos que discutieron era tampoco de gran relevancia para ellas. En especial para las jóvenes. Ustedes las tratan como si fueran copias inútiles de sus maridos. Pues a ellas no les gusta, y ustedes van a salir perdiendo. Mucho.

Urquhart se dio cuenta de que estaba cediendo el control de aquella conversación; ella lo estaba machacando con más eficacia de la que habría podido esperar de las representantes de la beneficencia, que para entonces se habían alejado con amarga decepción. Intentó recordar la última vez que había abierto en canal un sondeo de opinión y examinado sus entrañas, pero no lo logró. Había dado sus primeros pasos en política en una época en la que, más que los psicólogos y sus ordenadores, habían dominado la escena política los instintos y las ideas, y su instinto le había sido muy útil. Hasta entonces. Pero aquella mujer estaba haciendo que se sintiese caduco y desconectado. Y vio entonces cómo empujaban un piano hacia el rincón más alejado de la gran sala de recepciones.

–Señorita Quine, me gustaría mucho oír más opiniones tuyas, pero me temo que están a punto de requerirme para otras obligaciones. –Su esposa ya conducía al tenor de la mano hacia el piano, y Urquhart sabía que en cualquier momento iría en su busca para que lo presentara adecuadamente—. ¿Quizá estará libre en algún otro momento? Al parecer, sé mucho menos sobre las mujeres de lo que creía.

–Por lo visto esta noche estoy muy solicitada por los ministros del Gobierno – dijo ella, pensativa.

Su chaqueta se había abierto para dejar al descubierto un vestido de corte elegante pero sencillo, ceñido por un cinturón de hebilla enorme, lo que por primera vez le permitió echar un vistazo a su figura. Ella advirtió que él se había fijado y que le gustaba lo que veía.

–Espero que por lo menos usted sea capaz de decir por favor.

–Estoy seguro de que sí –contestó él con una sonrisa mientras su mujer le hacía señas de que se acercara.

Diciembre: segunda semana

Aquel año había pocos indicios de ambiente navideño. Aun así, los periodistas abandonaban los procesadores de texto para aglomerarse ante el mostrador de juguetes de Hamley y en los bares de karaoke. Para Mycroft, suponía menor presión en el trabajo, y deambulaba sin rumbo por las calles mojadas en busca de... no sabía muy bien qué.

De algo, cualquier cosa, que lo mantuviera alejado del silencio sepulcral de su casa. Las rebajas habían empezado pronto, incluso antes de Navidad, y aun así las entradas de las tiendas parecían llenas de jóvenes con acento del norte y manos mugrientas que pedían dinero, en lugar de clientes. ¿O era solo que nunca había tenido tiempo para fijarse en ellos? Hizo un intento de ir de compras navideñas por King's Road, pero enseguida se sintió frustrado. No tenía la menor idea de qué podían querer sus hijos, ni de qué les interesaba, y de todos modos pasarían la Navidad con su madre. «Su madre», no «Fiona». Reparó en la gran facilidad con la que había pasado a utilizar el léxico de quienes no se sentían queridos. Miraba fijamente el escaparate de una tienda que ofrecía provocativa lencería femenina, preguntándose si sería eso lo que llevaba su hija, cuando una chica que pese al maquillaje y el pintalabios no parecía mayor de dieciséis años interrumpió sus pensamientos. Hacía frío y lloviznaba, y aun así llevaba desabrochada la pechera del impermeable de plástico.

—Hola, guapetón. Feliz Navidad. ¿Necesitas algo para poner en tu arbolito? — Tiró del impermeable y dejó al descubierto un buen pedazo de carne joven y pálida—. Oferta especial de Navidad. Solo treinta libras.

Él la miró un buen rato, quitando mentalmente el resto del impermeable para descubrir una mujer que, bajo el plástico, la piel de imitación y el maquillaje, conservaba todo el vigor y la atractiva tersura de la juventud, incluso con unos dientes blancos y una sonrisa que casi podía tomar por auténtica. Mycroft no había hablado con nadie de nada que no fueran negocios durante más de tres días, y sabía que echaba desesperadamente de menos tener compañía. Incluso las riñas con su mujer sobre la marca de dentífrico habían sido mejor que el silencio, que nada. Necesitaba contacto humano, que alguien lo tocara, y después del comportamiento de Fiona no se sentiría culpable. Era una oportunidad de vengarse de ella en cierto modo, de ser algo más que un estúpido cornudo. Miró

una vez más a la chica e incluso mientras pensaba en la venganza lo invadió de pronto la repugnancia. Solo pensar en su desnudez, en sus pezones, en su vello corporal, en las partes rasposas de sus sobacos, en el simple olor que emanaba de ella, de repente le hizo sentir náuseas. Le entró pánico por la vergüenza de que le hicieran una proposición (¿y si lo veía alguien?), pero más por la sorprendente fuerza de sus propios sentimientos. La chica le parecía físicamente repugnante... ¿solo porque pertenecía al mismo sexo que Fiona? Se encontró con un billete de cinco libras en la mano, lo puso en la de ella y soltó:

—¡Lárgate! ¡Por Dios... lárgate!

En ese momento le entró más pánico al darse cuenta de que alguien podría haber visto cómo le daba dinero a la furcia; se dio la vuelta y echó a correr. Ella le siguió, llamándolo angustiada, pues no quería renunciar a un cliente potencial, en especial a uno que regalaba billetes de cinco. Él había corrido setenta metros antes de comprender que seguía haciendo el ridículo en plena calle, y vio la puerta de un club. Entró en él a toda prisa, con los pulmones y el estómago ardiendo por el esfuerzo.

Ignoró la mirada sardónica del hombre que cogió su abrigo y fue derecho a la barra, donde pidió un whisky largo. Tardó un rato en recuperar el aliento y la compostura lo suficiente como para mirar alrededor y correr el riesgo de llamar la atención de alguien. El club en sí no era nada más que un pub modernizado de paredes negras, montones de espejos y gran cantidad de luces de discoteca. Había una pista de baile elevada en un extremo, pero ni las luces ni la máquina de discos estaban en marcha. Aún era temprano, apenas había un puñado de clientes que miraban distraídos uno de los muchos televisores en los que se emitía una vieja película de Marlon Brando, sin sonido para que no interfiriera con la música ambiental navideña que los miembros del personal habían puesto para su propio entretenimiento. Había grandes fotos de Brando en las paredes, con ropa de cuero de motorista, de una de sus primeras películas, junto a carteles de Elvis Presley, Jack Nicholson, y un par de estrellas de cine más que no reconoció. Era extraño, diferente, un contraste absoluto con el club de caballeros de Pall Mall al que Mycroft estaba acostumbrado. No había asientos; era un simple bar diseñado para estar de pie y moverse, no para pasarse la noche pensando en las musarañas ante media pinta de cerveza. Le gustaba bastante.

–Has entrado con muchas prisas. –Un hombre de treinta y tantos y muy buen aspecto, de Birmingham por su acento, se había plantado a su lado–. ¿Te importa si te acompaño?

Mycroft se encogió de hombros. Todavía estaba aturdido por su encuentro reciente y carecía de la suficiente confianza en sí mismo para mostrarse grosero y rechazar una voz amistosa. El desconocido vestía de modo informal pero con mucha pulcritud: los tejanos lavados a la piedra estaban impecablemente planchados, al igual que la camisa blanca, arremangada con primor hasta cerca del hombro. Era evidente que estaba en forma, con los músculos bien visibles.

–Parecía que huyeras de algo.

El whisky estaba haciendo entrar en calor a Mycroft, necesitaba relajarse. Se rió.

–De hecho, de una mujer. ¡Intentaba pillarme!

Los dos rieron, y Mycroft observó que el desconocido lo inspeccionaba con mucha atención. No puso objeción; su mirada era cálida, preocupada, interesada. E interesante. Tenía los ojos de un marrón dorado.

–Por lo general es al revés. Las mujeres huyen de mí –prosiguió él.

–Suena como si fueras una especie de semental.

–No, no es eso lo que quiero decir... –Mycroft se mordió el labio; de repente sentía el dolor y la humillación de estar solo por Navidad–. Mi mujer me ha dejado. Después de veintitrés años.

–Lo siento.

–¿Por qué ibas a sentirlo? No la conoces, ni a mí... –Una vez más le invadió la vergüenza–. Disculpa, eso ha sido mezquino.

–No te preocupes. Grita si te ayuda. No me importa.

–Gracias. Puede que lo haga. –Le tendió la mano–. Soy David.

–Y yo Kenny. Solo recuerda, David, que no estás solo. Créeme, hay miles de personas como tú. Que se sienten solas en Navidad, cuando no hay necesidad. Una puerta se cierra, otra se abre. Tómatelo como un nuevo comienzo.

–Alguien que conozco dijo algo parecido.

–Pues entonces tiene que ser verdad.

Tenía una sonrisa amplia, espontánea y muy vital, y bebía a morro de una botella de una exótica cerveza mexicana con una rodaja de lima en el cuello.

Mycroft miró su whisky y se preguntó si debería probar algo nuevo, pero decidió que probablemente era demasiado viejo para cambiar de hábitos. Intentó recordar cuánto tiempo hacía que no probaba algo o conocía a alguien que no fuera del trabajo.

—¿A qué te dedicas, Kenny?

—Soy azafato de vuelo. En British Airways, donde vuelan los mariposones ingleses. ¿Y tú?

—Soy funcionario.

—Suena muy aburrido. Y lo que yo hago parece que tenga mucho glamour, pero no lo tiene. Te aburres de quitarte de encima reinas del celuloide que van en primera clase. ¿Viajas mucho?

Mycroft estaba a punto de responder cuando el retumbar de la máquina de discos reemplazó de pronto la música de villancicos. La velada se iba calentando. Tuvo que inclinarse hacia Kenny para oír lo que decía y que él le oyera. Desprendía un fresco olor a limpio con un toque suave de loción para después del afeitado. Estaba vociferando al oído de Mycroft para hacerse entender; sugirió que fueran en busca de un sitio para comer algo, lejos del estruendo.

Mycroft temblaba de nuevo. No solo por la perspectiva de volver a las calles heladas, y quizá encontrarse a la fulana esperando para abordarle de nuevo, o de volver a una casa vacía. No solo porque aquella fuera la primera vez en años que alguien se interesaba por él como persona, más que como alguien cercano al rey. Ni siquiera porque lo reconfortara la sonrisa espontánea de Kenny y ya se sintiera mejor que en toda aquella semana. Por lo que temblaba era por el hecho de que, por mucho que intentara ocultarlo o explicarlo, tenía deseos de conocer a Kenny mucho mejor. Muchísimo mejor.

Los dos hombres caminaban por la orilla del lago, el uno bien abrigado con una casaca y botas altas de goma, mientras el otro temblaba bajo el abrigo de cachemir y se esforzaba en que sus zapatos de piel hechos a mano no resbalaran en la hierba húmeda. Allí cerca, un tractor doméstico araba una gran zona de césped delimitada por unas guías de cuerda, mientras que, más allá, un par de trabajadores manipulaban arbolillos para plantarlos en agujeros que desfiguraban aún más la hierba que antes estaba impecable y que ahora lucía las cicatrices de las ruedas del equipo para remover la tierra. Su función sería esparcir el barro

oscuro del invierno por todas partes. Ni siquiera el entusiasmo del rey lograría convencer a Urquhart de que los jardines del palacio de Buckingham fueran a recuperar algún día su antigua gloria.

El rey había propuesto el paseo. Al comienzo de su primera audiencia semanal para discutir asuntos de Estado, el rey había asido a Urquhart con ambas manos y le había agradecido con gran fervor la decisión sobre el proyecto de construcción junto a la abadía de Westminster, anunciado aquella mañana. Los grupos de conservación del patrimonio la habían acogido como un triunfo con la misma vehemencia con la que lo habían atacado las lumbreras de la arquitectura. Pero, como había concluido Urquhart en el comité del Gabinete, ¿cuántos votos significaban los arquitectos? El rey se inclinaba a pensar que su intervención había sido probablemente útil, quizá incluso crucial, y Urquhart decidió no desilusionarlo. Los primeros ministros estaban siempre rodeados de las quejas de los desilusionados, y que le dieran las gracias con un entusiasmo verdadero y no fingido supuso un cambio refrescante.

El rey estaba muy animado y, de esa forma tan espartana suya que con frecuencia hacía que no se diese cuenta de la incomodidad de los demás, había insistido en mostrarle a Urquhart las reformas que habían empezado a transformar los jardines de palacio.

—Todas esas hectáreas de césped estéril y tan recortado, señor Urquhart, sin un lugar para anidar a la vista. Quiero que esto sea un santuario en plena ciudad, recrear el hábitat natural de Londres antes de que lo cubriéramos de hormigón.

Urquhart elegía su camino con cuidado entre la hierba recién arada, intentando sin éxito evitar la tierra pegajosa y los terrones mientras el rey se mostraba entusiasmado con aquel terreno enfangado.

—Aquí es donde quiero poner el jardín de flores silvestres. Lo sembraré yo mismo. No puede imaginarse la sensación de satisfacción que me produce arrastrar un cubo de tierra o manipular un árbol con mis propios brazos.

Urquhart decidió que sería de mala educación mencionar que la última ocasión de la que se tenía constancia de que alguien con una educación similar hubiese manipulado un árbol había sido cuando el lejano antepasado del rey, Jorge III, en un ataque de demencia clínica, había bajado de su carruaje en el Gran Parque de Windsor y armado caballero a una encina. También perdió las

colonias americanas, y al final lo encerraron.

–Quiero traer más flora y fauna al jardín; hay tantas cosas que se pueden hacer, tan sencillas... Elegir la mezcla correcta de árboles, permitir que ciertas zonas de hierba crezcan hasta su altura natural y así puedan proporcionar cobijo. Mire, estoy colocando estas cajas nido. –Señaló hacia un trabajador encaramado a una escalera de mano y que colocaba cajas de madera en el alto muro de piedra que rodeaba todo el perímetro del jardín.

El rey había echado a andar de nuevo, con la cabeza gacha y los dedos formando un campanario, en la postura de rezo que adoptaba tan a menudo cuando estaba absorto en sus pensamientos.

–Esto podría hacerse en todos los parques o jardines grandes de Londres, ¿sabe? Transformaría la fauna y flora de nuestra ciudad, de las ciudades a lo largo y ancho del país. Hemos desperdiciado tantas oportunidades en el pasado... –Se volvió hacia Urquhart–. Quiero exponerle una idea. Me gustaría que nuestras reuniones semanales fueran una oportunidad para hablar sobre lo que debería hacer el Gobierno para promover estos asuntos. Y sobre cómo podría ayudar yo.

–Entiendo –reflexionó Urquhart, y el frío le provocó un espasmo en la pierna izquierda al tiempo que unos patos emprendían el vuelo desde el lago salpicando agua. «Unos blancos maravillosos», se dijo–. Es una amable oferta, por supuesto, señor. Pero no quisiera que el ministro de Medio Ambiente pensara que socavamos su autoridad. Debo mantener contento al equipo que me rodea...

–Tiene usted toda la razón, estoy de acuerdo. Ése es el motivo por el que he tenido la precaución de hablar del tema en persona con el ministro de Medio Ambiente. No quería proponerle nada a usted que fuera una inconveniencia. Me dijo que estaría encantado, se ofreció a informarme él mismo.

Maldito Dickie. Carecía de sentido del humor, eso estaba claro, pero en ese momento parecía que careciese también de cualquier otro sentido.

–Hoy esto es solo un campo lleno de barro –continuó el rey–. Pero en años venideros podría ser una nueva forma de vida para todos nosotros. ¿No lo ve?

No, Urquhart no lo veía. Solo veía montones de barro esparcidos como tumbas recién excavadas. La humedad se filtraba a través de las costuras de sus zapatos y empezaba a sentirse muy incómodo.

–Debe tener cuidado, señor. Los asuntos medioambientales se están

convirtiendo cada vez más en un tema crucial de la política de partido. Es importante que permanezca por encima de esas cuestiones tan sórdidas.

El rey se rió.

—No tema, primer ministro. En el supuesto de que debiera involucrarme en la política de partido, ¡la constitución me habría permitido tener voto! No, esas cosas no son para mí; en público me ceñiré tan solo a cuestiones relativas a principios más amplios. Solo para animar a la gente, para recordarles que nos espera un camino mejor.

Urquhart se estaba irritando cada vez más. Tenía los calcetines empapados, y pensar que se le iba a decir al público desde la más alta esfera que le esperaba un camino mejor del que luchaban por recorrer en la actualidad, no importaba con cuánta delicadeza se expresara, le parecía echar más leña al fuego de la oposición y lo llenaba de inquietud, pero no dijo nada, con la esperanza de que su silencio acabara con la conversación. Quería un baño caliente y un whisky cargado, no más ideas del rey sobre cómo hacer su trabajo.

—De hecho, he pensado que podría plantear este punto en un discurso dentro de diez días ante las fundaciones benéficas...

—¿El medio ambiente? —La irritación y la impaciencia empezaban a ser evidentes en el tono de Urquhart, pero el rey no pareció advertirlo.

—No, no, señor Urquhart. Un discurso con la intención de unir a la gente, de recordarles todo lo que hemos logrado, y podemos continuar logrando como nación. Principios generales, no específicos.

Urquhart se sintió aliviado. Un llamamiento a la maternidad.

—Las fundaciones caritativas están haciendo unos esfuerzos prodigiosos, cuando existen tantas fuerzas que intentan dividirnos —continuó el rey—. Éxito entre los más desfavorecidos. Un sur próspero en la periferia celta. Barrios residenciales en los barrios pobres de las ciudades. No hace ningún daño animar a las familias que estarán a salvo en sus propios hogares esta Navidad a que dediquen un pensamiento a quienes se ven obligados a dormir en las duras calles. Con las prisas, parece que se ha dejado en la estacada a mucha gente, y en esta época del año lo apropiado es tenderles una mano a los menos afortunados, ¿no cree? Para recordarnos a todos que debemos trabajar con el objetivo de ser una nación.

—¿Tiene intención de decir eso?

–Algo parecido.

–¡Imposible!

Fue un error, un imprudente arrebato provocado por la frustración y el frío cada vez mayor. Dado que no existía un libro de instrucciones ni una Constitución escrita que regulara su conducta, era imprescindible mantener la ficción de que estaban de acuerdo, de que hablaban pero nunca discutían, sin importar lo grandes que fueran sus diferencias, ya que en un castillo de naipes, en el que unos se apoyan en otros, cada naipе tiene su lugar. No debe verse a un rey discrepar con un primer ministro, ni a un primer ministro con un rey. Sin embargo, había ocurrido. Una palabra impaciente había socavado la autoridad de uno y los había amenazado a ambos.

La tez del rey se enrojeció rápidamente; no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. La cicatriz del pómulo izquierdo, causada por la caída de un caballo, sobresalió de repente y se volvió púrpura, mientras que los ojos expresaron una indignación inconfundible. Urquhart buscó refugio en la justificación.

–No puede hablar de una nación como si no existiera. Eso implica que hay dos naciones, dos clases, una línea divisoria que discurre entre nosotros, los mandamases y los pisoteados. Lo que dice apesta a atropello y a injusticia. ¡No está bien!, señor.

–Primer ministro, exagera. Tan solo pretendo que se dirija la atención hacia ese principio, exactamente el mismo principio que su Gobierno acaba de aprobar para mi discurso ante la Commonwealth. Norte y sur, primer mundo y tercer mundo, la necesidad de asegurar el progreso para los pobres, de acercar más entre sí las diferentes partes de la comunidad mundial.

–Eso es distinto.

–¿Por qué?

–Porque...

–¿Porque son negros? ¿Porque viven en rincones lejanos del mundo? ¿Porque no tienen voto, primer ministro?

–Subestima el poder de sus palabras. No se trata de lo que las palabras signifiquen, sino de cómo las interpreten los demás. –Hizo aspavientos, exasperado y con la intención de devolverles la sensibilidad a sus miembros

congelados—. Sus palabras se utilizarían para atacar al Gobierno en todas las circunscripciones electorales del país en las que tenemos escasa mayoría.

—Sería ridículo interpretar como críticas al Gobierno lo que solo son sentimientos navideños. La Navidad no es solo para los que tienen cuentas bancarias. En cada iglesia del país resonarán las historias del buen rey Wenceslao. ¿Las prohibiría por considerarlas políticamente incorrectas? Además, lo de esos escaños de escasa mayoría, la verdad... Pero si acabamos de celebrar unas elecciones. Diría que no hace falta que nos preocupemos todavía por las siguientes.

Urquhart sabía que era el momento de dar marcha atrás. No podía revelar sus planes para las elecciones, pues los funcionarios de palacio tenían fama de chismosos, y no le apetecía una discusión personal con el monarca. Captó que ahí se encontraba el peligro.

—Discúlpeme, señor, quizá el frío me ha vuelto demasiado sensible. Déjeme decir tan solo que hay riesgos potenciales en cualquier tema tan emotivo y complejo como éste. Quizá podría sugerirle que nos permitiera ver un borrador del discurso, para que pudiéramos comprobar los detalles por usted. Asegurarnos de que las estadísticas sean precisas, de que haya pocas probabilidades de que el lenguaje se malinterprete... Tengo entendido que se acostumbra a hacer así.

—¿Comprobar mi discurso? ¿Censura, señor Urquhart?

—Madre mía, no. Estoy seguro de que encontrará nuestros consejos muy útiles. Nuestra actitud sería positiva, se lo puedo garantizar.

Su sonrisa de político había vuelto, en un intento de romper el hielo, pero sabía que haría falta algo más que adulación. El rey era un hombre de rígidos principios; había trabajado duro durante muchos años para desarrollarlos, y no iba a tolerar que la sonrisa y la promesa de un político los acallaran.

—Permítame expresarlo de otra manera —continuó Urquhart, con otro espasmo en la pierna—. Muy pronto, en el transcurso de las próximas semanas, la Cámara de los Comunes tiene que votar el nuevo presupuesto de la casa real. Ya sabe que en estos últimos años la cantidad de dinero que se destina a la familia real se ha convertido cada vez más en tema de discusión. No nos ayudaría ni a usted ni a mí que se involucrara en un asunto de controversia política en un momento en que la Cámara quiere revisar sus finanzas con calma y de un modo constructivo.

–¡Está intentando comprar mi silencio! –soltó el rey.

Ninguno de los dos hombres tenía fama de paciente, y se estaban provocando mutuamente.

–Si quiere un debate semántico, le diré que todo el concepto de la monarquía constitucional y el presupuesto de la casa real consiste exactamente en eso: nosotros compramos su silencio y su cooperación activa. Forma parte del trabajo. Pero en realidad... –El primer ministro no disimulaba su exasperación–. Lo único que le estoy ofreciendo es un medio sensato para que ambos evitemos un problema potencial. Sabe que tiene sentido.

El rey se volvió para mirar más allá de los mustios jardines. Tenía las manos a la espalda y los dedos jugueteaban con irritación con el sello en su dedo meñique.

–¿Qué nos ha ocurrido, señor Urquhart? Hace solo un momento hablábamos sobre un futuro nuevo y brillante, y ahora discutimos por dinero y por el significado de las palabras. –Volvió a mirar a Urquhart, quien advirtió la angustia en sus ojos–. Soy un hombre muy apasionado, y en ocasiones mi pasión va por delante de lo que sé que es sensato. –Era lo más parecido a una disculpa que Urquhart iba a conseguir–. Por supuesto que podrán ver el discurso, pues los gobiernos siempre han visto los discursos del monarca. Y por supuesto que aceptaré cualquier sugerencia que les parezca conveniente. Imagino que no tengo elección. Solo pediré que me permita jugar algún papel, por pequeño y discreto que sea, en la consecución de estos ideales que abrazo de manera tan profunda. Todo ello dentro de las convenciones. Espero que no sea pedir demasiado.

–Señor, tengo la esperanza de que dentro de muchos años usted y yo, como monarca y primer ministro, seamos capaces de recordar este malentendido de hoy y reírnos.

–Acaba de hablar como un verdadero político.

Urquhart no estuvo seguro de si esas palabras suponían un cumplido o un reproche.

–También tenemos nuestros principios.

–Como yo los tengo. Puede silenciarme, primer ministro, está en su derecho. Pero no logrará que reniegue de mis principios.

–A todo hombre, incluso a un monarca, se le permite tener principios.

El rey sonrió con frialdad.

–Parece un nuevo concepto constitucional interesante. Estoy ansioso por hablar del tema con usted más adelante. –La audiencia había concluido.

Urquhart se sentó en el asiento trasero de su Jaguar reforzado, intentando en vano limpiarse el lodo de los zapatos. Recordó que Jorge III, tras el episodio de la encina, también nombró general a su caballo. Su cabeza se llenó de imágenes del campo sometido una vez más al yugo y el arado y de las calles de la ciudad cubiertas de estiércol de caballo en descomposición. Por decreto real. Tenía los pies congelados, le pareció que estaba pillando un catarro, su ministro de Medio Ambiente era un completo imbécil y quería convocar elecciones al cabo de apenas nueve semanas. No podía correr riesgos, no había tiempo para meteduras de pata. No podía ni sugerirse un debate sobre las dos naciones si el Gobierno tenía inevitablemente que pagar el pato. Era imposible, no podía arriesgarse. Había que parar al rey.

El taxi la recogió en su casa con un retraso de siete minutos, y eso la enfureció. Decidió que sería la última vez; aquella semana habían llegado tarde tres veces. Sally Quine no quería que la tomaran por otra, que pensaran que era de las mujeres que tienen por costumbre llegar tarde a las reuniones con clientes, enseñar una pierna y reírse mucho. No le importaba exhibir una pierna, pero odiaba tener que dar excusas y siempre se aseguraba de llegar a todas partes cinco minutos antes que los demás, para así estar completamente preparada y tenerlo todo bajo control. Al que madruga no solo Dios lo ayuda sino que controla la situación. Lo primero que haría por la mañana sería despedir al taxista.

Cerró la puerta detrás de sí. Vivía en una casa adosada en una zona muy de moda en Islington, con habitaciones pequeñas y pocos gastos. Representaba cuanto había podido salvar del naufragio sufrido en Boston, pero desde el punto de vista de los bancos era una buena garantía subsidiaria para los créditos de su negocio, y en ese momento aquello era más importante que dirigir una especie de palacio de la ginebra y sala de espectáculos como los que preferían casi todos sus mayores competidores. Tenía dos dormitorios, uno de los cuales se había convertido en el cuarto del bebé. Fue la primera habitación en la que hizo reformas; no podía soportar la visión de más osos brincando en el papel pintado y los recuerdos que despertaban. La habitación estaba cubierta ahora de

estanterías y archivadores impersonales en los que había gruesos montones de papel continuo de ordenador en lugar de polvos de talco y tubos de vaselina. No pensaba en el bebé demasiado a menudo, no podía permitírselo. No había sido culpa suya, ni culpa de nadie en realidad, pero eso no reprimía el torrente de culpabilidad. Se había quedado sentada observando cómo aquella manita agarraba su dedo meñique, la única parte del cuerpo de Sally lo bastante pequeña como para que él se aferrara a ella, con los ojos cerrados, luchando por respirar, prácticamente sumergido bajo los impersonales tubos y la anónima parafernalia médica. Ella había seguido allí sentada durante horas, mirándolo sin parar, viendo cómo iba perdiendo la batalla y cómo la fuerza y el espíritu de su cuerpecito se desvanecían, hasta quedar en nada. No fue culpa suya, todo el mundo lo dijo. Todo el mundo, es decir, excepto ese vil gusano que tenía por marido.

–Conque Downing Street –soltó el taxista, ignorando un comentario mordaz acerca de su hora de llegada–. Trabaja allí, ¿no?

Pareció aliviado al enterarse de que ella no era más que otra pringada corriente y se lanzó a un monólogo ininterrumpido compuesto de quejas y observaciones sobre sus dirigentes políticos. No era que estuviera en contra del Gobierno, que parecía haber eliminado en un momento dado de su vida cotidiana, pues solo cobraba en efectivo y por lo tanto casi no pagaba impuestos.

–Es solo que las calles se ven muy sombrías, guapa. Falta una semana para Navidad y no hay ningún ambiente navideño. Las tiendas están medio vacías, hay menos gente que necesita taxis y los que lo hacen son tacaños con las propinas. No sé qué andan diciendo sus amigos de Downing Street, pero coménteles de mi parte que los tiempos duros están a la vuelta de la esquina. Mejor será que el viejo Francis Urquhart se espabile o no tardará mucho en seguir a... cómo era que se llamaba... Collingridge.

Hacía menos de un mes que el primer ministro anterior había dejado el cargo y su recuerdo ya empezaba a desvanecerse.

Sally ignoraba su cháchara mientras serpenteaban por las calles negras y lluviosas de Covent Garden, pasaban por delante del monumento restaurado de las Siete Esferas, que señalaba el que había sido uno de los peores barrios bajos del Londres de Dickens con su tifus y sus salteadores, y que ahora preside el

corazón del distrito teatral de Londres. Pasaron ante un teatro oscuro y vacío: se habían cancelado las representaciones durante la que debería ser la época más ajetreada del año. Para muestra un botón, así estaban las cosas, pensó ella recordando la advertencia de Landless; aunque quizá, más que un botón, había un costurero entero.

El taxi la dejó en la entrada de Downing Street, y pese a las evidentes indirectas del conductor, Sally se negó a darle propina. El policía que custodiaba el portón de hierro forjado hizo una consulta por medio de una radio que ocultaba bajo la capa de lluvia; en respuesta se produjo un crujido, y la dejó pasar. Unos cien metros más allá se veía la puerta de entrada negra, que se abrió antes incluso de que ella pusiera el pie en el escalón. Firmó en un libro de visitas en el vestíbulo donde no había nadie a excepción de un par de policías. No había indicio alguno del ajetreo y la actividad que esperaba ni rastro de la multitud que vio la noche en la que conoció a Urquhart. Parecía como si la Navidad hubiese llegado antes de tiempo.

En el término de tres minutos pasó por el mismo número de pares de manos, con cada funcionario procurando aparentar que era más importante que el anterior, mientras la conducían escaleras arriba, a través de pasillos, y dejaban atrás cajas llenas de porcelana, hasta que le indicaron que entrara en una oficina interior y la puerta se cerró detrás de ella. Estaban solos.

—Señorita Quine. Qué detalle que haya venido.

Francis Urquhart apagó un cigarrillo, le tendió la mano y la guió hacia las cómodas sillas de piel en el rincón de su estudio de la primera planta. Era una habitación oscura, con las paredes llenas de libros y muy masculina, y sin luces en el techo: la única iluminación provenía de una lamparita sobre el escritorio y dos apliques a los lados. Recordaba a la atmósfera atemporal y llena de humo del club para caballeros de Pall Mall que ella había visitado en una velada para mujeres.

Mientras él le preparaba una copa, Sally lo estudió con cuidado. Sienes prominentes, ojos cansados pero desafiantes que nunca parecían descansar. Era treinta años mayor que ella. ¿Para qué la había hecho venir? ¿En qué clase de investigación estaba interesado? Mientras Urquhart se ocupaba de servir dos vasos de whisky, Sally se fijó en que tenía unas manos suaves y perfectas, de

dedos finos y con una manicura impecable. Qué distintas de las de su exmarido. No podía imaginar esas manos con los puños cerrados arremetiéndole contra su cara o golpeándole el vientre hasta hacerla abortar, el acto final de su locura matrimonial. ¡Malditos todos los hombres!

Se sintió perturbada por los recuerdos cuando cogió el vaso de cristal que le ofrecían y tomó un sorbo de whisky.

—¿Tiene un poco de hielo y soda? —espetó con desagrado.

—Es un puro malta —protestó él.

—Mi madre siempre me decía que no lo tomara solo, y yo siempre le he hecho caso a mi madre.

A él pareció divertirse su franqueza.

—Por supuesto. Pero déjeme pedirle que persevere, solo un poco. De verdad que es un whisky muy especial, destilado cerca de donde yo nací, en Perthshire, y cualquier cosa que no fuera un poco de agua lo echaría a perder. Intente dar unos sorbitos para tomarle el gusto al sabor, y si no lo consigue, le pondré toda la soda y los cubitos de hielo que encuentre.

Ella dio otro sorbo, y lo notó un poco menos ardiente. Asintió.

—Esta noche ya he aprendido algo.

—Uno de los muchos beneficios de hacerme viejo es que he aprendido muchas cosas sobre los hombres y el whisky. Acerca de las mujeres, sin embargo, parece que aún soy bastante ignorante. Según usted.

—He traído algunas cifras... —Sally alargó el brazo hacia su bolso.

—Antes de que miremos eso, tengo otro asunto que tratar. —Volvió a acomodarse en la silla, con el semblante reflexivo mientras cogía el vaso con ambas manos, como un capo de la mafia que estuviera interrogando a uno de sus esbirros.

—Dígame, ¿siente mucho respeto por la familia real?

Sally arrugó la nariz mientras saboreaba aquella inesperada pregunta.

—En el plano profesional no creo tener ninguna deuda con ellos. A mí no me pagan por respetar nada, solo por analizarlo. ¿Y en el plano personal...? —Encogió los hombros—. Soy estadounidense, de la tierra de Paul Revere. Cuando veíamos a uno de los hombres del rey, teníamos la costumbre de pegarle un tiro. Ahora no son más que un espectáculo de otra clase. ¿Le molesta?

Él eludió la pregunta.

–El rey tiene muchas ganas de dar un discurso acerca de «una sola nación», sobre cómo se debe acabar con las divisiones del país. Un tema popular, ¿no le parece?

–Por supuesto. Es la opinión que cabría esperar de los líderes de una nación.

–Un tema potente, también, ¿no es eso?

–Depende. Si uno quiere ser arzobispo de Canterbury, seguro que ayuda. La conciencia moral de la nación y todo eso. –Hizo una pausa, a la espera de algún indicio de que avanzaba en la dirección correcta. Lo único que sacó fue la ceja arqueada de un académico en su guarida; tendría que llevar ese asunto guiándose tan solo por el instinto—. Pero la política es otra cuestión. Se espera que los políticos la tengan, pero más o menos como uno espera que haya música ambiental en un ascensor. Lo que les importa a los votantes no es la música sino si el ascensor en el que van sube o baja, o para ser más precisos, si les da la impresión de que sube o de que baja.

–Hábleme de impresiones.

Urquhart la estudió con un interés más que académico. Le gustaba lo que oía, y lo que veía. Cuando Sally hablaba, y en especial cuando se animaba, la punta de su nariz se movía arriba y abajo como si estuviera dirigiendo una orquesta de pensamientos. Le pareció fascinante, casi hipnótico.

–Si uno se ha criado en una calle en la que nadie podía permitirse comprar zapatos, y sin embargo ahora tuviera un saco lleno de zapatos pero perteneciera a la única familia en la calle que no tiene coche ni va de vacaciones a Europa, se sentiría como si fuera aún más pobre que durante su infancia. Mira hacia atrás y piensa que aquéllos eran los buenos tiempos, y en lo divertido que era ir al colegio descalzo, mientras que le amarga no poder ir en coche al trabajo como todos los demás.

–Y la culpa la tiene el Gobierno.

–Sin duda. Pero lo que importa a nivel político es cuántos más del resto de la calle sienten lo mismo. Una vez que se han encerrado tras la puerta de su casa, o en una cabina de votos si en eso estamos, su conciencia en relación con los vecinos de la calle importa mucho menos que si su coche es el último modelo. No puedes alimentar a una familia ni llenar el depósito a base de conciencia

moral.

–Nunca lo he intentado –dijo él pensativo–. ¿Y qué hay de las otras divisiones? ¿Los celtas marginales frente al próspero sur? ¿Los que son propietarios de su propia casa frente a los mendigos?

–Hablando en plata, de todos modos su apoyo ha bajado hasta menos del veinte por ciento en Escocia, no le quedan demasiados escaños que perder. Y respecto a los vagabundos, es difícil aparecer en el censo electoral con una dirección como «caja número 3, fila D, Ciudad de Cartón». No son una prioridad lógica.

–Hay quienes opinarían que eso es un poco cínico.

–Si quiere juicios morales, llame a un cura. Yo analizo, no juzgo. En toda sociedad existen divisiones. No puedes serlo todo para todos, e intentarlo es una pérdida de tiempo. –La nariz se movió con agresividad–. Lo que importa es ser algo para la mayoría, hacerles creer, como mínimo, que están en el lado correcto de la partición.

–Así pues, ahora mismo, y durante las próximas semanas, ¿en qué lado tendrá la impresión de estar esa mayoría?

Ella reflexionó, recordando las conversaciones con Landless y con el taxista, el teatro cerrado.

–Según los sondeos, usted ha ganado algo de ventaja, pero el equilibrio es muy precario. Es volátil. En realidad aún no le conocen. El debate podría decantarlo hacia cualquier lado.

Él la miraba fijamente a través del borde del vaso.

–Olvídese de debates. Hablemos de una guerra abierta. ¿Podrían sus sondeos predecir quién ganaría esa guerra?

Sally se inclinó hacia delante en la silla, como si quisiera acercarse más a él y compartir una confidencia.

–Los sondeos de opinión son como bolas de cristal borrosas. Pueden ayudarte a ver el futuro, pero depende de lo que les preguntes. Y de lo buen vidente que seas.

Los ojos de Urquhart brillaron de interés.

–No podría decirle quién ganaría esa guerra –prosiguió ella–. Pero podría ayudarle a librarla. Los sondeos de opinión son armas, a veces muy poderosas.

Hacer la pregunta que toca en el momento preciso, obtener la respuesta que toca, filtrarla a la prensa... Si planeas una campaña con pericia, puedes lograr que declaren muerto a tu enemigo antes de que se dé cuenta de que hay una guerra en marcha.

–Dígame, oh, vidente, ¿por qué otros encuestadores no me dicen estas cosas?

–En primer lugar, porque a otros encuestadores les preocupa lo que la gente piense ahora, en este momento preciso. De lo que estamos hablando es de trasladar la opinión de donde está ahora a donde quiere que esté en el futuro. A eso se le llama liderazgo político, y es una cualidad insólita.

Urquhart sabía que lo estaba adulando, y le gustaba.

–¿Y el segundo motivo?

Ella tomó un sorbo de su vaso, volvió a cruzar las piernas, se quitó las gafas y sacudió la oscura melena.

–Porque yo soy mejor que los demás.

Por toda respuesta, él sonrió. Le gustaba tratar con ella, como profesional y como mujer. Downing Street podía ser un lugar solitario. Tenía un Gabinete lleno de ministros supuestamente expertos cuyo deber era tomar la mayoría de las decisiones, y solo si los demás lo hacían fatal le tocaba a él mover los hilos y pagar el pato. Pocos documentos del Gobierno llegaban hasta él a menos que los pidiera. Estaba protegido del resto del mundo gracias a un personal muy profesional, una legión de seguras, ventanas a prueba de mortero y unas enormes verjas de hierro. Y Elizabeth siempre estaba fuera, asistiendo a esas condenadas clases nocturnas... Necesitaba a alguien a quien hacerle confidencias, que recopilara sus ideas y las colocara en un orden coherente, que no dudara de sí, que no le debiera su puesto de trabajo, que tuviera buen aspecto. Que se creyera la mejor.

–Y supongo que lo es.

Los ojos de ambos disfrutaron del momento.

–¿Así que piensa que habrá guerra, Francis? ¿Sobre lo de «una nación»? ¿Con la oposición?

Él se arrellanó en la silla, con la mirada perdida, tratando de discernir el futuro. Aquello ya no era el enérgico intercambio de ideas teóricas, ni la masturbación intelectual de unos viejos cínicos en torno a la mesa del comedor del claustro de

profesores. El espantoso hedor de la realidad irrumpió en sus fosas nasales. Cuando respondió, lo hizo despacio, pensando bien las palabras.

–No solo con la oposición. Quizá incluso con el rey, si le permito hacer su discurso.

Le gustó no advertir indicio alguno de alarma en sus ojos.

–¿Una guerra con el rey...?

–No, no... Si puedo evitarlo, no. Quiero evitar cualquier enfrentamiento con palacio, de verdad que sí. Ya tengo suficiente gente contra la que luchar sin enfrentarme a la familia real o a cada uno de sus partidarios de sangre azul de pacotilla que hay en el país. Pero... –Hizo una pausa–. Vamos a suponer que si la cosa llegara a ese punto, necesitaré muchas de esas aptitudes de vidente, Sally.

Sally esbozó un mohín, y cuando habló, también eligió con cuidado las palabras.

–Si es eso lo que quiere, recuerde, solo tiene que decir por favor. Como para cualquier otra cosa en la que le pueda ayudar.

Los movimientos de la punta de su nariz parecían ahora casi animales y, a ojos de Urquhart, exquisitamente sensuales. Permanecieron mirándose el uno al otro en silencio durante largo rato, procurando no decir nada, no fuera cualquiera de ellos a destruir la magia de las insinuaciones que ambos estaban saboreando. Él solo había mezclado una vez la docencia con el sexo; bueno, no, fueron dos, durante entrevistas personales. Si lo hubiesen descubierto lo habrían expulsado; sin embargo, el riesgo las convirtió en las mejores relaciones sexuales de su vida, no solo por encontrarse encima de los cuerpos menudos de sus alumnas sino al mismo tiempo porque se sintió por encima de la banalidad y la patética estrechez de miras del personal de la universidad. Él era diferente, mejor, siempre lo había sabido, y nunca con tanta claridad como en el enorme sofá Chester con demasiado relleno de su habitación con vistas a los parques de Oxford.

El sexo siempre lo había ayudado a superar el recuerdo de su hermano bastante mayor que él, Alistair, que había muerto defendiendo algún trocito insignificante de Francia durante la Segunda Guerra Mundial. A partir de entonces, Urquhart había vivido a su sombra. No solo tenía que desarrollar su considerable potencial sino que, a ojos de su desconsolada madre, desarrollar también el del primogénito, a quien el tiempo y el dolor habían conferido poderes casi míticos.

Cuando Francis aprobaba los exámenes, su madre le recordaba que Alistair había sido el representante máximo de los alumnos en la escuela. Mientras que la trayectoria de Francis para convertirse en catedrático fue una de las más rápidas de su promoción, a ojos de su madre, Alistair lo habría logrado antes. Cuando era niño se metía en la cama con ella en busca de comodidad y calor, pero solo encontraba sus lágrimas silenciosas. Solo podía recordar la sensación de rechazo, de ser en cierto modo incompetente. Más adelante, nunca logró quitarse de la cabeza la mirada de tristeza e incompreensión de su madre, que parecía presente en todos los dormitorios en los que él entraba. Durante la adolescencia nunca se había llevado a ninguna chica a la cama, pues solo le servía para recordar que, para su madre, él siempre había sido el que había nacido segundo y el segundón. Había habido chicas, por supuesto, pero nunca en la cama: en suelos, en tiendas de campaña, de pie contra las paredes de casas de campo abandonadas. Y, al final, en sofás, durante las entrevistas personales. Como en este caso.

–Gracias –dijo con suavidad, y rompió el hechizo y su morboso recuerdo haciendo girar el whisky en el vaso y apurándolo de un trago–. Pero debo ocuparme de este discurso. –Cogió un montón de papeles de una mesa de café y los agitó ante ella–. Tengo que cortar el paso, o como sea que se diga.

–Hacer borradores de discurso no es precisamente mi especialidad, Francis.

–Pero sí la mía. Y lo trataré con el máximo respeto. Como un cirujano. Seguirá siendo un texto distinguido y honrado, repleto de sentimientos elevados y frases grandilocuentes. Sencillamente, cuando lo mande de vuelta, habrá quedado libre de gilipolleces...

Diciembre: tercera semana

El agente de policía se revolvió en el asiento, tratando de recuperar parte de la sensibilidad en sus miembros inferiores entumecidos. Llevaba encerrado en el coche cuatro horas, pues la lluvia le impedía caminar alrededor del vehículo, y de tanto fumar, tenía la boca más seca que esparto. Iba a dejar el tabaco. Una vez más. «Mañana mismo», se prometió, como siempre hacía. Mañana. Alargó la mano para coger un termo más de café y sirvió una taza para él y otra para el conductor que estaba a su lado.

Siguieron ahí mientras observaban la casita en una calleja que tenía el nombre estrafalario de Adán y Eva y que antaño albergaba unas caballerizas. Estaba detrás de una de las calles comerciales más de moda en Londres, pero bien protegida, y se veía aislada, silenciosa y, para los mirones, de lo más aburrida.

–Joder, a estas alturas su italiano tiene que ser perfecto –murmuró el conductor un poco a lo tonto.

El policía y el conductor, ambos del departamento de seguridad del Estado, habían intercambiado opiniones de esa clase en cinco viajes al callejón en las últimas dos semanas, y tenían la sensación de que sus conversaciones no llegaban a ningún sitio.

Por toda respuesta, el policía se tiró un pedo. La marea de café empezaba a afectarlo y estaba desesperado por echar una meada. Su formación básica había incluido instrucciones para orinar discretamente junto al coche mientras uno fingía reparar algo para no apartarse nunca del vehículo y la radio, pero con lo que llovía acabaría empapado. Además, la última vez que lo había intentado, el conductor se había alejado, dejándolo arrodillado y en plena meada en medio de la maldita calle. Qué gracioso, el muy cabrón.

Se había entusiasmado cuando le ofrecieron un trabajo de guardaespaldas en Downing Street. No le habían contado que sería para Elizabeth Urquhart y sus interminables rondas de compras, invitaciones y relaciones sociales. Y sus clases de italiano. Encendió otro pitillo y bajó un resquicio la ventanilla para dejar entrar un poco de aire fresco, y tosió cuando le llegó a los pulmones.

–Qué va –respondió–. Calculo que nos quedan semanas de esto. Apuesto a que su profesor es uno de esos lentos y metódicos.

Siguieron allí sentados mirando la casa con su hiedra sin hojas aferrándose a las

paredes, el cubo de basura en su pequeña hornacina y, en la ventana de la fachada, un árbol de Navidad en miniatura, con sus luces y adornos, de Harrods, 44,95 libras. Dentro, tras las cortinas echadas, Elizabeth Urquhart estaba tendida en una cama, desnuda y sudando, donde recibía otra clase lenta y metódica de su divo italiano, el de la preciosa voz de tenor.

Aún era de noche cuando el repiqueteo de las botellas de leche al depositarse en los umbrales despertó a Mycroft. Ahí fuera daba comienzo un nuevo día que lo hizo regresar a cierta apariencia de realidad. Era un cautivo a regañadientes. Kenny seguía dormido, con un oso de peluche de su enorme colección precariamente recostado junto a la almohada; los demás habían caído al suelo junto con los pañuelos de papel, víctimas de una larga noche de amor. A Mycroft le dolía cada centímetro del cuerpo, pero seguía queriendo más. Y, fuera como fuese, se aseguraría de conseguirlo antes de volver al mundo real que esperaba al otro lado de la puerta de Kenny. Los últimos días habían supuesto una nueva vida para él, en la que había conocido mejor a Kenny, se había conocido mejor a sí mismo y se había perdido en los misterios y ritos de un mundo del que apenas sabía nada. En Eton y la universidad había habido ocasiones, por supuesto, durante aquellos tiempos de hachís, broncas, haz lo que te dé la gana y fóllate todo lo que se mueva, tan clásicos de los sesenta, pero había resultado un viaje de autodescubrimiento limitado, demasiado autoindulgente y carente de dirección para llegar a ser completo. Nunca se había enamorado, nunca tuvo la oportunidad de hacerlo porque sus aventuras habían sido excesivamente breves y hedonistas. Quizá habría llegado a conocerse mejor con el tiempo, pero entonces había llegado la llamada de palacio, la convocatoria a un lugar donde no se permitía una experimentación sexual exhaustiva y, en aquellos tiempos, ilegal. Así que, durante más de veinte años, se había dedicado a fingir. A fingir que en los hombres solo veía a colegas. A fingir que era feliz con Fiona. A fingir que no era quien sabía ser. Había supuesto un sacrificio necesario, pero ahora, por primera vez en su vida, empezaba a ser completamente sincero consigo mismo, a ser él mismo. Por fin sus pies habían tocado fondo. Estaba en la parte honda de la piscina, sin saber si lo había empujado Fiona o había saltado él, pero no importaba. Estaba allí. Sabía que podía ahogarse en aquellas aguas profundas, pero era mejor que ahogarse en la corrupta

respetabilidad.

Ojalá Fiona pudiese verlo ahora, y ojalá se sintiera dolida, incluso asqueada; aquello equivalía a cagarse en todo su matrimonio y en todo lo que ella defendía. Pero era probable que no le importara un carajo. Había encontrado más pasión durante aquellos últimos días que en todo el transcurso de su matrimonio, pasión suficiente para toda una vida quizá, aunque confiaba en que hubiese más. Mucha más.

El mundo real lo esperaba ahí fuera, y sabía que tendría que volver a él tarde o temprano. Tendría que dejar a Kenny el recién llegado, quizá para siempre. No se hacía ilusiones respecto a su nuevo amante, que se había jactado de tener un osito de peluche en cada puerto «y un Franky o un Miguel también». Una vez que la adrenalina de la iniciación había menguado, Mycroft dudaba que fuera a tener la resistencia física suficiente para mantener a su lado a un hombre veinte años menor que él, con la piel aterciopelada y una lengua tan infatigable como absolutamente desinhibida, pero sería divertido intentarlo. Antes de regresar al mundo real...

¿Podría un incorregible azafato de vuelo con las inhibiciones de un perro callejero de Calcuta coexistir con los deberes y obligaciones de su mundo paralelo? Deseaba que fuese posible, pero sabía que los demás no iban a permitirselo si se enteraban, si lo descubrían ahí, entre la maraña de ositos de peluche, calzoncillos y toallas sucias. Dirían que le estaba fallando al rey. Pero, si salía huyendo ahora, se estaría fallando a sí mismo, y ¿no sería eso mucho peor?

Aún se sentía confuso, pero también contento, más eufórico de lo que recordaba haberse sentido nunca, y así seguiría mientras permaneciera bajo ese edredón y no se aventurara más allá de esa puerta. Kenny se movió, con aquel bronceado suyo que llegaba de la barba de tres días en el mentón a la línea del bañador justo encima de las blancas nalgas. A la mierda, se dijo; que decida Kenny. Se inclinó, acarició con los labios su nuca, justo donde sobresalían las vértebras, y empezó a descender.

Mientras esperaba, Benjamin Landless contemplaba el techo de bóveda de cañón, iluminado por seis grandes arañas, donde unos querubines de yeso de estilo italiano y muy mofletudos se perseguían unos a otros entre un gran despliegue de nubes, estrellas doradas y espectaculares molduras de escayola.

Llevaba más de treinta años sin acudir a un servicio religioso navideño y nunca había estado antes en el interior de la iglesia de St Martin-in-the-Fields, pero, como solía pensar, la vida está llena de nuevas experiencias. O de nuevas víctimas, por lo menos.

Ella tenía la reputación de llegar tarde a todo lo que no fueran comidas, y esa noche no sería una excepción. El trayecto desde el palacio de Kensington hasta la preciosa iglesia de la casa de Hannover que daba a Trafalgar Square, con su escolta de policías motorizados incluida, era de poco más de cuatro kilómetros, pero Landless imaginaba que ella echaría mano de alguna excusa necia como que se había quedado atascada en el tráfico. O quizá, como princesa real que era, ya no se molestaba en dar excusas.

Landless no conocía bien a su alteza real la princesa Carlota. Solo se habían visto dos veces, en recepciones públicas, y deseaba encontrarse con ella de manera más informal. No era un hombre que aceptara retrasos ni excusas, en especial del hijo de papá indigente de una familia de la pequeña nobleza a quien le pagaba veinte mil libras al año por sus «servicios de asesoría», que entrañaban concertarle almuerzos o veladas privados con quien fuera que deseara conocer. Sin embargo, incluso Landless tuvo que llegar a un compromiso esta vez; la agenda navideña de la princesa era tan ajetreada con los preparativos para las celebraciones correspondientes y las pistas de esquí austríacas que tendría que conformarse con compartir un palco privado durante uno de los servicios navideños en los que se cantaban villancicos, e incluso eso le había costado una jugosa donación a la organización caritativa para niños favorita de la princesa. Aun así, esas cantidades para obras benéficas salían de una fundación privada que habían establecido sus contables para atenuar su situación tributaria, y había descubierto que unas cuantas donaciones bien encaminadas podían aportarle, si no la aceptación de la gente, al menos sí cierto acceso e invitaciones. Y valía la pena pagar por ambas cosas, en especial para un chico salido de Bethnal Green.

Por fin había llegado; el organista atacó *El Mesías* de Haendel y el clero, los miembros del coro y los acólitos avanzaron por el pasillo. Cuando empezaban a separarse para ocupar sus lugares asignados, en el palco real encima de ellos, Landless hizo una respetuosa inclinación de cabeza cuando la princesa le sonrió bajo el ala ancha de un sombrero de matador, y dio comienzo el servicio. El

palco era en efecto privado: se hallaba a la altura de la galería y bajo la bóveda de elegantes molduras del siglo XVIII, y desde él disfrutaban de buenas vistas del coro pero quedaban a cierta distancia de la mayor parte de la congregación, que en cualquier caso consistía sobre todo en turistas navideños o gente que se refugiaba de las frías calles. La princesa se inclinó para hablarle en susurros al tiempo que el coro atacaba su interpretación de «Oh ven, oh ven, Emanuel».

—Me estoy haciendo pipí. He tenido que venir corriendo, derecha del almuerzo.

Landless no tenía necesidad de consultar el reloj para saber que eran más de las cinco y media. Pues vaya almuerzo. El aliento le apestaba a vino. La princesa era famosa por no tener pelos en la lengua: según sus defensores, eso hacía sentir cómoda a la gente; según sus detractores, bastantes más, demostraba su básica ordinariez y su carencia congénita de verdadero estilo. Casada con un miembro de la familia real, era hija de una familia poco distinguida en la que figuraban más actuarios de seguros que aristócratas, un hecho que los miembros menos respetuosos de la prensa no cesaban de recordar a sus lectores. Aun así, había hecho bien su trabajo, permitiendo que su nombre fuera utilizado por infinidad de entidades benéficas, inaugurando nuevas alas de hospitales, cortando cintas, alimentando las columnas de cotilleos y proporcionándole a la nación una hija y dos varones. El mayor de ellos heredaría el trono si de repente sucumbían los diez o doce parientes reales anteriores en la línea de sucesión. «Un desastre a la espera de un desastre», como la había descrito en cierta ocasión, con gran descortesía, el *Daily Mail* tras una cena durante la cual la habían oído decir que su hijo sería un monarca excelente.

Miró a Landless con expresión socarrona. Tenía finas arruguitas bajo los ojos verde pizarra y en las comisuras, que se volvían más pronunciadas cuando fruncía el entrecejo, y la piel en la base del cuello empezaba a perder elasticidad, como les ocurría a las mujeres de su edad, pero seguía conservando en gran medida la belleza y el atractivo por los que el príncipe se había casado con ella tantos años atrás, ignorando los consejos de sus más íntimos amigos.

—No ha venido aquí para escribir alguna tontería escandalosa sobre mí, ¿verdad? —preguntó con aspereza.

—Ya hay suficientes periodistas sensacionalistas aprovechándose de su familia,

yo no hago ninguna falta.

La princesa asintió con la cabeza y el ala de su sombrero se bamboleó ante su cara.

—Son gajes del oficio. Pero ¿qué puede hacerse al respecto? No se puede encerrar bajo llave a una familia entera, ni siquiera a una real, en estos tiempos. Tienen que permitirnos participar, como a los demás.

Ésa era su eterna cantinela de queja y justificación: dejen que seamos una familia corriente. Pero su deseo de ser corriente nunca le había impedido dar la bienvenida a los paparazzi, llevarse a todas las damas de la prensa de Fleet Street entre bambalinas tras las reales candilejas para que escribieran efusivos homenajes, dejarse ver comiendo en los restaurantes más de moda de Londres y cuidarse de que le concedieran más centímetros en las columnas que a la mayoría de los miembros de la familia real, incluido su marido. Con el paso de los años, su deseo de permanecer en primer plano se había vuelto más evidente. Sostenía que impedir que te dejaran aislada y tener la capacidad de participar formaba parte de la esencia de una monarquía moderna. Un argumento que había tomado prestado del rey antes de que ocupara el trono, pero que ella nunca había comprendido del todo. Mientras que la intención del monarca había sido la búsqueda de un papel concreto pero constitucional para su heredero, la princesa lo veía desde el punto de vista de encontrar alguna forma de realización personal y de emoción con que ocupar el lugar de una vida familiar que en gran medida había dejado de existir.

Inclinaron con deferencia las cabezas mientras se rezaba una plegaria antes de retomar la conversación durante la lectura de Isaías: «Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros y será llamado...».

—De eso quería hablarle, de la prensa sensacionalista.

La princesa se inclinó más hacia él, y Landless trató de volverse un poco en la estrecha silla, pero era una lucha desigual.

—Circula una historia que podría hacerle daño, me temo.

—Vaya, no andarán contando otra vez las botellas de licor vacías en mi cubo de basura, ¿verdad?

—Dicen que las grandes casas de moda le proporcionan ropa de diseño

exclusivo por valor de miles de libras, y que se olvida de pagarlas, digamos.

—¡Es la misma estupidez de siempre! Lleva años circulando por ahí. Mire, yo soy el mejor anuncio que tienen esos diseñadores. ¿Por qué si no iban a seguir mandándome ropa? Consiguen tanta publicidad gratis que soy yo quien debería cobrarles.

—«Y le ofrecieron regalos ante la cuna tosca y desnuda...» —entonó el coro.

—Eso es solo una parte, señora. Se dice también que entonces coge esa ropa que le han... donado, por así decirlo, y se la vende a sus amigas.

Hubo un instante de silencio culpable antes de que ella respondiera con profunda irritación:

—¿Qué saben ellos? No son más que tonterías. Es imposible que tengan pruebas de algo así. A ver, dígame quiénes. ¿Quién se supone que tiene esa maldita ropa?

—Amanda Braithwaite. Su antigua compañera de piso, Serena Chiselhurst. Lady Olga Wickham-Furness. La honorable señora Pamela Orpington. Por nombrarle solo a cuatro. Esa última dama recibió un vestido de noche exclusivo de Oldfield y un traje chaqueta de Yves St Laurent, con accesorios y todo. Y usted obtuvo a cambio mil libras, según el informe.

—No existen pruebas para semejantes acusaciones —espetó la princesa en lo que fue un susurro estrangulado—. Esas chicas jamás...

—No les hace falta. Esa ropa se compra para llevarla, para lucirla. Todas las pruebas están en una serie de fotografías tuyas y de esas otras damas tomadas en los últimos meses, con la debida corrección, en lugares públicos. —Landless hizo una pausa, y añadió—: Y hay una matriz de talonario.

La princesa consideró aquello unos instantes, y su aplomo se esfumó mientras oía cantar al coro sobre un crudo invierno y unos vientos gélidos.

—La cosa no pintaría demasiado bien, ¿no? Se armaría un follón de narices —dijo Carlota con tono abatido, como si su confianza flaqueara. Se estudió los guantes unos instantes y alisó las arrugas con gesto distraído—. Se espera de mí que esté en cinco sitios distintos al día, sin repetir nunca atuendo. Me dejo los cuernos para hacer felices a los demás, para llevar a sus vidas una pizca del placer real. Todos los años contribuyo a recaudar millones, literalmente, para las organizaciones benéficas. Para los demás. Y sin embargo se espera que haga todo eso con la miseria de los presupuestos del Parlamento para la familia real. Es

imposible. –La inevitabilidad de las palabras de Landless había convertido su voz en un susurro, y añadió–: Ay, a la mierda con todo.

–No se preocupe, señora. Creo estar en posición de adquirir esas fotografías y asegurarme de que nunca vean la luz.

La princesa alzó la vista de los guantes con los ojos llenos de alivio y gratitud. No se le ocurrió ni por un instante que Landless pudiera tener ya esas fotografías, ni que hubieran podido tomarse según sus más explícitas instrucciones, tras haber recibido un chivatazo de la descontenta *au pair* de una de las mujeres implicadas que había oído a hurtadillas una conversación telefónica y robado la matriz del talonario.

–Pero la cuestión no es ésta, ¿no cree? –prosiguió Landless–. Hace falta encontrar la forma de asegurarnos de que no vuelva a tener nunca más esta clase de problemas. Sé qué se siente cuando uno se convierte en víctima de las burlas constantes de la prensa. Tengo la sensación de que estamos juntos en esto. Soy británico, nacido y criado aquí, y estoy orgulloso de serlo; no tengo tiempo para esos pelotas extranjeros que poseen la mitad de nuestra prensa nacional y sin embargo no comprenden qué hace de éste un país magnífico, ni les importa un bledo.

Carlota cuadró los hombros ante el impacto de aquel halago tan grandilocuente, al tiempo que el párroco empezaba a pedir ayuda para los sin techo basándose sobre todo en imágenes de caseros insensibles y en citas del informe anual de una organización benéfica para la vivienda.

–Me gustaría ofrecerle un puesto de consultora en una de mis empresas. De manera totalmente confidencial, solo usted y yo estaremos al corriente. Yo le aseguro una remuneración apropiada, y usted a cambio me concede unos días de su tiempo. Inaugura un par de oficinas nuevas. Almuerza con algunos de mis contactos comerciales extranjeros más importantes. Quizá celebra una cena de vez en cuando en palacio. Y me encantaría hacer algo así en el yate real, si fuera posible. Pero dígamelo usted.

–¿Cuánto?

–Diez o doce veces al año, quizá.

–No. ¿Cuánto dinero?

–Cien mil. Más la garantía de contar con una cobertura favorable y entrevistas

exclusivas en mis periódicos.

—¿Y qué saca usted?

—La oportunidad de conocerla bien. De que me reciba el rey. De conseguir el apoyo de buenas relaciones públicas para mí y mi negocio. De obtener la clase de exclusivas de la familia real que venden periódicos. ¿Necesita saber más?

—No, señor Landless. No me gusta especialmente mi trabajo, no me ha dado grandes satisfacciones personales, pero, cuando hago algo, me gusta hacerlo bien. No hay que darle más importancia a la cuestión de la que merece, pero necesito más dinero del que ponen a mi disposición los presupuestos parlamentarios. En esas circunstancias, siempre y cuando se trate de un acuerdo estrictamente privado y no requiera nada que pueda resultar degradante para la familia, estaré encantada de aceptar. Y se lo agradezco.

Había más, por supuesto. De haber conocido mejor a Landless, Carlota habría sabido que siempre había algo más. Una conexión con la familia real tendría su utilidad, pues llenaría el hueco de su malogrado vínculo con Downing Street y era una herramienta que impresionaría a quienes aún pensaban que la majestuosidad era importante. Pero esa conexión era especialmente versátil. Landless sabía que la princesa era casi siempre indiscreta, en ocasiones poco sensata y a menudo desinhibida... y desleal. Era la desesperación personificada en el seno de la familia real, y cuando por fin esa desesperación se volviera imposible de contener y la princesa se pusiera en evidencia, como él sabía que acabaría por pasar, los periódicos de Landless estarían al frente de la manada de chacales, armados con su información exclusiva, cuando la hicieran pedazos.

En la habitación reinaba un ambiente silencioso, casi reverencial. Era un lugar para la contemplación, una huida del mundanal ruido y sus teléfonos e interrupciones persistentes, un refugio al que los hombres de negocios podían retirarse tras un almuerzo pesado para serenarse y pensar un poco. Al menos eso les decían a sus secretarías, a no ser, por supuesto, que las secretarías en cuestión estuvieran esperando en uno de los sencillos dormitorios del piso de arriba. Los baños turcos del Real Automóvil Club en Pall Mall figuran entre las muchas instituciones de Londres que nunca hacen publicidad de sus beneficios. No se trata de un caso de modestia inglesa, sino simplemente de que si la institución es lo bastante buena, su reputación se difundirá lo suficiente sin provocar la

afluencia de lo que se da en llamar «personas poco apropiadas». Se hace imposible definir qué son personas poco apropiadas, pero los clubes de caballeros tienen generaciones de experiencia en detectarlas en cuanto entran por la puerta y en ayudarlas a volver a salir. Esa clase de personas no suele incluir a políticos ni a directores de periódicos.

El político, Tim Stamper, y el director de prensa, Bryan Brynford-Jones, estaban sentados en un rincón del baño de vapor. Aún era por la mañana y no se había formado la aglomeración de después de comer; en cualquier caso, el vapor era tan denso que se hacía imposible ver más allá de un metro y medio. Empañaba las luces tenues en las paredes cual niebla londinense y amortiguaba los sonidos. Nadie los vería ni podría oírlos. Era un buen sitio para compartir confidencias. Los dos hombres se sentaban un poco encorvados en el banco de madera, con el sudor goteándoles de la nariz y recorriéndoles los cuerpos. Stamper se había ceñido una pequeña toalla carmesí, mientras que BBJ, como le gustaba que lo llamaran, estaba completamente desnudo. Era tan gordo y rollizo como Stamper delgado y chupado, y su vientre casi ocultaba sus partes pudendas inclinado como estaba hacia delante. Era un hombre extrovertido, un poco inseguro y aferrado a sus ideas, y a sus cuarenta y cinco años, y muy menopáusico, empezaba a atravesar la delicada esquina entre la madurez y la decrepitud física. Además, estaba profundamente contrariado. Stamper acababa de dejarlo saborear la lista de títulos honoríficos de Año Nuevo, que no tardaría en anunciarse, y él no figuraba en ella. Peor incluso, uno de sus más feroces rivales en el club de los editores nacionales iba a recibir el título de sir y unirse así a los dos que ostentaban la «S» en Fleet Street.

—No es tanto que crea merecerlo, por supuesto —había explicado BBJ—. Pero cuando todos tus competidores están en el ajo, la gente te señala, como si fueras de segunda fila. No sé qué narices tengo que hacer para dejar bien establecidas mis referencias con este Gobierno. Al fin y al cabo, he convertido el *Times* en vuestro mayor partidario entre la prensa de calidad. De haberos vuelto la espalda en las últimas elecciones, es posible que no hubierais salido airosos, como les pasó a algunos.

—Lo comprendo, de veras que sí —contestó el presidente del partido, aunque no acabó de parecer sincero al ofrecer sus condolencias mientras leía un ejemplar del

Independent—. Pero ya sabes que estas cosas no están del todo en nuestras manos.

—Y una mierda.

—Ya sabes, tenemos que ser imparciales...

—El día en que un gobierno empieza a mostrarse imparcial con sus amigos y sus enemigos es el día en que se queda sin amigos.

—Todas las recomendaciones tienen que pasar antes por el Comité de Escrutinio. Ya sabes, cheques y balances, para que el sistema siga oliendo a rosas. Nosotros no controlamos sus deliberaciones. Muchas veces hacen recomendaciones en contra de...

—No me vengas otra vez con esas gilipolleces del pasado, Tim. —A Brynford-Jones empezaba a provocarle una indignación creciente que Stamper descartara de un plumazo sus ambiciones sin levantar siquiera la vista del periódico—. ¿Cuántas veces tengo que explicártelo? Eso pasó hace muchos años. Fue un delito menor. Solo me declaré culpable para librarme de él. De haber batallado, lo habrían llevado hasta los tribunales y mi reputación habría acabado apestando mucho más.

Stamper alzó la vista del periódico, despacio.

—Declararte culpable de la acusación de haber mostrado tus partes pudendas a una mujer en un espacio público no es la mejor recomendación para que el Comité de Escrutinio te vea con buenos ojos, Bryan.

—Por el amor de Dios, no fue en un espacio público. Estaba plantado ante la ventana de mi cuarto de baño. No sabía que podían verme desde la calle. La mujer mentía cuando dijo que le hice gestos obscenos. Fue todo un montaje asqueroso, una trampa, Tim.

—Te declaraste culpable.

—Mis abogados me dijeron que lo hiciera. Era mi palabra contra la de esa mujer. Podría haberme pasado un año en los tribunales y aun así haber perdido, y con todos los periódicos del país poniéndose las botas a mis expensas. Al final solo tuvo como resultado unas líneas en la columna de algún periodicucho regional. Demonios, es probable que unas líneas en una columna fuera cuanto quería aquella vieja bruja entrometida. Quizá debería habérselas concedido.

Stamper se esforzaba en doblar las páginas del *Independent*, que la humedad había vuelto flácidas, y su aparente desinterés enfureció aún más a Brynford-

Jones.

–¡Soy víctima de una persecución! Estoy pagando por las mentiras de una vieja cochambrosa hace casi quince años. Me he dejado las pelotas trabajando para compensar todo eso, para dejarlo atrás. Pero por lo visto ya no puedo ni contar con el apoyo de mis amigos. Quizá debería despertar de una vez y comprender que al fin y al cabo no son mis amigos. Que no son como yo pensaba.

Se hizo imposible pasar por alto la amargura y la amenaza velada de retirar su apoyo editorial en aquellas palabras, pero Stamper no respondió de inmediato sino que primero trató de doblar el periódico, aunque en vano: el *Independent* empezaba a desintegrarse entre las nubes de vapor; por fin arrojó las hojas empapadas a un lado.

–No se trata tan solo de una cuestión de amistad, Bryan. Para hacer caso omiso de las objeciones del Comité de Escrutinio y estar dispuesto a soportar el fuego cruzado resultante haría falta un buen amigo, bueno de narices. Si he de serte franco, Henry Collingridge nunca fue esa clase de amigo tuyo, nunca se habría jugado el cuello, no es de esa calaña. –Hizo una pausa–. Sin embargo, Francis Urquhart es muy distinto. Más fiel que un terrier. Y ahora mismo, con una recesión a la vuelta de la esquina, cree firmemente en la amistad.

Guardaron silencio cuando, a través de las tinieblas, vieron abrirse la puerta y entrar por ella una figura envuelta en sombras, pero el ambiente asfixiante fue claramente excesivo para quien fuera aquel hombre, pues respiró hondo un par de veces, tosió y volvió a salir.

–Continúa.

–No nos andemos con rodeos, Bryan. No tienes ni la más mínima posibilidad de colgarte esa medalla a menos que encuentres un primer ministro dispuesto a luchar contigo en la última trinchera. Y un primer ministro no va a hacer algo así a menos que estés dispuesto a corresponderle. –Stamper se enjugó la frente con la mano para despejar su línea de visión–. Queremos tu apoyo firme y tu cooperación durante toda la legislatura, hasta las próximas elecciones. A cambio tendrás información privilegiada, revelaciones exclusivas y acceso antes que nadie a las mejores historias. Y con un título de sir al final del camino. Es una oportunidad para hacer borrón y cuenta nueva, Bryan, y para dejar atrás el pasado. Nadie discute con alguien que lleva una «S».

Brynford-Jones permaneció allí sentado, con los codos apoyados en las rodillas, los pliegues de la panza cayendo unos sobre otros y mirando fijamente al frente. Una sonrisa empezó a abrirse paso despacio en su cara empapada, como un rayo de luz que penetrara en aquel mundo turbio y neblinoso de pechos caídos y escrotos colgantes.

—¿Sabes qué pienso, Tim?

—¿Qué?

—Acabas de reavivar mi fe.

Palacio de Buckingham

16 de diciembre

Querido hijo:

No tardarás en estar de vuelta para pasar la Navidad con nosotros, pero necesitaba a alguien con quien compartir las cosas. Hay poquísima gente en la que pueda confiar.

Mi vida, como la tuya venidera, está rodeada de frustración. Se espera de nosotros que seamos ejemplos, pero ¿de qué? Por lo visto, del servilismo. A veces me desespero.

Como ya hablamos la última vez que viniste de Eton, había planeado pronunciar un discurso para atraer la atención del país hacia las crecientes divisiones en su seno. Pero los políticos han «redactado de nuevo» algunas de mis ideas, de manera que ya no las reconozco como mías. Tratan de convertirme en un eunuco y obligarme a renegar de mi propia virilidad.

¿Es acaso el papel de un monarca reinar mudo sobre una nación a la que están abocando a la desintegración y la división? A mi parecer, hay pocas reglas claras, con excepción de la cautela. Mi ira ante el tratamiento que el Gobierno le ha dado a mi discurso no debe airearse. Pero no puedo ser monarca sin conservar asimismo mi amor propio como hombre, como descubrirás cuando llegue el momento.

Si no tenemos la libertad de defender las cosas en las que creemos con fervor, podemos evitar al menos la connivencia con aquellas acciones a las que nos oponemos y que se nos antojan peligrosamente inapropiadas. Jamás les

permitas que pongan palabras en tus labios. Me he limitado a omitir grandes pedazos de la versión del Gobierno.

Mi tarea, y la tuya llegado el momento, es una carga pesada. Se supone que somos mascarones de proa, que simbolizamos las virtudes de la nación. Y eso se vuelve cada vez más difícil en un mundo moderno que nos rodea de tantas tentaciones y tan pocas ocupaciones. Pero si nuestro papel ha de significar algo, tienen que permitirnos como mínimo que tengamos nuestra conciencia. Firmaría mañana mismo una ley para la proclamación de una república si las Cámaras de los Lores y los Comunes me la presentaran ya aprobada, pero me niego a poner en mi boca las sandeces de los políticos como si comulgara con ellas.

Todo cuanto haga, cada error garrafal que cometa, cada migaja de respeto que consiga ganarme se te transmitirá a ti con el tiempo. No siempre he podido ser la clase de padre que me habría gustado ser. Las formalidades, las convenciones y la distancia se interponen demasiado a menudo entre un rey y su hijo, entre tú y yo, como hicieron entre mi propio padre y yo. Pero no pienso traicionarte y a tu herencia tampoco, de eso tienes mi palabra. ¡En otros tiempos, a nuestros antepasados se los llevaban a rastras a un sitio público y les cortaban la cabeza! Al menos ellos tenían la dignidad de morir con la conciencia intacta.

El mundo se me antoja oscuro en estos momentos. Espero con impaciencia la luz que nos traerá tu regreso por vacaciones.

Con todo mi afecto, hijo mío.

Tu padre

Mycroft había pasado la velada recorriendo desconsolado la casa fría y vacía en busca de alguna distracción. Menudo día tan espantoso. A Kenny le habían ofrecido con muy poca antelación un viaje de diez días por Extremo Oriente que lo tendría lejos durante las fiestas. Mycroft estaba con el rey cuando Kenny llamó, de modo que solo le había dejado un mensaje con su secretaria deseándole feliz Navidad. Ahora, contemplando aquellas cuatro paredes, Mycroft lo imaginó retozando ya en alguna playa bañada de sol, riendo, pasándolo bien y

disfrutando de otros.

El rey tampoco había puesto de su parte, pues echaba chispas ante la revisión que había hecho el Gobierno de su discurso. Por alguna razón, Mycroft se culpaba de ello. ¿No era acaso tarea suya asegurarse de que las opiniones del rey llegaran a la gente? Tenía la sensación de haberle fallado. Era una punzada de culpabilidad más de las que lo agobiaban siempre que estaba lejos de Kenny y de su hechizo.

La casa se veía tan limpia, ordenada e impersonal que incluso deseó ver algún indicio del caos de Fiona, pero no había ni un plato sucio en el fregadero. Se había pasado la velada entera caminando de aquí para allá, incapaz de relajarse, sintiéndose más solo que nunca, bebiendo demasiado en un vano intento de olvidar, ahogándose una vez más. Pensar en Kenny solo conseguía ponerlo celoso. Cuando trataba de distraerse pensando en su otra vida, solo era capaz de evocar la fuerza de la pasión y la amargura que el rey sentía hacia el primer ministro. «Ojalá no hubiera sido tan franco con él, pensé que sería diferente de los demás. Es culpa mía», había dicho el monarca. Pero Mycroft pensaba que el culpable era él.

Se sentó al escritorio, con el discurso mutilado del rey ante sí, la fotografía de Fiona que aún no había quitado en su marco de plata, la agenda abierta con un círculo en torno a la fecha del retorno de Kenny, y el vaso, que había rellenado, dejando cercos de humedad en el sobre de piel. Por Dios, necesitaba alguien con quien hablar, que le recordase que había un mundo ahí fuera, que rompiera el opresivo silencio que lo rodeaba y lo distrajera de aquella sensación de culpa y fracaso. Se sentía confuso y vulnerable, y la bebida no ayudaba. Aún se sentía confuso y vulnerable cuando sonó el teléfono.

—Hola, Trevor —le dijo al corresponsal parlamentario del *Telegraph*—. Confiaba en que llamara alguien. ¿En qué puedo ayudarte? Por Dios... ¿que has oído qué...?

—No estoy muy contento que digamos. No estoy nada contento, hostia.

El director del *Sun*, un tipo diminuto y nervudo de los valles de Yorkshire, empezó a maldecir por lo bajo mientras leía el artículo de fondo en la primera edición del *Telegraph*. Las blasfemias fueron subiendo de tono a medida que avanzaba en la lectura, hasta que ya no pudo contener más su frustración.

–Sally. Llama a ese cabronazo de Incesto.

–Está en el hospital. Acaban de sacarle el apéndice –le llegó una voz femenina a través de la puerta abierta.

–No me importa si está en un puto ataúd. Desentiérralo y pónmelo al teléfono.

Roderick Mamfollet, conocido en todo el mundo de la prensa como «Incesto» porque su apellido parecía dar a entender que se follaba a su madre, era el corresponsal del periódico para la realeza, el hombre al que le pagaban por saber quién le hacía qué a quién tras la discreta fachada de cualquiera de las residencias reales. Aunque estuviera postrado en la cama.

–¿Incesto? ¿Por qué coño nos hemos perdido esta historia?

–¿Qué historia? –contestó una voz débil al otro lado de la línea.

–Te pago un montonazo de dinero para que lo repartas entre los suficientes criados, chóferes y chivatos para que sepamos qué está pasando. Pero ésta vas y te la pierdes, joder.

–¿Qué historia? –volvió a preguntar la voz, más débilmente incluso.

El director empezó a leerle los hechos más notables. Los fragmentos del borrador del discurso del rey suprimidos por el Gobierno. Las secciones con las sustituciones que sugería este último, llenas de términos económicos y optimismo, que el rey se había negado a utilizar. La conclusión de que tras la arenga del monarca a la Sociedad Nacional de Fundaciones Benéficas se ocultaba una disputa de padre y señor mío.

–Así que quiero esa historia, Incesto. La de quién está jodiendo a quién. Y la quiero para nuestra próxima edición, dentro de cuarenta minutos. –Ya estaba garabateando posibles titulares.

–Pero si ni siquiera he visto el artículo –protestó el corresponsal.

–¿Tienes un fax?

–¡Estoy en el hospital! –fue la quejumbrosa respuesta.

–Te lo mando por mensajero. Entretanto, ponte a hacer llamadas y asegúrate de volver a hablar conmigo dentro de diez minutos.

–¿Estás seguro de que es verdad?

–Me importa un puñetero bledo si es verdad o no. Es una historia fantástica, tocapelotas total, ¡y la quiero en nuestra primera plana dentro de cuarenta

minutos!

En las redacciones a lo largo y ancho de Londres se les transmitían palabras similares a los sufridos corresponsales para la realeza. En el aire flotaba un tufillo a bajón, los ingresos por publicidad empezaban a disminuir, y eso tenía como resultado unos propietarios nerviosos que sacrificarían alegremente a los directores de sus periódicos antes que sus balances finales. Fleet Street necesitaba una buena historia que fomentara la circulación. Con eso se añadirían muchas decenas de miles a las cifras de venta del día siguiente, y aquella prometía ser una historia que daría para muchos artículos.

Hace muchos años, en algún punto perdido en las nieblas del tiempo, tuvo lugar un incidente en la guerra que libraban británicos y franceses en Canadá. Es probable al menos que, si en efecto pasó, fuera en Canadá, aunque podría haber ocurrido casi en cualquier punta del globo donde las dos naciones ferozmente imperialistas se hubieran enfrentado. Según se decía, dos ejércitos, uno británico y el otro francés, marchaban ladera arriba por las faldas opuestas de una colina, para toparse con una confrontación inesperada al llegar a la cima. Las prietas filas de infantería se encontraron frente a frente y se prepararon para la batalla, poniendo a punto los mosquetes en una mortífera lucha por derramar la primera sangre.

Pero las tropas estaban lideradas por oficiales que eran también caballeros. Cuando el oficial inglés vio a su homónimo a solo un par de metros de distancia, se apresuró a observar las normas de la cortesía y, quitándose el sombrero con gesto ampuloso, invitó al francés a disparar primero.

El francés no podía ser menos galante que su enemigo inglés y, con una inclinación más exagerada incluso, contestó:

–No, señor. Insisto. Después de vos.

En cuyo punto la infantería inglesa abrió fuego y masacró a los franceses.

La hora de las «preguntas al primer ministro» en la Cámara de los Comunes se parece mucho a aquella confrontación en Canadá. A todos los diputados se les da el tratamiento de «honorable» y a cualquiera que lleve pantalones se le llama «caballero» aunque quien le hable sea su más feroz enemigo. Se disponen frente a frente, en hileras separadas tan solo por la longitud equivalente a dos espadas y, pese al propósito aparente de hacer preguntas en busca de información, la

verdadera intención es dejar tantos cuerpos de oponentes como sea posible sangrando en el suelo de la sala. Pero hay dos diferencias cruciales entre esta confrontación y la de la cima de la colina. Es quien dispara en segundo lugar quien suele llevar ventaja: el primer ministro, que tiene la última palabra. Y los diputados de ambos bandos han aprendido la lección de que el fragor de la batalla no es lugar para comportarse como un caballero.

Las noticias de la disputa sobre el discurso del rey llegaron a los periódicos el último día antes de la suspensión de las sesiones durante las Navidades. No habría el menor rastro de ambiente festivo y conciliador, pues la muy leal oposición de su majestad tenía la sensación de que aquélla era su primera buena oportunidad de poner a prueba el temple del nuevo primer ministro. A las tres y cuarto de la tarde, la hora fijada para la ronda de preguntas al primer ministro, la sala de la Cámara de los Comunes estaba a reventar. Sobre los bancos de la oposición había desparramados ejemplares de los periódicos de la mañana con sus gráficos titulares de primera plana. Durante el transcurso de la noche anterior, los redactores jefe habían trabajado duro en superarse unos a otros, y titulares como «El rey arma un comprensible jaleo» habían dado paso a «La versión del rey, una sandez según un diputado», para transformarse simplemente en «Rey de una ciudad de cartón». Todo consistía en especulaciones morbosas pero resultaba de lo más divertido.

El líder de la oposición, Gordon McKillin, se levantó para plantear su pregunta entre un revuelo de expectación en ambos bandos. Al igual que Urquhart, había nacido al norte de la frontera, pero ahí acababa el parecido. Era bastante más joven, tenía la cintura más gruesa, el cabello más oscuro, y hacía gala de una política más ideológica y de un acento mucho más cerrado. No era famoso por su carisma, pero tenía una mente de abogado que siempre volvía precisas sus palabras, y se había pasado la mañana con sus asesores buscando la mejor forma de sortear las normas de la Cámara, que prohibían cualquier mención controvertida de la familia real. ¿Cómo plantear el tema del discurso del rey sin tocar al rey?

Sonreía cuando apoyó las manos sobre la tribuna de madera pulida que lo separaba menos de dos metros de su adversario.

—¿Querrá decirnos el primer ministro si está de acuerdo... —observó sus notas

con dramatismo— en que va siendo hora de reconocer que en nuestra sociedad hay más gente descontenta que nunca y en que la sensación creciente de división es una cuestión gravemente preocupante?

Todo el mundo reconoció la cita directa del borrador prohibido del rey.

—Puesto que se trata de una pregunta muy simple, que incluso él será capaz de entender, debería bastar con un sí o un no.

Muy simple, desde luego. En aquel caso no había manera de escurrir el bulto.

McKillin volvió a tomar asiento entre un coro de aprobación de sus compañeros de los bancos de la oposición y titulares de periódicos que se agitaban en el aire. Cuando Urquhart se levantó para responder, también lucía una sonrisa relajada, aunque hubo quienes creyeron ver que se le habían puesto rojas las orejas. Nada de escurrir el bulto. La única forma sensata de actuar era evitar directamente la cuestión, no arriesgarse a una cacofonía de preguntas sobre las opiniones del rey, pero no le gustaba que lo vieran escabullirse. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Como sabrá muy bien el muy honorable caballero, en esta Cámara no se acostumbra a tratar asuntos relacionados con el monarca, y por mi parte no pretendo iniciar la costumbre de hacer comentarios sobre documentos filtrados.

Volvió a sentarse, y acto seguido se elevó un clamor de supuesta ira de los bancos que tenía enfrente. Los muy cabrones estaban disfrutando con aquello. El líder de la oposición ya volvía a estar en pie y la sonrisa le llegaba ahora de oreja a oreja.

—Debe de haberle parecido al primer ministro que he hecho una pregunta distinta. No recuerdo haber mencionado a su majestad. Si el primer ministro decide censurar y hacer trizas los comentarios de su majestad, es una cuestión que queda enteramente entre él y el palacio. Yo ni soñaría en sacar a colación aquí semejantes cuestiones.

De los bancos de la oposición surgió todo un aluvión de abucheos contra Urquhart. Bajo su larga peluca, la presidenta de la Cámara negó con la cabeza para mostrar su desaprobación ante aquella forma tan obvia de burlar las normas de la casa, pero decidió no intervenir.

—Así pues, ¿puede el primer ministro volver a la cuestión que se le ha planteado en realidad, en lugar de centrarse en la que desearía que le hubieran planteado, y

dar a una pregunta directa una respuesta directa?

Los diputados de la oposición señalaban a Urquhart, tratando de sacarlo de quicio.

–¡Es un gallina, intenta escabullirse! –exclamó uno.

–No es capaz de hacerle frente a esto –dijo otro.

–Feliz Navidad, Francis –se burló un tercero.

La mayoría se limitaban a mecerse en los bancos de cuero, encantados con el malestar del primer ministro. Urquhart miró a la presidenta, confiando en que interrumpiera semejante conducta y de paso la discusión entera, pero de repente parecía haber encontrado algo de sumo interés en su orden del día. Urquhart estaba solo.

–El propósito de la pregunta está muy claro. Mi respuesta sigue siendo la misma.

Se armó un verdadero caos y el líder de la oposición se levantó por tercera vez. Apoyó un codo sobre la tribuna durante largo rato, sin hablar, saboreando el apasionamiento de su público, a la espera de que el barullo cesara, disfrutando con el espectáculo de Urquhart crucificado.

–No tengo forma de saber qué pasa entre el primer ministro y palacio. Yo solo sé lo que leo en los periódicos –agitó un ejemplar del *Sun* en honor de las cámaras de televisión– y hace tiempo que he dejado de creer lo que aparece en ellos. Pero la cuestión es bien simple. Esa preocupación por el crecimiento de las divisiones en el seno de nuestra sociedad la comparten millones de personas corrientes, la sientan o no aquellos que son, digamos, algo menos corrientes. Pero si el primer ministro tiene problemas con esa pregunta, permítanme que la plantee de otra manera. ¿Está de acuerdo –McKillin bajó la vista hacia el ejemplar del *Telegraph* que tenía ahora en la mano– con la opinión de que no podemos descansar tranquilos mientras decenas de miles de ciudadanos como nosotros duermen al raso en las calles, y no por culpa suya? ¿Admite que en un verdadero Reino Unido la sensación de formar parte de él es tan vital para los campesinos sin empleo de las tierras altas escocesas como para los propietarios de casas de las zonas residenciales del sur? ¿Apoyaría el criterio de que es motivo de preocupación más que de alegría que haya más gente conduciendo Rolls-Royce por nuestras calles mientras los inválidos en sus sillas de ruedas siguen

abandonados en los bajos fondos, incapaces de coger el autobús 57?

Todo el mundo reconoció las palabras que se había apropiado del discurso censurado.

–Y si esas preguntas no le gustan, tengo muchas más.

Ahora estaban acosando a Urquhart. No querían respuestas, solo sangre, y en términos parlamentarios la estaban obteniendo. Pero él sabía que en el instante en que contestara a cualquier cuestión relativa al discurso del rey perdería todo el control sobre el asunto, quedaría expuesto a ataques sin comedimiento alguno.

–Me niego a responder, en particular a una jauría de chacales.

De los bancos de partidarios del Gobierno, en los que había reinado un silencio creciente durante aquel intercambio, se elevó un clamor en apoyo al primer ministro. Aquello se parecía más a las situaciones que estaban acostumbrados a manejar, y los insultos empezaron a volar libremente por la Cámara mientras Urquhart continuaba, gritando para hacerse oír sobre el alboroto.

–Antes de que lleve demasiado lejos ese interés fingido sobre la grave situación de los sin techo y los parados, quizá el muy honorable caballero desee intercambiar unas palabras con los líderes sindicales de los que está a sueldo y decirles que dejen de presionar con reivindicaciones salariales inflacionarias que solo consiguen dejar sin trabajo y casa a ciudadanos decentes. –El clamor se tornó casi ensordecedor–. ¡Acoge los problemas de los demás con todo el entusiasmo de un sepulturero!

Se trataba de un hábil intento de supervivencia. Los insultos habían conseguido desviar por fin la atención de la pregunta, y en la Cámara se había desatado una marea de protestas que creaba oleadas de brazos que se alzaban e improperios que rompían en las orillas de ambos bandos.

El líder de la oposición se había puesto en pie, decidido a hacer un cuarto intento, pero la presidenta, consciente ahora de que quizá debería haber hecho más por restringir el interrogatorio y proteger al primer ministro, decidió que ya estaba bien y le cedió la palabra a Tony Marples, un funcionario de prisiones elegido para representar a la circunscripción de Dagenham, obtenida por escasa mayoría en las últimas elecciones, que se consideraba un salvador de «los tipos corrientes» y cuya ambición de conseguir un empleo ministerial no era ningún

secreto. No lo conseguiría, por supuesto, y no solo porque era probable que no durara mucho en la Cámara ni porque fuera homosexual, sino porque poco antes un exnovio había tomado represalias contra él destrozando su piso en Westminster antes de que se lo llevara la policía. Muchos hombres de mayor valía que Marples habían acabado en la cloaca por culpa de amantes contrariados, y ningún primer ministro iba a darle la oportunidad de seguir ese camino, por trillado que estuviera. Pero a ojos de la presidenta la ambición de Marples lo convertía en el hombre ideal para lanzarle al primer ministro una pelota fácil de devolver y de proporcionarle de ese modo a la Cámara una oportunidad de recuperar la compostura.

—¿No estará de acuerdo conmigo el primer ministro —empezó Marples con su marcado acento *cockney*; no llevaba ninguna pregunta preparada, pero creía saber cómo ayudar a su atribulado líder— en que este partido nada tiene que envidiarle a ningún otro cuando se trata del respeto a las instituciones de este país, y en particular del respeto, el cariño y la devoción hacia nuestra maravillosa realeza?

Se interrumpió durante un instante. Una vez en pie, de pronto no sabía muy bien cómo terminar. Tosió y vaciló demasiado rato, exponiendo una brecha, como un resquicio en una armadura medieval. La oposición arremetió contra él. Llovieron las intervenciones desde todos los extremos de la Cámara, haciéndole perder aún más los papeles, hasta que su mente entró en punto muerto y se detuvo. Se le aflojó la mandíbula y sus ojos se abrieron desmesuradamente, con el terror de quien despierta de un sueño para encontrarse con que la pesadilla se ha convertido en realidad y está desnudo en un sitio público.

—Nuestra maravillosa realeza —fue cuanto pudo repetir, con voz más débil que nunca.

Fue un diputado de la oposición quien le asestó el golpe definitivo, el que lo remató y acabó con su sufrimiento, diciéndole en un supuesto aparte que en realidad llegó a todos los rincones de la sala:

—¡Sobre todo nuestras reinonas!

Incluso en el bando del propio Marples hubo muchos que no consiguieron contener una sonrisa de suficiencia. Marples vio que uno de los miembros de la oposición le soplabá un beso; su confianza se vino abajo a los ojos de todos, y se dejó caer de nuevo en el asiento, abatido, mientras la oposición volvía a sumirse

en un estado de euforia.

Urquhart cerró los ojos de pura desesperación. Había confiado en poder impedir que siguiera manando sangre; ahora iba a hacer falta un torniquete. Se dijo que lo aplicaría en el cuello de Marples.

El rey estaba de pie junto a la ventana de su salita, como tenía por costumbre. Jugeteaba tímidamente con el anillo del escudo real en su mano izquierda y no hizo ademán de acercarse a Urquhart. El primer ministro había tenido que esperar fuera durante un lapso de tiempo que no llegó a ser descortés pero sí claramente más largo de lo habitual, y se vio obligado ahora a cruzar toda la habitación antes de que el rey le tendiera la mano. Una vez más, a Urquhart le sorprendió el flojo apretón, curioso en alguien que se enorgullecía tanto de su forma física. ¿Sería un indicio de debilidad interior? ¿Un gaje del oficio? Ante la silenciosa indicación del rey, ocuparon las dos sillas que había junto a la chimenea.

–Majestad, debemos poner fin a esta herida abierta.

–Estoy absolutamente de acuerdo, primer ministro.

La informalidad de sus encuentros previos se había visto reemplazada por una precisión casi teatral, como si fueran dos jugadores de ajedrez que se turnaban pacientemente para mover las piezas. Estaban sentados a solo unos palmos de distancia, con las rodillas juntas, esperando a que el otro empezara la partida. Por fin Urquhart se vio obligado a mover primero.

–Debo pedirle que esto no vuelva a ocurrir. Que un material así emane de palacio vuelve imposible mi tarea. Y si la filtración vino de un miembro del servicio, debería imponérsele una sanción como ejemplo para los demás en futuras...

–¡Maldita sea su insolencia!

–Perdone, ¿cómo dice...?

–¡Se presenta aquí para poner en duda mi integridad, para sugerir que fui yo o algún miembro de mi personal quien filtró esos condenados documentos!

–No habrá pensado ni por un instante que fui yo quien los filtró, con todo el daño que han hecho a...

–En eso, señor Urquhart, consiste la política, que es su juego, no el mío. Downing Street tiene fama de filtrar documentos siempre que hacerlo sirva a sus

propósitos. ¡Yo no formo parte de ese juego!

El rey había adelantado la cabeza, con las calvas sienas encendidas de indignación y la nariz larga y partida muy prominente, como un toro a punto de embestir. El flojo apretón de manos había sido engañoso. Urquhart no pudo poner en duda la sinceridad de la ira del monarca, y supo que había malinterpretado la situación. Se ruborizó y tragó saliva.

–Le... pido disculpas, señor. Le aseguro que yo no tuve nada que ver en la filtración de esos documentos, y había supuesto que quizá un miembro del servicio de palacio... He cometido un error de interpretación.

Tenía las manos crispadas y le crujieron los nudillos de pura frustración, mientras que el rey soltó varios bufidos por la nariz y luego se golpeó la rodilla derecha con la mano, como si pretendiera agotar su ira y recobrar el control y la calma. Permanecieron ambos en silencio unos instantes, poniendo las ideas en orden.

–Señor, no tengo ni idea de quién habrá sido el sinvergüenza responsable de la filtración y de nuestro malentendido.

–Primer ministro, soy bien consciente de mis deberes y limitaciones constitucionales. Los he estudiado con mucho afán. Una guerra abierta con mi primer ministro no forma parte de mis prerrogativas, y tampoco la deseo. Semejante forma de actuar solo puede ser dañina, y quizá desastrosa, para ambos.

–El daño ya se ha infligido en lo que respecta al Gobierno. Tras la hora de las preguntas de esta tarde, no me cabe duda de que los periódicos de mañana vendrán llenos de artículos en apoyo de la que ellos creen que es la opinión de su majestad y ataques contra un Gobierno insensible y torpe, según ellos. Dirán que ha sido censura.

El rey esbozó una sonrisa triste ante el hecho de que Urquhart reconociera cuál era el sentimiento popular.

–Esa clase de artículos solo conseguirán hacernos daño a ambos, señor. Abrirán una brecha entre nosotros, expondrán aquellas partes de nuestra constitución que más vale dejar a buen recaudo de la oscuridad. Sería un grave error.

–¿Por parte de quién?

–Por parte de todos. Debemos hacer lo que esté en nuestra mano por evitarlo.

–Urquhart dejó que aquella afirmación flotara en el aire mientras trataba de juzgar la reacción del monarca, pero solo vio la exasperación que le abotargaba los ojos–. Debemos intentar evitar que los periódicos echen por tierra nuestra relación.

–Bueno, ¿y qué espera que haga? No fui yo quien empezó esta trifulca pública, ¿sabe?

Urquhart inspiró profundamente para contener la mordacidad de su lengua.

–Ya lo sé, señor. Sé que no fue usted quien la puso en marcha. Pero sí puede detenerla.

–¿Yo? ¿Cómo?

–Puede detenerla, o al menos minimizar los daños, desde aquí, desde palacio. Su secretario de prensa tiene que llamar a los jefes de redacción esta noche para decirles que no hay disputa alguna entre nosotros.

El rey asintió con la cabeza mientras consideraba la propuesta.

–Y mantener la ficción constitucional de que rey y Gobierno actúan como uno solo, ¿eh?

–Exacto. Y debe sugerir que las filtraciones a la prensa se equivocaban, que el borrador no representa sus opiniones. ¿Quizá dando a entender que algún consejero lo preparó para dárselo?

–¿Y negar mis palabras?

–Y negar que haya diferencias entre nosotros.

–Permítame expresarlo con claridad. Quiere que reniegue de mis propias creencias. –Una pausa–. Quiere que mienta.

–Se trata más bien de pulir las grietas. De reparar los daños...

–Daños que no he causado yo. No he dicho nada en público que pusiera en tela de juicio su posición, y no lo haré. Mis opiniones son enteramente privadas.

–¡No son privadas cuando cubren las primeras planas de todos los periódicos! – Urquhart no pudo controlar su exasperación; ganar en aquella discusión era crucial.

–Ése es su problema, no el mío. Yo solo debatí mis ideas con un pequeño círculo de mi propia familia, en torno a la mesa. No había criados del palacio. Ni periodistas. Y desde luego no había políticos.

–Entonces sí las debatió.

–En privado. Como debo hacer, si mis consejos al Gobierno han de ser de alguna utilidad.

–Hay ciertas clases de consejos de los que el Gobierno puede prescindir. Al fin y al cabo, nos han elegido para gobernar este país.

–¡Señor Urquhart! –Los ojos azules del rey ardían de indignación y las manos que aferraban el brazo de la silla se habían vuelto blancas–. Permítame recordarle que no lo han elegido primer ministro, que no lo ha hecho el pueblo. No tiene mandato. Hasta las próximas elecciones no es más que un gobernante de transición constitucional. Entretanto, yo soy el monarca y tengo el derecho, según la tradición y todos los malditos libros de derecho político que se han escrito nunca, a que usted me haga consultas y a ofrecerle mis consejos.

–En privado.

–No tengo el deber constitucional de mentir públicamente para salvarle el pellejo al Gobierno.

–Debe ayudarnos con los jefes de redacción.

–¿Por qué?

–Porque... –Porque si no lo hacía, Urquhart se encontraría con un reguero de elecciones para cubrir escaños vacantes que lo dejarían varado y herido de muerte–. Porque no puede vérselo debatiendo cuestiones de política con el Gobierno.

–No pienso negar mis propias creencias. Para mí sería ofensivo, no solo como monarca, sino como hombre. ¡Y no tiene puñetero derecho a pedírmelo!

–En su condición de monarca, no cuenta con el derecho a tener creencias personales, al menos sobre cuestiones políticamente delicadas.

–¿Me está negando mis derechos como hombre? ¿Como padre? ¿Cómo puede mirar a sus hijos a los ojos y...?

–En cuestiones de esa índole, usted no es un hombre, sino una herramienta constitucional...

–¿Un sello para dar el visto bueno a sus locuras? ¡Jamás!

–...que debe apoyar al Gobierno debidamente elegido en todas las cuestiones de cariz público.

–Entonces, señor Urquhart, le sugiero que vaya a que lo elijan, a que lo elija el pueblo. Dígales que no le importa un comino su futuro. Dígales que le satisface

ver cómo se alejan los escoceses, descontentos y desesperados. Que no le parece obsceno que miles de ingleses no tengan otro concepto de hogar que una caja de cartón en algún pestilente pasaje subterráneo urbano. Que ni la policía ni los trabajadores sociales pongan nunca un pie en muchas de nuestras zonas urbanas deprimidas. Dígales que le importa un cuerno todo lo que no sea llenar los bolsillos de sus propios partidarios. Dígales todo eso, haga que lo elijan, y luego vuelva aquí a darme sus órdenes. Pero hasta entonces, ¡no pienso mentir por usted!

El rey se había puesto en pie, impulsado por la energía de aquella rabia incontrolable más que por un deseo consciente de poner fin a la audiencia. Pero Urquhart sabía que no tenía sentido continuar. El monarca era inquebrantable, no accedería a doblegarse, al menos hasta que él hubiera ganado unas elecciones y fuera primer ministro por derecho propio. Y cuando Urquhart salía despacio de la habitación, sabía que la intransigencia del rey había hecho añicos cualquier posibilidad de celebrar pronto aquellas elecciones, y de ganarlas.

Sonó el teléfono en las dependencias privadas del palacio de Kensington. Eran más de las ocho de la tarde, y Landless no había esperado encontrar a la princesa en casa. Su marido estaba fuera, inaugurando una planta regasificadora en Birkenhead, y le pareció que Carlota estaría con él o bien andaría por la ciudad celebrando su libertad, pero atendió el teléfono en persona.

–Buenas noches, alteza real. Qué contento estoy de encontrarla.

–Benjamin, qué sorpresa tan agradable. –Su tono era reservado, y un tanto angustiado, como si ocultara algo—. Me estoy recuperando de los rigores de una jornada con dos mil miembros del Instituto de la Mujer. No puede imaginar lo cansada que se queda una después de haber estrechado todas esas manos y escuchado toda esa sinceridad. Me están dando un masaje.

–Entonces le pido perdón por molestarla, pero tengo buenas noticias.

Landless se había pasado la tarde considerando cómo reaccionaría ella ante el furor provocado por el discurso que le había pasado, el primer fruto de su nuevo acuerdo. La intención de Carlota había sido ilustrar la integridad y las profundas preocupaciones del rey a título personal; no había tenido mucha idea de que se publicaría y ninguna del revuelo que iba a causar. Era posible que hasta hubiese una investigación. ¿Se habría asustado?

–Solo quería que supiera que los periódicos de mañana rebosarán de artículos con elogios al rey. Es increíble, esto le ha hecho muchísimo bien. Y todo porque nosotros manejamos el asunto como tocaba. Ha hecho usted un buen trabajo.

Carlota se estiró sobre la mesa de masaje para alcanzar una copa de champán.

–Formamos un gran equipo, ¿eh, Benjamin?

–Sí, señora. Un gran equipo. –Aún le parecía que ella guardaba las distancias; ¿habría metido ya la pata él?–. Y he estado pensando, haciendo nuevos cálculos. Verá, ahora que he tenido la oportunidad de conocerla y de comprobar lo bien que se desenvuelve, creo que el valor de su ayuda va a ser mayor incluso de lo que pensé en un principio. Otras cincuenta mil libras. ¿Qué tal suena eso?

–Benjamin, ¿habla en serio? Suena de buten.

Él esbozó una mueca ante semejante muestra de argot, el producto cultural de una dieta interminable de columnas de cotilleos, revistas de moda y viñetas para adultos. Landless había dejado la escuela a los quince años y se había abierto camino en la vida arrastrando el peso de sus aristas sin pulir, su ruda forma de hablar y su acento más rudo incluso. Todo eso le había proporcionado cierta sensación de autoestima, pero era una senda brutal, muy distinta de la que había querido que siguieran sus tres hijas, que se habían encontrado un camino alfombrado de las más refinadas oportunidades educativas. Oyendo a la princesa, no conseguía entender ni tolerar que aquellos que habían nacido con todas las ventajas procedieran a deshonrarlas. Aun así, sabía que había encontrado a la mujer ideal. Soltó una risita simpática a través de la línea.

Cuando hubo colgado, Carlota tomó otro sorbo de la copa. Se preguntó si estaría metiéndose en aguas demasiado profundas. Había aprendido hacía tiempo que para un miembro de la realeza no existía el concepto de almuerzo gratis, por no hablar de cincuenta mil libras gratis. En todo había condiciones, hilos que alguien movía, y sospechaba que Ben Landless tiraría fuerte de ellos.

–Se está poniendo tensa, señora.

Carlota rodó sobre sí y la toalla resbaló de su cuerpo y expuso sus pechos recién arreglados, que examinó.

–Olvídate de los músculos de los hombros, Brent. Ya es hora de ocuparse de la mujer interior.

El teniente Brentwood Albery-Hunt, un oficial de la Guardia de Honor de

metro noventa de estatura, destacado temporalmente en palacio como secretario privado de la princesa, se puso firme e hizo un saludo, momento en el cual su propia toalla cayó al suelo. La princesa lo observó con ojo crítico, sometiéndolo a una burlona inspección. Por experiencias anteriores, el teniente sabía que era una coronela del regimiento muy exigente y que la noche de servicio bajo su supervisión sería ardua.

Diciembre: semana de Navidad

–No puede hacerse, Francis.

«No nombro ministros para que me digan que no pueden hacerse las cosas», refunfuñó Urquhart para sí. Pero el ministro de Hacienda no cedía y Urquhart sabía que tenía razón.

Estaban apiñados en un rincón de uno de los salones de actos de la sede del partido, punto de reunión de los peces gordos para ahorrar tiempo y dinero celebrando a la vez la Navidad y la despedida de una veterana funcionaria. La paga de esos funcionarios era pésima, las condiciones de trabajo solían dar pena y se esperaba de ellos que no fueran independientes ni de obra ni de pensamiento. A cambio esperaban, tras muchos años, alguna forma de reconocimiento, desde una invitación a una fiesta en los jardines del palacio de Buckingham a una modesta mención en la Lista de Honor o una ceremonia de despedida llena de atareados ministros que se dedicaban a beber vino dulce alemán y a mordisquear salchichas de cóctel mientras se agasajaba al funcionario en cuestión, con frecuencia irreconocible. Pero Urquhart había asistido de buen grado a ese acontecimiento en honor de la señora Stagg, una mujer mayor pero todavía exuberante que había servido el té durante años. No había nadie entre ellos lo suficientemente veterano como para recordar cuánto tiempo llevaba allí. El té que preparaba era prácticamente tóxico y el café apenas se distinguía del té, pero su carácter y su sentido del humor habían logrado sortear la pomposidad que tan a menudo ofuscaba a los políticos, y su animada presencia solía distender incluso las ocasiones más lúgubres. Urquhart había quedado prendado de ella cuando era aspirante a miembro del Parlamento, más de treinta años atrás. La había observado fascinado cuando, al ver que un botón de la chaqueta de Ted Heath, líder del partido y soltero, se estaba descosiendo, había insistido en despojarlo de la prenda y dejarlo en mangas de camisa mientras reparaba el desperfecto allí mismo. Urquhart era consciente de que ése era su tercer intento de jubilarse, pero a sus setenta y dos años sería probablemente el último, y él había estado deseando escapar de los asuntos oficiales para acudir a la fiesta. Pero aquello no iba a durar.

–Sencillamente no puede hacerse –repitió el ministro–. Apenas ha empezado la Navidad en las tiendas y la recesión va a llegar antes de lo que esperábamos.

Podemos camuflar un poco las estadísticas, darlas por fraudulentas durante un par de meses, pero no podemos camuflar los montones de casos de abandono escolar que se convertirán en mano de obra para cuando llegue Pascua. La mayoría de ellos irán directos del aula a la cola del paro y no hay absolutamente nada que ni tú ni yo podamos hacer al respecto.

Los cuatro hombres, que formaban un círculo, juntaron incluso más las cabezas, como si protegieran un gran secreto. Urquhart le había preguntado al ministro qué posibilidades había de posponer el impacto de la recesión un par de meses, para ganar así un poco de tiempo. Pero el ministro de Hacienda solo había confirmado lo que ya sabía.

Stamper fue el siguiente en hablar, muy brevemente. No había motivo para cebarse con las malas noticias.

–Cuatro puntos, Francis.

–¿Por delante?

–Por detrás. Este agravio al rey ha mandado nuestra ventaja a paseo. Cuatro puntos y la cosa va a ir a peor.

Urquhart se lamió los labios.

–¿Y tú qué cuentas, Algy? ¿Cuántos dramas horrorosos tienes para mí?

Cuando Urquhart se volvió hacia el tesorero del partido, tuvieron que apiñarse todavía más, puesto que el economista medía poco más de metro y medio y escucharlo en una habitación repleta de gente requería un esfuerzo. A diferencia del ministro de Hacienda y de Stamper, no había sido informado de los planes para unas elecciones anticipadas, pero no era tonto. Cuando se le pregunta a un tesorero cómo puede un partido en números rojos conseguir diez millones de libras, y de prisa, sabe perfectamente que algo se está cocinando. Su cara redonda iba enrojeciendo mientras estiraba el cuello para mirar a los demás.

–No puede hacerse. Tan poco tiempo después de unas elecciones, justo después de Navidad y a punto de entrar en recesión... No podría reunir diez millones en todo este año, mucho menos en un mes. Seamos realistas, por qué iba nadie a dejar ese dinero a un partido cuya estrecha mayoría está a punto de volverse más estrecha.

–¿Qué quieres decir? –quiso saber Urquhart.

–Lo siento, Francis –dijo Stamper–. El mensaje debe de estar en tu mesa.

Freddie Bancroft ha muerto esta mañana.

Urquhart sopesó aquella noticia sobre uno de sus diputados de los condados sin cargo parlamentario. No le resultaba del todo inesperada. Bancroft había sido un cadáver político durante años, había llegado la hora de que el resto de su persona pasara también a ese estado.

–Es una pena. ¿Qué mayoría tenía?

Urquhart tuvo que esforzarse para hacer alguna clase de pausa entre ambos pensamientos. Todos eran conscientes de su preocupación, del modo en que los sórdidos titulares de una campaña para la elección de un parlamentario a nivel local solían crear un nuevo estado de ánimo a nivel nacional, por lo general a expensas del Gobierno mientras su candidato se enfrentaba a un sacrificio ritual.

–No es suficiente.

–Chorradas.

–Perderemos. Y cuanto más lo retrasemos, peor será.

–Las primeras elecciones locales para cubrir un escaño vacante desde que soy primer ministro. No es una gran publicidad, ¿verdad? Más bien esperaba conducir el carro de la opinión popular, no que me empujaran bajo sus ruedas.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por un joven de rostro cetrino con un traje lleno de arrugas y una corbata torcida, que había superado su renuencia a entrometerse en lo que claramente era una confabulación gracias al Liebfraumilch y a una apuesta con una de las gráciles secretarias: un sitio en su cama si él superaba su timidez.

–Discúlpenme, acabo de unirme al departamento de investigación del partido, ¿pueden darme un autógrafo? –Plantó un trozo de papel y un bolígrafo barato entre ellos.

Los demás esperaron a que Urquhart diera el primer paso, a que ordenara pasar al joven por la quilla por imprudente y lo despidiera por atolondrado. Pero Urquhart sonrió, agradeciendo la interrupción.

–Ya ves, Tim, ¡alguien me aprecia! –Hizo un garabato en el papel—. ¿Y tú a qué aspiras, muchacho?

–Quiero ser ministro de Hacienda, señor Urquhart.

–¡El puesto no está vacante! –exclamó el implicado.

–Pensándolo bien... –advirtió el primer ministro.

–Prueba en Brunéi –añadió Stamper con tono menos frívolo.

Hubo más risas mientras el papel hacía la ronda, pero según se iban apaciguando las bromas y el joven se alejaba en dirección a una secretaria muy sonrojada, Urquhart se encontró mirando fijamente a los ojos ariscos e intransigentes de Stamper. A diferencia de los demás, ambos sabían lo importantes que eran unas elecciones anticipadas. Si la recesión y la deuda pública eran el roce de la soga en torno a sus cuellos, las noticias sobre la elección para cubrir un escaño vacante habían sido como el sonido de la trampa al abrirse por última vez. Tenía que haber una salida, y si no...

–Feliz Navidad, ¿eh, Tim?

El tono de las palabras de Stamper tuvo la misma calidez que una noche perpetua en el Ártico.

–Este año no, Francis. No puede hacerse. Tienes que admitirlo. Ahora, después de lo del rey, no. Sencillamente no puede hacerse.

SEGUNDA PARTE

Año Nuevo

Palacio de Buckingham

31 de diciembre

Mi querido hijo:

Éste es el primer año que empieza conmigo como rey, y tengo malos presentimientos.

Anoche tuve un sueño. Estaba en una habitación, toda blanca, un poco borrosa como lo están a veces las cosas en los sueños, en un hospital, me parece. Estaba de pie junto a una bañera, blanca como todo lo demás, en la que dos enfermeras bañaban a mi padre, viejo y consumido, como estaba antes de morir. Lo trataban con enorme ternura y cariño mientras lo sujetaban en el agua caliente; estaba en paz, y yo también. Sentí una calma y una serenidad que llevaba muchos meses sin sentir.

Entonces apareció otra enfermera. Llevaba algo en los brazos. Un bebé. ¡Tú! Ibas envuelto en un chal blanco. Pero cuando tendí las manos hacia ti, emocionado, la enfermera que te sostenía y las otras dos que cuidaban a mi padre habían desaparecido. Te cogí, pero mi padre, sin nadie que lo sostuviera, ya no flotaba y se sumergió de pronto en la bañera, y el agua le cubrió el rostro, que tenía los ojos cerrados. Alargué un brazo hacia él, pero tú te me caías. Para ayudarlo a él, para salvarlo, tenía que dejarte caer a ti. No podía salvaros a los dos. Apenas tenía un instante para decidir, él se ahogaba y tú te caías de mis brazos... Entonces desperté.

Para mí está muy claro. Se supone que la familia real simboliza la continuidad entre el pasado y el futuro; ya no me parece posible que sea así. Un rey puede aferrarse al pasado, a las tradiciones, a la decadencia; o decidir tenderle una mano al futuro, con toda su incertidumbre, sus peligros y sus esperanzas. Debemos elegir.

Estoy en una encrucijada, como hombre y como monarca. Sé que el pueblo me quiere, pero saberlo no me produce placer. Si dicha popularidad me la he ganado en parte a expensas del primer ministro, no puede traer consigo nada

bueno. El señor Urquhart es un hombre muy decidido y, me parece, con muy pocos escrúpulos. Reclama para sí el futuro, en exclusiva –quizá es lo que haría cualquier primer ministro–, pero lo hace con una falta absoluta de cautela. Pero si yo no puedo contribuir a construir ese futuro, ni como hombre ni como monarca, entonces carezco de hombría, de alma, de todo.

No buscaré la confrontación, porque al final perderé. Pero no pienso convertirme en un mero títere silencioso para un Gobierno sin escrúpulos e insensato. Observa atentamente cómo se desarrolla esta gran disputa. Y aprende, pues llegará el día también para ti.

Tu abnegado padre

Se suponía que iba a celebrarse un baile de máscaras para recibir el Año Nuevo, pero Stamper se había negado a cooperar. Por primera vez en su carrera política la gente había empezado a reconocerlo, a hacer todos esos gestos aduladores que sugerían que era importante y a culparse solo a ellos mismos si se aburrían cuando hablaban con él. Ni en broma pensaba ocultar todo aquello tras algún ridículo sombrero solo para complacer a su anfitriona. Lady Susan «Deccy» Kassar era la esposa del presidente del consejo de la BBC. Había pasado aquel año intentando asegurarse de que el presupuesto cada vez más exiguo de la corporación lograra alcanzar a duras penas para cubrir sus compromisos, mientras ella lo pasaba planeando cómo acabar con la mitad de su sueldo de golpe en su renombrada y monumental juerga de Año Nuevo. La extravagancia de la hospitalidad iba a la par de la lista de invitados, recopilada en el ordenador durante el curso del año para asegurarse de que solo incluyera a los más poderosos y famosos. Se decía que era insuficiente ser simplemente un maestro del espionaje o un ladrón de bancos para conseguir que te incluyera; aun así tenían que pillarte y que se te identificara de forma muy pública como tal, y mejor si lo hacía la BBC. A Stamper lo habían incluido solo tras un segundo recuento. «Deccy», que debía su nombre al *décolleté* por el que se había hecho famosa, con razón, ya desde la transición de la adolescencia al primero de sus tres maridos, había decidido que la invitación era un error desde el momento en que vio a Stamper aparecer con algo tan poco elaborado como un esmoquin. Deccy era una apasionada de los bailes de máscaras, que ocultaban sus ojos y le

permitían estar siempre vigilante en busca de víctimas aún más fastuosas mientras concentraba toda la atención de los invitados en su escote. No le gustaba que infringieran las normas en sus fiestas, en especial si quien lo hacía se engominaba el pelo. De forma deliberada y tan pública como le fue posible, había confundido a Stamper con una estrella de telenovela que había salido hacía poco de una clínica de desintoxicación, mientras que se prometió no invitarle el año siguiente a menos que fuera como mínimo ministro del Interior. Enseguida se había marchado en busca de una presa más cooperativa, agitando su máscara agresivamente para abrirse camino a través de la multitud.

Poco antes de la medianoche, Stamper divisó la generosa figura de Bryan Brynford-Jones pontificando con su uniforme de caballero sonriente de Hals, y pasó por delante de él.

–¡Tim! ¡Me alegro de verte!

–Hola, BBJ. No te había visto.

–Ésta es para mi columna de actualidad. Presidente del partido aparece disfrazado de ser humano.

–Merecería al menos una mención en primera plana.

–No a menos que filtres la información, amigo. Lo siento, se me olvidaba. Filtración no es el término favorito en los círculos gubernamentales en este momento.

Los otros invitados rieron la broma, aunque Stamper tuvo la sensación inequívoca de que estaba quedando como un segundón. No era una sensación que le entusiasmara. Se llevó al periodista para decirle en un aparte:

–Hablando de filtraciones, viejo amigo, dime. ¿Quién fue el cabrón que filtró el discurso del rey? Siempre me lo he preguntado.

–Y seguirás preguntándotelo. Ya sabes que no hay ninguna posibilidad de que revele fuentes periodísticas. –Brynford-Jones se rió con picardía, pero en su boca hubo un atisbo de nerviosismo.

–Sí, por supuesto. Pero nuestra investigación interna quedó en agua de borrajas, como tenía que pasar, siendo Navidad... nunca tuvo la más mínima posibilidad. Esto sería entre amigos. Amigos muy íntimos, acuérdate. ¿Quién fue?

–¡Jamás! Secreto profesional, ya sabes.

–Se me dan muy bien los secretos profesionales. ¿O lo has olvidado?

El periodista pareció perplejo.

–Mira, Tim. Te apoyaré en todo lo que pueda, ya lo sabes. Pero las fuentes... Son las joyas de la Corona. La integridad del periodista, y todo eso.

Los ojos oscuros de Stamper brillaban. Tenía las pupilas contraídas, de una forma muy poco natural, y eso le dio la impresión a Brynford-Jones de que le estaba tomando el pelo.

–Solo para que no nos malinterpretemos el uno al otro, BBJ...

La algarabía a su alrededor se había convertido en un silencio expectante mientras una voz en la radio anunciaba que las campanadas del Big Ben estaba a punto de tañer. Stamper tuvo que bajar la voz hasta hablar en susurros, pero no tanto como para que Brynford-Jones tuviera la seguridad de que nadie más lo oiría.

–La integridad viene en varias formas y tallas, pero no en tu talla y no a través de la ventana abierta de un baño. No te pongas ahora tímido conmigo.

Reinaba un silencio sepulcral mientras los engranajes del gran reloj empezaban a girar y a acoplarse. El periodista se retorció, incómodo.

–La verdad es que no puedo estar seguro. En serio. El *Telegraph* lo consiguió primero. Nosotros solo seguimos la pista en ediciones posteriores.

–¿Pero?

La mirada de Brynford-Jones recorría con nerviosismo la habitación, sin posarse en nada. Ya se oían las campanadas de aviso, y eso le proporcionó algo de refugio. El cabrón no iba a dejar el tema.

–Pero el artículo lo escribió su corresponsal en la corte, que tiene buenos contactos en palacio. Cuando nosotros investigamos en Downing Street y en otros departamentos gubernamentales, lo único que obtuvimos fueron exclamaciones de ultraje y confusión.

–¿Y en palacio?

–Nada. No lo negaron, no se ofendieron. Tampoco hubo confirmación. Hablé en persona con el secretario de prensa del rey, Mycroft. Dijo que lo investigaría y que me diría algo si podía, pero nunca lo hizo. Sabía que nos veríamos obligados a publicarlo si no había una negativa fidedigna.

–¿Y bien?

–Vino de palacio. Del rey o de uno de sus valientes compañeros. Tuvo que ser así. Lo podrían haber parado. No lo hicieron. –Estaba sudando, se secaba la frente rosácea con un pañuelo que llevaba escondido bajo los volantes de encaje de su camisa de caballero—. Por Dios, Tim. No lo sé seguro.

El Big Ben repicó y la estancia reverberó con el sonido de la parranda renovada. Stamper se acercó al periodista, obligado a gritarle al oído.

–De modo que no me has contado nada más que rumores y tu integridad está intacta. ¿Ves qué fácil era, amigo? –Stamper oprimió el brazo del periodista, con una fuerza sorprendente para alguien con un cuerpo tan flacucho y demacrado.

–Paz y buena voluntad para todos los hombres, ¿eh, Tim?

–No seas tan estúpido, joder.

En un bar a menos de tres kilómetros de la fiesta de lady Susan, Mycroft también le daba la bienvenida al Año Nuevo. Habría sido fácil, muy fácil, haberse deprimido. En aquella época del año, solo. Con Kenny de viaje. Una casa vacía y triste. Pero Mycroft no se compadecía de sí mismo. Bien al contrario, se sentía mejor, más a gusto consigo mismo, más limpio de lo que recordaba haberse sentido nunca. Sus sentimientos lo habían sorprendido, pero no podía existir nada más sucio que vivir maquinalmente el sexo con la pretensión de que fuera amor, cuando en realidad no había amor para compartir, y se dio cuenta de que se había sentido sucio durante toda su vida conyugal. Sin embargo, con Kenny, Mycroft se sentía sorprendido, atónito, ante algunas cosas que se le había pedido que hiciera, pero inmaculado. Había estado dando vueltas por el piso de Kenny durante toda la tarde, leyendo sus postales, escuchando sus discos, paseando con sus zapatillas puestas y uno de sus jerseys favoritos, buscando el contacto con él del modo que fuera. Nunca había estado enamorado y ya era muy mayor para obnubilarse, pero lo que sentía por Kenny no lo había sentido por nadie. No sabía si aquello era amor, pero qué demonios, como mínimo era una inmensa gratitud por el modo en que Kenny compartía las cosas con él, por cómo le entendía, por cómo había invertido su vida. ¡Invertido! Mycroft sonrió, disfrutando de su propio chiste.

El deseo de compartir algo con Kenny en Nochevieja lo había conducido de vuelta al lugar en que se conocieron. En aquella ocasión, el club estaba abarrotado, con luces que parpadeaban, y un pinchadiscos con el bigote teñido

de un festivo púrpura se ocupaba de que la discoteca no parase de retumbar. Se había apoyado tranquilamente en un rincón, disfrutando del espectáculo. Tres jóvenes muy atléticos ofrecían un espectáculo en la pista, haciendo algo con unos globos para lo que era imprescindible quitarse casi toda la ropa, y, como prometió el pinchadiscos con entusiasmo, luego «habría más». A Mycroft le había producido cierta angustia que alguien pudiera molestarlo, que intentara ligar con él; «esos maricones son muy putas», bromeó Kenny en una ocasión. No sabía si podría manejar la situación, pero nadie lo intentó. Estaba visiblemente a gusto consigo mismo y con su botella de cerveza mexicana con su rodajita de lima, y de todos modos, reflexionó, lo más probable es que fuera diez años mayor que cualquiera de los presentes en el bar. El abuelo se merecía un poco de paz.

Según transcurría la noche, el nivel de ruido había ido subiendo y los presentes se volvieron más bulliciosos. Los hombres hacían cola para hacerse fotografías provocativas con uno de los artistas de la pista, una reinona que habían prometido para el espectáculo de después de medianoche. Apenas visibles en el otro extremo de la sala, los hombres desaparecían en la marabunta de la pista de baile, para reaparecer mucho rato después, brillantes de calor y con la ropa arrugada. Sospechaba que no le interesaría lo que pudiera encontrar si se plantaba bajo las luces palpitantes del sistema láser de la discoteca, y decidió que se sentía satisfecho en su ignorancia. Había puertas que aún no estaba dispuesto a cruzar.

Se acercaba la medianoche. La multitud crecía. Todos los demás daban empujones, bailaban, robaban besos, esperaban. La radio estaba encendida. Big Ben. Un hombre se había dejado llevar ya por la emoción, las lágrimas le caían a chorro por las mejillas y en su camiseta, pero eran claramente lágrimas de felicidad. El ambiente era cálido y emotivo, ya que por todas partes las parejas se cogían de la mano. Imaginó las de Kenny. Entonces dieron las doce, se produjo una ovación y todo el bar pasó a ser una confusión de globos, serpentinas, cánticos y apasionados abrazos. Esbozó una sonrisa de satisfacción. Instantes después, los abrazos se volvieron menos apasionados y más espontáneos cuando todos en la sala se dedicaron a besarse unos a otros en lo que pareció un baile de labios al son de la música. Un par de hombres lo intentaron con Mycroft pero él

los rechazó con un ademán y una sonrisa tímida. Otra sombra se inclinó a su lado con la intención de darle un beso, un hombre corpulento con un chaleco de cuero, que había puesto una mano en el hombro de Mycroft y agarraba con la otra a un joven de aspecto poco saludable con un caso grave de impétigo en la cara.

—¿No te conozco?

Mycroft se quedó helado. ¿Quién demonios podía conocerlo ahí dentro?

—No te preocupes, viejo. No hace falta que te alarmes. Me llamo Marples, Tony Marples, lady Clarissa para los amigos. Nos conocimos en la fiesta de los jardines de palacio durante el verano. Es obvio que no me reconoces con mi atuendo festivo.

Mycroft empezó a acordarse. Aquella cara. La barba incipiente en lo alto del pómulo que solía pasar por alto cuando se afeitaba. Los labios gruesos y los incisivos torcidos, el sudor en la papada. Y entonces cayó en la cuenta.

—¿Tú no eres...?

—El diputado por Dagenham. Y tú eres Mycroft, el secretario de prensa del rey. No sabía que fueras una de las chicas.

El joven de los granos apenas parecía haber cumplido los dieciséis años y tenía unas desagradables manchas amarillas entre los dientes. Mycroft sintió náuseas.

—No te preocupes, tesoro. No soy de la Gaceta del Mariposón ni nada parecido. Si quieres guardarlo bajo llave, tu oscuro y espantoso secreto está a salvo conmigo. Todas las chicas a una, ¿no es eso? ¡Feliz año nuevo!

Brotó un gorjeo de lo hondo de la garganta de Marples que pasó por risita, y se inclinó para besar a Mycroft. Cuando los gruesos labios se le acercaron, supo que estaba a punto de vomitar y, con un gesto desesperado, empujó al diputado y salió disparado hacia la puerta.

Fuera llovía a cantaros y se había dejado la gabardina de mohair dentro. Estaba congelado y no tardaría en quedar empapado. No importaba. Mientras intentaba librarse del sabor a bilis y de purificar sus pulmones con aire fresco, decidió que la gabardina era la menor de sus preocupaciones. Con criaturas como Marples allí dentro, prefería morir de pulmonía que volver a entrar para recogerla.

Ella estudió su rostro meticulosamente. Había perdido todo su brillo y energía. Tenía bolsas bajo los ojos y parecía más viejo, la frente alta surcada de arrugas,

los labios resecos y sin elasticidad, la mandíbula rígida. El ambiente estaba cargado de humo de tabaco.

–Llegas aquí creyéndote que vas a cambiar el mundo a tu voluntad. Y lo único que hace el mundo es cerrarse a tu alrededor hasta que sientes que no hay salida. Te recuerda hasta qué punto eres mortal.

Ya no era un primer ministro, una figura elevada sobre el resto. Lo único que ella veía era un hombre, como cualquier otro, cargado de problemas sobre los hombros.

–¿No está la señora Urquhart...?

–No –respondió él, melancólico, hasta que tuvo la sensación de que podría haber dado la impresión equivocada. Alzó la mirada de su vaso de whisky hacia ella–. No, Sally. No es eso. Nunca se trata de eso.

–¿De qué, entonces?

Él se encogió de hombros despacio, como si tuviera los músculos doloridos por una carga invisible.

–Por lo general no tengo tendencia a dudar de mí mismo. Pero hay ocasiones en las que todo lo que has planeado parece resbalar como arena entre tus dedos, cuanto más te esfuerzas en cogerla, más escurridiza e intangible se vuelve. – Encendió otro cigarrillo, aspirando el humo acre con avidez–. Como se suele decir, vaya temporadita llevo.

La miró en silencio durante unos instantes a través de la niebla azul que se elevaba como incienso en una catedral. Estaban sentados en las dos butacas de su estudio, eran más de las diez y la habitación estaba a oscuras a excepción de la luz proporcionada por dos lámparas que parecía extenderse y abrazarlos, formando su propio y pequeño mundo y que los aislaba de lo que acechaba en la oscuridad al otro lado de la puerta. Ella notó que Urquhart ya se había tomado un par de vasos de whisky.

–Te agradezco la distracción.

–¿La distracción de qué?

–¡Siempre la mujer de negocios!

–O vidente. ¿Qué te preocupa, Francis?

Los ojos de él, enrojecidos, aguantaron la mirada de Sally, preguntándose hasta dónde debía confiar en ella, intentando horadar en su interior para descubrir qué

pensamientos se ocultaban bajo su coquetería. No descubrió reservas de sentimentalismo femenino sino resistencia, dureza. Se le daba bien, muy bien, ocultar su núcleo interior. Eran tal para cual. Dio otra profunda calada llena de nicotina; al fin y al cabo, ¿qué podía perder?

–Estaba pensando en convocar elecciones para marzo. Ahora ya no. Es probable que todo hubiera acabado en desastre. Y que Dios salve al rey.

No ocultaba su amargura, ni la verdadera angustia de su valoración. Pensaba que Sally se desconcertaría, sorprendida por la revelación de sus planes, pero no pareció mostrar más emociones que si estuvieran estudiando una nueva receta.

–El rey no se presenta a las elecciones, Francis.

–No, pero la oposición camina a su sombra, que está demostrando ser muy alargada. A cuánto estamos... ¿a ocho puntos por detrás? Y todo por culpa de un ingenuo que se dedica a cortar cintas.

–¿Y no puedes ocuparte de la oposición sin ocuparte del rey?

Él asintió con la cabeza.

–Entonces, ¿cuál es el problema? Antes de Navidad aún estabas dispuesto a darle una oportunidad.

Urquhart le dirigió una mirada compungida.

–Estaba intentando silenciarlo, no sacrificarlo. Y perdí, ¿te acuerdas? Todo por un simple y tonto discurso. En este momento sus palabras se han convertido en armas en el campo de batalla parlamentario y no puedo desacreditarlas sin desacreditar al rey.

–No tienes que matarlo a él, solo su popularidad. Una figura pública es solo tan popular como sus índices en los sondeos, y éstos se pueden amañar. Por lo menos temporalmente. ¿Eso no funcionaría?

Urquhart tomó otro trago de whisky, mirando con fijeza el cuerpo de Sally.

–Oh, vidente, hay fuego en tu pecho. Pero ya me he enfrentado a él una vez, y he perdido. No podría permitirme perder una segunda vez.

–Si lo que dices respecto a las elecciones es verdad, a mí me parece que no puedes permitirme no enfrentarte a él. Es solo un hombre –insistió.

–No lo entiendes. En un sistema hereditario el hombre lo es todo. Vosotros sois todos George Washington, los estadounidenses. –Estaba siendo despectivo, mientras miraba fijamente el vaso.

Ella ignoró el sarcasmo.

–¿Te refieres al mismo George Washington que creció hasta hacerse viejo, poderoso, rico... y que murió en su cama?

–Un monarca es como un viejo roble bajo el cual todos nos cobijamos...

–Washington talaba árboles cuando era joven.

–Un ataque a la monarquía convertiría al electorado en un pelotón de linchamiento. Habría cuerpos, el mío, balanceándose en las ramas más altas.

–A menos que podaras las ramas.

Estaban enfrascados en un duelo verbal, en lanzar y parar, en parar y lanzar, con respuestas inmediatas, utilizando al máximo el ingenio. Solo entonces Urquhart se detuvo a reflexionar, y cuando su mirada le recorrió el cuerpo, Sally pudo sentir que la tensión de él se desvanecía, gracias a la malta que empezaba a disolver los fragmentos de hielo que abrigaba dentro. Ella sintió su mirada subiendo desde los tobillos hasta las rodillas, para luego admirar la cintura. Entonces se entretuvo en los pechos, vaya si se entretuvo, despojándola de capa tras capa, y ella supo que el sosiego se había visto reemplazado ya por una renovada tirantez interior. Él estaba transformándose de víctima en cazador. Hacerlo le devolvía una sensación de audacia, de mando, según la energía de las nuevas ideas fluía por sus venas y se llevaba consigo las arrugas de abatimiento que se le habían formado alrededor de los ojos. En su pequeño mundo de las butacas, él empezó a sobreponerse a sus problemas y a sentirse una vez más tomando el control. Como si estuvieran de vuelta en el Chester. Cuando por fin las ideas habían recorrido todo el cuerpo de Sally y sus miradas se encontraron, ella sonreía, algo burlona, con reproche pero sin desalentarlo. Le había masajeado el cuerpo con la imaginación, y ella reaccionaba. Él se animó.

–Una batalla contra el rey sería...

–¿Constitucionalmente impropia? –preguntó Sally, provocándolo.

–Mala política. Como he aprendido ya, y a qué precio. El discurso del rey le ha otorgado autoridad moral, y no puedo permitirme que se me vea en público otra vez peleándome con él... –Arqueó una ceja, de forma exquisita. Ella nunca había visto una ceja que expresara tanta pasión—. Pero quizá tengas razón. Si se me niega la autoridad moral, siempre existe la autoridad inmoral. –Había vuelto a la vida, se estremecía, tanto que ella podía sentir la energía y la renovada

esperanza—. Una monarquía hereditaria es una institución que desafía toda lógica. Un opiáceo con el que rociamos a las masas de vez en cuando para tranquilizarlas, para llenarlas de orgullo y respeto, para sacar el jugo a su lealtad sin que hagan demasiadas preguntas.

—¿No es de eso de lo que trata toda la tradición?

—Sin embargo, una vez que se empiezan a hacer preguntas sobre un sistema hereditario no queda demasiada lógica para mantenerlo. Pura endogamia y aislamiento, palacios y privilegios principescos. No es lo que toca en un mundo moderno. O en un debate sobre los desfavorecidos. Por supuesto, yo no podría ser visto como el cabecilla de semejante ataque. Pero si fuera a organizarse un ataque así...

—El rey ha muerto. ¡Larga vida al primer ministro!

—¡No, vas demasiado lejos! Hablas de revolución. Si empiezas talando el árbol más grande del bosque, no hay forma de saber cuántos más caerán con él.

—Pero quizá eso no sea necesario —prosiguió ella, retomando los pensamientos de Urquhart—. Quizá sencillamente haya que cortarlos a medida. Sin sombra bajo la cual pueda ocultarse la oposición.

—Ni ramas en las que colgarme.

—¿Se acabarían los gruñidos reales? —Sally sonrió.

—Podría decirse que sí. —Él asintió con la cabeza, apreciando sus palabras.

—No se trata tanto de que le corten la cabeza como de... ¿cortarle las extremidades?

—Podría decirse que sí, Sally. Pero como primer ministro me es imposible hacer comentarios al respecto.

Extendió las manos y ambos se echaron a reír. Ella creyó oír el sonido de un hacha afilándose con cuidado.

—¿Tienes alguna extremidad en concreto en la mente?

—Hay muchas ramas en nuestra amada familia real, algunas más fáciles de alcanzar que otras.

—El rey y los de su clase avergonzados, presionados, y a la defensiva. La luz pública explorando los rincones más oscuros del palacio. El resplandor derribándolo a él y sus palabras, restando crédito a sus motivos. ¿Y todo ello respaldado por un par de sondeos de opinión? Con las preguntas adecuadas,

¿verdad?

De pronto, la cara de Urquhart se crispó. Se inclinó y puso la mano con firmeza por encima de la rodilla de Sally. Mucho más arriba de la rodilla de lo necesario. Tenía los dedos rígidos por la tensión y ella olió el whisky en su aliento.

—Por Dios, pero sería peligroso. Nos enfrentaríamos a cientos de años de historia. Una lucha entre bastidores por un simple discurso ya me dejó humillado. Si fuera a convertirse en una batalla pública, entre el rey y yo, no habría vuelta atrás. Si yo perdiera, sería mi fin. Y para todos los que estuvieran conmigo.

—Pero a menos que consigas esas elecciones tuyas en marzo, estás muerto de todos modos. —Ella puso su propia mano sobre la de él, transmitiéndole un suave calor, y la masajeó para quitarle la tensión con la palma y las caricias de sus dedos, alegrándose de su cercanía.

—¿Correrías esa clase de riesgos? ¿Por mí?

—Solo di por favor, Francis. Ya te lo dije, todo lo que quieras. Cualquier cosa. Solo di por favor. —Le giró la mano de modo que la palma le quedó hacia arriba, y empezó a acariciarla con la yema de los dedos. La nariz le temblaba—. Y sabes decir por favor, ¿verdad?

Él acercó la otra mano para detener la sensualidad de los dedos de Sally. Su relación no podía limitarse a ser profesional, no si iban a ir a por todas contra el rey. Había demasiado en juego. Él sabía que tendría que hacer que ella se comprometiera más, de modo más personal, que tendría que atarla a él.

—Hay funcionarios justo al otro lado de esa puerta. Y no tiene cerrojo.

Ella se quitó las gafas y agitó la melena. Resplandecía como la medianoche a la luz de las lámparas.

—La vida está llena de riesgos, Francis. Yo siento que el riesgo lo vuelve todo mejor.

—¿Vuelve mejor la vida?

—Ciertas partes de ella. ¿Qué riesgos estás dispuesto a correr, Francis?

—¿Con el rey? Los menos posibles. ¿Contigo...?

Y Sally ya estaba en sus brazos.

A Urquhart no le gustaba la ópera, pero como primer ministro se veía envuelto

en muchas cosas que no le gustaban. Como acudir dos veces por semana al matadero para la hora de «las preguntas al primer ministro». Como ser afable con presidentes que acudían de visita, sonreírles a unos rostros negros que, haciéndose llamar luchadores por la libertad colonial, habían llevado a sus países al empobrecimiento y a la dictadura, que en su juventud, como Urquhart recordaba, no habían sido más que brutales asesinos. Como tener que oír la puerta principal del supuesto piso privado en Downing Street, esa puerta sin cerradura, sacudiéndose en sus bisagras cuando los funcionarios le traían más montañas de cajas rojas y papeles del ministerio. Había descubierto que cuando uno era primer ministro no había donde esconderse.

Elizabeth había insistido en que acudiera la noche del estreno de la nueva ópera y había insistido tanto que no le quedó otro remedio que sucumbir, aunque no tenía oído para Janáček ni para coros de cuarenta voces que parecían decididos a cantar con cuarenta partituras diferentes, todos a la vez. Elizabeth permanecía paralizada en su asiento, con toda su atención en el tenor que luchaba por arrastrar a su amada de vuelta de entre los muertos. Bastante parecido al líder del Partido Liberal, reflexionó Urquhart.

Stamper también lo había animado a acudir y le había conseguido el palco privado. Según le había dicho, merecía la pena toparse con todo aquel que pudiera permitirse trescientas libras por un asiento en el patio de butacas. Había llegado a un acuerdo con la dirección para intercambiar la publicidad de la asistencia de Urquhart por la lista de direcciones de los mecenas del teatro de la Ópera, quienes recibirían en el término de una semana una invitación a una recepción en Downing Street, una carta expresada de forma imprecisa sobre futuros apoyos a las artes y una llamada telefónica pidiéndoles dinero.

Y ahí estaba Alfredo Mondelli, un hombre con una cara como una bombilla, redonda, sólida, toda hueso y sin pelo, con unos ojos saltones, como si se hubiera atado la pajarita del esmoquin demasiado prieta. El hombre de negocios italiano se sentaba al lado de su mujer junto a Stamper y los Urquhart, y a juzgar por los continuos ruiditos que se oían procedentes de su asiento, estaba igual de aburrido que él. Durante unos interminables minutos, Urquhart intentó distraerse de la música en el desfile de figuras femeninas doradas que perseguían querubines de escayola por el techo abovedado mientras a su lado los crujidos de

la silla de Mondelli se volvían cada vez más persistentes. Cuando por fin llegó el entreacto, supuso un gran alivio para todos; Elizabeth y la signora Mondelli, claramente exultantes, salieron disparadas hacia el tocador de señoras, lo que permitió a los tres hombres buscar refugio en una botella de Bollinger añejo.

–Es una pena fastidiar los negocios con tanto placer, ¿no cree, signor Mondelli? El italiano se frotó las nalgas y los muslos para devolverlos a la vida.

–Cuando Dios repartió sus dones, primer ministro, al llegar mi turno se quedó un poco corto en apreciación musical. –Su inglés era bastante correcto, su pronunciación lenta e inconfundible parecía salida de un bistrot del Soho.

–En ese caso vamos a asegurarnos de emplear bien el entreacto antes de que nos empapen con otra dosis de cultura. Al grano. ¿Cómo puedo ayudarle?

El italiano asintió agradecido.

–Como creo que le ha dicho ya el señor Stamper, me siento orgulloso de ser uno de los principales fabricantes de productos ecológicos de mi país. Para la mitad de Europa yo soy el señor Verde, doy trabajo a decenas de miles de personas, comunidades enteras dependen de mi negocio. Existe un instituto de investigación en Bolonia que lleva mi nombre...

–Muy encomiable.

Urquhart reconoció la exageración propia de los latinos. Mondelli dirigía una compañía que, aunque importante según los estándares italianos, no jugaba en la misma liga que las multinacionales, mucho más poderosas.

–Pero ahora... ahora todo está bajo amenaza, su excelencia. Burócratas que no entienden nada de negocios, de la vida. Me hacen temer por todo lo que he construido. –El champán se le derramó de la copa en tanto que su voz se volvía cada vez más apasionada—. Esos insensatos *bambini* de la Comunidad Europea y sus anteproyectos de reglamentos... Ya sabe, quieren cambiar todo lo concerniente a vertidos químicos en un plazo de dos años.

–¿Y por qué le afecta eso?

–Señor *Akat*... –Lo pronunció como si se estuviera aclarando la garganta—. Me he pasado la vida quitando residuos químicos de mis productos. Esos productos en los que envuelve usted su comida, con los que se lava, con los que se viste, el papel en el que escribe. Los he vuelto ecológicos mediante la extracción de esos malditos... –gesticulaba con sus dedos rechonchos y hacía muecas como si

estuviera actuando en el escenario— malditos productos químicos. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer ahora con ellos? Ustedes los gobernantes dirigen sus centrales nucleares y entierran todos los residuos nucleares, pero eso no es lo bastante bueno para los hombres de negocios. Ya no se nos permitirá enterrar los subproductos o sencillamente quemarlos, o deshacernos de ellos en el fondo del mar. Esos *bastardi* de Bruselas incluso quieren que deje de exportarlos para enterrarlos en los desiertos del Tercer Mundo, sin importarles que la gente de esos países se muera de hambre y tenga una necesidad desesperada de esos ingresos. Los africanos se morirán de hambre, los italianos se morirán de hambre, mi familia se morirá de hambre. ¡Es una locura! —Tomó un largo trago de champán y apuró la copa.

—Perdóneme, signor Mondelli, pero ¿no se encuentran todos sus competidores en la misma situación?

—Mis competidores son en su mayoría alemanes. Tienen los marcos alemanes suficientes para hacer esas enormes inversiones con el objetivo de deshacerse de los productos químicos del modo que los burócratas quieren. Yo no. Es una conspiración de los alemanes para obligar a la competencia a dejar el negocio.

—Pero ¿por qué acude a mí? ¿Por qué no a su propio Gobierno?

—Ay, señor Akat, ¿no conoce a los políticos italianos? Mi Gobierno no me ayudará porque han hecho un trato con los alemanes sobre los lagos de vino. Para que los agricultores italianos continúen produciendo un vino subvencionado que nadie quiere, a cambio de nuevas regulaciones sobre vertidos de productos químicos. Hay trescientos mil productores de vino en Italia, y solo un Mondelli. Usted es un político, sabe cuál es el resultado de esos cálculos.

Mondelli se abstuvo de añadir que había complicado mucho el asunto al fugarse con una joven actriz de televisión de Nápoles cuando aún estaba casado con la hermana del ministro de Finanzas italiano. En aquel momento lo recibían en Roma con la misma simpatía que a un autocar lleno de hinchas de fútbol ingleses.

—Es muy triste, signor Mondelli, lo siento por usted. Pero no hay duda de que se trata de un asunto italiano.

—Es un asunto europeo, signor Akat. Los burócratas actúan en nombre de Europa. Se exigen demasiado. Y usted y los británicos tienen fama de ser los

opponentes más fuertes para los burócratas entrometidos de Bruselas. De modo que se lo pido, para que lo considere. Le pido ayuda. Detenga esa directiva. El comisario de Medio Ambiente en Bruselas es inglés. Es su amigo. ¿No?

–Podría decirse que sí...

–Un hombre agradable, un poco débil quizá. Sus funcionarios lo llevan por el mal camino con demasiada facilidad. Pero agradable.

–También podría decirse eso...

–Tengo entendido que desea que usted le renueve el cargo cuando finalice su mandato. Le escucharé.

Por supuesto, todo eso era cierto, hasta la última palabra.

–Puede llegar a esa conclusión, signor Mondelli, pero me es imposible hacer comentarios al respecto.

–Primer ministro, no puedo describirle hasta qué punto se lo agradecería.

Eso no era exacto. Urquhart sabía por medio de su presidente del partido que Mondelli le había descrito con precisión hasta qué punto deseaba mostrarse agradecido. Había sugerido cien mil libras, pagaderas a las arcas del partido. «En reconocimiento a un gran internacionalista», fueron sus palabras. Stamper pensó que había sido muy hábil al conseguir semejante premio para el partido. Urquhart estaba a punto de desilusionarlo.

–Me temo que no puedo ayudarlo, signor Mondelli.

–Ah, el sentido del humor británico. –Por su tono, no pareció que lo apreciara demasiado.

La expresión de Urquhart sugirió que lo habían criado a base de pepinillos en vinagre.

–De verdad que su problema personal es algo que deben solucionar las autoridades italianas. Tiene que entenderlo.

–Será mi ruina...

–Una verdadera lástima.

–Pero yo pensaba... –El italiano le lanzó una mirada de súplica a Stamper, quien se encogió de hombros—. Pensaba que podría ayudarme.

–No puedo ayudarle, signor Mondelli, no como ciudadano italiano. No directamente.

Mondelli se tironeaba de la pajarita y sus ojos aún se veían más saltones por la

consternación.

—Sin embargo, en estas serias circunstancias quizá puedo compartir algo con usted. Tampoco al Gobierno británico le entusiasman las propuestas de Bruselas. Por nuestro propio interés, ya me entiende. Si dependiera solo de mí, vetaría la totalidad del proyecto.

La orquesta estaba empezando a reunirse de nuevo en el foso, y un zumbido de expectación empezó a elevarse en el teatro de la Ópera.

—Por desgracia —continuó Urquhart—, éste es uno entre los muchos asuntos que tenemos que negociar con nuestros socios europeos y con los comisarios, incluso con los británicos. Habrá un toma y daca. Y tenemos demasiadas distracciones en el frente doméstico. Parece que vienen tiempos duros, es todo muy perturbador.

—Todo mi negocio está en juego, primer ministro. O las regulaciones se van a pique o lo hago yo.

—¿Así de seria es la cosa?

—¡Sí!

—Bueno, sería una feliz coincidencia que los intereses de mi Gobierno coincidieran con los suyos.

—Le estaría tan agradecido...

—Si yo estuviera en su lugar, signor Mondelli, enfrentándome a la ruina... — Hizo una pausa para olfatear el aire, como un lobo acechando a una presa—. Creo que sería diez veces más agradecido.

Urquhart soltó una risita para sugerir cierto desenfado, pero el italiano lo había comprendido. Urquhart lo había llevado al borde de un acantilado y lo había hecho asomarse a él; en ese momento le ofrecía una cuerda de salvamento. Mondelli reflexionó durante unos instantes, y cuando habló ya no quedaba ni rastro de alarma en su voz. Ya no hablaban de cuerdas de salvamento sino de negocios. Esa cantidad representaba alrededor del dos por ciento de su beneficio anual: significativo, pero asequible. Y sus contables encontrarían un modo de presentarlo ante el fisco como una inversión en el extranjero. Asintió lentamente.

—Como usted dice, signor Akat, estaría en efecto diez veces más agradecido.

Urquhart no dio muestras de haberlo oído, como si estuviera enfrascado en sus propios pensamientos al margen del italiano.

–¿Sabe qué? Ya va siendo hora de que intentemos meter a Bruselas de vuelta en el redil. Creo que éste podría ser justo el asunto mediante el cual podemos hacerlo. Hay varias empresas británicas que sufrirían...

–Me gustaría ayudarlo en sus actividades de la campaña electoral.

–¿De verdad? Hable con Stamper, él es su hombre. Eso no tiene nada que ver conmigo.

–Ya le dicho que creo que es usted un gran internacionalista.

–Muy amable. Ha sido una velada realmente espléndida.

–Sí. Pero yo no soy un gran amante de la ópera, primer ministro. –Se estaba masajeando los muslos otra vez–. ¿Me disculparán si no me quedo para la segunda parte?

–Pero Stamper aquí presente ha pagado las entradas...

–Él ha pagado las entradas, pero yo creo que he pagado por mi libertad.

La pajarita colgaba flácida sobre su pecho.

–En ese caso, buenas noches, signor Mondelli. Ha sido un placer.

Stamper pronunció unas palabras de arrepentida admiración mientras la mole del benefactor italiano desaparecía por la puerta, y en ese punto Elizabeth Urquhart se unió a ellos de nuevo, bañada en perfume y murmurando algo sobre asistir a una recepción para los artistas cuando acabara la ópera. Urquhart apenas oyó una palabra. Sus arcas para la batalla se habían empezado a llenar y el viento soplaba de nuevo a su favor. Pero mientras sentía cómo le invadía la satisfacción, no se atrevió a olvidar que los vientos en política rara vez soplaban como debían durante mucho tiempo. No podía permitir que éste se descontrolara, porque formaría un torbellino de destrucción, probablemente la suya. Pero si soplaba lo bastante fuerte, y durante el tiempo suficiente, quizá fuera posible al fin y al cabo. Para marzo. Cuando los címbalos sonaron para anunciar el comienzo del segundo acto, volvió a sentarse en su sitio y miró el techo. Los traseros de los querubines le recordaban a alguien, una estudiante universitaria, en un sofá Chester. Aunque no consiguió recordar su nombre.

El líder de la oposición era un hombre concienzudo, hijo de una familia de minifundistas de las islas occidentales de Escocia. No era famoso por su sentido del humor, los páramos de turba de las islas occidentales eran demasiado adustos para fomentar la frivolidad, pero incluso sus rivales le reconocían su dedicación y

lo duro que trabajaba. Los ministros del Gobierno, en privado, admitían que constituía un excelente líder de la oposición, mientras en público proporcionaban toda la ayuda posible para asegurarse de que continuara en ese puesto en el que encajaba tan bien. En ocasiones parecía que la inevitable presión que se ejercía sobre él procediera más de los miembros de su propio bando que de sus oponentes políticos; habían aparecido varias historias en la prensa durante los últimos días que sugerían que, tras la ajustada derrota del año anterior y la llegada de una cara nueva a Downing Street, su partido se estaba poniendo nervioso y que su puesto estaba amenazado. Las historias eran vagas y poco concluyentes, con tendencia a alimentarse unas a otras y de duros puntos de vista, pero el *Times* parecía tener una mano dura particular y había citado a una «fuente de alto rango del partido» sugiriendo que «el liderazgo del partido no es un trabajo de jubilado para perdedores». Se trataba más de un rumor que de una revolución, los sondeos todavía señalaban que la oposición contaba con una ventaja de cuatro puntos, y sin embargo a los partidos políticos siempre les resulta difícil contener las volubles ambiciones personales de los caballos perdedores. Tal como lo expuso un editorial, no había humo si nadie encendía unas cuantas cerillas. De modo que Gordon McKillin se había alegrado de tener la oportunidad de aclarar las cosas en un popular programa de temas de actualidad que enfrentaba a políticos contra tres periodistas de primera fila.

Durante la mayor parte de los cuarenta minutos, el programa había transcurrido sin incidentes, incluso un tanto aburrido, sin duda nada satisfactorio desde el punto de vista del productor, cuya propia seguridad laboral dependía de un regular derramamiento de la sangre de otro. McKillin había esquivado todas las estocadas con habilidad y paciencia: no se había identificado a ninguno de los supuestos oponentes. Sugirió que el tema de fondo no era su liderazgo sino la inminente recesión que amenazaba millones de puestos de trabajo. Era el puesto de primer ministro el que estaba amenazado, no el suyo. La historia de sus problemas la había avivado la prensa, argumentó, mientras le lanzaba una hosca mirada a Bryan Brynford-Jones, cuyo diario había publicado el primer y más dramático artículo.

—¿Es usted capaz de nombrar a una sola de sus fuentes para esta historia? — preguntó desafiante.

El redactor jefe, poco acostumbrado a estar en la línea de fuego, hizo que la charla siguiera adelante rápidamente.

Apenas faltaban dos minutos para el final y, para desesperación del productor, la conversación se había encallado en el terreno pantanoso de las credenciales medioambientales de la oposición. Era el turno de Brynford-Jones de nuevo. McKillin esbozó una generosa sonrisa, como un granjero al contemplar un cerdo premiado en un día de mercado. Estaba disfrutando.

–Señor McKillin, durante el poco tiempo que nos queda permítame plantearle una pregunta mucho más personal. –Brynford-Jones jugueteaba con alguna clase de folleto.

–Usted es miembro del consejo de la Pequeña Iglesia Libre de Escocia, ¿no es así?

El político asintió.

–La iglesia acaba de publicar un folleto, aquí lo tengo, que se titula: «Hacia el siglo XXI: una guía moral para la juventud». Cubre temas muy variados y contiene, desde mi punto de vista, algunas recetas excelentes. Pero hay un apartado que me intriga. En la página... cuarenta, se reafirma en su postura ante la homosexualidad, que describe como un «pecado pernicioso». ¿Cree usted, señor McKillin, que la homosexualidad es un pecado pernicioso?

El político tragó saliva.

–No estoy seguro de si éste es el momento para iniciar esa clase de conversación tan compleja y difícil. Al fin y al cabo, éste es un programa sobre política, más que sobre la iglesia...

–Pero aun así, es una pregunta relevante –interrumpió Brynford-Jones–. Y sencilla, además. ¿Sostiene que la homosexualidad es un pecado?

Una gotita de sudor había empezado a asomar en una de las patillas del político, solo perceptible para el ojo profesional del productor, que empezó a animarse.

–Me resulta difícil imaginar cómo responder a una pregunta de semejante alcance en un programa como éste...

–Entonces déjeme ayudarlo. Imagine que se han cumplido sus sueños y es usted primer ministro, y se encuentra ante la caja de despachos, y yo soy el líder de la oposición. Le estoy haciendo una pregunta directa. ¿Cree que la

homosexualidad es diabólica, un pecado? Me parece que la frase parlamentaria aceptada es: «Puesto que se trata de una pregunta muy simple, que incluso él será capaz de entender, debería bastar con un sí o un no».

Todos los presentes y varios millones de espectadores reconocieron la frase: era del propio McKillin, que la había utilizado frecuentemente para mofarse de Urquhart en la hora de las preguntas. Era su propio anzuelo. La gota de sudor empezaba a ser un chorrillo.

–Permítame expresarlo de otro modo, si lo desea –lo animó el periodista–. ¿Cree que la orientación moral de su iglesia es errónea?

McKillan luchaba por encontrar las palabras. Cómo podía explicar, en un ambiente como aquél, que la orientación de su iglesia había sido desde sus primeros años lo que había alimentado su deseo de ayudar a los demás y de organizar su propia cruzada, proporcionándole un credo personal claro en el que había basado sus creencias políticas y guiándolo a través de las cloacas morales en torno a Westminster, que como miembro del consejo tenía que aceptar las enseñanzas de su iglesia con el corazón abierto y sin cuestionárselas ni negociarlas. Entendía y podía aceptar el pecado y las debilidades de los demás, pero su fe no le permitía negar su existencia.

–Soy un miembro del consejo de mi iglesia, señor Brynford-Jones. Por supuesto que acepto sus enseñanzas, como alma individual. Pero como político esas cuestiones pueden ser más complicadas...

–Déjeme ser claro, totalmente claro. ¿Acepta el decreto de su iglesia respecto a este tema?

–Como persona, debo hacerlo. Pero permítame...

Era demasiado tarde. Ya aparecían los créditos del final del programa y la sintonía empezaba a inundar el estudio. Varios millones de espectadores tuvieron problemas para captar la frase con la que Brynford-Jones cerró el programa:

–Gracias, señor McKillin. Me temo que se nos ha acabado el tiempo. Han sido unos cuarenta minutos fascinantes. –Sonrió–. Le estamos agradecidos.

Kenny y Mycroft habían visto las noticias de la noche en silencio. Incluían una crónica objetiva de la entrevista a McKillin, y también de la volcánica respuesta. Se decía que la oficina del líder de la oposición estaba en proceso de emitir una declaración aclaratoria, pero, inevitablemente, era demasiado tarde. Los líderes

de grupos de iglesias rivales ya habían opinado, los defensores de los homosexuales se habían lanzado al asalto, su propio ministro de Transporte del Gabinete en la sombra había declarado con energía que respecto a ese tema su líder estaba totalmente equivocado, de manera lamentable e inexcusable.

–¿Existe una crisis de liderazgo? –le habían preguntado.

–Ahora sí –había sido su respuesta.

Ya no había necesidad de que los periódicos mantuvieran el anonimato de sus fuentes por más tiempo, los manifestantes se tropezaban unos con otros con prisas por denunciar la intolerancia, la moralidad medieval y la hipocresía. Ni siquiera quienes estaban de acuerdo con McKillin habían ayudado mucho, pues el líder de una campaña contra la homosexualidad salió a regañadientes de la oscuridad para pedir en tono viperino que McKillin despidiera a todos los diputados homosexuales de su partido o se le tildaría de hipócrita.

Kenny apagó el televisor. Mycroft se quedó sentado un rato en silencio, desplomado en el amorfo sillón de bolitas de poliestireno ante la pantalla, mientras Kenny preparaba sin hacer ruido dos tazas de café con un chorrito de coñac de unas botellitas conseguidas de contrabando en uno de sus viajes. Ya había visto todo aquello con anterioridad: el escándalo, la alarma, los improprios, la inevitable sospecha que llevaba consigo todo eso. También advertía lo disgustado que estaba Mycroft. Él no había visto nada de aquello, al menos desde aquel ángulo.

–Madre mía, qué confuso estoy –murmuró Mycroft por fin, mordiéndose el labio. Aún tenía la vista clavada en la pantalla, poco dispuesto a mirar a Kenny a los ojos–. Todo este alboroto, tanto hablar de derechos. No puedo evitar acordarme del odioso Marples arrastrando a aquel jovencito. ¿No tenía también derechos aquel chaval?

–Todos los maricas untados de alquitrán con la misma brocha, ¿no es eso?

–A veces me pregunto qué diablos estoy haciendo. Lo que representa para mi trabajo, para mí. ¿Sabes una cosa?, aún no puedo sentirme identificado, unirme al club, cuando veo a gente como Marples y a esos militantes dando brincos arriba y abajo en la pantalla.

–Yo soy gay, David, un homosexual. Un mariposón, una reina de las hadas. Un maricón. Un sodomita. Llámalo como quieras, es lo que soy. ¿Dices que no

puedes identificarte conmigo?

–No... no se me dan muy bien estas cosas, ¿verdad? Durante toda mi vida me han educado para adaptarme, para creer que estas cosas son... Por Dios, Kenny, la mitad de mi ser está de acuerdo con McKillin. ¡Ser un maricón está mal! Sin embargo... y sin embargo... –Alzó los ojos llenos de preocupación para mirar directamente a su compañero–. He sido más feliz en estas últimas semanas de lo que jamás había creído posible.

–Eso es de gay, David.

–Entonces supongo que debo de serlo, Kenny, debo de serlo. Gay. Porque creo que te quiero.

–Entonces olvida toda esa basura. –Kenny hizo un ademán enfadado en dirección al televisor–. Deja que el resto del mundo se suba a sus cajones de madera a soltar sermones y acabe con astillas en la polla, no tenemos que hacer como ellos y echar pestes de los demás. Se supone que el amor está en el interior, que es privado, no una maldita guerra en cada esquina. –Le lanzó a Mycroft una mirada de súplica–. No quiero perderte, David. No te hagas el culpable conmigo.

–Si McKillin está en lo cierto, puede que nunca vayamos al cielo.

–Si el cielo está lleno de personas que apestan de tan miserables, que no pueden ni aceptar lo que son o lo que sienten, entonces no creo que quiera unirme a ellos. De modo que ¿por qué no nos quedamos con lo que tenemos aquí, tú y yo, y somos felices?

–¿Durante cuánto tiempo, Kenny?

–Durante todo el tiempo que nos quede, mi amor.

–Durante todo el tiempo que nos dejen tranquilos, querrás decir.

–Algunos se acercan al borde del precipicio y se asoman, y luego se alejan corriendo despavoridos. Nunca se dan cuenta de que es posible volar, remontar el vuelo, ser libres. Se pasan la vida arrastrándose en lo alto de los precipicios, sin encontrar nunca el valor suficiente. No te pases la vida arrastrándote, David.

Mycroft esbozó una leve sonrisa.

–No sabía que fueras un poeta.

–Hasta ahora yo no he sabido que me importabas tanto.

Lentamente, Mycroft levantó su taza de café.

–Un brindis, Kenny. ¿Por saltar de los precipicios?

Despacio y con desesperante cuidado, la mira del rifle se alineó con el blanco situado exactamente a veinte metros de distancia, la cabeza de Gordon McKillin, estampada en uno de sus viejos carteles de campaña. Despacio, con firmeza, el dedo apretó el gatillo, y se produjo un brusco retroceso cuando la bala de calibre 22 salió a toda velocidad. Un agujero perfecto apareció justo donde había estado la boca del líder de la oposición, antes de que el blanco gravemente acribillado se desintegrara y revoloteara como trozos huérfanos de un pañuelo de papel hasta el suelo.

–Ya no hacen carteles de campaña electoral como antes.

–Y tampoco líderes de la oposición.

Urquhart y Stamper disfrutaron de su broma. Los dos hombres estaban justo debajo del comedor de la Cámara de los Lores, en un sótano de techo bajo con paneles de madera y las tuberías y otras entrañas arquitectónicas del palacio de Westminster. Estaban tumbados codo con codo en el estrecho campo de tiro al que se retiraban los parlamentarios para desahogar sus instintos asesinos en blancos de papel en vez de unos contra otros. Era donde Churchill había practicado su puntería en preparación para la invasión alemana prevista, con la promesa de luchar personalmente y hasta el final desde detrás de los sacos de arena en la entrada de Downing Street. Y era donde Urquhart practicaba para la hora de las preguntas, libre de las inhibiciones de la mirada de censura de la presidenta de la Cámara.

–Menudo golpe de suerte has tenido, encontrándote ese folleto de la iglesia – admitió Stamper un poco de mala gana mientras ajustaba la muñequera de cuero que sujetaba el pesado fusil de cerrojo de precisión. Era un tirador mucho menos experimentado que Urquhart, y nunca le había ganado.

–Los Colquhoun son una tribu más bien exótica, sus miembros se abaten sobre Elizabeth de vez en cuando con toda clase de regalos extraños. Uno de ellos pensó que yo podía estar interesado en la moralidad de la juventud, un hombre raro. No ha sido suerte, Tim. Solo buena cuna.

El antiguo agente inmobiliario lo miró con el ceño fruncido.

–¿Quieres disparar más? –preguntó, colocando otra bala en la cámara.

–Tim, quiero una guerra de verdad. –Urquhart se llevó el fusil al hombro bien

acolchado una vez más, y observó fijamente a través de la mira telescópica—. He tomado la decisión. Está otra vez en marcha.

—Otro de tus chistes de campus.

Urquhart hizo trizas otro retrato de papel antes de volverse hacia Stamper. Su sonrisa se estaba desvaneciendo.

—McKillin tiene problemas. Se subió a una rama, y se ha roto. Muy triste.

—No estamos preparados, Francis. Es demasiado pronto —objetó Stamper muy poco convencido.

—La oposición estará aún menos preparada. Los partidos que se enfrentan a unas elecciones son como turistas perseguidos por un león devorador de hombres. No tienes que dejar atrás al león, no puedes. Lo único que tienes que hacer es correr más que el otro hijo de puta.

—Puede que a esas alturas del año el país esté cubierto de nieve.

—¡Genial! Tenemos más vehículos todoterreno que ellos.

—Pero aún estamos cuatro puntos por detrás en los sondeos —protestó el presidente del partido.

—En ese caso no hay tiempo que perder. Seis semanas, Tim. Vamos a controlarlas. Un anuncio político importante cada semana. Un viaje al extranjero muy sonado, el nuevo primer ministro tomando Moscú o Washington por asalto. Paseemos por Europa, pidamos que nos devuelvan algo de dinero. Quiero cenar con cada uno de los directores de periódicos amigos de Fleet Street, a solas, mientras tú les haces cosquillas a los corresponsales políticos. Y si podemos conseguirlo, una bajada de los tipos de interés. Castremos a unos cuantos criminales. Subámonos al carro. Tenemos a McKillin por los suelos, asegurémonos de echarlo a patadas mientras esté ahí abajo. No haremos prisioneros, Tim. Ninguno durante las próximas seis semanas.

—Confíemos en que su majestad decida cooperar esta vez. —Stamper no lograba ocultar su escepticismo.

—Tienes razón. He estado pensando que deberíamos abordar la relación con palacio desde otra perspectiva. Tender unos cuantos puentes. Poner la oreja en el suelo, enterarnos de cuáles son los rumores. Qué está pasando en los rincones oscuros.

Stamper aguzó el oído, como si le llegara el sonido de la presa moviéndose

pesadamente a través del bosque.

–Y necesitaremos soldados de infantería, Tim. Leales, dedicados. No demasiado brillantes. Hombres que estarían encantados de lanzarse a la carga a través de esos puentes, si la ocasión lo requiere.

–Eso se parece mucho a una guerra, desde luego.

–Más nos vale ganarla, viejo amigo. O los blancos seremos nosotros. Y no estoy hablando de imágenes en papel.

Enero: segunda semana

La gravilla del largo sendero de entrada que iba de la caseta del guarda hasta la antigua casa solariega repiqueteó contra la carrocería del coche cuando se detuvo junto a los demás vehículos. El lustroso Rolls-Royce azul marino parecía fuera de lugar entre los maltrechos Land-Rover y los coches familiares manchados de barro, y Landless supo al instante que no iba a encajar allí. No le importó, estaba acostumbrado. La casa era el hogar ancestral de Mickey, vizconde de Quillington, y tenía magníficas vistas de la ondulada campiña de Oxfordshire, aunque una tarde gris de enero no era el mejor decorado. La estructura del edificio reflejaba el caótico progreso de una familia aristocrática muy antigua y era mayormente de estilo Guillermo y María o victoriano, con algunos toques de Tudor en el ala más cercana a la diminuta capilla, pero había pocos indicios del siglo XX.

La humedad pareció seguirlo al interior del gran vestíbulo de entrada, un verdadero embrollo de perros de caza enredados, botas de goma llenas de barro y un variado despliegue de anoraks y otras prendas de abrigo puestas a secar. Las baldosas del suelo estaban terriblemente cuarteadas y no había indicios de calefacción en ningún sitio. Era la clase de casa que en muchos lugares habría rescatado del deterioro algún grupo hotelero japonés en expansión o un consorcio de campos de golf, pero ahí no había pasado, todavía no. Landless se alegró de haber declinado la invitación a quedarse a pasar la noche.

El linaje de los Quillington se remontaba a los tiempos en que uno de sus antepasados había viajado a Irlanda con Cromwell, donde se había ganado varias fincas por los sangrientos servicios prestados, para volver entonces a Inglaterra en la época de la Restauración y hacer allí una segunda fortuna. Era una buena historia sobre la que la generación actual de los Quillington, empobrecidos por el tiempo, la mala suerte y una inadecuada planificación fiscal, meditaba con gran respeto. Las fincas habían ido mermando, los vínculos con Irlanda acabaron por romperse, muchos de los cuadros se vendieron, los mejores muebles y la plata salieron a subasta y se recortó el numeroso personal de servicio. El suyo era dinero de familia, y cada vez quedaba menos.

Conocer a los demás invitados fue una dura prueba para el hombre de negocios. Eran todos amigos entre sí, algunos desde los tiempos del parvulario, y

daban muestras de esa exclusividad de colegio privado que resultaba impenetrable para los chicos de Bethnal Green. Su atuendo no había ayudado. Le habían dicho que vistiera «para ir al campo». Había aparecido con un traje chaqueta a cuadros, con chaleco y zapatos marrones; todos llevaban tejanos. No fue hasta que la princesa Carlota lo saludó afectuosamente cuando empezó a sentirse menos a la defensiva.

El fin de semana se había planeado en torno a la princesa. Organizado por el hermano pequeño del vizconde de Quillington, David, era una oportunidad para que ella se relajara entre viejos amigos y lejos de las mezquinas intrigas del famoseo londinense y de los cronistas de sociedad. Allí eran casi todos descendientes de familias de abolengo, algunas más antiguas que los Windsor, y para ellos, Carlota era una amiga con una tarea que cumplir, y seguía siendo la «reina» de las trifulcas de su infancia en la piscina y de las fiestas de disfraces organizadas por niñeras antipáticas. Había insistido en disponer de un dormitorio privado bien lejos de los demás invitados, y David se había ocupado de organizarlo todo, aparcando a los dos agentes y al chófer de la Brigada de Protección Real en la parte trasera de la casa. La princesa disponía de la Habitación China, no tanto una suite como un único espacio muy amplio en la primera planta del ala este, donde solo había un dormitorio más, que ocupaba David. La privacidad de Carlota estaba asegurada.

Producía cierta tristeza ver la casa en aquel estado, venida a menos, con su instalación eléctrica prehistórica, sus rincones húmedos y un ala entera prácticamente cerrada, pero tenía personalidad y parecía que de ella emanara historia. El comedor era magnífico: de quince metros de largo y con paneles de roble en las paredes, estaba iluminado por dos grandes arañas como helechos que arrojaban su resplandor sobre una mesa bruñida hecha por prisioneros de la armada de Napoleón con madera de un viejo buque de guerra. La plata era antigua y monogramada, y la cristalería muy variada; el efecto general era de intemporalidad. La gente con dinero de familia, aunque ahora fuera poco, sabía cómo comer. Quillington presidía en la cabecera, con la princesa a su derecha y Landless a su izquierda, y los demás ocupaban los sitios restantes. Todos escuchaban con educación las historias del magnate de la prensa sobre la vida en la City como sus antepasados quizá escucharon los relatos de los exploradores

sobre las islas de los mares del Sur.

Después de cenar, se llevaron las copas de oporto y coñac a la antigua biblioteca, con los techos muy altos y el aire de invierno pendiendo con tenacidad en los rincones, donde los libros encuadernados en cuero se amontonaban en estanterías interminables y cuadros al óleo ennegrecidos por el humo cubrían la única pared libre. Landless creyó ver marcas en la pared donde se habían quitado algunos, supuestamente para subastarlos, dejando el resto apiñados alrededor. Los muebles se veían tan viejos como la casa. Uno de los dos grandes sofás colocado ante el crepitante fuego de leña se había cubierto con una manta de coche para ocultar los estragos del tiempo, mientras que el otro se veía maltrecho y desnudo, con el tapizado verde oscuro desgarrado por las insistentes patas de los perros y con el relleno de crin derramándose como cera de una vela bajo uno de los cojines. En el entorno acogedor de la biblioteca, los invitados a la cena se sintieron casi familia y la conversación se tornó más relajada y desinhibida.

–Qué lástima lo de hoy –musitó Quillington dándole una patada al fuego con el talón de su bota de cuero.

A modo de respuesta, el fuego escupió y se elevó una lluvia de chispas hacia la amplia chimenea. El anfitrión era un hombre alto y un tanto errático que acostumbraba a andar por ahí ataviado con unos tejanos apretados, botas altas y un sombrero de ala ancha y curva de piel de canguro, que a un cincuentón le daba un toque excéntrico si no vagamente ridículo. La excentricidad era una tapadera útil para disimular el empobrecimiento.

–Malditos sean esos saboteadores de cacerías, siempre zumbando como moscas sobre mierda de caballo. Están ahí, en mis tierras, y la policía se niega a arrestarlos o siquiera a echarlos. No pueden hacerlo a menos que lleguen a atacar a alguien. Sabe Dios a dónde está llegando este país cuando ya ni siquiera puedes impedir que los haraganes campen por tus tierras. Para que luego digan que el hogar del inglés es su castillo, y todas esas gilipolleces.

No había sido una jornada de caza satisfactoria. Los manifestantes en defensa de los derechos de los animales habían agitado sus pancartas, rociado con sus aerosoles de pimienta y anís, provocando la inquietud de los caballos, la confusión de los perros y la ira de los cazadores. Había sido una mañana húmeda

y con una llovizna constante, muy mala para seguir rastros, y habían vagado por la gruesa arcilla de la campiña sin encontrar nada más fascinante que el cuerpo de un gato muerto.

–¿No pueden echarlos de sus propias tierras? –preguntó Landless.

–Qué va, ni en broma. Entrar en una propiedad ajena no es delito, la policía no moverá un dedo. Si les pides con educación que se vayan, ellos te contestan que te vayas al carajo. Como les pongas un solo dedo encima, te encontrarás acusado de agresión. Y todo por proteger tu propiedad, maldita sea.

–Yo me marqué un buen tanto con uno de éstos –intervino la princesa alegremente–. Lo vi rondando por detrás de mi caballo, de manera que hice retroceder al animal. Y se llevó un susto de narices cuando vio a los dieciséis mozos de cuadra que iban derechos hacia él. Retrocedió de un salto, tropezó y cayó de lleno en una enorme cagada fresca.

–Bravo, reina. Confío en que acabara con los pantalones sucios –intervino David Quillington–. ¿Usted caza, señor Landless?

–Solo en la City.

–Debería probarlo alguna vez. Ver el campo en todo su esplendor.

Landless dudó que lo hiciera. Había llegado a tiempo para ver a los cazadores rezagados que regresaban con la cara enrojecida y sucia, cubiertos de barro y completamente empapados. Si a eso sumaba el espectáculo de un zorro hecho pedazos, con las entrañas desparramadas por el suelo y pisoteadas por los cascos de los caballos, le parecía que podía ahorrarse semejantes placeres. Además, los tipos nacidos y criados en bloques de hormigón y rodeados por farolas rotas y coches destrozados tendían a sentir cierta ingenua empatía con el campo y los seres que vivieran en él. No había visto la verde campiña y las agradables praderas de Inglaterra hasta los trece años, durante una excursión con el colegio, y la verdad era que sentía cierta admiración por los zorros.

–Los zorros no son más que alimañas –prosiguió el más joven de los Quillington–. Atacan a gallinas, patos, corderitos recién nacidos y hasta terneros enfermos. Gorronean en los vertederos de la ciudad y propagan enfermedades. Es muy fácil andar criticando a los terratenientes, pero le aseguro que sin el trabajo que ellos invierten en proteger el campo, mantenerlo libre de plagas como los zorros, reconstruir verjas y setos y plantar bosques para que zorros y

faisanes puedan guarecerse, y todo de su propio bolsillo, esos manifestantes tendrían mucho menos campo sobre el que protestar.

Landless advirtió que el más joven de los Quillington, sentado en el sofá junto a la princesa, hablaba y bebía con moderación. No podía decirse lo mismo de su hermano, apoyado contra la chimenea Adam con la copa en la mano.

–Amenazado, todo está amenazado, ¿saben? Pisotean tus tierras, chillando y gritando como endemoniados, agitando sus pancartas y soplando en sus condenadas trompetillas, tratando de llevar a los perros hacia carreteras con tráfico y vías de tren. Incluso cuando se las apañan para que los arresten, le dan lástima a algún magistrado tonto del culo. Y yo, como tengo tierras, como mi familia ha trabajado en ellas durante generaciones, como se han dedicado en cuerpo y alma a la comunidad local, como han puesto su granito de arena por el país en la Cámara de los Lores, como me he dejado los dientes y no me queda dinero y nada que leer aparte de facturas y cartas de los bancos... ¿se supone que soy un parásito!

–Ya no existe el sentido de la proporción –se mostró de acuerdo la princesa–. Mirad a mi familia, si no. Antes gozaban de respeto. Hoy en día, a los periodistas les interesa más lo que pasa en el dormitorio que en el salón de recepciones.

Landless se fijó en el intercambio de miradas entre la princesa y el joven Quillington. No era el primero. Habían empezado la velada sentados uno en cada extremo del sofá, bien separados, pero parecían haberse acercado más y más, como imanes.

–Desde luego, reina. Saben que no podéis defenderos, así que entran a matar, sin piedad –prosiguió Mickey desde su posición junto al fuego–. Todos hemos trabajado muy duro por lo poco que tenemos. Pero ellos se meten con la caza del zorro, agreden a los terratenientes, socavan el principio hereditario, y antes de que nos demos cuenta nos habremos convertido en una puta república. Ya va siendo hora de que empecemos a hacernos valer, a dejar de poner la otra mejilla.

Carlota había apurado la copa y se la tendía al joven Quillington para que se la llenara otra vez.

–Pero, Mickey, no puedo hacer eso, nadie de los míos puede. Se supone que la familia real debe prestar sus servicios en silencio. –Se volvió hacia Landless–. ¿Qué opina usted, Benjamin?

–Soy un hombre de negocios, no un político –respondió tímidamente, pero luego se contuvo. La princesa le había ofrecido una oportunidad de introducirse en el estrecho círculo de sus preocupaciones, no tenía sentido rechazarla–. Bueno, podemos aprender una lección de los políticos. Si un ministro quiere que algo se diga pero le parece imprudente decirlo él mismo, hace que sea algún otro quien hable. Un colega diputado, o un amigo influyente. Como lord Quillington, aquí presente, que tiene voto y un escaño en la Cámara de los Lores.

–Simples esclavos que remamos en la galera del Gobierno, es cuanto piensan que somos –refunfuñó Quillington soltando un bufido.

–Y lo seguirán siendo si no defienden sus opiniones –advirtió Landless.

–Eso suena a motín –intervino el hermano desde el mueble bar–, a enfrentamiento con el Gobierno.

–¿Y qué? No tienen nada que perder. Mejor eso que quedarse simplemente callados y dejar que los maltraten. ¿Se acuerdan de lo que intentaron hacer con el discurso del rey? Ustedes están en la misma línea de fuego.

–Ese Urquhart nunca ha sido santo de mi devoción –musitó Quillington ante la copa de brandy.

–En cualquier caso, la prensa tampoco informaría de ello –comentó el hermano pequeño mientras le tendía una copa llena a la princesa.

Cuando se sentó, Landless se fijó en que lo hacía aún más cerca de ella. Las manos de ambos casi se rozaban sobre la manta de coche.

–Parte de la prensa sí lo haría –terció Landless.

–Benjamin, es usted un encanto, desde luego –dijo Carlota con dulzura–, pero a todos los demás periódicos solo les interesa una foto mía en la que se me vuela el vestido hasta las orejas, para así poder cotillear sobre dónde me compro las bragas.

No era una imagen del todo acertada, reflexionó Landless. Lo que más le interesaba a la prensa era dónde se quitaba la ropa interior, no dónde la compraba.

–A la gente de la prensa no habría que darle títulos –prosiguió Mickey–. En especial el de sir. Les nubla la objetividad. Los vuelve unos prepotentes del carajo.

Landless no se sintió insultado; más bien tuvo la sensación de que poco a poco lo iban aceptando, de que aparcaban el hecho de que hubiese nacido en un mundo distinto.

–Sabe qué, quizá tenga razón –continuó Quillington–. Demonios, el único derecho que nos conceden hoy en día, prácticamente, es el de ponernos en pie y protestar en la Cámara de los Lores, y ya va siendo hora de que lo utilicemos como es debido. O sea, que los lores y el principio hereditario se conviertan en la primera línea de defensa para ti y los tuyos, reina.

–Si tienen algo que decir, me aseguraré de que tenga un canal de salida –ofreció Landless–, como hicimos con el discurso de Navidad.

–Creo que hemos dado con una idea buenísima, reina –dijo Quillington, que ya empezaba a comportarse como si hubiera sido suya–. Lo que sea que quieras decir, lo diré yo por ti. Si el rey no puede dar un discurso en público, lo daré yo por él. Y constará en las actas de la asamblea de los lores. No debemos permitir que nos pongan una mordaza. –Asintió como quien se da la razón a sí mismo y añadió–: Qué lástima que no pueda quedarse a pasar la noche, Landless. Tengo muchas ideas más que me gustaría plantearle. –La apropiación era completa–. En otro momento, ¿eh?

Landless captó la indirecta y consultó el reloj.

–Ya es hora de que empiece a marcharme –ofreció, y se puso en pie para iniciar la ronda de despedidas.

Tenía ganas de salir al aire fresco. No encajaba en aquel lugar, ni con esa gente: no importaba lo educados que fueran ni cuántos éxitos tuviera él, nunca sería uno de ellos. No iban a permitirselo. Quizá había adquirido una entrada para sentarse a aquella mesa durante una cena, pero jamás podría comprar su acceso al club. No le importaba, no tenía interés en hacerlo. Representaban el ayer, no el mañana. Y en cualquier caso, se vería ridículo a lomos de un caballo. Pero no lamentaba nada. Al mirar atrás desde la puerta, vio al anfitrión de pie junto a la chimenea, soñando con las caballerescas batallas que iba a librar en la Cámara de los Lores. Y vio a la princesa y al joven Quillington anticiparse a la desaparición del extraño y cogerse de la mano en el sofá. Si tenía paciencia, de ahí saldrían montones de artículos. La visita había valido la pena.

El ujier de la Cámara de los Comunes entró en los lavabos de caballeros en busca

de su presa. Tenía un mensaje urgente para Tom Worthington, un diputado laborista de la que antes fuera una circunscripción minera en Derbyshire, hasta que cerraron las minas, y que se enorgullecía de sus orígenes de clase obrera pese a que hacía ya más de veinte años que no se manchaba las manos con otra cosa que tinta y ketchup. Los lavabos eran indiscutiblemente victorianos, con azulejos y porcelana bonitos y antiguos que solo mancillaba un secador de manos eléctrico de aire caliente, ante el cual se hallaba Jeremy Colthorpe, un diputado de los pretenciosos condados rurales entrado en años y famoso por su pedantería.

—¿No habrá visto por casualidad al señor Worthington, señor? —preguntó el ujier.

—Aquí dentro uno solo puede ocuparse de las mierdas de una en una, muchacho —respondió Colthorpe con voz gangosa—. Pruebe en uno de los bares. Debajo de una mesa en algún rincón, probablemente.

El ujier se escabulló al tiempo que el único hombre en los servicios aparte de Colthorpe, Tim Stamper, se unía a él ante los lavamanos.

—Timothy, querido muchacho. ¿Lo pasas bien en la sede del partido? Estás haciendo un trabajo excelente allí, si no te importa que te lo diga.

Stamper se volvió y le hizo una inclinación de cabeza a modo de agradecimiento, pero no hubo calidez alguna en aquel gesto. Colthorpe era famoso por los aires que se daba: pretendía ser un líder de los círculos sociales, pero hasta el último penique que tenía procedía de haberse casado bien, lo cual no hacía sino volverlo más condescendiente incluso para con los antiguos agentes inmobiliarios como Tim. La falta de clase era un concepto que Colthorpe jamás apoyaría, pues se había pasado casi toda la vida tratando de escapar de sus garras.

—Me alegro de tener la oportunidad de hablar contigo, amigo —iba diciendo Colthorpe con una sonrisa que quedó más tonta incluso cuando se puso a escudriñar en el espejo para comprobar que Stamper y él estuviesen solos en los reverberantes servicios—. Confidencialmente, de hombre a hombre —prosiguió tratando de mirar con disimulo bajo las puertas de los cubículos.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Jeremy? —preguntó Stamper, bien consciente de que, en todos los años que llevaba en la Cámara, Colthorpe no le había dirigido la palabra más que para darle la hora.

—Mi señora esposa. Ya está un poco mayor, el año que viene cumple los

setenta. Y no está bien de salud ni mucho menos. Es una mujer valiente, pero ahora le cuesta más que nunca echar una mano en la circunscripción... es grande de narices, tiene cuarenta y tres pueblos, no sé si lo sabías, y te aseguro que a uno le hace falta dar unas cuantas vueltas para recorrerla. –Se acercó a Stamper y empezó a lavarse las manos por segunda vez, tratando de aparentar confidencialidad pero claramente incómodo—. Le debo bajar un poquito la presión, que pasemos más tiempo juntos. No sé decir cuánto puede quedarle a ella.

Hizo una pausa mientras se frotaba hasta obtener una espuma considerable, como si siempre fuera meticuloso con la higiene y para hacer hincapié en la intensidad de su preocupación por su mujer. Pero ambos efectos fueron un desperdicio en el caso de Stamper, pues éste, cuando era el segundo de a bordo del whip, había visto el archivo secreto sobre Colthorpe, que incluía referencias a los pagos regulares que le hacía a una madre soltera que antes trabajaba en la barra del pub de su barrio.

–Para serte franco, estoy pensando en renunciar a mi escaño en las próximas elecciones. Por el bien de mi esposa, por supuesto. Pero sería una lástima tremenda que toda la experiencia que he adquirido con el paso de los años se desperdiciara. Me encantaría encontrar alguna forma de... de seguir siendo capaz de contribuir, ¿sabes? De continuar poniendo mi granito de arena por este país. Y por el partido, por supuesto.

–¿Qué tienes pensado, Jeremy?

Stamper ya sabía adónde iba a parar exactamente aquella conversación.

–Estoy abierto a sugerencias, pero es obvio que la Cámara de los Lores sería una opción sensata. No tanto por mí como por mi querida esposa. Significaría mucho para ella, después de todos estos años. Es especial cuando... bueno, ya sabes, quizá no le quede mucho tiempo para disfrutarlo.

Colthorpe seguía salpicando agua en sus intentos de aparentar despreocupación y había conseguido empaparse la parte delantera de los pantalones. Cayó en la cuenta de que empezaba a hacer el ridículo y cerró los grifos, para luego volverse directamente hacia Stamper con las manos en los costados y los puños de la camisa chorreando.

–¿Contaría con tu apoyo, Tim? ¿Con el respaldo de la maquinaria del partido?

Stamper se dio la vuelta y se acercó al secador de manos, y el ruido discordante del aparato obligó a Colthorpe a cruzar los servicios hasta él, y a ambos a levantar la voz.

–Habrá una serie de colegas que se retirarán en las próximas elecciones, Jeremy. Supongo que varios de ellos querrán un escaño con los lores.

–Yo no insistiría si no fuera por mi mujer. Y trabajaría duro de verdad, no escurriría el bulto como hacen tantos.

–En última instancia depende de Francis, por supuesto. Y va a costarle lo suyo decidir entre las distintas solicitudes.

–Yo voté por Francis... –Era mentira—. Sería leal.

–¿De verdad? –Stamper lo miró por encima del hombro—. Francis valora la lealtad por encima de todo.

–Por supuesto que sí. ¡Contad conmigo para cualquier cosa que necesitéis!

El secador de manos interrumpió de pronto sus escandalosos resoplidos y al cabo de unos instantes reinó un silencio profundo, casi de confesionario.

–¿De veras podemos contar contigo, Jeremy? ¿La lealtad ante todo?

Colthorpe asentía con la cabeza.

–¿Incluso en lo que concierne al rey?

–¿El rey...? –La confusión asomó en sus ojos.

–Sí, Jeremy, el rey. Ya habrás visto cómo ha zarandeado la barca. Y Francis teme que la cosa vaya a peor. Hace falta recordarle con mucha firmeza al palacio quién está al mando.

–Pero no estoy seguro de...

–Lealtad, Jeremy. He ahí lo que diferenciará a los que conseguirán lo que quieran de este Gobierno y a los que no. Es un asunto desagradable, este del palacio, pero alguien tiene que levantarse y defender los importantes principios constitucionales que están en juego. Verás, Francis no puede hacerlo, al menos formal y públicamente como primer ministro. Con eso provocaría una crisis constitucional, algo que no desea en absoluto. La única forma de evitarlo sería, quizá, conseguir a alguien que no sea ministro, alguien con antigüedad, con autoridad... alguien como tú, Jeremy, para recordarles al palacio y a la gente lo que nos estamos jugando. Es lo mínimo que Francis tiene derecho a esperar de sus leales seguidores.

–Sí, pero... ¿Cómo voy a entrar en la Cámara de los Lores atacando al rey?

–No, atacándolo no. Recordándole los más altos principios constitucionales.

–Pero es el rey quien nombra a los nuevos pares...

–Única y exclusivamente por consejo del primer ministro. El rey no puede rechazar sus recomendaciones.

–Esto parece salido de *Alicia en el País de las Maravillas*...

–También lo parecen un montón de cosas que han estado diciendo en palacio.

–Me gustaría pensar un poco todo esto.

–¿Te hace falta pensar en la lealtad?

El tono de Stamper fue seco, acusador. Sus labios esbozaron una mueca de desdén y sus ojos oscuros como sepulcros echaron chispas. Sin una palabra más, el presidente del partido se volvió en redondo y se dirigió hacia la puerta. Cuando ya tenía la mano en el brillante pomo de latón, Colthorpe comprendió que sus ambiciones se frustrarían si aquella puerta se cerraba y ponía fin a la conversación.

–¡Lo haré! –chilló–. Tim, sé muy bien a quién le debo lealtad. Lo haré. –Su respiración era entrecortada por culpa de la tensión y la confusión, y trató de recobrar el control enjugándose las manos en los pantalones–. Puedes contar conmigo, viejo amigo.

Stamper lo miró fijamente y sus labios esbozaron una sonrisa gélida. Acto seguido, cerró la puerta detrás de sí.

El almuerzo había empezado de maravilla. Tanto Mickey Quillington como su primo hermano, lord Chesholm de Kinsale, apreciaban un buen clarete, y la bodega del comedor de la Cámara de los Lores tenía muchos donde elegir. Se habían decantado por un Leoville-Barton, pero no conseguían decidir si cosecha de 1982 o de 1985. De modo que pidieron una botella de cada y se sumieron con suavidad en la tarde en el cálido entorno que proporcionaban los elegantes paneles de caoba y el atento personal. Chesholm tenía sus buenos veinte años más que Quillington y era bastante más rico, y el primo pobretón había confiado en utilizar el almuerzo para hacer un llamamiento a la solidaridad familiar que entrañaría el arriendo por parte de su pariente de varios centenares de hectáreas de los Quillington en Oxfordshire a un precio generoso, pero su táctica, por desgracia, había fracasado. El clarete resultó excesivo para el achacoso lord, que

no consiguió concentrarse y exclamó repetidas veces que él no vivía en Oxfordshire. La cuenta, pese a estar fuertemente subvencionada, reflejó de todas formas la excepcional naturaleza del vino y Quillington se sintió ofendido. Quizá el viejo cabrón consiguiera recuperarse para cuando llegara la hora del té.

Asistían a la Cámara para votar una moción contra un proyecto de ley que pretendía la prohibición total de la caza del zorro, y el debate estaba ya en marcha para cuando ocuparon sus asientos en los bancos de tafete rojo oscuro del Salón Gótico. En cuestión de minutos Chesholm estaba dormido, mientras que Quillington, indolente, con las rodillas bajo el mentón, escuchaba con creciente resentimiento a un antiguo profesor universitario, a quien le habían concedido recientemente el título vitalicio de lord por su diligencia en el estudio de cuestiones sindicales, exponer su creencia en la decadencia y la corrupción de aquellos que aún se consideraban propietarios del campo como si les perteneciera por derecho divino. Los debates en la Cámara de los Lores se llevan a cabo en un tono mucho menos pomposo y virulento que en la Cámara Baja, como corresponde a su ambiente aristocrático y casi familiar, pero el hecho de que el lord no se mostrara abiertamente grosero no le impedía expresar su punto de vista de forma contundente y eficaz. Por toda la Cámara, inusitadamente atiborrada para la ocasión de pares hereditarios y nobles llegados de distantes zonas rurales, se oían gruñidos de orgullo herido, como los de un jabalí acorralado. Esas muestras de emoción no son corrientes en la Cámara Alta, pero también era insólita una concentración semejante de pares hereditarios en circunstancias que no fueran un funeral de Estado o un matrimonio real. Quizá no se tratara de los lores en circunstancias normales, ni siquiera en su mejor momento, pero desde luego se trataba de sus señorías haciendo gala de su conducta más decorosa.

Quillington se aclaró la garganta; el debate amenazaba con echar por tierra el radiante y cálido placer dejado por el clarete. El profe-lord había ampliado su ataque de la caza del zorro en sí a aquellos que lo cazaban, y Quillington se sintió muy ofendido. No era de la clase de persona que se lleva por delante los derechos de otros; nunca había echado a la calle a un aparcerero, y siempre pagaba cualquier daño que, sin querer, pudiera causar mientras cazaba. Maldito fuera aquel tipo; como custodios, los Quillington habían hecho gala de gran dedicación. Tanta

que les había costado su fortuna y la salud de su padre y había dejado a su madre con poco más que unos años por delante de llorosa viudedad. Pero ahí estaba aquel patán, que se había pasado su vida laboral en algún aula con demasiada calefacción y viviendo de un salario a prueba de inflación, acusándolo de ser poco más que un gorrón. Aquello se pasaba de la raya, hostia. Esa clase de camelos e insinuaciones insolentes llevaban durando demasiado tiempo, pues se remontaban a un estilo de guerra de clases que llevaba cincuenta años pasado de moda.

–Ya va siendo hora de que los pongamos en su sitio, ¿no te parece, Chesy?

Casi sin darse cuenta, Quillington se había puesto en pie.

–Este debate solo es sobre la caza del zorro de nombre, no es más que la excusa. Tras esa cuestión subyace un ataque insidioso a las tradiciones y los valores que no solo han mantenido unidas a nuestras zonas rurales, no solo han mantenido unida a esta Cámara, sino también a todo el conjunto de la sociedad. En esta tierra nuestra hay saboteadores, algunos quizá aquí presentes entre nosotros –tuvo buen cuidado de evitar mirar al anterior orador, para que todos supieran a quién se refería exactamente–, que en nombre de la democracia pretenden imponer sus intolerantes y militantes opiniones sobre los demás, sobre esa mayoría silenciosa que constituye la verdadera y gloriosa columna vertebral de Gran Bretaña.

Se lamió los labios, con un rubor en las mejillas, fruto de una mezcla del Leoville-Barton y verdadera emoción que había logrado sepultar la inseguridad que solía sentir en público y que en más de una ocasión lo había dejado cohibido y sin saber qué decir en la inauguración de la feria anual del pueblo.

–Quieren la revolución, nada menos. Desecharán nuestras tradiciones, abolirán esta Cámara, pisotearán nuestros derechos. –Quillington blandió un dedo hacia el trono con dosel que dominaba un extremo del salón y se veía desnudo y desamparado–. Hasta pretenden reducir al silencio y la insignificancia a nuestra propia familia real.

Entre sus señorías, se enarcó una colectiva ceja. Las normas sobre la mención de la familia real eran muy estrictas, en especial en un debate sobre deportes sangrientos.

–Cíñase a la cuestión, milord –gruñó alguien a modo de advertencia.

–Pero ésta es precisamente la cuestión, nobles pares –protestó Quillington–. No estamos aquí para limitarnos a sellar lo que venga de la Cámara Baja. Estamos aquí para asesorar, para ofrecer consejos y advertencias. Y lo hacemos, al igual que el monarca, porque representamos los verdaderos intereses a largo plazo de este país. Representamos los valores que han engrandecido nuestra nación durante siglos y que continuarán guiándola bien hacia el próximo. No estamos aquí para dar bandazos a merced de cualquier moda o manía pasajeras. Nosotros no padecemos la corrupción de tener que resultar elegidos, ni de fingir que lo somos todo para la humanidad, ni de hacer promesas que nos sabemos incapaces de cumplir. Estamos aquí para representar lo que es inmutable y constante en la sociedad.

En los atiborrados bancos en torno a Quillington, muchos exclamaron por lo bajo: «¡Sí señor!» o «¡Eso es!».

El lord canciller tamborileó con los dedos mientras se concentraba, en todo su esplendor de armiño y peluca, desde su asiento en el ceremonial «saco de lana»; aquel discurso era de lo más insólito, pero no dejaba de suponer un entretenimiento espléndido.

–Puede parecer que va un largo trecho desde las maquinaciones de los sabotadores de cacerías hasta los ataques al palacio de Buckingham, pero lo que hemos visto recientemente de ambos casos debería animarnos a permanecer firmes en nuestras creencias, no a correr a ocultarnos en la espesura como alimañas aterradas. –Quillington extendía los largos brazos con dramatismo, como si tratara de atraer hacia sí la solidaridad de la sala. No le habría hecho falta molestarse, pues los pares empezaban ya a asentir con la cabeza y darse palmaditas en las rodillas para mostrar su apoyo–. Tanto esta Cámara como la familia real están aquí para defender esos aspectos atemporales del interés nacional, libres del egoísmo que impera en «el otro lado», en la otra Cámara. ¡No hay necesidad de que nuestra Cámara doble la cerviz ante las influencias y el dinero de los intereses comerciales!

El profe-lord estaba muy tieso en su asiento, listo para meter cuchara. Tenía la seguridad de que Quillington estaba a punto de llegar demasiado lejos.

–Las tentaciones de sobornar al pueblo con su propio dinero no son para nosotros, estamos aquí para defender al pueblo de la falta de visión de futuro y la

falsedad. Y en ningún momento ha sido más apremiante ese deber nuestro que ahora, cuando tenemos un nuevo Gabinete y un nuevo primer ministro que ni siquiera han sido elegidos por el pueblo. Dejemos que ese hombre salga al campo prometiendo castrar al monarca y abolir la Cámara de los Lores si se atreve, pero hasta que se haya ganado ese derecho y ese poder en unas elecciones generales, no le permitamos hacer privadamente lo que aún no ha sido capaz de hacer públicamente.

El profe-lord ya había tenido suficiente. No sabía muy bien qué transgresión estaba cometiendo Quillington, pero la temperatura emocional en la Cámara se había puesto por las nubes y se oían gritos de apoyo por todas partes, dándole la sensación de que la sala se cerraba en torno a él como si estuviera en el banquillo de los acusados en un tribunal.

—¡Orden en la sala! —intervino—. El noble lord debe contenerse.

—¿Por qué?

—No, permitan que siga...

—Déjenlo acabar...

Por todas partes se le ofrecían a Quillington consejos y muestras de ánimo, mientras el profe-lord se ponía en pie de un brinco para dirigirse a gritos a la Cámara y blandir un dedo, en vano. Quillington había ganado, y lo sabía.

—Ya he terminado, milords. No olviden su deber, ni su lealtad al rey, ni los sacrificios que aceptaron tanto ustedes como sus antepasados para convertir este país en una gran nación. Utilicen ese malhadado proyecto de ley para recordarles a otros que no han olvidado, ¡y dejen rugir al león una vez más!

Se sentó mientras sus pares asían las hojas con el orden del día y golpeaban con ellas los respaldos del banco que tenían ante sí para mostrar su aprobación.

Con el estruendo de las páginas resonando a ambos lados de su cabeza, el viejo Chesholm despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿Qué pasa aquí? ¿Me he perdido algo, Mickey?

—Intervengo por una cuestión de procedimiento, señora presidenta.

—Plantee la cuestión, señor Jeremy Colthorpe.

La voz chillona de la presidenta se abrió paso entre el barullo de la Cámara de los Comunes cuando los diputados pululaban por ahí disponiéndose a votar tras un debate de la oposición sobre viviendas que incumplían los requisitos de

habitabilidad, que acababa de concluir al cabo de tres farragosas horas. La presidenta solía mostrarse un tanto cáustica cuando se planteaban esas cuestiones durante un desacuerdo y, de hecho, el antiquísimo reglamento de la Cámara volvía problemáticas semejantes interrupciones al requerir al diputado en cuestión que se cubriera la cabeza, para que se le viera mejor entre la confusión, según el reglamento; para quitarles las ganas a quienes solo quisieran perder el tiempo, según el sentido común. Pero Colthorpe era miembro desde hacía mucho y no tenía fama de alborotador; estaba ahí plantado con talante un tanto desafiante, un poco absurdo con el sombrero de copa plegable que se guardaba en la Cámara para tal propósito. Las cuestiones de procedimiento tenían a menudo un elemento teatral, y el bullicio fue disminuyendo a medida que los parlamentarios se esforzaban en oír lo que fuera que inquietaba al viejo diputado.

–Señora presidenta, en raras ocasiones surge una cuestión tan importante y urgente que resulta primordial para los asuntos de esta Cámara, y usted decide si es necesario llamar al ministro correspondiente para que comparezca ante nosotros y responda ante ella. Creo que en este asunto se trata precisamente de ese caso.

Era algo más. Las noticias sobre el discurso de Quillington habían circulado por los salones de té y los bares de la Cámara de los Comunes incluso cuando Colthorpe aún se estaba reprendiendo por haber hecho semejante papelón en su intercambio con Stamper; no tenía mucha práctica en arrastrarse a los pies de un agente inmobiliario, se dijo, y sabía que lo había hecho fatal. Los informes que habían llegado sobre las palabras del lord habían sido como el ruido de un barco que se acerca a un naufrago, así que había tratado de encontrar a Stamper, aterrado porque alguien diera con él primero. En cuestión de cuarenta minutos estaba de vuelta en la Cámara, y se había puesto en pie.

–Esta misma tarde, en el otro lado, un lord noble ha acusado a esta Cámara de corrupción, de pretender despojar tanto a sus señorías como a su majestad el rey de sus derechos constitucionales, y ha asegurado que se había silenciado a su alteza indebidamente. Semejante desafío a los actos de esta Cámara y al cargo de primer ministro basta para...

–¡Un momento! –La presidenta impuso silencio a Colthorpe con fuerte acento de Lancashire–. Yo no he oído nada al respecto. Esto es de lo más impropio.

Ya sabe que va contra el reglamento de esta Cámara tratar asuntos personales relacionados con el rey.

–Esto no es un asunto personal sino una cuestión constitucional de la mayor importancia, señora presidenta. Los derechos de esta Cámara están consagrados por la costumbre y se han instaurado en el transcurso de muchos años. Cuando se ponen en entredicho, deben defenderse.

–Aun así, quiero ver eso que se ha dicho antes de admitir esta cuestión.

La presidenta le indicó con un gesto a Colthorpe que se sentara, pero él no estaba dispuesto a dejar el tema.

–Tanta tardanza y tantos retrasos van a ser por nuestra cuenta y riesgo, señora presidenta. Esto no es más que otro ejemplo de la tendencia al oportunismo y el intervencionismo de unos monárquicos que...

–¡Ya basta! –La presidenta se había puesto en pie y, mirando furibunda sobre las gafas de media luna, le exigía a Colthorpe que se sentara.

–Pero señora presidenta, deben permitirnos responder cuando nos atacan, no importa de qué fuente emanen los ataques. El debate en el otro lado, en apariencia sobre la caza del zorro, se ha convertido en una agresión frontal contra esta Cámara. Lo cierto, señora presidenta, es que no quisiera poner en duda la integridad de nadie que desee llevar a cabo esos ataques...

A ella le gustó cómo sonaba eso, y titubeó.

–Supongo que es posible –continuó Colthorpe– preocuparse terriblemente por el bienestar de la nación mientras uno caza zorros a lomos de un caballo. –De los bancos de alrededor brotaron gruñidos divertidos de aprobación–. Quizá hasta es posible identificarse con la grave situación de los sin techo desde el lujo de un palacio... de varios palacios, de hecho. Y puede que incluso sea posible, no puedo negarlo, que recorrer el país en limusinas con chófer y trenes privados de cuarenta vagones le permita a uno comprender muy bien los problemas de quienes se ven confinados a una silla de ruedas...

–¿Cuarenta vagones? –preguntó una voz–. ¿Para qué diantre necesita cuarenta vagones?

La presidenta de la Cámara estaba de nuevo en pie, de puntillas para tratar de ganar altura y autoridad, y lo señalaba indignada con las gafas, pero Colthorpe la ignoró y alzó la voz.

–Y quizá es posible que quienes viven a costa de los contribuyentes y no pagan impuestos acusen a quienes sí lo hacen de avaricia y egoísmo. Es posible, señora presidenta, pero ¿no es más probable que se trate de un cargamento más del fertilizante orgánico que se está esparciendo por todos los jardines de palacio?

Los gritos de «¡Orden en la sala!» de la presidenta se perdieron entre el instantáneo alboroto general.

–Si el honorable caballero no ocupa de nuevo su asiento al instante me veré obligada a suspenderlo –vocalizó mirando a Colthorpe, amenazándolo con el procedimiento que lo dejaría fuera del Parlamento durante el resto de los días laborables de la semana.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando Colthorpe miró hacia la galería de la prensa, vio a los reporteros garabateando con furia en sus cuadernos. Habría un buen montón de ellos esperándolo cuando saliera de la Cámara. Lo que quería decir ya estaba dicho; su nombre aparecería en todos los periódicos de la mañana.

–¡Orden en la sala! ¡Oorden en la sala! –exclamó la presidenta.

Tras haber hecho lo que esperó que fuese una reverencia muy digna, que provocó que el sombrero de copa se le cayera y rodara por el suelo, Colthorpe volvió a ocupar su asiento.

Landless se estaba cortando el pelo cuando recibió la llamada, y no le gustaba que lo molestaran en momentos como ése. A su secretaria le parecía que el motivo de su reticencia era que se sentía avergonzado porque su peluquero, que acudía cada quince días a su despacho, era «delicado», como lo describiría ella, pero a Landless no le importaba. Quentin era el único barbero que había encontrado capaz de mantener bajo control su pelo como esparto sin untarlo con crema suavizante; además, la reputación de Landless con las mujeres era lo bastante indiscutible para que sobreviviera al contacto con una afectada reinona. Lo cierto es que el peluquero era un cotilla escandaloso con todo un arsenal de historias sobre sus otros clientes, muy modernos todos ellos, que parecían considerarlo un confesor para sus vidas sexuales. A Landless no dejaban de intrigarlo las cosas que admitía la gente, o sobre las que fantaseaba, bajo la influencia de nada más potente que el champú y un experto masaje del cuero cabelludo. Él mantenía la boca cerrada y escuchaba. Estaba absorto en un relato

fascinante sobre qué partes del cuerpo se afeitaba la principal estrella de comedias románticas del país, y qué diseños le gustaba que le hicieran con la maquinilla, cuando el quejido del teléfono lo distrajo.

Era su redactor jefe para pedirle consejo, cubriéndose las putas espaldas como de costumbre. Pero Landless no puso objeciones, en esa ocasión, no. Al fin y al cabo, se trataba de su artículo.

—¿Cómo van a manejar la cosa los demás? —gruñó.

—Nadie está muy seguro. Esta historia es de lo más insólita. El asunto ha involucrado al rey, al primer ministro, a los lores y a los comunes... el arzobispo no había llegado todavía, pero seguro que el *Sun* o el *Mirror* encontrarán alguna conexión. Y sin embargo ha surgido todo de dos personas insignificantes: pocos habían oído hablar de Colthorpe, y nadie de Quillington. Han tocado una cuestión muy delicada, ¿quizá daría para un artículo en la página de noticias parlamentarias?

—¿Alguna pista de Downing Street?

—Se muestran cautelosos. Tienen las manos limpias, o en eso insisten. Comprenden que deba informarse de cuestiones serias de este tipo y todo eso, pero sugieren que Quillington es un chiflado y que Colthorpe se ha pasado de la raya. No quieren que se repita lo ocurrido antes de Navidad.

—¿Pero tampoco piden que nos olvidemos del tema?

—No.

—Colthorpe trataba de apartar el debate del tema de una nación dividida para centrarlo en el dinero puro y duro. Muy astuto... demasiado astuto para que lo haya hecho por su cuenta. Están tanteando el terreno. Hacen que Colthorpe suelte la cometa para ver si pilla un buen viento.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

No se trataba tanto de la promesa que le había hecho a Quillington, sino más bien de instinto... el instinto de un hombre que llevaba toda la vida habituado a las riñas callejeras, acostumbrado a diferenciar entre las sombras que proporcionaban cobijo y las que ocultaban al enemigo. Confiaba en su instinto, y ahora le decía que entre esas sombras acechaba la figura de Francis Urquhart. Si Landless iluminaba un poco con la linterna, quién sabía qué podía hacer surgir de ellas. En cualquier caso, tenía un montón de dinero invertido en la

familia real, y no obtendría dividendos a menos que la familia real apareciera en las noticias. No importaba que fueran buenas, malas o indiferentes... siempre y cuando fueran noticias.

–Ponlo a toda plana. Como titular de la primera página.

–¿Tan gordo crees que es?

–Haremos que lo sea.

Al otro lado de la línea se oyó una respiración agitada mientras el redactor jefe trataba de captar la lógica de su patrón y comprenderla.

–¿Los pares atacan a Urquhart? –sugirió a modo de titular, y añadió–: ¿Un primer ministro no elegido e inelegible según los aliados del rey?

–No, maldito imbécil. Hace seis semanas le estábamos vendiendo al mundo que era una criatura estupenda y noble. Que pase de Roger Rabbit a Rasputín en un solo asalto es más de lo que van a tragarse los lectores. Asegúrate de que sea algo equilibrado, justo, de peso. Límitate a que sea bien gordo.

–Quieres pillar a los demás con el pie cambiado, esta vez. –No fue una pregunta, el redactor daba por hecho que su primera plana no iba a ser como las de la competencia.

–No, esta vez no –respondió Landless, pensativo–. Difúndelo por toda la redacción.

–Pero eso significa que toda Fleet Street lo sabrá en menos de una hora. –Ambos sabían que había periodistas en la redacción que aceptaban sobornos para alertar a los rivales de lo que se cocía en el periódico, al igual que ellos pagaban por soplos en la dirección opuesta–. Todos seguirán nuestros pasos. Pensarán que tramamos algo, que sabemos algo que ellos no saben. Nadie querrá que lo pillen desprevenido, se usará en todas las primeras planas, ¿no?

–Precisamente. Éste va a ser un caballo corredor porque nosotros lo haremos correr. Libremente y con imparcialidad, por el bien del interés nacional. Hasta que llegue el momento en que nos dejemos de miramientos y nos metamos en faena, y entonces haremos tanto ruido que le provocaremos pesadillas a nuestro señor Urquhart durante meses. Será entonces cuando nos aseguraremos de que no sea solo un primer ministro no elegido, sino inelegible.

Colgó el teléfono y volvió con Quentin, que estaba apoyado contra la pared del fondo del enorme cuarto de baño privado cubierto de mármol, al parecer

enfrascado en la caza de una pestaña descarriada.

–Quentin, ¿te acuerdas del rey Eduardo II?

–¿Se refiere al que se cargaron con el hierro al rojo vivo? –El peluquero esbozó un mohín de asco ante la leyenda de tan sórdida carnicería.

–Si me entero de que una sola palabra de esta conversación ha salido de estas cuatro paredes, vas a convertirte en Quentin I. Y seré yo personalmente quien te meta el hierro ya sabes por dónde, ¿entendido?

Quentin se esforzó mucho, muchísimo, en imaginar que el magnate de la prensa bromeaba. Esbozó una sonrisa alentadora, pero cuanto recibió a cambio fue una mirada fija y desafiante que no dejaba lugar a dudas. Quentin recordó que Landless nunca bromeaba. Volvió a ocuparse del corte de pelo y no dijo una palabra más.

Ella misma subió las primeras ediciones de los periódicos. Se había tropezado con el mensajero en las escaleras.

–Me alegra verla otra vez, señorita.

«Otra vez.» Sally creyó captar una inflexión que no tocaba en aquellas palabras. Quizá fue solo su imaginación... ¿o su sentimiento de culpa? No, culpa no. Había decidido hacía tiempo que su vida no funcionaría según códigos y reglas que otros ignoraban alegremente. No le debía nada a nadie, y no tenía sentido ser la única virgen empobrecida en el cementerio.

Él colocó los periódicos en el suelo, tocándose entre sí, y se plantó ante ellos durante un lapso de tiempo considerable, perdido en sus pensamientos.

–Ya ha empezado, Sally –dijo por fin, y ella captó un dejo de aprensión en su voz–. No tardaremos en haber alcanzado el punto de no retorno.

–En el camino a la victoria.

–O al infierno.

–Venga ya, Francis. Esto es lo que tú querías, que la gente empezara a hacer preguntas.

–No me malinterpretes. No me dejo llevar por el desaliento, solo estoy siendo un poco cauteloso. Soy un inglés, al fin y al cabo, y él es mi rey. Y por lo visto no somos los únicos que hacemos preguntas. ¿Quién es ese Quillington, ese noble desconocido con una misión?

–¿No lo sabes? Es el hermano del tipo que, según se dice, está lo bastante cerca

de la princesa Carlota como para que se le peguen sus resfriados. Siempre aparece en las crónicas de sociedad.

–¿Lees las crónicas de sociedad?

Urquhart estaba sorprendido; aquél era uno de los rasgos menos atractivos de Elizabeth en el desayuno. Miró fijamente a Sally, preguntándose si tendría alguna vez la oportunidad de desayunar con ella.

–Muchos de mis clientes viven de ellas. Fingen molestarse cuando los mencionan, se sienten mortificados cuando no lo hacen.

–O sea que Quillington es un partidario del rey, ¿no es eso? Y los partidarios del rey están respondiendo ya al llamamiento a la batalla. –Seguía plantado ante los periódicos.

–Hablando de clientes, Francis, dijiste que me presentarías a algunos contactos nuevos, pero no he conocido a nadie aparte de un mensajero de vez en cuando y la señora que sirve el té. Por lo visto siempre pasamos el tiempo solos, por alguna razón.

–Nunca estamos solos de verdad, en este sitio es imposible.

Sally se le acercó por la espalda, le rodeó el pecho con los brazos y enterró la cara en su camisa de algodón limpia y recién planchada. Captó su olor, el olor a hombre, un aroma almizclado que se mezclaba con el de almidón con aroma a pino y un leve toque de colonia, y notó que su temperatura corporal ya subía bajo sus manos. Sally sabía que era el riesgo lo que a él le gustaba: lo hacía sentir que no solo la conquistaba a ella, sino el mundo entero a través de ella. El hecho de que en cualquier momento pudiera irrumpir un mensajero o un funcionario no hacía sino despertar aún más su conciencia y sus apetitos; mientras la tenía para sí, se sentía invencible. Llegaría un momento en que se sentiría así todo el tiempo, en que prescindiría de la cautela y no reconocería otras reglas que las propias, y justo cuando estuviera alcanzando la cima de su poder empezaría a deslizarse cuesta abajo hacia el fracaso. Les ocurría a todos. Empiezan por autoconvencerse de que cada nuevo reto ya no es nuevo sino una repetición de antiguas batallas que ya se libraron y ganaron. Sus mentes comienzan a cerrarse, pierden el contacto con la realidad y la flexibilidad, ya no saben reconocer los peligros a los que se enfrentan. La visión se convierte en anquilosada repetición. A Urquhart no le pasaba, todavía no, pero le ocurriría en algún momento. A

Sally no le importaba que la utilizaran, siempre y cuando pudiera utilizarlo ella también, y siempre y cuando recordara que aquello, como todas las cosas, no podía durar siempre. Le recorrió el pecho con los dedos, de arriba abajo, introduciéndolos entre los botones de la camisa. Un primer ministro siempre sufre presiones, al principio de su propia vanidad y su sensación de invulnerabilidad, y finalmente del electorado o de sus propios colegas y amigos políticos. Aunque no de un rey, desde hacía mucho tiempo.

–No te preocupes por tus clientes, Sally. Yo me ocuparé.

–Gracias, Francis. –Lo besó en la nuca, con los dedos todavía descendiendo por sus botones como si tocaran una escala en un piano.

–Comprendes tu trabajo excepcionalmente bien –susurró él.

–¿La señora Urquhart no anda por aquí?

–Ha ido a visitar a su hermana. A Fife.

–Suena muy lejos.

–Lo está.

–Ya veo.

Se había quedado sin botones. Él seguía de pie con los periódicos a sus pies, de cara a la puerta como Horacio en el puente, dispuesto a enfrentarse a los intrusos, sintiéndose omnipotente. Cuando estaba así, con ella, Sally sabía que a él no le importaba nada más. Una parte de Urquhart anhelaba que la puerta se abriera de par en par y que todo Downing Street lo viera con esa mujer mucho más joven y deseable y comprendiera hasta qué punto era un hombre de verdad. Quizá no había reparado en que habían dejado de irrumpir con sus interminables mensajes y papeles del Gabinete mientras ella estuviera allí, en que siempre encontraban una excusa para telefonar primero o sencillamente ni se molestaban en acudir. Ellos lo sabían, por supuesto que sí. Pero quizá él no sabía que lo sabían. Quizá ya estaba perdiendo el contacto con la realidad.

–Francis –le susurró al oído–. Ya sé que es tarde, y que estará a oscuras, pero... Siempre andas prometiendo que me enseñarás la Sala del Gabinete. Y tu silla especial.

Él no podía responder. Los dedos de Sally lo habían dejado sin habla.

–¿Francis? Por favor...

Otra noche sin dormir. Y sabía que empezaba a exagerar las cosas, a sacarlas de

quicio. Cosas ridículas como la taza para el cepillo de dientes. El ayuda de cámara la había cambiado por las buenas, dando por sentado como hacían todos que sabía mejor que nadie qué le convenía. El episodio había provocado una pelea de mil demonios, y ahora se sentía avergonzado. Le habían devuelto la taza, pero en el proceso había perdido el equilibrio y la dignidad. Y sin embargo, saber qué le estaba pasando no parecía sino empeorar las cosas.

La cara en el espejo del baño se veía demacrada, avejentada, con las patas de gallo en los ojos como grandes garras vengativas, el fuego que antes ardiera en ellos humedecido y exhausto. Mientras estudiaba su imagen vio reflejado el rostro de su padre, feroz, desmedido, implacable. Se estremeció. Se estaba haciendo viejo antes de que su existencia hubiese dado comienzo siquiera como era debido, una vida entera invertida en esperar a que sus padres murieran, al igual que sus propios hijos esperaban ahora a que lo hiciera él. Si se muriera hoy, habría un gigantesco funeral de Estado en el que millones de personas llorarían su pérdida. Pero ¿cuántos le recordarían? No a la figura decorativa, sino al hombre.

De niño había habido ciertas compensaciones. Se acordaba de su juego favorito, acercarse corriendo una y otra vez al guardia de palacio, para obtener en cada ocasión el satisfactorio resultado de que el hombre hiciera entrechocar las botas y presentara armas, hasta que ambos acababan sin aliento. Pero la suya nunca había sido una infancia normal, allí solo e incapaz de tender una mano y tocar como hacían los demás niños, y ahora trataban de privarlo también de su madurez. Veía la televisión y sin embargo no era capaz de entender la mitad de los anuncios. Una sarta de mensajes sobre hipotecas, planes de ahorro, cajeros automáticos, nuevos líquidos para lavar más blanco y chismes que conseguían hacer llegar la pintura a los rincones difíciles o quitarla de los pelos de una brocha. Era como si los mensajes vinieran de otro planeta. Él disponía ya de la marca de papel higiénico más suave, pero no tenía ni idea de dónde comprarla. Ni siquiera tenía que quitarle el tapón al tubo de pasta de dientes por las mañanas ni cambiar la cuchilla de una maquinilla. Se lo hacían todo, absolutamente todo. Su vida era irreal, irrelevante en cierto sentido, una caja dorada llena de sufrimiento. Hasta las chicas que habían encontrado para ayudarlo con ciertas cosas básicas lo habían llamado «señor», no solo cuando se

conocieron en público, sino también después cuando estaban a solas, en la cama, y sin nada entre ambos aparte de una capa de sudor entusiasta mientras le enseñaban en qué empleaba el tiempo el resto del mundo.

Se había esforzado al máximo, había hecho cuanto se esperaba de él y más. Había aprendido galés, recorrido las tierras altas de Escocia, capitaneado su propio barco, pilotado helicópteros y saltado de aviones a mil ochocientos metros de altura, presidido comités benéficos, inaugurado alas de hospital y descubierto sus placas, reído ante humillaciones e imitaciones lamentables, ignorado los insultos; se había mordido el labio ante las viperinas falsedades sobre su familia y había puesto la otra mejilla; se había arrastrado por el barro y el cieno de terrenos de adiestramiento militar, al igual que se esperaba de él que se arrastrara por el barro y el cieno de Fleet Street. Había hecho todo lo que le habían pedido, y sin embargo no era suficiente. Cuanto más se esforzaba, más crueles se tornaban las bromas y pullas a su costa. Su tarea, lo que se esperaba de él, se había vuelto excesiva para cualquier hombre.

Observó su cabeza huesuda y calva, tan parecida a la de su padre, y las bolsas bajo sus ojos. Ya había visto los periódicos de la mañana, los artículos sobre los debates, la especulación y las insinuaciones, los editoriales de los redactores punteros en los que hablaban de él como si lo conocieran de modo tan íntimo que pudieran atisbar en su alma o bien lo trataban como si el hombre que era sencillamente no existiera. Él era uno más de sus enseres, una posesión que exhibían a su conveniencia para firmar sus proyectos de ley, cortar sus cintas y ayudar a vender sus periódicos. No le permitían unirse al resto del mundo y sin embargo lo privaban del simple consuelo de estar a solas.

Los ojos azules antaño límpidos estaban ahora inyectados en sangre por la fatiga y las dudas. Tenía que armarse de valor de algún modo, encontrar una salida, antes de que quebrantaran su fortaleza. Pero no había salida posible para un rey. Poco a poco empezó a temblarle la mano, de forma incontrolable, mientras sus pensamientos se volvían una maraña confusa, y la taza del cepillo de dientes comenzó a agitarse. Sus dedos mojados se volvieron blancos en torno a la porcelana, en un esfuerzo por recuperar el control, y aun así resbalaron y la taza salió volando como si estuviera posesa, rozó el borde de la bañera y cayó al suelo de baldosas. La observó cautivado, como si contemplara la interpretación de un

ballet trágico. La taza dio varios brincos diminutos, con el asa meciéndose de aquí para allá, saludándolo, burlándose de él, hasta que, con un último y extravagante bote de desesperanza, se volcó y se rompió en un centenar de dientes salvajes y airados. Se había quedado sin su taza favorita para el cepillo de dientes, al fin y al cabo. Y la culpa la tenían ellos.

Enero: tercera semana

–¿No podría haber hecho esto en la final de la copa, Tim? Ya sabes que detesto el fútbol. –Urquhart ya tenía que levantar la voz para hacerse oír sobre la multitud y el partido ni siquiera había empezado.

–La final no es hasta mayo, y no tenemos tiempo.

Con ojos brillantes, Stamper recorrió el terreno de juego. Su placer no iba a verse diluido por las quejas de su jefe; había sido un hincha entusiasta desde los tiempos en que no abultaba más que una pelota de fútbol. Además, aquello formaba parte de su programa para hacer que Urquhart apareciera como un hombre más entre la gente, un primer ministro que lo pasaba bien y mantenía el contacto con el electorado. Los medios de comunicación acabarían por aburrirse de que se les diera todo tan masticado, pero no antes de marzo, como había pensado Stamper. Ésa era una ocasión ideal, un partido eliminatorio del campeonato europeo contra la archirrival Alemania, en el que se reavivaban las pasiones de guerras victoriosas y derrotas en la copa mundial tanto en las gradas como ante los televisores de todos los distritos electorales. Como le había recordado varias veces al recalcitrante Urquhart, es posible que los hinchas de fútbol no tengan tanto dinero como la gente que acude a la ópera, pero sí suponen muchos más votos, de modo que el primer ministro estaba allí para que lo vieran contribuyendo a defender el honor de la nación.

Los envolvió un clamor cuando una ola recorrió las gradas, con los hinchas levantándose de un salto de los asientos, a semejanza de sus antepasados cuando se lanzaban al ataque en el Somme, en Verdún, en Vimy Ridge y otros incontables encuentros sangrientos con los alemanes. La tribuna de autoridades estaba alfombrada por un surtido de bebidas a medio acabar, burócratas del fútbol con sobrepeso y revistas con las últimas noticias sobre ligamentos retorcidos y cotilleos de vestuario más retorcidos incluso. Nada de todo eso era del agrado del primer ministro, que permanecía encorvado en el asiento como si se refugiara en los pliegues del abrigo, pero cuando Stamper se inclinó sobre el hombro de Urquhart desde su asiento en la fila de atrás, lo descubrió inmerso en la pantalla de un televisor en miniatura de menos de diez centímetros de ancho. Estaba viendo las noticias de la noche.

–Empieza a estar demasiado vieja para llevar biquini, si quieres mi opinión –

bromeó Stamper.

La pantalla de cristal líquido mostraba la brillante imagen tomada por un paparazzi, levemente temblorosa por el efecto de un suave Caribe sobre la lente del teleobjetivo pero que sin lugar a dudas correspondía a la princesa Carlota retozando en una playa aislada. Los colores tropicales se veían radiantes.

–No le haces justicia a nuestra familia real, Tim. No está haciendo nada indebido. Al fin y al cabo, no es un crimen que una princesa sea vista en la playa con un acompañante bronceado, aunque resulte ser bastante más joven y delgado que ella. Tampoco importa que hace solo una semana estuviera esquiando en Gstaad. Sencillamente, no sabes apreciar hasta qué punto trabaja duro la familia real. Y debo decir que la envidia, esa característica británica tan desagradable, me parece despreciable: solo porque estemos aquí sentados congelándonos las pelotas en pleno enero, no deberíamos criticar a quienes tienen más suerte que nosotros.

–Me temo que otros no van a tener una opinión tan noble como la tuya.

Urquhart se ciñó un poco más la manta de coche en torno a las rodillas y se fortaleció con un termo de café caliente y con un generoso chorro de whisky. Quizá podía fingirse joven cuando montaba a horcajadas a Sally, pero el frío aire nocturno echaba por tierra sin piedad esa fachada. Su aliento se condensaba formando nubecillas.

–Mucho me temo que tienes razón, Tim. Seguirán más artículos morbosos sobre cuántas vacaciones ha hecho este último año, cuántas noches ha pasado en otros sitios diferentes del país sin el príncipe, cuándo vio por última vez a sus hijos. La prensa amarilla es capaz de interpretar cualquier cosa a partir de una inofensiva fotografía de vacaciones.

–Vale, Francis. ¿Qué coño andas tramando?

Urquhart se volvió en el asiento para que Stamper pudiera oírlo mejor sobre la algarabía del estadio. Tomó otro sorbo de café.

–He estado pensando. El acuerdo sobre el presupuesto para la familia real expira dentro de poco y acabamos de empezar a renegociar cuáles serán sus ingresos durante los próximos diez años. El palacio ha propuesto una suma bastante alta basándose en una previsión de la inflación que algunos considerarían exagerada. Se trata tan solo de una posición de salida, por

supuesto, una cifra sobre la que regatear, para asegurarse de que no seamos demasiado mezquinos con ellos. En estos tiempos en los que todos tienen que apretarse el cinturón sería muy fácil apretarles las tuercas y alegar que deberían compartir la carga económica junto con todos los demás. –Arqueó una ceja y sonrió–. Pero creo que con eso pecaríamos de poca visión de futuro, ¿tú no?

–Vamos, cuéntamelo, Francis. Desvela las maquinaciones de esa tortuosa mente tuya, porque vas muy por delante y no creo que pueda seguirte.

–Me lo tomo como un cumplido. Escucha, y aprende, Timothy.

Urquhart estaba disfrutando con aquello. Stamper era bueno en lo que hacía, muy bueno, pero no tenía las magníficas vistas de las tierras bajas políticas que se disfrutaban desde la ventana de Downing Street. Y él no tenía a Sally, además.

–No paro de leer en la prensa que el rey y el primer ministro estamos entrando en una fase de... competición constitucional, digamos, en la que el rey parece contar con un apoyo popular considerable, si bien poco informado. Si lo expreso con el presupuesto para la realeza, la gente se limitará a acusarme de grosero. Por otra parte, si decido mostrarme generoso, me considerarán justo y responsable.

–Como siempre –se burló el presidente del partido.

–Por desgracia, la prensa y la gente tienen un modo simplista de ver el presupuesto de la familia real, lo consideran una especie de salario. La paga normal por un trabajo. Y me temo que a los medios de comunicación no va a sentarles nada bien que la familia celebre un enorme aumento de sueldo entre escapadas a pistas de esquí y playas bañadas por el sol mientras todos los demás temblamos de frío. Es probable que hasta directores de prensa responsables como nuestro amigo Brynford-Jones lo malinterpreten.

–¡Insistiré en que lo haga! –exclamó Stamper sobre el sistema de megafonía cuando presentaban a los jugadores.

–Si da la sensación de que la familia real abusa de la generosidad del Gobierno, me temo que será un problema para el rey, más que para el primer ministro. Y habrá bien poco que yo pueda hacer al respecto. Solo confío en que no se lleve un disgusto muy grande.

El campo estaba radiante bajo los focos, los equipos se habían alineado, el árbitro estaba listo, se habían tomado ya las fotografías oficiales y el estadio bullía

con el clamor de sesenta mil hinchas. De pronto, el estentóreo coro de gritos decreció hasta convertirse en un susurro conspiratorio generalizado.

–¡Dios salve al rey, Tim!

Cuando Urquhart se puso en pie junto con Stamper para oír el himno nacional, ya no sentía tanto frío. Sobre los cantos mecánicos de la multitud, le pareció oír el sonido de ramas que caían.

El escritorio del rey estaba hecho un desastre. Libros y copias del sistema de transcripción Hansard del Parlamento, con papelitos que señalaban pasajes para referencias futuras sobresaliendo como hierbajos, formaban varios montones junto al borde, el teléfono había quedado sumergido bajo una marea de páginas impresas por ordenador con las cuentas del ducado de Lancaster, y vagaba sin rumbo por ahí un plato vacío que un rato antes llevaba su almuerzo a base de una simple rebanada de pan integral y salmón ahumado. Solo la fotografía de sus hijos en su sencillo marco de plata parecía inmune a la invasión, solitaria como una isla desierta en medio de mares tormentosos. Como era clásico en él, el rey fruncía la frente mientras leía el informe sobre el presupuesto para la familia real.

–Un poco sorprendente, ¿no te parece, David?

–Francamente asombroso. Parecemos estar disfrutando del botín de la victoria sin que me haya dado ni cuenta de que hemos librado un combate. No es lo que esperaba.

–¿No podría tratarse de una señal de paz? Ha habido muchos cotilleos sobre la relación de palacio con Downing Street, demasiados. Quizá esto es una oportunidad de empezar de nuevo, ¿eh, David? –La voz del monarca sonaba cansada, falta de convicción.

–Quizá –respondió Mycroft.

–Desde luego es generoso...

–Más generoso de lo que me parecía que podía llegar a ser ese hombre.

Los ojos del rey le dirigieron una mirada de reproche desde el otro lado del caótico escritorio. Él no era un cínico, le gustaba pensar en sí mismo como un albañil que veía lo mejor de la gente. Mycroft siempre había pensado que era una de sus características más exasperantes. Sin embargo, el rey no contradijo sus palabras.

–Esto nos permite ser generosos también.

El rey se había levantado de la silla para acercarse a la ventana, desde donde contemplaba los jardines haciendo girar lentamente el sello en el dedo. Los nuevos jardines empezaban a asumir una forma clara y definitiva, y encontró gran consuelo rellenando mentalmente los huecos y creando un espectáculo hermoso ante sus ojos.

—¿Sabes una cosa, David? Siempre me ha parecido una anomalía, una vergüenza incluso, que nuestros ingresos privados procedentes de los bienes e intereses del ducado de Lancaster y de los demás lugares sigan estando libres de impuestos. Soy el hombre más rico del país y sin embargo no pago impuestos: ni sobre la plusvalía, ni sobre sucesiones, nada de nada. Y encima obtengo además una asignación con cargo a los presupuestos de varios millones, y que va a ser objeto de un aumento sustancial. —Se volvió y batió palmas una vez—. Ya va siendo hora de que nos unamos al resto del mundo. A cambio del nuevo presupuesto para la familia real, debemos acceder a pagar impuestos sobre el resto de nuestros ingresos.

—¿Se refiere a una cantidad simbólica?

—No, nada de gestos. Me refiero a todo, a lo que se suele pagar.

—Pero eso no es necesario —protestó Mycroft—. En realidad nadie ejerce presión para que lo haga, ni hay controversia al respecto. Una vez que acceda a hacer eso, ya no podrá faltar a su palabra. Estará comprometiendo a sus hijos y a sus nietos a hacer lo mismo, sin importar qué Gobierno esté en el poder y hasta qué punto sean leoninos entonces los impuestos.

—¡No tengo intención de faltar a mi palabra! —El tono del rey fue áspero y se le arrebolaron las mejillas—. Lo hago porque creo que es lo correcto. He revisado con gran detalle las cuentas del ducado. Por todos los cielos, esos bienes deberían generar ingresos suficientes para media docena de familias reales.

—Muy bien, señor, si insiste...

Mycroft tenía la sensación de que le habían echado un rapapolvo. Ofrecer consejo y hacer advertencias sensatas era su deber, y no le hacía gracia que lo regañaran. Incluso tras los largos años de su amistad, seguía sintiéndose incómodo ante los arrebatos de impaciencia del monarca; eso le pasaba a uno cuando llevaba una vida entera esperando y sin embargo tenía tanta prisa, se dijo. Y los estallidos se habían vuelto más frecuentes en los pocos meses que

llevaba en el trono.

–¿Qué me dice del resto de la familia? ¿Espera también que paguen impuestos voluntariamente?

–Pues sí. Sería absurdo que el rey pagara impuestos y los miembros más jóvenes de la casa no lo hicieran. La gente no lo entendería. Yo mismo no lo entendería. En especial después de la prensa que se las han apañado para conseguir últimamente. Ya sé que los medios de comunicación son unos buitres, pero ¿de verdad tenemos que ofrecernos en bandeja para que nos devoren? Mucha más ropa y un poquito más de sentido común no harían ningún daño de vez en cuando.

Eso era lo más cerca que iba a llegar de criticar a su propia familia, pero en las cocinas y la lavandería de palacio no era ningún secreto lo mucho que se había indignado tanto por la falta de discreción de Carlota como por la falta de contención de la prensa.

–Si tiene que... convencerlos de renunciar a unos ingresos sustanciales, hace falta que lo oigan de sus propios labios. No puede esperar que acepten semejante idea de mí o de otro asesor real.

Mycroft parecía inquieto. Lo habían mandado antes con recados similares para miembros de la familia real. Se encontró con que cuanto menos rango tenían más hostil era su actitud al recibirlo.

El rey se las apañó para esbozar una sonrisa atribulada que más bien pareció una mueca.

–Haces bien en tener escrúpulos. Sospecho que cualquier mensajero al que enviaran a realizar una tarea tan delicada volvería con el turbante clavado a la cabeza. No te preocupes, David, ésta me toca a mí. Infórmales, si te parece, de la nueva disposición sobre el presupuesto real. Luego prepara un breve documento para mí en el que se expongan los argumentos y organiza que vengan a verme. Mejor por separado que todos de golpe. No quiero verme sometido a otro acoso familiar colectivo en torno a la mesa, esta vez no.

–Algunos están en el extranjero en este momento. Puede llevarme varios días.

–Ya nos ha llevado varias vidas, David. –El rey exhaló un suspiro–. No creo que unos días más tengan mucha importancia...

El vuelo 747-400 de British Airways procedente de Kingston llegó a las

proximidades de Heathrow con diez minutos de retraso, pues no había podido compensar el tiempo que le había hecho perder un piquete de agentes de pasaportes en huelga que se extendía en torno a la terminal de salidas e invadía partes de la pista tropical. El avión había perdido su plaza de aterrizaje preasignada y normalmente habría tenido que volar en círculos otros quince o veinte minutos hasta que los controladores aéreos le encontraran un hueco apropiado en la cola, pero aquel no era un vuelo normal y al capitán se le dio permiso para aterrizar de inmediato, en tanto que veinte vuelos más que habían llegado a su hora se retrasaban para hacerle sitio. La princesa ya esperaba para desembarcar en cuanto el tren de aterrizaje tocara el suelo.

El Boeing se había dirigido a una terminal en uno de los rincones más tranquilos del aeropuerto, y lo habitual habría sido que el vehículo con la princesa y su escolta hubiese salido directamente de Heathrow a través de un portón privado en la valla que rodeaba el recinto. Aquel día, sin embargo, la princesa no se fue directamente. Primero tenía que recoger las llaves de su coche nuevo.

Los meses anteriores habían sido terribles para todos los fabricantes de coches de lujo, y las perspectivas para el resto del año eran aún más negras. Corrían tiempos duros para el negocio: las ventas escaseaban, y las campañas de promoción también. Así pues, a la Maserati del Reino Unido le había parecido una idea excelente ofrecerle a la princesa una unidad de su último y más deportivo modelo con las esperanzas de que tuviera como resultado una publicidad considerable y duradera. Ella se había apresurado a aceptarlo. Cuando el avión maniobró para situarse junto a la puerta de llegada, el director ejecutivo de Maserati esperaba impaciente sobre el asfalto, con las llaves sujetas con un extravagante lazo rosa colgándole de los nerviosos dedos, mirando hacia las nubes. Habría deseado un día más apacible, pues la llovizna interminante había requerido que se prestara muchísima atención a la carrocería para mantenerla brillante, pero la cosa había tenido sus compensaciones. La cobertura informativa que los medios habían dedicado a la princesa aquellos últimos días había incrementado considerablemente tanto el tamaño como el entusiasmo del contingente de la prensa que se alineaba junto a su coche. El valor publicitario de sus acciones en la princesa había aumentado ya lo suyo.

Carlota bajó tan campante al asfalto con una sonrisa blanca y radiante y un bronceado que desafiaba a los elementos. Todo aquello le llevaría menos de diez minutos: unas palabras de saludo y agradecimiento al ansioso hombrecito del brillante traje de mohair que agitaba las llaves, una breve sesión mientras las cámaras comparaban su carrocería con la del Maserati rojo furibundo y un par de minutos conduciendo despacito en círculos mientras ella averiguaba dónde estaban las marchas y ellos sacaban un trecho más de vídeo promocional. Sería pan comido y un justo intercambio de su tiempo por una flamante bestia mecánica italiana, turbo y de cuatro litros y medio de cilindrada de noventa y cinco mil libras.

La prensa, por supuesto, tenía otras ideas, pues querían preguntarle por sus vacaciones, por el paradero de su marido y por su acompañante en la escapada, pero Carlota se negó a permitirlo.

–La princesa solo responderá a preguntas sobre el coche, caballeros –había anunciado un asesor.

Por qué no un Jaguar: porque el propietario era americano. ¿Cuántos más coches tenía?: ninguno como esta bestia tan tremenda. ¿Qué velocidad máxima alcanzaba?: ciento diez mientras yo vaya al volante. ¿No la habían pescado hacía poco a más de ciento sesenta en la M1?: una dulce sonrisa y un gesto de que pasaran a la siguiente pregunta. ¿Le importaría inclinarse un poco más sobre el capó para las cámaras?: debéis de estar de broma, chicos. El siguiente chaparrón parecía inminente y ya era hora de dar unas cuantas vueltas en torno a las cámaras antes de marcharse. Subió al coche con toda la elegancia que le permitió la baja carrocería y bajó la ventanilla para ofrecer una última sonrisa a la jauría de chacales cuando se acercaron a ella.

–¿No es un poco degradante para una princesa vender coches extranjeros? –preguntó una voz aguda sin pelos en la lengua.

Qué típico, joder. Siempre estaban en las mismas. Sus mejillas enrojecieron bajo el bronceado.

–Me paso la vida entera «vendiendo» cosas, como decís con tanto sarcasmo. Vendo productos británicos de exportación dondequiera que voy. Vendo entradas a precios astronómicos para cenas benéficas para ayudar a los que se mueren de hambre en África. Vendo billetes de lotería para que podamos

construir hogares para los pensionistas. Nunca paro de vender.

–Pero ¿vender coches extranjeros fardones? –insistió la voz.

–Sois vosotros quienes exigís cosas fardonas. Si apareciera con ropa de segunda mano en coches de tercera mano seríais los primeros en quejaros. Tengo que ganarme la vida como todo el mundo. –La sonrisa se había esfumado.

–¿Qué opina del presupuesto para la realeza?

–Si supierais hasta qué punto es difícil hacer todo lo que se espera de una con la asignación de una princesa, ¿no me haríais preguntas estúpidas como ésta, maldita sea!

Ya era suficiente. Habían empezado a acosarla, estaba perdiendo los estribos, ya era hora de marcharse. Soltó un poco el embrague, pecando un pelín de impaciencia, pues el coche empezó a dar saltitos de canguro bien poco elegantes hacia los cámaras, que se dispersaron alarmados. Se lo merecían, los muy cabrones. El motor V-8 se caló, el tipo del traje brillante pareció consternado y las cámaras dispararon con furia. Carlota accionó de nuevo el contacto, metió la marcha y se alejó. A la mierda con su impertinencia. En el palacio, a su regreso tras solo una semana fuera, se encontraría con una pequeña montaña de papeles que incluiría incontables invitaciones, más solicitudes y cartas con ruegos de las organizaciones benéficas y los menos privilegiados. Ya verían. Contestaría a todas las invitaciones, aceptaría cuantas pudiera, seguiría asistiendo a las cenas y recaudando dinero, sonriendo a los viejos y a los jóvenes, a los enfermos y los débiles, consolando a quienes sencillamente no habían tenido suerte.

Ignoraría las burlas y continuaría trabajando duro, como hacía siempre, a medida que se abriera paso en la montaña de papeles. No tenía forma de saber que en la cima del montón de correo sin abrir había un informe en que se especificaban las disposiciones en relación con el nuevo presupuesto para la realeza, ni que ya se estaban preparando ejemplares de la edición de la mañana con ataques a una princesa refunfuñona en un flamante deportivo extranjero que se quejaba de que no le pagaban lo suficiente.

La miseria a bordo de un Maserati.

La imagen de los brillantes pilotos de freno de la princesa se desvaneció en el televisor cuando Urquhart apretó el botón rojo. Su atención siguió fija largo rato en la pantalla desnuda; la corbata con el nudo a medio hacer le colgaba del

cuello.

–¿No soy lo bastante mayor para ti, Francis? Prefieres ninfómanas de mediana edad que jovencitas buenas y decentes como yo, ¿no es eso?

Él le dirigió una mirada compungida.

–Me es imposible hacer comentarios al respecto.

Sally le dio un codazo juguetón en las costillas; él la apartó de sí con brusquedad.

–Para ya o te revoco el visado.

Pero la advertencia solo consiguió que ella redoblara sus esfuerzos.

–¡Sally! Tenemos que hablar.

–Madre mía, no me digas que ésta es otra de esas relaciones serias y significativas, justo cuando empezaba a divertirme un poco.

Sally se sentó en el sofá frente a él, alisándose el vestido. Metió la ropa interior en el bolso; se ocuparía después de ese lío sin remedio.

–Mañana va a haber un revuelo tremendo por esas imágenes. Los titulares serán salvajes. Ay, es además el día que he elegido para el anuncio del nuevo presupuesto para la realeza. Qué desafortunado que vaya a anunciarse a la vez que aparecen esas fotos, pero... –esbozó una gran sonrisa dramática, cual Macbeth que recibiera a sus invitados a cenar– no puede evitarse. Lo que me perturba más es que la atención no se centrará tan solo en nuestra desventurada y descerebrada princesita, sino en toda la familia real. Y es ahí donde necesito tu ayuda, oh vidente. Por favor.

–Soy una forastera en tu tierra, hermano, y mi hoguera es pequeña –se burló ella con marcado acento americano del sur.

–Pero tienes la magia de tu parte. Una magia capaz de convertir a una familia muy real en una familia muy corriente.

–¿Corriente hasta qué punto?

–¿En lo que concierne a los parientes reales de menor rango? Pues tan corrientes como gigolós en una playa. Pero no incluyo al rey. Esto no es una guerra sin cuartel. Solo asegúrate de que no quede por encima de las críticas. De reflejar cierto grado de decepción. ¿Puede hacerse?

Sally asintió con la cabeza.

–Depende de las preguntas, de cómo se plantee.

–¿Cómo lo plantearías tú?

–¿Puedo ir al cuarto de baño primero?

Su vestido ya estaba immaculado de tan liso, pero debajo de él seguía habiendo cierto desastre.

–Dímelo primero, Sally. Es importante.

–Serás cerdo... Vale, sin pensarlo mucho, he aquí cómo lo haría. Empezaría por algo como «¿Ha visto alguna noticia sobre la familia real en los últimos días? De ser así, ¿cuál?». Solo para hacerlos pensar en las fotografías, por supuesto, pero sin que parezca que se les induce a hacerlo. ¡Eso no sería nada profesional! Si son tan burros como para no haber oído nada sobre la realeza, se los puede descartar como simples gilipollas y vagos. Luego diría algo del estilo de «¿Le parece importante que la familia real sea un buen ejemplo público en su vida privada?». La gente dirá que sí, por supuesto, de modo que luego vendría «¿Le parece que la familia real está dando mejor o peor ejemplo con su vida privada que en años anteriores?». Apuesto mi salario del mes que viene a que ocho de cada diez contestarán que peor, mucho peor, o algo impublicable.

–El biquini de la princesa aún podría resultar tan eficaz como la honda de David.

–Aunque quizá un poco más grande –terció ella con irritación.

–Continúa con la clase ilustrativa.

–Entonces preguntaría: «¿Le parece que la familia real merece su reciente aumento de salario o bien que, en las circunstancias económicas actuales, debería ser un ejemplo de moderación?». Cosas así.

–Quizá incluso «¿Le parece que el número de miembros de la familia real a los que mantienen los contribuyentes debería seguir siendo el mismo, aumentar o verse reducido?».

–Estás aprendiendo, Francis. Y si inmediatamente antes de esa pregunta incluyes otra para saber si tienen la sensación de que el trabajo de la princesa y un par más de miembros de la realeza de dudosa reputación o desconocidos tiene una buena relación calidad precio, se animarán con el tema y obtendrás una respuesta aún más virulenta.

A Urquhart le brillaban los ojos.

–Solo entonces entras a matar: «¿Es la familia real más o menos popular, o lleva

a cabo un mejor o peor trabajo por el país, que hace cinco años?»». De buenas a primeras, la gente dirá que siguen siendo grandes admiradores. Así que hay que sacar a flote sus sentimientos más profundos, las preocupaciones que albergan, esas cosas de las que no siempre son conscientes. Pon esa pregunta por delante, la primera, y probablemente descubrirás que la realeza solo es un poquito menos popular de lo que era. Pero plantéala después de haberles dado la posibilidad de pensar en arena, sexo y presupuestos, y tus ciudadanos devotos y leales se habrán convertido en una turba rebelde que colgará a su querida princesa Carlota por las cintas del biquini. ¿Te basta con eso?

—Me basta y me sobra.

—Entonces, si no te importa, voy a desaparecer para llevar a cabo unas pequeñas reparaciones. —Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando se volvió—. El rey no te gusta, ¿verdad? De hombre a hombre, quiero decir.

—No.

Fue una respuesta seca, franca, reacia. No hizo sino alimentar la curiosidad de Sally.

—¿Por qué? Cuéntamelo.

Estaba empujando puertas que Urquhart no había elegido abrir libremente, pero tenía que ensanchar su relación si quería impedir que se rebajara al hábito y el aburrimiento vacíos. Tenía que consistir en algo más que en joderse mutuamente, y a la oposición entre una y otra vez. Además, ella era curiosa por naturaleza.

—Es mojigato, ingenuo —fue la respuesta en voz baja—. Un idealista patético que se está metiendo en medio.

—Hay más, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él sin disimular su irritación.

—Francis, estás a medio camino de provocar una rebelión. Y no planeas hacerlo porque sea un mojigato.

—Trata de interferir.

—Todos los jefes de redacción de Fleet Street intentan interferir y sin embargo los invitas a comer, no a su propio linchamiento.

—¿Por qué tienes que insistir en el tema? ¡Todas esas estupideces sobre sus hijos y el futuro! —El rostro de Urquhart revelaba angustia, su tono era ahora más

brusco y su control característico había desaparecido—. No para de sermonearme sobre la pasión que siente por construir un mundo mejor, para sus hijos. Sobre que no deberíamos construir un conducto de gas o una central nuclear sin pensar primero en sus hijos. Sobre que su primer deber como futuro rey y monarca era engendrar un heredero para el trono... ¡Sus hijos! —Las ojeras se le habían vuelto grisáceas, y aparecían gotitas de saliva en sus labios a medida que se apasionaba con el tema—. Ese hombre está obsesionado con sus hijos. Siempre que lo veo, no para de hablar de ellos. Da la lata, hostiga, se queja. Como si los niños fueran alguna especie de milagro que solo él pudiera llevar a cabo. Y sin embargo ¿no es el acto más codicioso y egoísta de todos, el de querer recrear tu propia imagen?

Sally defendió su terreno.

—No, yo no creo que lo sea —contestó en voz baja. De pronto le daban miedo aquellos ojos rojos de ira, que la miraban a ella y al mismo tiempo parecían atravesarla para ver algún tormento que se ocultaba detrás—. No, no lo es. No es egoísta.

—Es puro egoísmo y narcisismo, te lo digo yo. Un intento patético de conseguir la inmortalidad.

—Eso se llama amor, Francis.

—¡Amor! ¿Fue tu hijo fruto del amor? ¡Pues vaya amor tan raro el que te deja en la cama de un hospital con las costillas rotas y al niño en una fosa en el cementerio!

Sally le propinó un bofetón con toda la fuerza de una palma abierta, y supo al instante que había sido un error. Debería haber reconocido los indicios de peligro en las venas que le palpitaban en las sienes. Debería haber recordado que él no tenía hijos, que nunca los había tenido. Debería haberse apiadado de él. Comprendió todo eso con un grito de dolor cuando la mano de Urquhart le cruzó la cara, devolviéndole el bofetón.

Él retrocedió al instante, lleno de desesperanza ante lo que había hecho. Se dejó caer en una silla, con la energía y el odio vertiéndose de él como los últimos granos en un reloj de arena.

—Dios mío, Sally, perdóname. Lo siento muchísimo.

Por contraste, ella daba muestras de una suprema calma. Había tenido mucha práctica.

–Yo también, Francis.

Él jadeaba, con la delgadez que a menudo le daba un aspecto vigoroso y joven convirtiéndolo ahora en un hombre consumido y avejentado. Había abierto una brecha en sus propias defensas.

–Yo no tengo hijos –dijo, casi sin aliento– porque no puedo tenerlos. Toda mi vida he tratado de convencerme de que no importaba, pero cada vez que veo a ese maldito hombre y oigo sus insultos, me siento desnudo y humillado por el mero hecho de estar en su presencia.

–¿Crees que lo hace a propósito...?

–¡Pues claro que lo hace a propósito! Utiliza toda esa cháchara sobre el amor como un arma de guerra. ¿Tan ciega estás que no lo ves? –La ira dio paso al arrepentimiento–. Ay, Sally, lo siento, créeme. Jamás le había pegado a una mujer.

–Estas cosas pasan, Francis.

Sally observó aquella nueva imagen del hombre al que había creído conocer, y luego cerró suavemente la puerta detrás de sí.

Hubo un murmullo de expectación cuando Urquhart entró en la Cámara por detrás de la silla de la presidenta, con la carpeta de piel roja hincada bajo el brazo y los funcionarios entrando en fila como crías de pato hacia sus sitios asignados. Estaban allí para proporcionarle información inmediata si surgía la necesidad, pero no ocurriría. Urquhart se había preparado con extremo cuidado esta vez; sabía exactamente lo que quería.

–Señora presidenta de la Cámara, con su permiso, me gustaría hacer una declaración...

Urquhart paseó la mirada lentamente por los bancos atiborrados. McKillin se sentaba al otro lado de la caja de despachos, comprobando una vez más la declaración que la oficina de Urquhart le había facilitado una hora antes. Lo apoyaría. Se suponía que esas cuestiones no eran controvertidas y, en cualquier caso, la identificación del líder de la oposición con el monarca había aumentado a medida que las relaciones personales de Urquhart con el rey se convertían en objeto de controversia para la prensa. Si es tu enemigo, es mi amigo. En eso consistía la oposición. El líder del pequeño Partido Liberal, sentado con su grupo de eternos optimistas hacia el fondo de la Cámara, probablemente se sentiría

menos entusiasta. Tenía diecisiete diputados en su partido y un ego más grande que la suma del de todos los demás. Como precoz diputado sin cargo en el Gobierno ni la oposición se había hecho un nombre introduciendo un proyecto privado de ley para restringir el ámbito del presupuesto para la realeza a solo cinco miembros de la familia real y, además, para hacer llegar a la fuerza el mensaje de igualdad haciendo que la sucesión pasara al hijo mayor del sexo que fuera y no solo al varón. Le había proporcionado diez minutos de tiempo parlamentario antes de que se desestimara el proyecto de ley, pero varias horas de máxima audiencia en televisión y amplia cobertura en los periódicos que él medía en centímetros. Tenía un historial que defender; sin duda procuraría hacerlo con decoro, pero Urquhart, que siguió paseando la mirada por la Cámara, se dijo que el decoro tenía un período de caducidad muy corto en política.

Su mirada se posó en «la Bestia de Bradford». Vestido con su habitual americana sport muy suelta, el pintoresco y excéntrico diputado por Bradford Central ya se inclinaba expectante en el asiento, con el cabello lacio cayéndole en los ojos y retorciéndose las manos a la espera de ponerse en pie de un salto a la primera de cambio. Miembro de la oposición, era un follonero que consideraba cada punto en cuestión una nueva batalla en la guerra de clase contra el capitalismo, que libraba con considerable virulencia respaldado por las cicatrices de un accidente cuando trabajaba de estudiante en una fábrica y que lo había dejado con dos dedos de la mano izquierda medio cercenados. Ardiente republicano, siempre estaba listo para explotar cuando se trataba de cuestiones que tuvieran que ver con los derechos hereditarios. Era además absolutamente predecible, motivo por el cual Urquhart se había asegurado de que uno de sus propios diputados, un caballero de los barrios residenciales famoso por su aspecto bucólico y su talante belicoso, ocupara un asiento justo enfrente. Se le había encomendado que «se ocupara» de la Bestia durante la declaración; lo que eso pudiera entrañar se había dejado a criterio del propio caballero, de quien se sabía que era frágil pero también que tenía muchas ganas de «volver al ataque», como lo expresaba él, tras el tratamiento por una dolencia cardíaca leve. Ya miraba furibundo al honorable miembro por Bradford Central desde su asiento frente a él a apenas dos metros de distancia.

–Quisiera hacer una declaración sobre el acuerdo para la futura ayuda financiera a su majestad el rey durante los próximos diez años –continuó Urquhart.

Hizo una pausa para mirar directamente a la Bestia y esbozó una sonrisa arrogante. El otro respondió con un gruñido bien audible que no hizo otra cosa que volver más amplia la sonrisa del primer ministro. La jaula de la Bestia ya empezaba a dar sacudidas.

–Se ha fijado una cantidad considerable y espero que generosa, pero es para un período completo de diez años durante los que deberán tenerse en cuenta los caprichos de la inflación. Si ésta resultara menor de lo previsto, se abonarían los beneficios...

–¿Cuánto va a sacar la princesa? –soltó la Bestia.

Urquhart lo ignoró y prosiguió con su explicación.

–Venga, dígalo ya. ¿Cuánto vamos a pagarle a Carlota para que se dedique a follar por el Caribe el año que viene?

–¡Orden en la sala! –exclamó con tono estridente la presidenta de la Cámara.

–Solo preguntaba si...

–¡Cállese idiota! –espetó el caballero, unas palabras que oyeron todos en la sala con excepción de los funcionarios encargados del sistema Hansard de transcripción.

–Continúe, primer ministro.

La atmósfera ya se estaba caldeando, y la temperatura seguiría subiendo hasta que Urquhart llegara al final de su breve anuncio. Tuvo que esforzarse en hacerse oír entre el bullicio creciente mientras el caballero proseguía con su rifirrafe privado a través del pasillo central de la Cámara. La Bestia murmuró durante la breve respuesta del líder de la oposición, quien mostró su apoyo pero, en un modesto intento de poner nervioso a Urquhart, se deshizo en elogios del trabajo que hacía el rey por el medio ambiente y sobre su perspicacia social.

–¡Cuénteles todo eso a este descerebrado! –exclamó el caballero blandiendo un dedo acusador hacia la Bestia, que acababa de poner en duda la fidelidad de su mujer.

Obtuvo por toda respuesta un gesto soez que incluyó un par de dedos amputados.

El líder liberal, cuando le tocó el turno, se mostró mucho menos de acuerdo con la cuestión.

–¿Reconocerá el primer ministro que, aunque apoyamos plenamente la valiosa tarea que lleva a cabo la familia real, sus asuntos financieros dejan mucho que desear? El presupuesto para la realeza representa tan solo una fracción de los gastos que la familia real supone para el contribuyente, si se tienen en cuenta los aviones de la flota real, el yate, el tren...

–Las palomas mensajeras de carreras de su majestad... –interrumpió la Bestia.

–... cuyos costes se entierran en los presupuestos de una serie de departamentos gubernamentales. ¿No sería mejor, más franco y honesto, consolidar todos esos gastos en un único presupuesto para que supiéramos exactamente cuáles son las verdaderas cifras?

–Es una parodia. ¿Qué están ocultando?

–Me ofende la insinuación del muy honorable caballero de que no estoy siendo franco ni honesto... –empezó a decir Urquhart.

–Vale, ¿de cuánta pasta hablamos?

–En estas cuestiones no existe conspiración secreta alguna. La familia real nos proporciona un excelente beneficio por el dinero que...

–¿Cuánta pasta?

Desde los bancos de la oposición, unos cuantos más se apuntaron a las interrupciones a gritos. Daba la impresión de que hubiesen encontrado una brecha en las defensas del primer ministro y que no pudieran resistir la tentación de explotarla.

–Las cifras varían enormemente de un año a otro a causa de conceptos excepcionales...

–¿Como cuáles?

–... como reparaciones y la modernización de los trenes reales. Además, los palacios requieren importantes obras de mantenimiento, que algunos años resultan muy onerosas. A menudo se hace muy difícil extraer el coste exacto de grandes presupuestos departamentales.

Urquhart parecía estar sufriendo con aquellas interrupciones. Era obvio que acusaba la presión y se sentía reacio a dar detalles, que no hacían más que excitar aún más a aquellos entrometidos. Cuanto más recurría a evasivas, más altos se

volvían los gritos exigiéndole que «confesara»; hasta el líder liberal se apuntaba.

–La Cámara debe comprender que mi declaración de hoy concierne exclusivamente al presupuesto para la realeza. Con respecto a otras cuestiones relativas a gastos, debo ceñirme a las costumbres de la casa, y sería en extremo impropio por mi parte que diera a conocer tales cuestiones sin consultar primero a su majestad. Debemos preservar la dignidad de la Corona y reconocer la estima y el afecto que se profesan hacia la familia real.

Cuando Urquhart hizo una pausa para considerar sus palabras, el nivel de ruido en torno a él aumentó bruscamente. Su expresión se volvió sombría.

–Hace solo unos días, se me acusaba desde los bancos de la oposición de tratar con desdén a su majestad, pero ahora insisten en que haga precisamente eso. – Aquello suscitó el antagonismo de quienes lo interrumpían, y el lenguaje de los comentarios que brotaban en la sala se volvió cada vez menos parlamentario—. Son un grupo de lo más caótico, señora presidenta. –Blandió un dedo amenazador hacia los bancos que tenía delante—. ¡No quieren información, solo quieren pelea!

Urquhart parecía haber perdido los estribos ante el acoso constante, y la presidenta supo que aquello indicaría el final de cualquier diálogo sensato. Estaba a punto de poner fin a la discusión y exigir que se pasara al siguiente punto en el orden del día cuando hubo toda una explosión en las cercanías del caballero, que se había puesto en pie.

–¡Intervengo por una cuestión de procedimiento, señora presidenta!

–No, nada de cuestiones de procedimiento, por favor. Ya hemos perdido bastante tiempo con...

–¡Pero este desgraciado acaba de decirme que ojalá me dé otro ataque al corazón!

Unos dedos acusadores señalaron la Bestia, y el caos fue aún peor.

–¡No me diga! –espetó la presidenta con tono de exasperación.

–No entiende nada, como de costumbre –protestó la Bestia con cara de inocente—. Lo que le he dicho es que le daría otro infarto si se enteraba de cuánto nos cuesta la maldita monarquía. Son millones y millones de...

El resto se perdió entre la verdadera tormenta de indignación que estalló en ambos bandos.

Urquhart cogió su carpeta y se dispuso a marcharse. Miró hacia los bancos de los parlamentarios, sumidos en un caos absoluto. Sin duda se ejercería una gran presión sobre él para que revelara el coste total que suponía la familia real, y es posible que tuviera que facilitarlos. En cualquier caso, aguijoneados por aquella pelea, todos los periódicos de Fleet Street estarían dedicando ya reporteros a indagar y a hacer suposiciones inspiradas, y no les sería demasiado difícil dar con unas cifras razonablemente exactas. Qué lástima, se dijo, que el año anterior la flota aérea real hubiese cambiado sus dos anticuados aparatos, y los aviones a reacción modernos no salían baratos. Más pena daba incluso que aquello hubiera coincidido con una reparación a gran escala del yate real, el *Britannia*. Las cifras que hasta el periodista más corto de luces acabaría averiguando pasarían sobradamente de los ciento cincuenta millones de libras, lo cual era un pedazo de carne cruda demasiado grande para que ni siquiera el director de prensa más leal pudiera ignorarlo. Y sin embargo nadie acusaría a Urquhart de mostrarse injusto o poco considerado con el rey, al menos personalmente. ¿No había hecho acaso todo lo posible por defenderlo, incluso estando sometido a considerable presión? En los titulares de la mañana siguiente, sería el propio rey quien experimentara aquella presión. Y entonces sería la hora del sondeo de opinión de Sally.

Se dijo que, incluso para un primer ministro, había sido una jornada de trabajo excepcional.

—El señor Stamper quiere hablar un momento con usted, primer ministro.

—¿En su calidad de consejero, de presidente del partido, de chico de los recados o de mandamás de su club de fútbol?

Urquhart bajó los pies del sofá de cuero verde en el que se había instalado a leer papeles del Gabinete mientras esperaba en su despacho de la Cámara de los Comunes a que se llevaran a cabo varias votaciones vespertinas. No conseguía recordar qué era lo siguiente que iban a votar. ¿Era si se aumentaban las penas a los infractores o si se reducían las subvenciones a las Naciones Unidas? En cualquier caso, sería algo que daría alas a los periódicos sensacionalistas y arrojaría la peor luz posible sobre la oposición.

—El señor Stamper no lo ha dicho —respondió el secretario privado, cuyo sentido del humor dejaba que desear y que seguía sin asomar más que la cabeza y el hombro izquierdo en la puerta.

–¡Que pase pitando! –ordenó el primer ministro.

Stamper entró y, sin una palabra de saludo, fue derecho al mueble bar, donde se sirvió un buen vaso de whisky.

–Tienes pinta de traer malas noticias, Tim.

–Pues sí. Hacía siglos que no las oía tan malas.

–No me digas que a otro cerdo egoísta con un escaño por escasa mayoría se le ha ocurrido palmarla.

–Algo peor, mucho peor, Francis. Nuestro último sondeo privado nos da tres puntos de ventaja. Y más preocupante incluso resulta que parece gustarle a la gente, porque le sacas diez puntos a McKillin. Tu vanidad va a ser ahora incontrolable. ¡Parece que tu ridículo plan para unas elecciones anticipadas podría funcionar y todo!

–Gracias a Dios.

–Hay algo más fascinante todavía, Francis –continuó Stamper con talante menos serio. Había llenado un vaso para Urquhart *motu proprio*, y se lo tendió antes de añadir–: Acabo de tener una tranquila charla con el ministro del Interior. En política sigue imperando aquello de «no atribuyas a la maldad lo que puede explicar la estupidez». Por lo visto ese gilipollas de Marples ha dejado por fin que lo pillen con el culo al aire, la otra noche en el camino de sirga de Putney.

–¿En pleno enero? –preguntó Urquhart, incrédulo.

–Absolutamente *in fraganti*. Con un chico de catorce años. Por lo visto le van los chavales.

Se puso cómodo tras el escritorio de Urquhart, con los pies sobre el vade del primer ministro. Fue un gesto deliberado, provocador, desafiante. Urquhart se dijo que la noticia que iba a darle debía de tener un peso especial.

–Pero fue una suerte. La policía iba a presentar cargos, de modo que se vino abajo y se fue de la lengua con la esperanza de que no fueran muy duros con él. Dio montones de nombres, direcciones, chismorreos, sugerencias de dónde buscar si querían encontrar una red de prostitución organizada.

–La castración es demasiado benévola...

–Y por lo visto mencionó un nombre muy interesante. David Mycroft.

Urquhart echó un buen trago.

–De modo que ahora nuestros chicos de azul se han vuelto tímidos y andan pidiendo un pequeño consejo informal. Si procesan a Marples, implicará a Mycroft y se armará una de las gordas. A buen entendedor pocas palabras bastan: el ministro del Interior sabe que procesar al honorable y recto diputado por Dagenham no sería de interés público que digamos. De modo que nos hemos ahorrado una elección parcial a su escaño.

Urquhart bajó las piernas del sofá.

–¿Qué tienen sobre Mycroft?

–No mucho. Solo su nombre y el hecho de que Marples rondaba con él por no sé qué club gay en Nochevieja. Quién sabe adónde podría llevar algo así. Pero no lo han interrogado.

–Quizá deberían hacerlo.

–No pueden, Francis. Si van a por Mycroft tendrán que ir también a por Marples, y eso nos arrastrará a todos también. Además, si pasar un rato en un club gay fuera un crimen tendríamos que encerrar a media Cámara de los Lores.

–Escúchame, Tim. Por mí como si ensartan a Marples en un pincho moruno oxidado. Pero tardarían semanas en presentar cargos, no sería hasta después de las elecciones, y para entonces ya importará un soberano bledo. Pero si pueden ejercer presión sobre Mycroft ahora, podría ser justo la póliza de seguros que nos hace falta. ¿No lo ves? Piezas a cambio de posiciones. Captura ahora la parte baja del tablero a cambio de ceder a un jugador más adelante. Creo que lo llaman sacrificar a la reina.

–Me parece que necesito otra copa. Problemas de esa índole tan cerca del corazón del palacio... Si esto saliera a la luz...

–¿Cuánto tiempo lleva Mycroft con el rey?

–Se conocen desde que eran ambos chavales con granos. Es uno de los asesores que llevan más tiempo a su servicio. Y son buenos amigos.

–Suena gravísimo. Sería horroroso que el rey lo supiera.

–Y que estuviera encubriendo a Mycroft, pese a la delicada tarea que lleva a cabo. En su puesto, debe de conocer la mitad de los secretos de la nación.

–Sería aún peor que su majestad no lo supiera. Engañado, engatusado, defraudado durante treinta años por uno de sus mejores amigos, un hombre al que ha colocado en un puesto de confianza.

–Un bellaco o un imbécil. Un monarca que no cumplió con sus responsabilidades, o no pudo hacerlo. ¿Qué conclusión va a sacar la prensa de todo esto, si sale a la luz?

–Qué noticia tan tremenda, Tim. Es terrible.

–Es lo peor que he oído en muchísimo tiempo.

Siguió un largo silencio. Y entonces, procedente del despacho del primer ministro, su secretario privado oyó unas carcajadas atronadoras que se prolongaban casi sin control.

–¡Malditos sean! ¡Malditos sean todos ellos, David! ¿Cómo han podido ser tan cretinos? –El rey arrojó al aire un periódico tras otro y Mycroft observó cómo aleteaban las páginas hasta aterrizar desparramadas en el suelo–. Yo no quería ese aumento en el presupuesto, pero ahora soy objeto de ataques por avaricioso. Y ¿cómo es posible que solo unos días después de haber informado al primer ministro de que quería que la familia real pagara todos los impuestos sobre nuestros ingresos se informe de ello como si hubiera sido idea suya?

–Los clásicos informes de procedencia desconocida de Downing Street para la prensa... –murmuró débilmente Mycroft.

–¡Por supuesto que lo son! –espetó el rey como si hablara con un alumno retrasado–. Hasta sugieren que he cedido a presiones al acceder a pagar impuestos, que la cobertura periodística hostil me ha obligado a hacerlo. ¡Ese Urquhart es abominable! No puede evitar retorcerlo todo para su propio provecho. Aunque tropezara por casualidad con la verdad, se levantaría y continuaría caminando como si no hubiera pasado nada. ¡Esto es ridículo!

Un ejemplar del *Times* salió volando hacia el rincón de la habitación y sus páginas se posaron como gigantescos copos de nieve.

–¿Se ha molestado alguno en informarse de los hechos?

Mycroft tosió, incómodo.

–El *Telegraph*. Su artículo es más imparcial...

El rey arrancó el periódico en cuestión del montón y recorrió sus columnas con la mirada. Pareció tranquilizarse un poco.

–Urquhart trata de humillarme, David. De hacerme pedazos, paso a paso, sin darme siquiera la oportunidad de explicarme.

La noche anterior había vuelto a tener aquel sueño. Desde las páginas de cada

periódico veía cómo lo miraban aquellos ojos muy abiertos y expectantes del niño con las migajas en la barbilla. Le dejaban aterrado.

–No dejaré que me arrastren como un corderito al matadero, David. No debo permitirlo. He estado pensando. Debo encontrar un modo de expresar mis opiniones. De que se sepa lo que pienso sin Urquhart metiéndose en medio. Voy a ofrecer una entrevista.

–Pero los reyes no ofrecen entrevistas a los periódicos –protestó débilmente Mycroft.

–No, antes no. Pero ésta es la era de la nueva monarquía, de una monarquía abierta. Voy a hacerlo, David. Con el *Telegraph*, me parece. Una exclusiva.

Mycroft tuvo deseos de protestar y decir que, si una entrevista era mala idea, una exclusiva podía ser incluso peor, pues les daría un blanco al que disparar a todos los demás periódicos. Pero no tenía fuerzas para discutir. Llevaba todo el día sin ser capaz de pensar con claridad, desde que habían llamado a su puerta a primera hora y la había abierto para encontrarse con un agente y un inspector de la Brigada Antivicio de pie en el umbral.

Enero: cuarta semana

El propio Landless iba al volante, y se había limitado a decirles a sus empleados que estaría ilocalizable. Su secretaria detestaba los misterios; cuando le venía con excusas, ella siempre suponía que andaba haciendo cochinas con alguna joven de trasero orondo y cuenta bancaria flacucha. Lo conocía bien. Quince años atrás, ella también era joven y hacía cochinas con Landless, antes de que entrasen en juego asuntos como el matrimonio, la respetabilidad y las estrías. Conocer tan a fondo al hombre por dentro le había servido para convertirse en una secretaria personal eficiente y con un sueldo extraordinariamente excesivo, si bien aquello no le impedía tener celos. Y ese día él no le había dicho nada a nadie, ni siquiera a ella; no quería que todo el mundo se enterase de dónde estaba, antes incluso de que hubiese llegado.

El mostrador de recepción era diminuto y la sala de espera insulsa, cubierta de óleos mediocres de la primera época victoriana, llenos de caballos y escenas de caza, imitaciones de Stubbs y Ben Marshall. Uno de ellos podía ser un John Herring auténtico, aunque no estaba del todo seguro, pero empezaba a tener cierto ojo para esas cosas; al fin y al cabo, en los últimos años había adquirido no pocos originales. Casi de inmediato acudió en su busca un joven lacayo vestido de librea, con su cola entallada, sus hebillas y sus medias, y lo condujo hasta un ascensor de tamaño reducido pero con un acabado inmaculado, donde la madera de caoba brillaba con tanta intensidad como los zapatos del criado de palacio. Ojalá hubiese podido estar allí su madre: le habría encantado. Había nacido el día que murió la reina Alejandra y siempre había creído que aquello no era una mera coincidencia: llegó a insinuar que había un misterioso «vínculo especial» y a asistir más tarde a reuniones de espiritismo. Su querida y anciana madre, justo antes de emprender su viaje al «otro lado», había pasado tres horas de pie con el propósito de divisar entre la multitud a la princesa Diana el día de su boda. Solo había alcanzado a ver la parte trasera de la carroza, y ni siquiera durante más que unos segundos, pero había hecho ondear la bandera, aclamado y gritado, y había regresado a casa con el sentimiento de haber cumplido con su deber. Para ella todo se basaba en el orgullo patriótico y las cajas de galletas conmemorativas. Se haría pis encima si mirase hacia abajo justo ahora.

—¿Es su primera vez? —quiso saber el lacayo.

Landless asintió. La princesa Carlota lo había llamado por teléfono. Una entrevista exclusiva con el *Telegraph*, dando a entender que la había organizado ella misma. ¿Se aseguraría de enviar a alguien de confianza? ¿Y permitiría a palacio revisar el artículo antes de su publicación? ¿Quizá podrían volver a almorzar juntos pronto? Lo condujeron por un pasillo ancho con ventanas que daban al patio interior. Aquí las pinturas eran mejores, retratos de vástagos reales olvidados hace mucho y realizados por maestros cuyos nombres habían perdurado mucho más en el tiempo.

–Diríjase a él como «su majestad» la primera vez. Después puede llamarlo sencillamente «señor» –le susurró el lacayo mientras se acercaban a una puerta sólida pero sin pretensiones.

Mientras la puerta se abría silenciosamente, Landless recordó la otra pregunta de Carlota. ¿Era buena idea? Él tenía sus dudas, serias dudas, respecto a que una entrevista en exclusiva fuese positiva para el rey, pero sabía que sería algo cojonudo para el periódico.

–¿Sally? Perdona que llame tan temprano. Has estado desconectada un par de días. ¿Todo bien?

De hecho había sido casi una semana, y aunque Urquhart le había enviado flores y dos importantes clientes potenciales, no había encontrado el momento oportuno para llamar. Se encogió de hombros. Habían tenido un rifirrafe, ella lo superaría. Tendría que hacerlo si quería mantener su posición de ventaja. Fuera como fuese, esto era urgente.

–¿Cómo va el sondeo de opinión? ¿Está ya listo? –intentó juzgar su actitud a través del teléfono. Quizá algo fría y formal, casi como si la hubiese despertado. De todas formas, se trataba de negocios—. Ha ocurrido algo. Se dice que su conciencia real ha concedido una entrevista en exclusiva al *Telegraph* y esperan tener el visto bueno para publicarla en un par de días. No tengo ni idea de lo que contiene, Landless se ha sentado encima como si estuviese incubando un huevo, pero no puedo dejar de pensar que en aras del interés público debería haber algo de equilibrio. ¿No crees? Quizá un sondeo de opinión, publicado con antelación, que refleje el creciente descontento público con la familia real. Que sitúe la entrevista dentro de un contexto. –Miró por la ventana que daba a St James's Park, donde, junto al estanque de los pelícanos, dos mujeres se esforzaban a la

luz turbia de la mañana en separar a sus perros, enzarzados en una riña—. Sospecho que algunos periódicos como el *Times* podrían incluso sacar la conclusión de que la entrevista del rey fue un intento precipitado y, de algún modo, desesperado por responder al sondeo de opinión. —Hizo una mueca de dolor cuando una de las mujeres, cuya mascota se hallaba alojada con firmeza en las fauces de un chucho negro y de mayor tamaño, propinó a dicho perro una fuerte patada en los testículos. Los perros se separaron, y en ese momento las dos dueñas empezaron a ladrarse la una a la otra—. Sería realmente fantástico si el sondeo estuviese listo para hacerse público, digamos... ¿esta tarde?

Al rodar por la cama para devolver el teléfono a su base, Sally se estiró para liberar sus huesos de los dolores de la noche anterior. Se quedó tumbada mirando al techo unos instantes, dejando que las instrucciones mentales fuesen fluyendo desde su cerebro hasta su cuerpo. La nariz se le contraía como un periscopio por encima de las sábanas, y saboreaba las noticias que acababa de recibir. Se sentó en la cama, activa y alerta, y se volvió hacia la forma a su lado.

—Tengo que irme, querido. Se avecina jaleo y hay trabajo por hacer.

Primera página del *Guardian*, 27 de enero

NUEVO TEMPORAL AZOTA AL REY

«¿PROFESA EL CRISTIANISMO?»

Un nuevo temporal de controversia se cernió anoche sobre la familia real cuando el obispo de Durham, desde el púlpito de su catedral, cuestionó los principios religiosos del rey. Tras citar la tan criticada entrevista publicada a principios de esta semana, en la que reveló un profundo interés por las religiones orientales y no descartó la posibilidad de la resurrección física, el obispo fundamentalista atacó dichos «escarceos con el misticismo que están tan de moda».

«El rey es el defensor de la fe y el líder ungido de la Iglesia de Inglaterra. ¿Pero profesa el cristianismo?»

Buckingham Palace señaló anoche que el rey tan solo había intentado recalcar, como monarca de un país con un gran número de minorías raciales y religiosas, que sentía que era su deber no abrazar una óptica limitada y restrictiva de su papel religioso. Sin embargo, el ataque del obispo parece

alimentar aún más la controversia, en la estela del reciente y crítico sondeo de opinión que reflejaba un descenso dramático del apoyo a algunos miembros de la familia real, tales como la princesa Carlota, y una creciente reivindicación a favor de reducir el número de miembros de la familia real que perciben un salario por estar incluidos en el presupuesto para la realeza.

Los partidarios del rey salieron anoche en su defensa. «No nos deberíamos dejar engatusar y acabar en un supermercado constitucional, yendo de compras en busca de la forma más barata de gobierno», afirmó el vizconde de Quillington.

Por el contrario, las voces críticas se apresuraron a hacer notar que el rey, a pesar de su popularidad como persona, no estaba dando un ejemplo claro en muchos aspectos. «La Corona debería representar los principios supremos de la moral pública –declaró un veterano diputado del Gobierno–, pero la autoridad que ejerce sobre su propia familia deja mucho que desear. Lo están defraudando tanto a él como a nosotros. Son demasiados y están excesivamente remunerados, bronceados y ociosos.»

«Están zarandeando el roble real –comentó otro crítico–. No vendría mal que algún que otro miembro de la familia acabase cayéndose de las ramas...»

La noticia empezó a filtrarse poco después de las cuatro de la tarde, y a la hora que se confirmó, el fugaz día de invierno había tocado a su fin y la noche había caído sobre todo Londres. Había sido un día espantoso, un frente cálido había atravesado la capital dejando tras de sí un diluvio incesante que continuaría hasta bien entrada la noche. Hacía un día para quedarse en casa.

Quedarse en casa había sido el error, de funestas consecuencias, cometido por tres mujeres y sus hijos que llamaban «hogar» al número 14 de Queensgate Crescent, un bloque de apartamentos en medio de Notting Hill. Era el epicentro de la antigua barriada de chabolas que en los sesenta había alojado a prostitutas y oleadas de inmigrantes bajo la severa mirada de la mafia. «Rachmanismo» lo habían llamado entonces, en honor al más infame de los caseros mafiosos. «Bed and breakfast» se denominaba en la jerga moderna, donde la administración local alojaba a familias monoparentales y con problemas mientras buscaban con

desgana otro lugar u otra persona que se hiciese cargo de la responsabilidad. Gran parte de las viviendas provisionales que se facilitaban en el número 14 había cambiado más bien poco en los treinta y tantos años que habían pasado desde que fuera un burdel. Habitaciones individuales, cuartos de baño compartidos, calefacción insuficiente, ruido, carpintería podrida y depresión constante. Cuando llovía, veían cómo el agua se filtraba por el alféizar de las ventanas y las manchas marrones de humedad llegaban cada vez más abajo mientras el papel se despegaba de las paredes. Pero era mejor que estar sentada en medio de la que estaba cayendo fuera, o eso pensaban.

Las viviendas de protección oficial son caldo de cultivo para la indiferencia, y nadie se había molestado en informar del olor a gas que persistía desde hacía días. De eso se ocupaba el conserje, y qué si solo aparecía cuando le apetecía. No era su problema, sino de otros. O eso pensaban.

Al caer la tarde, el temporizador automático había activado otro mecanismo y encendido la luz de las zonas comunes. Solo eran bombillas de sesenta vatios, una por rellano, apenas suficiente, pero la pequeña chispa causada por el contacto eléctrico había bastado para inflamar el gas y volar por los aires el edificio de cinco plantas, llevándose consigo parte del edificio adyacente. En este último afortunadamente no había nadie, estaba abandonado, pero dentro del número 14 se hallaron los restos de cinco familias y, de sus veintiún mujeres, bebés y niños, solo sacarían a ocho con vida de entre los escombros. A la hora en que su majestad llegó al lugar de los hechos, consistía en poco más que un enorme montón de ladrillos, marcos de puertas destrozados y fragmentos retorcidos de muebles sobre los que se arrastraban los bomberos bajo potentes lámparas de arco. Se creía que aún quedaban personas dentro de las que no se sabía nada. Una cama de matrimonio se tambaleaba peligrosamente sobre una cornisa de madera astillada, varios metros por encima de las cabezas de los miembros del equipo de rescate, con las sábanas ondeando al borrascoso viento. Deberían haberla derribado antes de que tuviese la oportunidad de caer sobre quienes había abajo, pero la grúa móvil estaba teniendo dificultades para abrirse paso entre la lluvia y el tráfico de la hora punta, y no podían permitirse esperar. Alguien creyó oír un ruido procedente de los escombros que tenía justo debajo y, aunque los sensores de infrarrojos no detectaban nada, muchas manos

espontáneas se afanaron por retirar las ruinas, azotadas por la lluvia y el miedo a llegar demasiado tarde.

Tan pronto como el rey se había enterado de la noticia, había solicitado visitar el lugar.

—No para interferir, ni para mirar como un imbécil. Pero unas palabras a los afligidos en un momento como éste pueden decir más que mil epitafios después.

La petición había llegado hasta la sala de control de la Policía Metropolitana en Scotland Yard justo en el momento en que informaban al ministro del Interior, quien había transmitido la noticia a Downing Street de inmediato. El rey llegó al lugar a tiempo de descubrir que, sin comerlo ni beberlo, se había visto envuelto en una carrera que ya había perdido. Urquhart ya estaba allí, estrechando manos, consolando a los heridos, reconfortando a los angustiados, concediendo entrevistas, buscando las cámaras de televisión, dejándose ver. A su lado, el monarca parecía un jugador enviado al campo desde el banquillo de los suplentes, no más que un reserva capaz, a la zaga de los pasos de los demás, pero ¿qué más daba? Esto no era una competición, o, por lo menos, no debería serlo. O de eso se esforzaba en autoconvencerse el rey.

Durante un rato el monarca y el primer ministro lograron evitarse mutuamente: mientras que uno era informado y buscaba supervivientes discretamente, el otro se concentraba en encontrar una zona seca desde donde dar entrevistas. Pero ambos sabían que tarde o temprano habría un encuentro. Que se evitasen el uno al otro sería en sí mismo una noticia, y solo serviría para convertir la tragedia en una farsa. El rey oteaba la devastación cual centinela, desde encima de un montículo de escombros, rodeado por un lago cada vez más grande de cieno y barro, a través del que Urquhart tuvo que pasar con dificultad para llegar hasta él.

—Majestad.

—Señor Urquhart.

Su saludo desprendió la calidez de una colisión de icebergs. Ninguno de los dos miró al otro directamente, prefirieron examinar la escena a su alrededor.

—Ni una palabra, señor. Demasiado daño se ha causado ya, se ha suscitado demasiada controversia. Mire, pero no hable. Insisto.

—¿Ninguna manifestación rutinaria de profundo dolor, señor Urquhart? ¿Ni

siquiera siguiendo uno de sus guiones?

–Ni un guiño ni un asentimiento, nada de miradas de reojo ni bajar la vista exageradamente. Ni siquiera como fórmula acordada, ya que usted parece deleitarse en desatar cada nudo que hacemos.

El rey negó la acusación con un gesto displicente.

El primer ministro habló lentamente, con gran parsimonia, volviendo al tema.

–Insisto.

–¿Silencio, cree usted?

–Totalmente. Durante un período considerable.

El rey desvió la mirada de la carnicería y miró al primer ministro directamente por primera vez, con la cara paralizada por la condescendencia y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de la gabardina.

–No me parece.

Urquhart se esforzó en evitar ponerse a su altura y perder el dominio de sí. No estaba dispuesto a dejar que el rey escapase con ni siquiera un atisbo de satisfacción.

–Como ha comprobado, sus opiniones han sido ampliamente malinterpretadas.

–O manipuladas.

Urquhart hizo caso omiso de la indirecta.

–Silencio, dice usted –continuó el rey, volviendo el rostro al viento y el rocío, su nariz igual de prominente que la proa de un gran buque de vela–. Me pregunto qué haría usted, señor Urquhart, si algún puñetero obispo imbécil lo convirtiera en el blanco de una tergiversación tan absurda. ¿Callarse? ¿Hacerse oír? ¿No cree que sería aún más importante alzar la voz, para dar la oportunidad de oír, de comprender, a quienes quieran escuchar?

–Pero yo no soy el rey.

–No. Algo por lo que tanto usted como yo deberíamos estar agradecidos.

Urquhart aguantó el insulto. Bajo las lámparas de arco incandescentes se divisó una mano diminuta entre los escombros. Unos breves instantes de confusión y esperanza, mucho escarbar, todo para que al final la chispa de expectación acabase extinguiéndose entre el barro. No era más que una muñeca.

–Debo asegurarme, señor, de que también soy oído y comprendido. Por usted.

—A un lado se oyó un estruendo de cascotes que caían, pero ninguno se inmutó—. Su Gobierno consideraría extremadamente provocador cualquier nuevo episodio de efusividad pública por su parte. Una declaración de guerra constitucional. Y ningún monarca ha desafiado a un primer ministro y salido victorioso en casi doscientos años.

—Un argumento interesante. Había olvidado que era usted un experto.

—La política se basa en la consecución y el uso del poder. Es un escenario duro, realmente despiadado. No es un lugar apropiado para un rey.

Un reguero de lluvia les corría por la cara, les goteaba de la nariz, se les colaba por el cuello de la camisa. Ambos estaban empapados y helados. Ninguno de los dos era joven, deberían haberse guarecido, pero ninguno quería ser el primero en moverse. A cierta distancia los espectadores no podían oír nada por encima del traqueteo de los martillos neumáticos y los apremiantes gritos dando órdenes, solo veían a dos hombres mirándose cara a cara, gobernantes y rivales, perfilados contra el resplandor cegador de las luces de rescate en una escena monocroma bañada por la lluvia. No podían distinguir la insolencia del rostro de Urquhart ni la expresión atemporal de desafío regio que envolvía las mejillas del otro. Puede que un observador perspicaz hubiese visto cómo el rey mantenía los hombros rígidos e inmóviles, ¿pero seguro que era solo para hacer frente a los elementos y el terrible destino que lo había llevado hasta este lugar?

—¿Me he perdido una alusión a la moralidad en esa frase, primer ministro?

—La moralidad, señor, es el monólogo de los que no apasionan ni se apasionan, la venganza de los perdedores, el castigo de quienes lo intentaron y fracasaron, o nunca tuvieron el valor ni tan siquiera de intentarlo.

Era el turno de Urquhart para intentar provocar al otro. El silencio se impuso entre ellos durante un prolongado lapso.

—Primer ministro, ¿me permite felicitarlo? Ha logrado hacerme comprenderlo con absoluta claridad.

—Deseaba que no le quedase la menor duda.

—Lo ha conseguido.

—¿Entonces, estamos de acuerdo? ¿Ni una palabra más?

Cuando el rey finalmente respondió, lo hizo en voz tan baja que Urquhart tuvo que aguzar el oído para oírlo.

–Puede dar por seguro que guardaré mis palabras con tanto celo como usted dirige las suyas. Las que ha utilizado hoy no las olvidaré jamás.

El instante se quebró cuando un grito de advertencia se alzó sobre la escena, mientras los hombres salían disparados desde el montón de piedras al comprobar que la cornisa de madera se tambaleaba, chirriaba y finalmente se derrumbaba y lanzaba la cama en un lento y grácil salto mortal antes de quedar reducida a nada más que otro montón de astillas sobre las ruinas de debajo. Una almohada solitaria se combaba empapada al viento, atravesada por un fragmento puntiagudo de lo que hasta aquella mañana había sido la cuna de un bebé, con su sonajero de plástico aún repicando al viento. Sin una palabra más, Urquhart comenzó a desandar con dificultad el camino a través del cieno.

Mycroft se unió al rey en el asiento trasero del coche en el trayecto de vuelta a palacio. El monarca pasó en silencio gran parte del viaje, perdido en sus pensamientos y emociones, con los ojos cerrados; afectado por lo que había presenciado, pensó Mycroft. Cuando habló, lo hizo en voz baja, casi susurrando, como si estuviesen dentro de una iglesia o visitando la celda de un condenado a muerte.

–Ni una palabra más, David. Estoy condenado al silencio, o tendré que aceptar las consecuencias. –Seguía con los ojos cerrados.

–¿No más entrevistas?

–No, a menos que quiera una contienda abierta.

La idea quedó suspendida entre ellos unos instantes, que se prolongaron hasta convertirse en unos minutos de silencio. Seguía con los ojos cerrados. Mycroft pensó que podría ser su oportunidad para hablar.

–Quizá no sea el momento adecuado... la verdad es que nunca lo es. Pero me vendría bien tomarme unos días libres. Si no va a hacer gran cosa en público. Por un tiempo. Tengo unos cuantos asuntos personales que necesito solucionar.

El rey siguió con la cabeza recostada hacia atrás y los ojos cerrados, las palabras brotaron en un tono monocorde y desprovistas de emoción.

–Debo pedirte disculpas, David. Sumido en mis propios problemas, me temo que he dado por descontado que siempre estarías ahí. –Suspiró—. A pesar de toda esta confusión debería haber encontrado el momento de interesarme. Las Navidades sin Fiona han debido de ser un infierno. Claro. Claro que tienes que

tomarte algún tiempo libre. Pero antes hay una pequeña cosa para la que necesito tu ayuda, si puedes asumirlo. Quiero organizar un viajecito.

—¿A dónde?

—Tres días, David. Solo tres días, y que no sea lejos. Había pensado en Brixton, Handsworth, quizá Moss Side y los Gorbals. Ir subiendo hacia el norte del país. Cenar en un comedor de beneficencia con los sin techo un día, desayunar en un centro del Ejército de Salvación al siguiente. Tomar el té con una familia que viva de subsidios sociales y compartir su estufa de una sola resistencia. Conocer a los jóvenes que duermen al raso. Te harás una idea.

—¡No puede!

Siguió con la cabeza reclinada, los ojos cerrados, el tono frío.

—Puedo. Y quiero que haya cámaras que me acompañen a todos lados. Quizá podría seguir la dieta de un pensionista durante tres días y retar a los periodistas que viajen conmigo a hacer lo mismo.

—¡Eso daría para titulares más grandes que cualquier discurso!

—No diré ni una palabra. —Comenzó a reírse, como si el humor frío fuese la única forma de ahogar los sentimientos que lo golpeaban por dentro, con tanta fuerza que le habían hecho sentir cierto miedo de sí mismo.

—No hace falta. Esas imágenes abrirán las noticias cada noche.

—Ojalá todos los compromisos reales consiguiesen tanta cobertura. —El tono era casi fantasioso.

—¿No se da cuenta de lo que hace? Es una declaración de guerra al Gobierno. Urquhart tomará represalias...

La mención del nombre del primer ministro tuvo un efecto electrizante sobre el rey. Su cabeza se irguió, con los ojos rojos, abiertos y fulgurantes, y la mandíbula tensa, como si la hubiese atravesado una carga de electricidad. Sentía fuego en el estómago.

—¡Nosotros tomaremos represalias primero! Urquhart no puede detenerme. Puede poner pegas a mis discursos, puede intimidarme y amenazarme, pero éste es mi reino, ¡y tengo todo el derecho del mundo a ir a donde quiera y cuando me dé la real gana!

—¿Cuándo tenía pensado iniciar esta guerra civil?

Un humor sombrío descendió una vez más sobre él.

–Ah, estaba pensando... en la semana que viene.

–Ahora ya sé que no habla en serio. Tardaríamos meses en organizarlo.

–Adonde y cuando me plazca, David. No hace falta ninguna organización. No voy a encontrarme con nadie en particular. No hace falta avisar con antelación. Además, si les doy tiempo para prepararlo, todo lo que verá será una versión anestesiada de Gran Bretaña, deshollinada y encalada con motivo de mi visita. No, David. Sin preparar, sin avisar. Me he aburrido de actuar como rey, ¡es hora de actuar como hombre! Veamos si soy capaz de soportar durante tres días lo que tantos otros tienen que soportar toda su vida. Veamos si soy capaz de deshacerme de los grilletes forrados de seda y mirar a los ojos a mis súbditos.

–¡Y la seguridad! ¿Qué me dice de la seguridad? –lo apremió Mycroft desesperadamente.

–La mejor medida de seguridad es la sorpresa, que nadie me espere. Si tengo que montarme en mi coche y conducir yo mismo, por Dios que lo haré.

–Lo debe tener totalmente claro. Una gira así significaría la guerra, justo delante de las cámaras, sin ningún lugar donde esconderse ni ningún acuerdo diplomático posterior que lo suavice todo. Sería un desafío público y directo al primer ministro.

–No, David, yo no lo veo así. Urquhart es un peligro público, no hay duda, pero se trata más bien de algo personal. Necesito encontrarme a mí mismo, dar respuesta a lo que siento muy dentro de mí, comprobar si estoy a la altura de la tarea no solo de ser rey sino de ser hombre. No puedo seguir huyendo de lo que soy, David, de lo que creo. Esto no es solo un desafío a Urquhart. Es más bien un desafío a mí mismo. ¿Lo entiendes?

Mientras las palabras lo sacudían, los hombros de Mycroft se hundieron, parecía que se le viniese encima el peso de varios mundos. Se sintió agotado por haberse pasado toda la vida corriendo, no le quedaban recursos. El hombre que había sentado a su lado no era solo un rey, era algo más, un hombre que insistía en ser su propio hombre. Mycroft sabía exactamente cómo se sentía, y se asombraba de su valor. Asintió.

–Claro que lo entiendo –respondió en voz baja.

–Elizabeth. ¡Se te han vuelto a quemar las tostadas!

Urquhart contemplaba los restos de su desayuno, que se había desmoronado al

primer contacto con el cuchillo y estaba esparcido en su regazo. Su esposa aún estaba en bata; había vuelto a salir hasta tarde, «trabajando duro, contándole al mundo lo maravilloso que eres, cariño», y solo estaba medio despierta.

–En esa cocinita ridícula no puedo ni pensar, Francis, por no hablar de prepararte las tostadas. Soluciona lo de la reforma y después podrás tener un desayuno en condiciones.

Otra vez aquello. Lo había olvidado, aplazado para más tarde. Tenía otras cosas en la cabeza.

–Francis, ¿qué ocurre? –Lo conocía desde hacía demasiado tiempo como para no captar las señales.

Él hizo un gesto hacia la prensa, que anunciaba el programa de la visita del rey.

–Me ha dejado en evidencia, Elizabeth.

–¿Es algo tan malo?

–¿Podría ser peor? Justo cuando todo empezaba a salir bien. Los sondeos de opinión inclinándose a nuestro favor, las elecciones a punto de ser convocadas. Lo cambiaré todo. –Se sacudió las migas del regazo–. Yo no puedo ir al campo, con todo el mundo hablando tan solo de pobreza y de pensionistas muertos de frío. Estaríamos fuera de Downing Street antes de que tuvieses tiempo de elegir el nuevo papel para la pared, no digamos ya de sacar el cubo de cola.

–¿Fuera de Downing Street? –Parecía alarmada–. Puede que suene grosero, pero ¿no acabamos de llegar aquí?

La miró con toda la intención.

–¿Lo echarías de menos? Me sorprendes, Elizabeth. Con todo el tiempo que pasas fuera. –Aunque solía regresar antes del amanecer, y viéndola allí sentada entendió por qué. La primera hora de la mañana no era su mejor momento del día.

–¿No puedes pelear contra él?

–Si hubiese tiempo, sí. Y vencerlo. Pero no lo tengo, Elizabeth, solo dos semanas. Lo más patético es que el rey ni siquiera se da cuenta de lo que ha hecho.

–No debes rendirte, Francis. Me lo debes a mí tanto como a ti. –Se afanaba con su propia tostada como para poner de relieve cuán débiles e inútiles criaturas eran los hombres. No estaba teniendo mucho más éxito que él, y eso la irritaba–.

He participado en todos los sacrificios y el trabajo duro, recuerda. Y yo también tengo mi vida. Disfruto siendo la mujer del primer ministro. Pero un día seré la viuda de un ex primer ministro. Necesitaré un respaldo, un poco de respetabilidad social para cuando esté sola. –Aquello sonaba egoísta, insensible. Y como hacía cuando no le quedaba otra, empleó su arma más potente, el sentimiento de culpa de él–. Si tuviésemos hijos para que me respaldasen, sería distinto.

Él miró fijamente los restos del desayuno. A eso se había reducido todo. A negociar sobre su ataúd.

–Pelea con él, Francis.

–Ésa es mi intención, pero no lo subestimes. Aunque le corte una pierna, volverá a levantarse una y otra vez.

–Pues pelea con más violencia.

–¿Quieres decir como George Washington?

–Quiero decir como el maldito Cromwell. Es él o nosotros, Francis.

–He luchado con todas mis fuerzas para evitar eso, Elizabeth, de verdad que sí. No sería solo destruir a un hombre, sino a varios cientos de años de historia. Hay límites.

–Piénsalo, Francis. ¿Se puede?

–Está claro que serviría para distraer la atención de las constantes quejas sobre los más desfavorecidos.

–Los gobiernos no resuelven los problemas de la gente, simplemente los reorganizan en beneficio propio. ¿No puedes hacer tú lo mismo?

–¿En dos semanas? –Estudió su mirada decidida. Iba en serio. Totalmente en serio–. He pasado toda la noche pensando en eso. –Asintió con delicadeza–. Quizá sí. Con un poco de suerte. Y brujería. Convirtiéndolo a él en el problema, el pueblo contra el rey. Pero no serían unas meras elecciones, más bien una revolución. Si ganásemos, la familia real jamás se recuperaría.

–Ahórrame la compasión. Soy una Colquhoun.

–Pero ¿soy yo un Cromwell?

–Servirás.

Urquhart recordó de repente que a Cromwell lo habían desenterrado para colgar su calavera putrefacta en una horca. Miró los restos de tostada

carbonizada; mucho se temía que ella podría tener razón.

TERCERA PARTE

Febrero: primera semana

Lo sobresaltó el sonido del teléfono, que perturbaba la tranquilidad del apartamento. Era tarde, bien pasadas las diez, y Kenny ya se había retirado para dejar trabajar a Mycroft en algunos preparativos de última hora para la gira del rey. Kenny estaba de guardia; Mycroft se preguntó si la llamada sería para emplazarlo a cubrir una vacante de última hora en la tripulación de algún vuelo, pero a esas horas de la noche era casi imposible.

Kenny apareció en la puerta del dormitorio, frotándose los ojos con cara de cansancio.

–Es para ti.

–¿Para mí? Pero ¿quién?

–Ni idea. –Kenny seguía medio dormido.

Con un temor considerable, Mycroft descolgó el supletorio.

–Diga.

–¿David Mycroft?

–¿Quién es?

–David, soy Ken Rochester, del *Mirror*. Disculpe que le moleste tan tarde. No es demasiado inoportuno, ¿verdad?

Mycroft nunca había oído hablar de aquel hombre. Su tono nasal era desagradable, su informalidad insolente e inoportuna, su disculpa a todas luces nada sincera. Mycroft no respondió.

–Se trata de algo bastante urgente: mi director me ha preguntado si puedo unirme a la gira mañana, junto con nuestro corresponsal para la Casa Real. Soy redactor de reportajes especializados. Se ha mudado, ¿verdad, David? No es su número antiguo, éste.

–¿Cómo ha conseguido este número? –preguntó Mycroft, sacando con esfuerzo cada palabra a través de unos labios repentinamente pesados.

–Es David Mycroft, ¿verdad? ¿De palacio? Me sentiría como un idiota absoluto si hablara sobre esto con cualquier otra persona. ¿David?

–¿Cómo ha conseguido este número? –preguntó de nuevo, se le había hecho un nudo en la garganta y se le secaban las palabras. Se lo había proporcionado a la centralita de palacio para que lo utilizaran solo en caso de emergencia.

–Ah, solemos conseguir lo que queremos, David. Así que apareceré mañana

para unirme al resto de las víboras, si usted lleva a cabo las gestiones necesarias. Mi jefe de redacción se pondría furioso conmigo si no encontrase la forma de convencerlo. ¿Era ése su hijo, con quien he hablado antes? Perdone, qué pregunta más tonta. Su hijo va a la universidad, ¿no es así, David?

La garganta de Mycroft se había quedado ya reseca del todo, incapaz de dejar pasar ni una palabra.

—¿O quizá un colega? ¿Un joven colaborador ambicioso y prometedor? Por su voz deduzco que lo he sacado de la cama. Disculpe que les moleste a ambos a estas horas de la noche, pero ya sabe cómo son los jefes de redacción. Mis disculpas a su esposa...

El periodista siguió hablando como una cotorra con su mezcla de insinuación e indagación. Mycroft apartó lentamente el auricular del oído y lo volvió a dejar sobre su base. Así que sabían dónde estaba. Y sabrían con quién estaba, y por qué. Tras la visita de la Brigada Antivicio había sabido que ocurriría tarde o temprano. Había rezado por que fuese mucho más tarde. Y conocía a la prensa. No se contentarían solo con él. Irían también a por Kenny, su trabajo, su familia, su vida privada, sus amigos, todas y cada una de las personas que conocía, revolverían incluso su cubo de la basura en busca de todos los errores que hubiese cometido en su vida. ¿Y quién no había cometido errores? No escatimarían esfuerzos, serían despiadados, intransigentes, insoportables. Mycroft no estaba seguro de poder soportar ese tipo de presión; estaba aún menos seguro de tener el derecho de pedirle a Kenny que la soportase. Fue hasta la ventana y miró de arriba abajo la calle a oscuras, en busca de sombras que le diesen algún indicio de miradas indiscretas. No había nada, o al menos nada que pudiera ver, pero no tardarían mucho en aparecer, puede que lo hiciesen incluso ya al día siguiente.

Kenny se había vuelto a dormir, inocente e inconsciente, con el cuerpo retorcido entre las sábanas como solo los jóvenes saben hacer. Todo lo que querían era que los dejaran tranquilos, pero sería solo cuestión de tiempo que llegasen otros para destrozarlos. Tumbado junto a Kenny, intentando compartir su calidez, se estremeció, al sentir lo expuestos que estaban ya. El mundo real ya no se encontraba al otro lado de la puerta de casa de Kenny, se estaba metiendo por la fuerza dentro de la habitación.

Urquhart regresaba tarde de la recepción con el cuerpo diplomático y se encontró a Sally esperándolo, bebiendo café en un vaso de plástico mientras charlaba con un par de miembros de la Brigada de Protección en lo que se suponía que era su despacho: una habitación estrecha del tamaño de un armario no muy lejos del vestíbulo. Ella estaba sentada en el borde del escritorio, apuntalada sobre las piernas largas y elegantes, que los agentes admiraban desde sus sillas con pocas muestras de disimulo.

–Mis disculpas por molestarles en su trabajo, caballeros –masculló con irritación. Se dio cuenta de que estaba celoso, pero se sintió mejor en cuanto los agentes, claramente desconcertados, se levantaron de un salto y con las prisas uno de ellos incluso derramó el café.

–Buenas noches, primer ministro. –La sonrisa de Sally era amplia y cálida, y no dejaba entrever las secuelas del malentendido de su anterior encuentro.

–Ah, señorita Quine. Se me olvidaba. ¿Más sondeos de opinión? –probó a preguntar con aire distraído.

–¿A quién quieres engañar? –musitó Sally por lo bajini mientras salían de la habitación. Él arqueó una ceja—. Si pensaran que de verdad te habías olvidado de una reunión con una mujer con una figura como la mía a estas horas de la noche, habrían mandado llamar a los de las batas blancas.

–No se les paga para pensar sino para hacer lo que yo les diga –respondió él de manera mordaz. Parecía decir en serio cada una de las palabras, y Sally se alarmó. Decidió cambiar de tema.

–Hablando de sondeos de opinión, vas seis puntos por delante. Pero antes de que empieces a felicitarte, tengo que decirte que la gira del rey hará trizas esa ventaja. Se va a montar un circo de los buenos, mucho apretón de manos solidario y muestras de compasión. Francamente, un deporte en el que tu equipo no ostenta una alineación fuerte.

–Me temo que su majestad va a tener sus propias distracciones antes de que acabe la semana.

–¿A qué te refieres?

–Su secretario de prensa y amigo íntimo, Mycroft, es homosexual. Arrejado con un azafato de vuelo.

–¿Y qué? No es ningún delito.

–Pero lamentablemente la historia se está filtrando ahora mismo a la prensa, y con la mala baba que suelen gastar seguro que acaban haciéndole desear no ser más que un simple delincuente. No se trata solo del engaño a su familia, parece ser que su pobre mujer se ha visto obligada a abandonar el hogar conyugal después de más de veinte años de matrimonio, indignada por lo que él se traía entre manos. Luego está la óptica de la seguridad. Un hombre con acceso a todo tipo de información confidencial, secretos de Estado, en el corazón de nuestra familia real, ha superado a base de mentiras todos los procedimientos regulares de investigación. Se ha expuesto abiertamente al chantaje y la presión. – Urquhart estaba apoyado en el botón de la pared que llamaría al ascensor privado que iba al apartamento del último piso–. Y además, y es lo más grave de todo, está el engaño al rey. Un amigo de toda la vida al que ha traicionado. A menos que, claro está, se quiera ser mezquino y concluir que el rey lo supo todo el tiempo y lo ha estado encubriendo para ayudar a un viejo amigo. Muy turbio.

–¿No estarás insinuando que el rey... también...?

–No insinúo. Ése es el trabajo de la prensa, y pronostico con seguridad que antes de que acabe la semana estarán de lleno en ello.

Las puertas del ascensor se abrieron, invitadoras.

–Entonces, ¿para qué esperar, Francis? ¿Por qué no dar el golpe ahora, antes de que el rey parta y cause todo ese daño?

–Porque Mycroft no es más que un montón de estiércol. Al rey hay que empujarlo no desde un montón de estiércol sino desde la cima de una montaña, y cuando acabe su gira habrá escalado hasta lo más alto que pueda llegar. Puedo esperar.

Entraron en el ascensor, uno de esos modelos pequeños y sórdidos que habían embutido en un hueco del viejo edificio durante la remodelación llevada a cabo a principios de siglo. La estrechez de sus paredes de metal desnudas los empujaba el uno contra el otro y, al cerrarse las puertas, ella pudo ver cómo se le encendían los ojos, percibir la seguridad, incluso la arrogancia, de un león en su guarida. Ella podía ser su presa, o bien su leona, tenía que seguir el ritmo que él marcaba o exponerse a ser devorada.

–Hay ciertas cosas para las que no deberías esperar, Francis.

Seguirlo a cada paso, aferrarse a él, incluso mientras se deslizaba hacia su

propia cima. Se inclinó sobre él para alcanzar el panel de botones, y a tientas sus dedos encontraron la tecla que detuvo el ascensor entre dos plantas sin hacer ruido. Su blusa ya estaba desabotonada y él masajeara la carne firme de sus pechos. Ella se estremeció, él se estaba poniendo más salvaje, más violento, su ofensiva para dominarla cada vez era más apremiante. Él seguía llevando puesta la gabardina. Ella tenía que permitirle, alentarle y satisfacerlo. Él estaba cambiando, ya no se molestaba en reprimirse, quizá ya no era capaz. Pero mientras la empotraba incómodamente contra la esquina del ascensor, con las piernas apoyadas contra las paredes y sintiendo el metal frío sobre las nalgas, supo que tenía que llegar tan lejos como pudiese, tan lejos como él quisiera llegar; era el tipo de oportunidad que no se vuelve a presentar. Ocurría una vez en la vida y ella tenía que aprovecharla, aunque él ya no pidiese las cosas por favor.

Eran las cuatro de la mañana y reinaba una total oscuridad cuando Mycroft salió sigilosamente del dormitorio y comenzó a vestirse fuera, sin hacer ruido. Kenny seguía dormido, con el cuerpo inocentemente enzarzado en un combate mano a mano con las sábanas, y envolviendo con un brazo un oso de peluche. Mycroft se sintió más padre que amante, empujado por un sentimiento profundo e innato de protección hacia un hombre más joven que él. Tenía que convencerse de que lo que hacía era lo correcto.

Cuando terminó de vestirse, se sentó a la mesa y encendió una lamparita. Necesitaba luz para escribir la nota. Hizo varios intentos en vano, todos acabaron hechos pedacitos y acumulándose sobre una pila cada vez más alta a su lado. ¿Cómo podía explicar que se sentía dividido entre sus sentimientos de amor y del deber hacia dos hombres, el rey y Kenny, que ahora se veían amenazados por su culpa? ¿Que huía porque era lo que llevaba haciendo toda su vida y no sabía qué otra cosa hacer? ¿Que seguiría huyendo en cuanto se acabara la gira del rey? Era posible que aún le quedasen tres días antes de que se desencadenara el desastre.

La montaña de pedazos de papel crecía, y al final no le quedó más que: «Te quiero, créeme. Lo siento». Sonaba tan patético, tan insuficiente.

Metió los trocitos de papel dentro del maletín, accionó los cierres haciendo el menor ruido posible y se puso el abrigo. Echó un vistazo desde la ventana para

comprobar el estado de la calle, que le pareció muda y fría. Él se sentía igual. Con todo el cuidado que pudo volvió para colocar la nota sobre la mesa donde la encontraría Kenny. Mientras la apoyaba contra el jarrón de flores, vio que Kenny se sentaba en la cama y, mirando el maletín, el abrigo y la nota, se le inundaban de entendimiento los ojos llenos de sueño.

—¿Por qué, David? ¿Por qué? —susurró. No alzó la voz ni derramó ninguna lágrima, ya había presenciado demasiadas despedidas en su vida y por su trabajo, pero cada sílaba estaba cargada de reproche.

Mycroft no tenía respuesta. No tenía más que la sensación de desesperación inminente de la que quería salvar a todos los que amaba. Huyó, lejos de la imagen de Kenny agarrando contra el pecho su oso favorito y sentado lleno de tristeza en medio de su trono de sábanas. Salió corriendo del apartamento y volvió al mundo real, a la oscuridad, dejó atrás las botellas de leche vacías y sus pasos resonaron sobre los adoquines de la calle vacía. Y mientras corría, por primera vez en su vida adulta, Mycroft descubrió que estaba llorando.

Ese mismo día, más tarde, había lágrimas por todas partes. Lágrimas suspendidas en el aire húmedo de la noche invernal, que brotaban de los muros cubiertos de moho e inundaban los sumideros del pasaje subterráneo de cemento, que anegaban los ojos del viejo indigente al mirar el rostro de su rey. Ya no veía la mugre de semanas bajo las uñas ni olía el hedor a orín rancio, pero el rey lo había notado todo a varios metros de distancia y aún más al arrodillarse junto al conjunto de todas las posesiones del viejo: una empuñadura atada con sisal, un saco de dormir destrozado y cubierto de manchas y una gran caja de cartón llena de periódicos, que probablemente habría desaparecido cuando regresase a la noche siguiente.

—¿Cómo diantre ha acabado así? —le preguntó el rey al voluntario que estaba a su lado.

—Pregúnteselo —le sugirió el voluntario, quien con los años había perdido la paciencia con los altivos y prepotentes que venían mostrando su corazón al mundo y expresaban su más sentida preocupación, pero quienes siempre, y sin excepción, lo hacían delante de las cámaras que los acompañaban, trataban a los indigentes como objetos impersonales en vez de como a personas, miraban compungidos y luego pasaban de largo.

El rey se ruborizó. Por lo menos tuvo la decencia de reconocer su propia estupidez. Clavó una rodilla en el suelo, pasando por alto la humedad y los desechos que parecían estar por todas partes, para escuchar e intentar comprender. Y a lo lejos, al final del pasaje subterráneo donde Mycroft los había conducido, las cámaras se volvieron para grabar la imagen de un hombre triste y con lágrimas en los ojos, agachado en medio de la inmundicia, escuchando la historia de un vagabundo.

Esos miembros de los medios de comunicación que los acompañaban comentaban más tarde que nunca habían visto a un responsable de prensa de la Casa Real trabajar de forma más infatigable e imaginativa para proporcionarles las historias y las imágenes que necesitaban. Sin interferir con el rey ni entrometerse con demasiada virulencia en las conmovedoras escenas de sufrimiento y penurias personales, encontraron todo lo que quisieron y más. Mycroft escuchaba, comprendía, engatusaba, hacía y deshacía a su antojo, alentaba, aconsejaba y facilitaba. En cierto punto intervino con el fin de retrasar al rey un instante para que un equipo de cámaras tuviese tiempo de encontrar el ángulo ideal y cambiar la cinta; en otro momento susurró al oído real y convenció al rey para que repitiese una escena con una madre que acunaba a su bebé, con el vapor proveniente de las alcantarillas y el efecto de una iluminación maravillosa procedente de una farola como fondo. Discutía con la policía y trataba de hacer entrar en razón a los funcionarios locales que intentaban colarse en la foto. Aquello no iba a ser una caravana de altos cargos que cruzarían al otro lado en cuanto se tomasen las fotografías de rigor; se trataba de un hombre, que había salido para descubrir su reino, a solas con su conciencia y un puñado de indigentes. O eso explicaba Mycroft, y le creían. Si durante esos tres días el rey durmió a ratos, Mycroft no pegó ojo. Sin embargo, mientras que las mejillas del rey se hicieron más cetrinas y los ojos más hundidos y llenos de remordimientos conforme avanzaba la gira de la mañana a la noche y de vuelta a otro día gélido, Mycroft resplandecía con el ardor de un conquistador que encontraba la justificación en cada escena de sufrimiento y el triunfo en cada clic del obturador.

Al agacharse junto al cuchitril de cartón de aquel indigente para escucharlo, el rey sabía que estaba arruinando su traje con ese cieno húmedo que lo cubría

todo, pero no se movió. Solo se estaba arrodillando sobre él, el viejo vivía en él. Se obligó a quedarse allí, a pasar por alto los olores y el viento frío, a asentir y sonreír para dar ánimos mientras el viejo, a través del borboteo de sus pulmones, le contaba su historia, de estudios universitarios, de un matrimonio infiel que le destrozó la carrera y la seguridad en sí mismo, de dejarlo todo y acabar sin saber cómo volver. No podía hacerlo sin la respetabilidad básica que confiere un domicilio. No era culpa de nadie, no tenía reproches, no se quejaba de nada, excepto del frío. Hacía tiempo había vivido en las cloacas, allí abajo se estaba más seco, hacía menos frío y la policía no fastidiaba, pero la compañía de aguas lo había descubierto y había puesto un candado en la entrada. Tardó un momento en asimilarlo. Habían echado a este hombre de las cloacas...

El indigente extendió el brazo, mostrando un vendaje a través del que se había escapado y solidificado algún fluido corporal. La venda estaba mugrienta, y al rey se le puso la carne de gallina. El viejo se acercó aún más, le temblaban los dedos deformes y ennegrecidos por la suciedad, con unas uñas rotas que parecían garras, una mano que ni siquiera era digna de las cloacas. El rey la estrechó un buen rato y con mucha fuerza.

Cuando por fin se levantó para seguir, tenía una mancha repugnante en la pernera del pantalón y los ojos húmedos. Probablemente por el viento penetrante, ya que apretaba con fuerza y enfado la mandíbula, aunque la prensa diría que eran lágrimas de compasión. «El rey de la conciencia», exclamarían los titulares. El rey salió despacio y manchado del pasaje lleno de goteras para irrumpir en la portada de todos los periódicos del país.

Los asesores de Gordon McKillin habían discutido el asunto en profundidad durante todo un día. La idea original había sido convocar una rueda de prensa, con toda la historia, y lanzar un mensaje lo más contundente posible para asegurarse de que ningún periodista se quedase con preguntas sin contestar. Pero el líder de la oposición tenía sus dudas. Si el objetivo de la maniobra era identificarse todo lo posible con la gira del rey, ¿no debería ajustarse a su estilo? Una rueda de prensa oficial, ¿no parecería demasiado pesada, demasiado impertinente, como si intentase apropiarse del rey con fines partidistas? Su incertidumbre se convirtió en un mar de dudas y hubo cambio de planes. Se hizo circular la noticia. Encontrarían a McKillin en la puerta de su casa justo después

del desayuno, despidiéndose de su esposa en una conmovedora escena familiar que se complementaba con el estilo informal de la gira del rey, y si por casualidad pasaba por allí alguna cámara o algún periodista...

La marabunta a las puertas de su casa en Chapel Street era espantosa y pasaron varios minutos antes de que el responsable de comunicación de McKillin lo avisara de que la multitud de cámaras estaban en sus puestos y organizadas. Tenía que salir bien; después de todo, Breakfast TV lo iba a emitir en directo.

–Buenos días, damas y caballeros –saludó mientras su mujer revoloteaba tímidamente en segundo plano–. Me complace verlos a todos para lo que supongo que será un repaso anticipado a nuestros futuros anuncios sobre política de transportes.

–No, a menos que incluyan la abolición de los trenes de la Casa Real.

–En absoluto.

–Señor McKillin, ¿cree que el rey hace bien al llevar a cabo una gira tan mediática? –La pregunta la hacía una joven rubia y agresiva que empuñaba un micrófono con el que le apuntaba como si fuese un arma. Y obviamente lo era.

–El rey es mediático, no podría ser de otra manera. Por supuesto que hace bien al ir a ver de primera mano cómo viven los más desfavorecidos. Creo que lo que está haciendo es admirable y lo aplaudo.

–Pero se dice que ha provocado el enfado de Downing Street; afirman que estos asuntos se deberían dejar en manos de los políticos –metió baza otra voz.

–Pero, por Dios, ¿cuándo fue la última vez que el señor Urquhart visitó estos lugares? Solo porque no tenga *valor* –con su acento escocés de las Highlands la palabra sonaba parecida a un redoble de tambor del ejército invitando a avanzar a sus tropas– para enfrentarse a las víctimas de sus políticas, no es razón para que los demás también tengan que rehuirlas.

–¿No criticaría ningún aspecto de la gira del rey?

McKillin hizo una pausa. Había que mantener a los buitres a la espera, elucubrando, anticipando. Levantó la barbilla para darse más aires de hombre de Estado y disimular la papada, como había ensayado miles de veces.

–Me identifico plenamente con lo que el rey ha hecho. Siempre he sido un firme defensor de la familia real, y creo que deberíamos dar gracias al destino por tener un rey que se preocupe y se implique tanto.

–¿Luego lo respalda al cien por cien?

–Al cien por cien –respondió con voz lenta, rotunda y muy adusta.

–¿Sacará el tema en la Cámara?

–En absoluto. No puedo. Las normas de la Cámara de los Comunes son bastante claras y excluyen cualquier debate controvertido sobre el monarca, pero no lo haría ni aunque lo permitieran. Creo con firmeza que nuestra Casa Real no debería ser utilizada por los políticos con fines estrictamente partidistas. Por lo tanto no está entre mis planes plantear el asunto ni convocar ruedas de prensa al respecto. No me aventuraré más que a expresar mi opinión de que el rey tiene todo el derecho del mundo a hacer lo que está haciendo, y comparto con él su preocupación por los más desfavorecidos, que constituyen una parte muy amplia de Reino Unido en nuestros días...

El encargado de comunicación agitaba las manos por encima de la cabeza y movía una de un lado a otro de la garganta. Ya le tocaba ir poniendo punto y final. Había dicho lo suficiente para conseguir un titular, pero no para que lo acusaran de sacar partido de la situación. Mantén siempre a los buitres hambrientos, con ganas de más.

McKillin estaba haciendo sus últimas declaraciones, que lo dejaban en evidencia ante las cámaras, cuando desde la calle llegó el ruido intermitente de un claxon de coche. Levantó la vista para ver de pasada un Range-Rover verde. ¡Desgraciado! Era un diputado del Partido Liberal, que vivía algo más allá en Chapel Street y que disfrutaba interrumpiendo cada vez que podía las entrevistas que el líder de la oposición concedía en el porche de su casa. Cuanto más juego limpio reclamaba McKillin, más ruidosos e insistentes se hacían los esfuerzos de su vecino. Sabía que significaría el final del interés en la entrevista del productor de Breakfast TV, y que quizá le quedasen un par de segundos de comparencia en directo. Los ojos de McKillin brillaron de placer, esbozó una amplia sonrisa y lanzó un extravagante saludo con la mano dirigido al Range-Rover en retirada. Ocho millones de televidentes vieron a un político en su mejor momento, ni más ni menos que como si estuviese respondiendo con elegancia y entusiasmo al saludo inesperado de uno de sus partidarios más apasionados. Le estaba bien merecido al muy capullo. McKillin no estaba dispuesto a permitir que nada le arruinase lo que estaba resultando ser un día fantástico.

Cuando el productor devolvió la conexión al estudio, Elizabeth Urquhart desvió su atención de la pantalla parpadeante para mirar a su marido. Juguetecía con las migas de una tostada ennegrecida, y sonreía.

El autocar que llevaba al grupo de periodistas desde los Gorbals hasta el aeropuerto a las afueras de Glasgow se balanceó al tomar la cerrada curva de entrada al aparcamiento. Mycroft, de pie en el pasillo, se agarró con fuerza mientras analizaba los resultados de su obra. Casi todos los asientos del autocar iban ocupados por periodistas que se sentían agotados pero satisfechos: su trabajo había acaparado las portadas durante tres días completos, y sus gastos estaban justificados al menos un mes más. No se escatimaron elogios a Mycroft por los esfuerzos hercúleos que había hecho por ellos. La buena voluntad se reflejaba en una cara tras otra, genuina e incondicional, hasta que su mirada se topó con las filas traseras del autocar. Allí iban sentados, como los malos de la clase, Ken Rochester y su fotógrafo, junto a otra pareja de un periódico rival que también se había apuntado a la gira en el último momento. No eran corresponsales reales acreditados pero navegaban bajo la bandera del oportunismo periodístico que los definía como cronistas. La atención que le habían prestado y las cámaras que habían apuntado en su dirección cuando deberían haber enfocado al rey dejaban muy claro a Mycroft quién pretendían que fuese el protagonista de sus próximos reportajes. Era obvio que se estaba corriendo la voz, los buitres volaban en círculos en lo alto, y la presencia de competidores no haría más que aumentar su afán por abalanzarse sobre él. Tenía menos tiempo del que había creído.

Sus pensamientos regresaron a las palabras que lo habían inspirado a él y a otros en los últimos días, palabras tomadas directamente del rey. Palabras sobre la necesidad de encontrarse a sí mismo, de dar respuesta a las cosas que sentía por dentro, de comprobar si estaba a la altura no solo de cumplir con su trabajo sino de ser un hombre. La necesidad de dejar de correr. Pensó en Kenny. No lo dejarían tranquilo, de eso estaba seguro, los Rochester de este mundo no eran de esos. Aunque Mycroft no volviese a verlo, utilizarían a Kenny para echar más leña al fuego, lo destruirían para llegar hasta él, y a él lo destruirían para llegar hasta el rey. No sentía ira, no servía de nada. Así era como funcionaba el sistema. Defendamos la prensa libre y condenemos a los débiles. Se sentía entumecido,

casi frío, alejado incluso de su difícil situación, como si hubiese salido de sí mismo y pudiese observar a ese otro hombre con la imparcialidad objetiva de un profesional. Al fin y al cabo, eso era.

Al fondo del autocar, Rochester hablaba con complicidad al oído de su fotógrafo, que procedía a disparar una nueva serie de instantáneas cuando Mycroft apareció por encima de las cabezas de los periodistas, como un actor ante su público, a punto de representar la gran tragedia de los condenados. Hasta el fin de semana, razonó Mycroft. Ése era todo el tiempo que le quedaba. Lástima que fuese un excremento como Rochester quien se llevase el mérito por la historia en vez de los corresponsales de palacio con quienes había trabajado y a quienes había llegado a respetar después de todos esos años. Al oír el clic del disparador de la cámara empezó a sentir que poco a poco su calma se iba viendo mermada por su ácida antipatía por Rochester, con su mueca de desprecio y su gimoteo zalamero. Notó cómo comenzaba a temblar y se agarró más fuerte. No pierdas el control, gritaba para sí, o ganarán los Rochester, te harán pedazos. ¡Por el amor de Dios, sé profesional, sal de ésta a tu manera!

Ya estaban dentro del aparcamiento, se dirigían al bullicio de la terminal de salidas. A través de la lente, el fotógrafo de Rochester vio a Mycroft dar un golpecito en el hombro del conductor y decirle algo que hizo que el autocar se desviase y aparcase en una tranquila área de descanso a una distancia considerable de la terminal. Cuando el autocar se detuvo, Mycroft logró esbozar una sonrisa forzada ante la multitud que lo rodeaba. Estaba justo en el centro.

—Antes de que acabe esta gira, hay una parte de la historia que aún no conocen. Puede que les sorprenda. Puede que sorprenda incluso al rey...

Urquhart ocupaba uno de los escaños delanteros del Gobierno, protegido solo en parte por la tribuna, y estudiaba el ejército de manos agitadas y lenguas exaltadas que tenía ante sí. ¿George Washington? Se sentía más bien como el general Custer. La compostura mostrada por la oposición en la puerta de casa de McKillin desapareció en cuanto los sabuesos de sus escaños en las filas posteriores olfatearon la sangre. Hacía falta valor, en esa profesión, para soportar los golpes y dardos, y todas las viles provocaciones que se le pudiesen ocurrir a un enemigo parlamentario. Tenía que creer en sí mismo, por completo, para eliminar cualquier tipo de duda de la que sus enemigos pudiesen sacar partido.

Una confianza perfecta, absoluta e intransigente en su causa. Eran chusma, y carecían no solo de principios sino también de imaginación; no le sorprendería nada si en su recién descubierto fervor monárquico se rebajaban a cantar el himno nacional, aquí y ahora, en la Cámara de los Comunes, el único lugar en todo el reino donde el monarca tenía prohibida la entrada. Su mirada se posó en la Bestia y sonrió forzosamente. La Bestia era, después de todo, un hombre fiel a sí mismo. Mientras otros a su alrededor rugían, agitaban las manos y se revolvían hasta altas cotas de falsa pasión, la Bestia permanecía con cara de vergüenza ajena. La causa era, para él, más importante que la victoria. No la abandonaría tan solo para aprovechar la oportunidad de humillar al oponente. Menudo imbécil.

Eran unos especímenes muy mezquinos e indignos. Se autodenominaban políticos, líderes, pero ni uno de ellos entendía el poder. Él se lo enseñaría. Y a su madre. Le enseñaría que era mejor que Alistair, siempre lo había sido, siempre sería mejor que todos ellos. Sin duda.

Cuando fue llamado el primer diputado de la oposición, Urquhart sabía lo que diría, independientemente de la pregunta. Siempre hacían preguntas muy predecibles. Sería sobre el rey. Y la señora presidenta protestaría, pero él la contestaría de todas formas. Haría hincapié en el principio de mantener al monarca fuera de la política. Reprobaría su desafortunado intento de arrastrarlo hasta la contienda partidista. Insinuaría que hasta el menos pintado de los idiotas era capaz de reconocer los problemas, pero eran los responsables quienes buscaban las soluciones. Los animaría a que hiciesen todo el ruido que pudiesen, incluso si aquello significaba una sesión de humillación del primer ministro, a que se atasen al rey todo lo fuerte que pudieran para que nunca pudiesen deshacer los nudos. Entonces, y solo entonces, sería el momento de empujar a su majestad desde la cima de la montaña.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Los improperios rebotaron contra los muros mientras Stamper daba rienda suelta a su ira, ahogando por un instante los comentarios de la televisión.

Sally y Urquhart no estaban solos. Stamper estaba sentado en uno de los grandes sillones de cuero del estudio del primer ministro, devorando con agitación noticias y uñas. Por primera vez desde que empezó su relación, la

estaba compartiendo con alguien más. Puede que Urquhart quisiera que los demás lo supieran, quizá se había convertido en un símbolo de estatus, otro accesorio para su virilidad y su ego. O quizá no quisiera más que un público que presenciara otro de sus triunfos. Si ése era el caso, debía de estar llevándose un disgusto tremendo con las escenas que aparecían ante sus ojos.

–En una asombrosa apoteosis de la gira real esta tarde, el secretario de prensa, David Mycroft, ha anunciado su dimisión –anunció solemnemente el corresponsal.

–Soy homosexual.

Las imágenes de Mycroft no eran particularmente nítidas, por las ventanas del autocar penetraba demasiada luz, pero servían. Rodeado de colegas en sus asientos, compartiendo las noticias con ellos como llevaba tantos años haciendo, un actor conmoviendo a su público. No se trataba de ningún fugitivo de mirada furtiva y frente sudorosa, acorralado, contra la pared, sino de un hombre al mando de la situación.

–Tenía la esperanza de que mi vida privada siguiese siéndolo y no interfiriese en mis responsabilidades para con el rey, pero ya no puedo estar seguro de ello. Por eso dimito.

–¿Cuál ha sido la respuesta del rey? –se oyó que lo provocaba un periodista.

–No lo sé. No se lo he dicho. La última vez que solicité mi dimisión, se negó a aceptarla. Como todos ustedes saben, es un hombre de suma compasión y comprensión. Pero la labor del monarca es más importante que la de cualquier otro hombre, en particular que la de un asesor de prensa, y por lo tanto he decidido por mi cuenta y riesgo descargarlo de toda responsabilidad al anunciar mi dimisión públicamente, a ustedes. Solo espero que su majestad lo comprenda.

–Pero ¿por qué narices el hecho de ser homosexual es un impedimento para su trabajo?

Mycroft agachó la cabeza en un gesto de sarcástico alborozo.

–¿A mí me lo va a preguntar? –Se echó a reír como si alguien hubiese contado un chiste relativamente bueno. Sin animadversión, nada de gruñidos de animal acorralado. Dios, qué excelente actuación–. Se supone que un responsable de prensa es el canal hasta las noticias, no el objetivo de ellas. La especulación sobre mi vida privada habría imposibilitado mis obligaciones profesionales.

–¿Por qué lo ha ocultado todos estos años? –Era Rochester desde el fondo del autobús.

–¿Ocultado? No lo he ocultado. Mi matrimonio se ha terminado recientemente, después de muchos años. Siempre fui fiel a mi esposa, y le agradezco de todo corazón todos los años de felicidad que pasamos juntos. Pero con esa ruptura llegó un nuevo entendimiento y posiblemente una última oportunidad de ser el hombre que quizá siempre quise ser. He tomado esa decisión. No me arrepiento de nada.

Con absoluta franqueza, por lo que parecía, había devuelto el ataque. De todas formas, la mayoría de los presentes eran viejos colegas, amigos, y nada podía ocultar el ambiente de empatía y buena voluntad. Mycroft había elegido bien el momento, y a los interrogadores.

Urquhart apagó el televisor mientras la reportera continuaba con la saga del asesor real, a quien describió como «muy respetado y apreciado», sobre un fondo de secuencias de la gira recién finalizada.

–Egoísta hijo de puta –musitó Stamper.

–Creía que lo querías fuera –agregó Sally.

–Lo queríamos muerto, no paseando al atardecer con los aplausos de la multitud resonando en sus oídos –espetó Stamper.

Sally sospechaba que le irritaba su presencia en lo que hasta entonces había sido un terreno exclusivamente masculino.

–Tranquilízate, Tim –respondió Urquhart–. Nuestro objetivo no era Mycroft sino el rey. E incluso mientras examina su reino desde la cima de la montaña, la tierra bajo sus pies empieza a desmoronarse. Ya es casi la hora de echarle una mano. O un empujoncito, en mi opinión.

–Pero solo te queda una semana antes de... Esas imágenes de la gira están acabando contigo, Francis –dijo en voz baja, maravillada ante su compostura.

La miró con ojos fríos y entrecerrados, como si la reprendiese por su falta de fe.

–Pero hay imágenes, querida Sally, e imágenes. –Una sonrisa tenebrosa le cruzó la cara pero sus ojos siguieron fríos como témpanos. Fue hasta su escritorio y se sacó una llavecita de la cartera con la que abrió lentamente el cajón superior. Extrajo un sobre grande de papel Manila y vació su contenido por todo el escritorio. Cada gesto era meticuloso, como un joyero artesano que mostraba sus

piedras más preciadas. Eran fotografías, quizá una decena, todas en color, que revisó para seleccionar dos; las alzó para que Sally y Stamper las viesen con claridad.

–¿Qué pensáis de ellas?

Sally no supo si se refería a las fotos o al par de pechos que exponían muy a la vista. Las dos imágenes, como todas las demás, revelaban los encantos desinhibidos de la princesa Carlota. La única variación del tema central era la posición exacta de su cuerpo y las contorsiones del joven a su lado.

–Oh, vaya –musitó Stamper.

–Una de las cargas más pesadas de ser primer ministro es que le confían a uno todo tipo de secretos. Las historias que nunca ven la luz. Como la de un joven militar, secretario privado de la princesa, quien, por miedo a que peligrase su posición de favor junto a la princesa y encima de ella, contrajo una póliza de seguros en forma de estas fotografías.

–Oh, vaya –volvió a decir Stamper mientras rebuscaba entre los demás retratos.

–Pero tuvo mala suerte el secretario privado –continuó Urquhart– al intentar cobrar la póliza con el hombre equivocado, un periodista de investigación que también resultó ser un antiguo agente de los servicios de seguridad. Así que las fotografías acabaron en mi cajón mientras que al desafortunado muchacho enamorado se le ha explicado en términos muy claros que se le arrancarán los testículos en caso de que alguna copia vaya a parar al entorno de Fleet Street. – Recogió las fotografías, a las que Stamper se había aferrado quizá un segundo de más–. Algo me dice, Timothy, que no desearía estar en su piel dentro de unos días.

Los dos hombres rompieron a reír por la obscenidad, pero Urquhart se percató de que Sally parecía no estar disfrutando del momento.

–¿Te molesta algo, Sally?

–No me parece correcto. Es el rey quien os está causando el daño, no Mycroft ni la princesa.

–Primero las ramas...

–Pero ella no te ha hecho nada. No está implicada.

–Pronto lo estará, joder –bramó Stamper.

–Llámalo accidente laboral –añadió Urquhart. Su sonrisa cada vez se hacía más

fina.

–No puedo evitar pensar en su familia. El efecto sobre sus hijos. –Un dejo de terquedad empezaba a colarse en la voz de Sally y sus labios carnosos y expresivos hicieron un mohín desafiante.

La respuesta de él fue lenta y dura como una roca.

–La guerra genera sufrimiento. Hay muchas víctimas desgraciadas.

–Su único pecado, Francis, es tener que cargar con un sano apetito sexual y un pelele endogámico inglés por marido.

–Su pecado es dejarse atrapar.

–¡Solo porque es una mujer!

–Ahórrame el feminismo colectivo –espetó Urquhart exasperado–. Se ha pasado la vida entera viviendo de las rentas reales a cuerpo de rey, y ha llegado la hora de que le pasen la factura.

Ella estuvo a punto de responder, pero vio cómo le brillaban los ojos y se echó atrás. No quería ganar esa pelea y, al intentarlo, quizá salir perdiendo mucho más. Se dijo que no debía ser tan inocente. ¿No sabía desde siempre que el sexo de una mujer no era más que una herramienta, un arma, que la mitad de las veces acababa en manos de los hombres? Desvió la mirada, dándose por vencida.

–Tim, asegúrate de que se aireen bien, ¿de acuerdo? Solo un par por el momento. Deja el resto.

Stamper asintió y aprovechó la oportunidad para inclinarse sobre el escritorio y ojear las fotografías una vez más.

–Vamos, Tim. Buen chico.

La cabeza de Stamper se alzó con una sacudida, parpadeando mientras miraba primero a Urquhart y luego a Sally, y después otra vez a Urquhart. Las ascuas de entendimiento empezaron a resplandecer en sus ojos, y también la rivalidad. Ella estaba metiendo las narices en su relación con el jefe, y tenía una ventaja que ni siquiera Stamper, con toda su malicia y sus artimañas, podía igualar.

–Me pongo manos a la obra, Francis. –Recogió dos de las imágenes y miró con dureza a Sally–. Buenas noches a todos. –Después desapareció.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Urquhart intentó parecer indiferente, estirándose con sumo cuidado las afiladas rayas del pantalón, y la suavidad de sus palabras cuando por fin las pronunció no dejaba traslucir su

amenaza.

–No te hagas la tímida conmigo ahora, vidente mía.

–La princesa lo va a tener muy crudo después de esto.

–Es ellos o yo.

–Lo sé.

–¿Sigues de este lado?

Como respuesta, Sally se acercó lentamente hasta él y lo besó apasionadamente, obligando a su cuerpo a subirse encima de él y a su lengua a meterse en su boca. En cuestión de segundos sus manos acariciaban, lastimaban. Ella sabía que los instintos de él eran furibundos, animales. Con violencia, la inclinó sobre su escritorio, de espaldas a él, la bandeja de las plumas y el teléfono hacia un lado y volcó la fotografía enmarcada de su esposa. Ella tenía la falda levantada sobre la espalda y él estaba en ella, desgarrando su ropa interior, penetrándola con fuerza, masajeando la carne de sus nalgas con tanta intensidad que ella hizo un gesto de dolor cuando le clavó las uñas. Estaba boca abajo sobre el escritorio, con la nariz y la mejilla aplastadas contra el vade de piel. Le vino un recuerdo. Cuando era una niña de unos trece años, de camino al cine, había tomado un atajo por los callejones de Dorchester y se había encontrado cara a cara con una mujer, inclinada contra la capota de un coche. Era negra y tenía unos labios brillantes color carmesí y unos ojos chillones que se veían fríos, impacientes y hastiados. El hombre detrás de ella era gordo y blanco y le había proferido a Sally palabrotas repugnantes y asquerosas, pero no había parado. Los recuerdos se le agolparon en toda su claridad escalofriante cuando las uñas de Urquhart se le clavaron aún más en la piel y sintió su cara presionada dolorosamente contra las fotografías desperdigadas sobre el escritorio. Le entraron ganas de llorar, no de éxtasis, sino de dolor y degradación. En vez de eso, simplemente se mordió el labio.

Mycroft lo encontró en los páramos por encima de Balmoral, donde solía acudir cuando algo le preocupaba o quería estar solo, incluso en pleno invierno, con la tierra cubierta de nieve y un viento del este que no había encontrado nada que lo obstaculizara o lo desviara de su camino desde que reuniera fuerzas a la sombra de los Urales, a unos tres mil kilómetros de distancia. Allí arriba vivían espíritus eternos, había dicho una vez, que acechaban desde los recovecos de los

afloramientos graníticos y cantaban mientras corrían junto al viento a través del áspero brezo, mucho después de que los ciervos hubiesen buscado refugio en los pastos a menor altura. El rey lo había visto acercarse, pero no le había ofrecido ningún saludo.

–No tuve otra opción. No teníamos otra opción.

–¿Teníamos? ¿Cuándo se me consultó? –El tono regio dejaba traslucir cierto aire de ofensa y dolor. La ira, ¿o era solamente el viento?, provocó un bucólico rubor en sus mejillas y sus palabras llegaron despacio—. Yo te habría apoyado.

–¿Cree que no me di cuenta de eso? –Ahora era Mycroft quien se exasperaba—. Por eso tuve que quitar la decisión de sus manos. Ya es hora de que empiece a obedecer a su cabeza y no a su corazón.

–No has cometido ningún delito, David, ni infringido ninguna ley.

–¿Desde cuándo importan esas cosas? Me habría convertido en una distracción monumental. En vez de escucharle a usted, se habrían dedicado a burlarse con disimulo de mí. El señor ha afrontado grandes riesgos personales para transmitir su mensaje sin ninguna injerencia y yo simplemente me habría interpuesto en su camino, otra excusa para que ellos se desvíen del tema y creen confusión. ¿No lo ve? No he dimitido pese al señor. He dimitido por el señor. –Se detuvo, observó la neblina que se aferraba a los páramos a su alrededor y se sumergió aún más en el interior del anorak prestado—. Y, claro está, hay alguien más. También tenía que pensar en él. Protegerlo.

–Estoy casi celoso.

–Nunca creí que fuese posible amar a dos hombres de dos maneras tan distintas.

Mycroft extendió la mano para tocar el brazo del otro, una acción intolerable entre hombre y monarca, pero las palabras y el viento helado parecían haber despojado la situación de toda formalidad.

–¿Cómo se llama?

–Kenny.

–Siempre será bienvenido. Contigo. En palacio.

El rey cubrió la mano de Mycroft con la suya, y éste agachó la cabeza, abrumado por la gratitud y la emoción.

–Lo nuestro era un asunto muy privado, no para titulares y aullidos de

sabuesos, ni para que pusieran su vida privada patas arriba –explicó Mycroft.

–Esas plantas rara vez crecen cuando se las riega con insinuaciones y se abonan con publicidad.

–Mucho me temo que todo esto habría sido demasiado para él. Pero gracias.

El viento susurró a través del brezo, un sonido callado y lastimero, mientras la luz comenzaba a desvanecerse, como si los demonios de la noche viniesen para reclamar sus tierras.

–Todo ha sido un accidente de lo más desafortunado, David.

–Tiene gracia, pero me siento casi aliviado, liberado. Nada que lamentar. Aunque tampoco es por casualidad.

–¿A qué te refieres?

–No creo demasiado en las coincidencias. Todo estaba calculado para desmerecer su gira, destinado a hacerle tanto daño como a mí.

–¿Por quién?

–Por quienquiera que tuviese un motivo para atemorizarlo. Y por quienquiera que tuviese la oportunidad. Por alguien que conoce al diputado por Dagenham y que tiene recursos para localizar un número de teléfono privado.

–Haría falta alguien que cayese muy bajo.

–A lo más bajo. Y seguirá intentado darle caza, no le quepa duda. Esto no acaba aquí.

–Entonces espero tener tu valor.

–Ya lo tiene. Todo lo que necesita es valor para enfrentarse a sí mismo, eso es lo que dijo. Actuar como hombre, ésas fueron las palabras del señor. Enfrentarse a los demás conlleva menos tormentos, créame. Pero creo que eso el señor ya lo sabe.

–Necesitaré tus consejos, David, más que nunca si, como dices, todo va a ir a peor.

Lentamente al principio, y después cada vez con más fuerza, comenzaron a caer gotas de lluvia fría como el hielo sobre las dos figuras solitarias. La oscuridad ganaba terreno rápidamente.

–Entonces, el mejor consejo que puedo darle, señor, es que nos larguemos de este maldito páramo antes de que muramos congelados y le ahorremos la molestia a Francis Urquhart.

Febrero: segunda semana

En la sala de operaciones de comercio de divisas, no se tardaba más de un segundo en contestar al teléfono. Era una de las casas financieras más importantes de la City y ocupaba un inmueble junto al Támesis cercano al lugar donde se inició el gran incendio que había destruido medio Londres tres siglos antes. No sería necesario otro incendio para arruinar de nuevo a la City, tan solo otra OPA japonesa.

Nunca se tardaba mucho en contestar al teléfono. La diferencia entre el éxito y el desastre a menudo podía medirse en segundos, y el jefe de los agentes de divisas no se podía permitir que lo pillasen echando una cabezadita ni los mercados ni ninguno de los otros diecisiete corredores de divisas; todos envidiaban su puesto y las comisiones que conllevaba. Apartó con esfuerzo sus pensamientos del ruinosamente flamante yate de doce metros de eslora cuya compra acababa de acordar, para concentrarse en la voz al otro lado de la línea. En cualquier caso, no se trataba de una transacción, sino de una consulta de uno de sus muchos contactos en la prensa.

—¿Te han llegado rumores de escándalo en palacio, Jim?

—¿Qué rumores?

—Ah, nada en particular. Solo un cuchicheo de que se cuece algo que está a punto de hundir hasta el fondo el yate real. —El interlocutor no pudo ver cómo se le crispaba el rostro al agente—. El director nos está pidiendo a todos que preguntemos por ahí, algo así como una operación de captura, en serio. Pero algo me dice que lo que sea está al caer.

Los ojos del agente se volvieron a proyectar sobre la pantalla una vez más, para comprobar la mezcla de cifras rojas, negras y amarillas. La esterlina parecía ir bien, hoy toda la atención estaba concentrada en el rublo, después de las noticias de un reciente brote de revueltas por los alimentos en Moscú. Un riguroso invierno de consecuencias catastróficas parecía haber congelado tanto la capacidad de sus dirigentes como el valor de sus divisas. El agente se frotó los ojos para asegurarse, le dolían por el esfuerzo constante, pero aun así no se atrevía a ponerse en la oficina las gafas que le habían recetado. En su puesto todo consistía en mantener la seguridad en uno mismo y a los treinta y siete no podía permitirse la más mínima señal de edad ni de deterioro físico. Eran demasiados

quienes esperaban con ansia darle un empujón para ocupar su sitio.

–Por aquí no se ha oído nada, Pete. No hay actividad en los mercados.

–Pues créeme, por estos lares los rumores se oyen cada vez más fuerte.

–Puede que no sea más que otro montón de mierda real esparcida sobre los parques reales.

–Sí, puede –respondió el periodista, sin sonar convencido–. Avísame si te enteras de algo, ¿de acuerdo?

El agente apretó el botón para desconectar la línea y volvió a masajearse los globos oculares a la vez que intentaba calcular cómo iba a estirar su ya de por sí asfixiante hipoteca para incluir su último lujoso capricho. Estaba soñando con sonrientes chicas desnudas cubiertas de aceite de coco y recostadas sobre fibra de vidrio reforzada cuando el teléfono sonó de nuevo. Era un cliente que había oído rumores parecidos y quería informarse sobre si debía o no hacer un cambio rápido por dólares o yenes. Más rumores. Y cuando el agente miró otra vez a la pantalla, las cifras de la esterlina empezaron a destellar en rojo. Una caída. Pero pequeña, solo unos pips, pero era otro indicio. ¿Se podía permitir no hacerles caso? Joder, se estaba haciendo demasiado viejo para esto, quizá fuese hora de dejarlo todo y pasar un año navegando por el Caribe antes de conseguir un trabajo de verdad. Pero aún no, no antes de haber dado el último gran golpe, para cubrir el barco y la maldita hipoteca. Sintetizó su cerebro dolorido con la caja que lo conectaba con los corredores y su oscilación constante de precios de compra y venta, y apretó el botón que establecía la comunicación.

–¿Cable? –preguntó. Era el lamento de los agentes por el precio de la esterlina, y se remontaba a los días en que los dos grandes imperios financieros de Londres y Nueva York no estaban conectados más que por una avaricia insaciable y un cable submarino.

–Veinte, veinticinco. Cinco por diez –fue la respuesta que le llegó entre interferencias. Ni siquiera en la edad del viaje espacial eran capaces de reparar las líneas que los conectaban con las salas de los corredores que estaban a tiro de piedra. ¿O también estaba perdiendo el oído?

Suspiró. De perdidos al río. Cinco millones.

–Tuyos. Cinco.

La venta había comenzado.

El despacho del director se cerró a cal y canto de un portazo. No cambiaría nada las cosas, todo el edificio se habría enterado en cuestión de minutos. El redactor jefe, el editor fotográfico y sus adjuntos estaban alrededor de la mesa del director en una formación que recordaba a una tribu de sioux rodeando una caravana de carretas, pero él no estaba dispuesto a darse por vencido sin luchar.

–No voy a sacar esto en portada. Son asquerosas. Una invasión de la intimidad.

–Son noticia –respondió su adjunto apretando los dientes.

–Ya conocéis la regla del desayuno del dueño. Nada en la portada que pueda ofender a dos señoras mayores leyendo el periódico mientras desayunan –le replicó el director.

–¡Por eso hoy en día solo las viejas leen nuestro periódico!

El director quería obligar al avasallador de su adjunto a que se tragase las palabras pero, visto que eran exactamente las mismas que él había empleado en sus discusiones cada vez más frecuentes con el carca del dueño, no podía. Se quedó mirando una vez más a las dos fotografías del tamaño de un plato, que ya habían sido recortadas con lápiz rojo para desviar la atención de elementos extraños como la cama, las almohadas desordenadas y las piernas enredadas, y concentrarla en el cuerpo y el rostro de la princesa.

–No podemos. Es sencillamente soez.

Sin mediar palabra el jefe de fotografía se inclinó sobre la mesa y, con lápiz rojo y regla, dibujó dos líneas precisas que cortaban ambas fotografías justo por encima del pezón. Todo lo que quedaba se había visto ya en innumerables fotografías de la princesa en la playa, pero fundamentalmente no cambiaba nada. La expresión de la cara, la espalda arqueada y la lengua dentro de su oreja contaban la historia entera.

–¿Qué tiene que decir palacio de todo esto? –preguntó el director con aire de cansancio.

–No dice esta boca es mía. Desde que Mycroft se desvirgó públicamente tienen montado un buen follón.

–Primero Mycroft, ahora esto... –El director movió la cabeza, consciente de que lo echarían como a un perro del circuito de cenas en sociedad si aquello apareciese bajo su nombre. Sucumbió a otro arrebato de resistencia—. A ver, esto

no es la maldita Revolución francesa. No seré yo quien arrastre a la familia real hasta la guillotina.

–Se trata de un auténtico problema público –terció el redactor jefe, con algo más de calma que el adjunto–. El rey se implica en todo tipo de asuntos, lo que suscita controversia política, y a la vez, de forma muy clara, hace caso omiso a lo que ocurre bajo el tejado de su propio palacio. Se supone que tiene que personificar la moral nacional, no dirigir un burdel. Ha resultado hacer la vista gorda más que Nelson.

El director agachó la cabeza. La libra ya había descendido casi dos centavos por los rumores, aquello estaba haciendo daño de verdad.

–Nadie te pide que lideres una revolución, solo que avances al paso de los demás. –El adjunto volvió a romper una lanza–. Estas fotitos están por toda la ciudad. Por la mañana puede que seamos el único diario que no las publique.

–Discrepo. Me importan un comino los periodicuchos extranjeros. Esto es un asunto británico. Todos los directores de esta ciudad conocen las consecuencias del uso de estas fotos. Nadie va a apresurarse, no en la prensa británica. No. –Se abrazó los hombros con orgullo patriótico y movió la cabeza con convencimiento–. No vamos a usarlas a menos que sepamos con seguridad que alguien más lo ha hecho. Puede que sea tirar una primicia a la basura, pero es el tipo de primicia que no quiero que graben en mi epitafio.

El adjunto estaba a punto de comentar que eran las cifras de circulación lo que los contables ya estaban cincelandos sobre su lápida cuando la puerta se abrió de sopetón y entró a toda prisa el columnista de cotilleos. Hablaba demasiado emocionado y entrecortado para que se le entendiese, las palabras se le enredaban en nudos indescifrables, hasta que, exasperado, levantó las manos en el aire y se abalanzó sobre el mando a distancia en el escritorio del director. Apretó el botón para visualizar uno de los canales de noticias por satélite. Era de propiedad alemana, emitía desde Luxemburgo y tenía una zona de cobertura que abarcaba media Europa, incluido casi todo el sur de Inglaterra. Cuando la pantalla cobró vida, aparecieron ante sus ojos las imágenes de una princesa Carlota en éxtasis, con pezones y todo. Sin mediar palabra más, el adjunto agarró las fotos y se fue corriendo a salvar la portada.

–Oh, me gusta esto, Elizabeth. Me gusta mucho.

Era más de la una de la mañana, habían llegado las primeras ediciones, y Elizabeth con ellas. A él parecía no importarle, hojeaba los reportajes entre risitas.

–«Esta mañana el rey se enfrenta al cargo de negligencia en el cumplimiento del deber» –Urquhart leía en voz alta las páginas del *Times*–. «Persiguiendo la popularidad y sus propios recelos políticos, ha expuesto a un ataque frontal no solo a su persona sino a la institución de la monarquía. Los políticos y magnates de la prensa que se han subido a su carro en las últimas semanas han demostrado ser oportunistas y carentes de principios. Ha hecho falta valor para mantenerse firme en la defensa de nuestro principio constitucional, para recordarle a la nación que el monarca no debería ser parte del mundo del espectáculo ni conciencia social, sino un jefe de Estado imparcial y políticamente al margen. Francis Urquhart ha demostrado tener ese valor, y por ello es digno de alabanza.» –Urquhart volvió a estallar en risitas–. Sí, sí que me gusta eso. Pero claro, es normal, querida. Fui yo quien lo escribió casi todo.

–Prefiero el *Today* –contestó Elizabeth–. «El fin de los chismes reales. Ya es hora de que todos dejen de soltar prenda y airear sus trapos sucios.»

–«El rey chiflado» –anunció Urquhart, leyendo otro–. «S. A. R. debería dar ya un tirón de orejas a la princesa, aunque tenga que saltarse la cola para hacerlo...»

Elizabeth se moría de risa. Acaba de coger el *Sun* y leía su estridente titular: «El rey metepatas».

–Ay, querido –le costaba responder entre convulsiones de alborozo–, esta vez sí que has ganado la batalla.

De repente se puso serio, como si alguien hubiese accionado un interruptor.

–Elizabeth, la batalla no ha hecho más que comenzar. –Descolgó el teléfono, contestó un operador–. Compruebe si el ministro de Economía aún sigue en la tierra de los vivos –ordenó, y con mucho cuidado colgó el teléfono, que sonó menos de medio minuto después.

–¿Qué tal, Francis? –preguntó al otro lado de la línea una voz cansada y recién despertada.

–Bien, y a punto de estar mucho mejor. Escucha con atención. Tenemos entre manos una crisis particularmente difícil que ya tiene revuelto el gallinero. Debemos actuar antes de que las gallinas huyan espantadas para siempre. Creo

que la libra está a punto de sufrir una nueva caída en picado. Dadas las circunstancias, sería descortés e impropio pedirles a nuestros amigos de Brunéi que siguiesen esperando. Pondría en peligro una importante alianza internacional. Debes llamar a los representantes del sultán y sugerirles que vendan inmediatamente su paquete de tres mil millones de libras.

–Por Dios santo, Francis, eso acabará por completo con la moneda. –Ya no quedaba ni rastro de cansancio en su voz.

–Los mercados deben actuar con libertad. Es una tremenda desgracia que las consecuencias susciten el terror en el corazón del votante ordinario al ver cómo se desploma la libra y se dispara el tipo de su hipoteca. Será una desgracia aún mayor que se culpe a la conciencia del rey y a quienes lo apoyan de toda la debacle.

Se hizo el silencio en el otro extremo del hilo telefónico.

–¿Me he expresado con claridad?

–Totalmente –fue la respuesta serena.

Urquhart miró con atención el auricular antes de ponerlo con cuidado en su sitio. Elizabeth lo miraba sin disimular su admiración.

–Todos debemos sacrificarnos por la batalla, Elizabeth. –Se llevó los extremos de los dedos a la punta de la nariz. Inconscientemente estaba empezando a imitar al rey en algunos de sus gestos, pensó Elizabeth–. No sé muy bien cómo decir esto con delicadeza –prosiguió–, así que quizá tenga que apelar a tu comprensión y ser directo. No conviene librar una batalla dentro de una casa de cristal. Resultaría útil que dejaras de interesarte tan apasionadamente por las arias italianas. Tu recién descubierta afición operística se podría... malinterpretar con facilidad. Podría confundir a las masas.

Elizabeth, que había estado bebiendo de una copa de vino, volvió a poner la copa con cuidado sobre la mesa.

–Los chóferes del Gobierno son un hatajo de cotillas –añadió él, a modo de explicación y disculpa.

–Ya veo.

–¿Sin rencores?

–¿Después de todos estos años? –Ladeó la cabeza–. Claro.

–Eres muy comprensiva, querida.

–Tengo que serlo. –Cogió su cartera y extrajo un pendiente. Era atrevido, moderno y esmaltado, bisutería de Butler & Wilson, en Fulham Road. Era de Sally–. La señora de la limpieza me dio esto el otro día. Se lo encontró embutido entre los asientos del Chesterfield. Pensó que era mío. No sé cómo decir esto con delicadeza, Francis...

Él se ruborizó, bajó la mirada y no dijo nada.

–Hoy por ti, ¿mañana por Canadá?

–Ella... es de Estados Unidos –respondió titubeando.

–Lo que sea.

–Elizabeth, ella es importante para mí; aún le queda trabajo imprescindible por hacer.

–Pero no por detrás, Francis. No en una casa de cristal.

Miró a su mujer a los ojos. Hacía mucho tiempo que alguien no lo acorralaba de esa forma. No estaba acostumbrado. Suspiró, no le quedaba otra.

–Todo lo que tienes que hacer, Elizabeth, es decir por favor. Recuerdas cómo decir por favor, ¿verdad?

–Se está poniendo muy feo.

–Se pondrá peor.

–¿Segura?

–Nunca lo he estado tanto.

–¿Y eso?

–Porque aún no las tiene todas consigo para ganar las elecciones; quedan cosas por hacer. Necesita unos cuantos puntos más en los sondeos. No puede parar ahora. Se arriesga a un contraataque real. Y... –Vaciló–. Y porque es un francotirador. Su objetivo no es la princesa, sino el mismo rey. No estoy segura de que sepa cuándo parar de disparar.

Él se quedó callado, cavilando.

–Sally, ¿estás totalmente segura de esto?

–¿De sus planes? Sí. ¿De él...? –Aún podía sentir la piel destrozada de sus nalgas donde él le clavó las uñas con fuerza–. Estoy segura.

–Entonces tengo trabajo que hacer.

Se levantó de la cama y cogió los pantalones. Instantes después ya no estaba. El corredor de divisas rodó de costado y siguió tendido bajo el luminoso

resplandor azul de su despertador digital. Las cuatro y media de la madrugada. Mierda. Ya no podría volverse a dormir. Había pasado toda la noche inquieto, con los pensamientos debatiéndose entre el yate y la joven enfermera con la que había intentado ligar sin éxito unas horas antes. Habían compartido una comida lujosa hasta el absurdo en el Nikita; ella había bebido demasiado vodka de cereza y se había mareado. *Tant pis.*

Encendió su dispositivo del tamaño de la palma de una mano y comprobó en la minúscula pantalla el estado reciente de los mercados. Quizá era eso lo que lo había estado carcomiendo. ¡Dios! La libra esterlina había bajado casi otros doscientos puntos en Extremo Oriente; empezó a desear haber bebido él también un poco menos de vodka. Aquella noche estaba manejando veinte millones de libras y de repente se sintió muy desprotegido. Apretó uno de los botones de memoria del teléfono que tenía junto a la cama, que conectaba con su sucursal en Singapur, donde era ocho horas más tarde.

—¿Qué pasa?

—Negara ha estado vendiendo a un ritmo constante desde que ha abierto el mercado —le dijo una voz con acento.

De manera que el banco central de Malasia estaba en plena faena.

—¿Cómo anda el Cable, a cuarenta?

—A sesenta y cinco y setenta.

Vendiendo a sesenta y cinco, comprando a setenta. Pero nadie compraba. Era el momento para unirse a la manada.

—Mierda, vamos a moverlo, a sesenta y cinco.

Colgó el teléfono, acababa de vender cuarenta millones de libras en la creencia de que el precio continuaría cayendo. Si así ocurría, habría cubierto su posición de esa noche, y más. Más le valía irse a la oficina pronto, no fuera el maldito mundo entero a levantarse con dolor de cabeza y la manada empezara una estampida. Y quizá llamaría a aquel cliente tan especial que lo ayudaba con todos los tratos no oficiales bajo mano. Al cliente no le importaría que lo despertara a esa hora, visto el tamaño de la apuesta con la que jugaba. Y si la acertaban, podía dejar de preocuparse por el yate. Y por aquella tonta enfermera.

Evening Standard, edición de la City, 9 de febrero

LA LIBRA Y LA PRINCESA EXPUESTAS

La libra esterlina continuaba sometida a una fuerte presión cuando el mercado de Londres ha seguido la tendencia establecida en Extremo Oriente durante la noche. Los agentes de cambio expresaban su preocupación de que la oleada de escándalos sexuales que involucraba a la familia real pudiera causar una crisis constitucional y política a gran escala, tras la renuncia del secretario de prensa del rey la semana pasada y las escabrosas fotos de la princesa Carlota publicadas en muchos de los periódicos matutinos.

El Banco de Inglaterra y otros bancos europeos se han movido para apoyar la libra tan pronto han abierto los mercados, pero no han podido evitar que continuara la venta especulativa que ha llevado a la divisa cuesta abajo hasta su límite de la CE. Nos han llegado informes de un importante tenedor de libras en Extremo Oriente que se estaba deshaciendo de cantidades significativas de la divisa. Se teme que los tipos de interés tengan que subirse sustancialmente con el fin de respaldar a la debilitada libra.

«Este tipo de situación es nueva para nosotros –comenta un agente de cambio—. Los mercados odian la incertidumbre, esta mañana ha habido confusión a ratos. Los jeques se preguntan hasta qué punto está seguro el Banco de Inglaterra si el palacio de Buckingham se desmorona. En la City se respira el ambiente de una granja antes de Navidad...»

Era un buen día para una ejecución en la horca, pensó McKillin. La Cámara estaba a reborar, con muchos diputados que se habían quedado sin asiento en los bancos apoyados en la barandilla, de cuclillas en las pasarelas o apiñados en torno a la silla de la presidenta de la Cámara. La presión de semejante cantidad de cuerpos en su mayoría masculinos apelotonados provocaba una atmósfera embriagadora y bulliciosa, desbordante de expectación. Se decía que habían ocurrido escenas similares en Tyburn cuando iban a colgar a algún desgraciado en la horca de tres patas, y que incluso pagaron por el privilegio de ver cómo se balanceaba el pobre cabrón.

Ese día ya había habido una larga cola de víctimas. Las oleadas de pánico que sacudían los mercados financieros habían invadido la Bolsa, y hacia la hora de comer los precios de las acciones estaban muy a la baja. Los gritos de pánico que

emanaban de los que estaban en posición de riesgo se podían oír por toda la City e iban a extenderse más rápido que las piernas de una chavala en el festival de Edimburgo. Las empresas inmobiliarias se reunían en sesiones de emergencia; las hipotecas tendrían que subirse, solo era cuestión de cuánto. No era culpa del rey, por supuesto, pero la gente había perdido su inocente creencia en la mala suerte, en catástrofes que sencillamente ocurrían, necesitaban alguien a quien echarle la culpa. Y eso significaba que también McKillin se encontraba en la línea de fuego, reflexionando arrepentido sobre sus recientes exhibiciones públicas de indulgencia en beneficio de la familia real, estremecido al cien por cien. Durante toda la mañana había pensado en cómo defenderse de las agresiones, con una acusación a gran escala en apoyo del rey, pero decidió que la posición del rey estaba bien cubierta por armas hostiles. Las tropas que estaban detrás de él no eran la Brigada Ligera, y él no era Errol Flynn. No tenía sentido que le dispararan en los Trossachs de Escocia por nada, más valía luchar otro día. Quizá plantearía algunas preguntas sobre los derechos humanos, sobre algún asunto de altos vuelos, relativo al viaje relámpago del primer ministro a Moscú que se había anunciado para la semana siguiente. Eso serviría, le proporcionaría cierta distancia del fragor de la batalla, lo sacaría de debajo de la horca... Mientras esperaba, empezó a sentirse pegajoso a causa del calor y de la presión de los cuerpos de los hombres sobrealimentados que se apiñaban a su alrededor.

Vio aparecer a Urquhart justo a tiempo para el comienzo a las tres y cuarto de la tarde, abriéndose camino a través de la marabunta que rodeaba la silla de la presidenta para pasar entre las extremidades extendidas de otros ministros del Gabinete que se sentaban sin orden ni concierto a lo largo del banco frontal. Urquhart sonrió a McKillin a través de la mesa de despachos, con una breve separación de los labios que dejó a la vista sus incisivos, el primer disparo de advertencia de la campaña vespertina. Detrás de Urquhart se sentaba la honorable diputada por Dorset Norte, que cabeceó de forma sumisa mientras su señor tomaba asiento, ataviada con un vestido de un carmesí estridente que destacaba como un semáforo entre la penumbra de trajes grises y que quedaría muy bien en las pantallas de los televisores. Había estado toda la mañana practicando sus expresiones de apoyo frente al espejo. Era una mujer guapa y bien vestida, de cuarenta y pocos años, con una voz como la de una hiena, de la

que se rumoreaba que podía alcanzar un do de pecho en la cama, como decían saber incluso algunos miembros de la oposición. Nunca haría una carrera ministerial, pero sus memorias probablemente venderían más que las del resto.

McKillin se arrellanó en el asiento, dando la impresión de estar relajado mientras estudiaba la tribuna de prensa sobre su cabeza; por encima de la balaustrada delicadamente labrada veía las cabezas de los escritorzuelos, con los rostros tensos por la expectación, con los lápices y los prejuicios afilados. No les haría esperar, metería baza a la primera oportunidad, mostraría sus colores y se retiraría del campo antes de que comenzara la verdadera batalla y todo se saliera de control. Derechos humanos, eso era. Una buena idea de narices.

La presidenta de la Cámara ya había hecho la primera pregunta, para conocer los compromisos de la jornada del primer ministro, y Urquhart proporcionaba una respuesta estándar y calculada, no muy útil, con detalles de algunas de sus citas oficiales, «aparte de responder preguntas en la Cámara».

–Pues ya iba siendo hora, joder.

Se trataba de la Bestia, desde su asiento bajo la pasarela, que reclamaba para sí por derecho de ocupación constante. Parecía sufrir dispepsia; quizá los bocadillos y la pinta de cerveza amarga no le habían sentado bien.

Urquhart despachó sin rodeos la primera pregunta, sobre una elección parcial por un escaño que había quedado vacante, planteada por un concienzudo miembro del distrito electoral con una pequeña mayoría, y entonces llegó la oportunidad de McKillin. Se echó hacia delante e inclinó la cabeza hacia la presidenta.

–El líder de la oposición. –La voz de la presidenta lo convocó a la mesa de despachos. Aún no se había puesto en pie cuando surgió otra voz entre el bullicio.

–A ese pedazo de mierda rastrero es imposible tomarlo por un líder de la oposición.

McKillin sintió que se ruborizaba de ira, y luego de asombro. Era la Bestia. ¡Uno de su propio bando!

–¡Orden en la sala! –exclamó la presidenta. En un ambiente tan cargado como aquél, con tantos parlamentarios amontonados y dándose codazos, sabía que era primordial imponer su autoridad en los procedimientos desde la primera

interrupción—. Lo he oído. ¡El honorable diputado retirará ese comentario inmediatamente!

—¿De qué otro modo llamaría a alguien que ha tirado por la borda todos sus principios y al que han pillado lamiendo las suelas de los zapatos de la familia real? Vaya chapuza que ha hecho.

Los miembros de la oposición se quedaron mudos, estupefactos. Los parlamentarios del Gobierno también, indecisos, sin saber muy bien si debían estar de acuerdo con la Bestia o quejarse por su vulgaridad, pero a sabiendas de que era primordial armar tanto jaleo como fuera posible y provocar mucho malestar. En medio de aquel bullicio creciente la Bestia, con las greñas enredadas cayéndole en la cara y americana sport desabotonada y abierta, se había puesto en pie e ignoraba las repetidas exigencias de la presidenta.

—Pero ¿no es acaso un hecho innegable que...?

—¡Ya basta! —gritó la presidenta, con las gafas de media luna resbalándole en la nariz y sonrojada de calor bajo la peluca—. ¡No dudaré en suspender al honorable diputado a menos que retire su comentario de inmediato!

—Pero...

—¡Que lo retire!

Los gritos que reclamaban que lo hiciera brotaron por todas partes. El sargento de armas, el agente de policía parlamentario, vestido para la ocasión con el atuendo de verdugo, una toga de tela negra con medias de seda y espada de gala, estaba en posición de firmes junto a la barandilla, a la espera de las instrucciones de la presidenta.

—Pero... —empezó de nuevo la Bestia.

—¡Retírelo de una vez!

Se produjo un tremendo jaleo. La Bestia miró alrededor, sin inmutarse al parecer, como si no pudiera oír el ruido ni ver las manos que agitaban los papeles con el orden del día. Sonrió, y por fin pareció entender que el juego había acabado y empezó a asentir en señal de aceptación. El estruendo se apagó, para permitir que se le oyera.

—Vale. —Miró hacia la silla de la presidenta—. ¿Qué palabra quiere que retire? ¿Pedazo, mierda o rastrero?

La marea de voces ultrajadas prácticamente ahogó los gritos de la presidenta.

–¡Todo! ¡Quiero que lo retire todo! –la oyeron decir por fin.

–¿Todo? ¿Quiere que lo retire todo?

–¡Inmediatamente! –La peluca se le había torcido y ella intentaba enderezarla, luchando con desesperación por mantener la calma y la dignidad.

–Está bien. Está bien. –La Bestia alzó las manos para silenciar el tumulto—. Todos conocen mi punto de vista cuando se trata del servilismo hacia sus altezas reales pero... –clavó la vista con furia en el grupo de parlamentarios que golpeaban el suelo con el tacón de los zapatos– si usted dictamina que no puedo decir tal cosa, que tengo que retractarme, entonces lo haré.

–Ahora. ¡Ahora mismo!

Se produjo un aullido de aprobación por todas partes. La Bestia señalaba a McKillin en ese momento.

–Sí, estaba equivocado. Es obvio que se le puede tomar por el líder de la oposición, ¡a ese pedazo de mierda rastrero!

En la cacofonía de gritos que reinó en todas partes no hubo la menor posibilidad de que la presidenta pudiera hacerse oír, pero la Bestia no esperó a que lo suspendieran, sino que recogió sus papeles del suelo y lanzó una persistente mirada de insolencia en dirección al líder de su partido antes de retirarse de la Cámara. El sargento de armas, que pudo leer en los labios de la presidenta las instrucciones, se situó junto a la Bestia para asegurarse de que permaneciera fuera del recinto del palacio de Westminster durante los siguientes cinco días laborables.

Cuando la espalda de la Bestia desapareció en la puerta, empezó a restablecerse algo parecido al orden en la Cámara. Bajo su peluca, aún algo torcida, la presidenta dirigió una mirada inquisitiva hacia McKillin para conocer sus intenciones. Él negó con la cabeza. Ya no quería hacer ninguna pregunta absurda sobre los derechos humanos. ¿Qué pasaba con sus propios derechos humanos? Lo único que quería era que acabara aquel castigo cruel y excepcional, que llegara alguien y tuviera la amabilidad de bajarlo de la horca parlamentaria en la se mecía, y ojalá tuviera un entierro decente.

–¿Cómo lo haces, Francis? –exigió saber Stamper entrando a grandes zancadas en el despacho del primer ministro en la Cámara de los Comunes.

–¿Cómo hago qué?

–Exasperar tanto a la Bestia que él solito acaba siendo más eficaz a la hora de trincar a McKillin que una docena de carniceros de Barnsley.

–Mi querido Tim, vaya viejo cínico patético te has vuelto. Ves conspiraciones en todas partes. La verdad, si fueras capaz de reconocerla, es que no tengo que exasperar a ese tipo. Ya viene así de fábrica. No, mi contribución a la diversión es más de ese estilo.

Señaló el televisor, que mostraba las últimas noticias en teletexto. Las sociedades de crédito hipotecario habían concluido su reunión de urgencia y el resultado de sus deliberaciones parpadeaba en la pantalla.

–Madre mía. ¿Dos por ciento en las hipotecas? Eso va a sentar como una paletada de mierda en la jarra del agua.

–Exactamente. Ya verás cuánto le preocupan los sintecho al cliente promedio cuando su propia casita adosada empieza a fundir su dinero para cervezas. Para cuando llegue la hora de cierre, la conciencia moral del rey parecerá un lujo irrelevante e inasequible.

–Mis disculpas por haber hecho alguna vez un comentario cínico en tu presencia.

–Aceptadas. A los votantes les gustan las opciones claras, Tim, los ayuda a concentrarse. Voy a presentarles una opción que es prácticamente transparente. El rey bien puede ser una orquídea rara en comparación con mi vulgar repollo, pero cuando la gente empieza a pasar hambre, va a por el repollo, siempre.

–Repollo suficiente para provocarle al rey ventosidades crónicas.

–Mi querido Tim, quizá sea como tú dices. Con respecto a esas cuestiones, me es imposible hacer comentarios.

El rey también estaba sentado ante la pantalla del televisor, donde había permanecido en silencio, observando, desde que había dado comienzo la retransmisión de la hora de las preguntas al primer ministro. Había dado instrucciones de que no lo molestaran, pero finalmente su secretario privado ya no pudo contener más su sensación de inquietud. Llamó a la puerta, entró y se inclinó con gesto deferente.

–Señor, discúlpeme, pero debe saber que tenemos una inundación de llamadas de la prensa, que quiere saber su reacción, tener algún indicio de lo que siente ante los acontecimientos en la Cámara de los Comunes. No van a aceptar el

silencio por respuesta, y sin un secretario de prensa...

El rey parecía no haber reparado en la intrusión y miraba fijamente la pantalla, sin parpadear, con el cuerpo tenso y las venas en las sienes de un azul intenso contra la piel de pergamino del cuero cabelludo. Se veía lívido, pero no de ira: el secretario privado estaba más que acostumbrado a los arranques de genio del rey. Esa quietud de ahora sugería más bien que estaba en un plano distinto, sumergido en su propio interior, y la tensión indicaba que la búsqueda de un equilibrio había resultado inútil.

El secretario privado permaneció inmóvil, observando la agonía del monarca, avergonzado por la intrusión pero sin saber muy bien cómo retirarse.

Por fin el rey habló, en susurros, pero no se dirigió al secretario.

—No sirve de nada, David. —La voz sonaba áspera y ronca—. No puede ser. No le permitirán a un rey ser un hombre, no más que a cualquier hombre ser rey. No puede hacerse... lo sabes, ¿verdad, viejo amigo?

Luego reinó el silencio. El rey no se había movido, seguía mirando fijamente la pantalla, sin verla. El secretario privado esperó unos segundos que se le antojaron interminables y luego se marchó, cerrando suavemente la puerta detrás de sí como quien cierra la tapa de un ataúd.

Sally cruzó corriendo hasta la Cámara de los Comunes en cuanto recibió la llamada. Estaba en pleno discurso ante un nuevo cliente en potencia, uno de los fabricantes más importantes del país de legumbres en conserva, pero el tipo se había mostrado muy comprensivo, impresionado incluso, y le había asegurado a Sally que habría trato. Con contactos así, no pareció interesado en otras credenciales.

Un secretario la esperaba en la entrada de San Esteban para escoltarla como a una autoridad más allá de las largas colas de visitantes hasta trasponer el portón de seguridad, guiándola a toda prisa a través de varios siglos de historia. Era la primera vez para Sally; se prometió que volvería algún día y echaría una ojeada más tranquila a las glorias de la vieja Inglaterra, cuando tuviera la paciencia suficiente para hacer cola durante varias horas con los demás. Pero por el momento prefería aquel tratamiento preferente.

La llevaron directamente a su despacho. Él estaba al teléfono y se paseaba por la habitación en mangas de camisa, arrastrando el cable mientras daba órdenes

con animación.

–Sí, Bryan, estoy bien y mi esposa también. Muchas gracias, ahora cierra el pico y escucha. Esto es importante. Vas a recibir detalles sobre un nuevo sondeo de opinión mañana por la tarde. Un sondeo telefónico que seguirá al pánico en los mercados. Será sorprendente. Revelará una ventaja del Gobierno de diez puntos sobre la oposición, y mi ventaja personal con respecto a McKillin se habrá duplicado. –Escuchó durante unos instantes–. Hostia, pues claro que son noticias de primera plana, ¿por qué crees si no que te las estoy dando? Y ese sondeo de portada vendrá apoyado por un editorial en las páginas interiores, algo del estilo «Hipotecas y monarquía». Hará que la culpa del problema con la libra esterlina y la confianza internacional recaiga de lleno en el rey y sus defectos de personalidad, y en aquellos políticos oportunistas que han pretendido animarlo en lo que, como dirás en la conclusión, han sido graves errores de juicio al pretender enfrentarse al Gobierno electo. ¿Me estás oyendo?

Se oyó un leve quejido al otro lado de la línea, y Urquhart puso los ojos en blanco en un gesto de impaciencia.

–Tienes que sugerir que su falta de escrúpulos al prestarle apoyo al rey ha hecho añicos a la oposición y ha echado por tierra la credibilidad de McKillin, y peor incluso, ha sumido el país en un caos constitucional que está provocando una profunda angustia económica. Con ciertas reservas, exigirás entonces un riguroso reajuste de la monarquía, mediante el que se restrinjan sus poderes, su influencia, su envergadura, sus ingresos. Apúntalo todo cuidadosamente. Sí, tengo tiempo... –Hizo una pausa–. Ahora llegamos a la parte importante, Bryan. Presta mucha atención. Tu editorial acabará con la conclusión de que se ha producido tanta incertidumbre económica, política y constitucional que se requiere una solución inmediata. Ya no hay tiempo para prolongados debates ni comisiones parlamentarias de investigación... no mientras todos los accionistas y toda la gente que paga hipotecas en este país estén con el agua al cuello. Hace falta ocuparse del asunto con decisión. De una vez por todas, en beneficio de la nación. Tienes que sugerir que el único medio establecido de decidir quién gobierna Gran Bretaña es celebrar unas elecciones. ¿Me comprendes? Unas elecciones.

Miró a Sally y le guiñó un ojo.

–Mi querido Bryan, por supuesto que esto es una sorpresa bastante tremenda, por eso te estoy dando la oportunidad de prepararte. Pero que quede entre tú y yo, hasta mañana. Nada de salir corriendo a los corredores de apuestas a jugarte un par de libras a que habrá elecciones anticipadas. Será otro de nuestros pequeños secretos, ¿eh? Si tienes cualquier pregunta, llámame, Bryan, solo a mí, sea de día o de noche. ¿Vale? Adiós.

Se volvió hacia Sally con una expresión expectante. Ella se limitó a dirigirle una mirada muy seria, con el ceño casi fruncido.

–Bueno, ¿y quién se supone que va a llevar a cabo de la noche a la mañana ese mágico sondeo tuyo, Francis?

–Pues tú, mi querida Sally. Vas a hacerlo tú.

Sus ojos saltones parecían retroceder en las cuencas como si trataran de esconderse. Ya era más de medianoche y llevaba sentada ante el ordenador desde que los últimos miembros del personal habían concluido la jornada y la habían dejado sola. Necesitaba espacio para pensar.

Preparar un cuestionario había sido sencillo. Nada muy elaborado ni fuera de lo corriente. Y tenía en la estantería infinidad de discos de ordenador con su función de llamadas digitales aleatorias para darle un sesgo a la muestra y por tanto a los resultados, para centrar la encuesta en gente de mayor o menor poder adquisitivo, añadir peso a inquilinos de viviendas subvencionadas o a los acaudalados barrios residenciales, hacer preguntas tan solo a directores de empresas o a parados. El problema era que no sabía hasta qué punto hacía falta sesgar la muestra para obtener el resultado deseado; Urquhart llevaba una clara ventaja, pero ¿de cuánto? Fuera de cuanto fuese, sería de más después de que el *Times* hubiera sentado cátedra. Había mucha inquietud y ansiedad por ahí, era el momento ideal para darle un empujón al carro de la opinión popular.

Dio una vuelta por sus destantaladas oficinas. Las luces del techo se mantenían tenues, pues las candilejas quedaban limitadas a la zona de recepción; ahí dentro, la calidad se vertía en la estrategia y en el razonamiento. La parte mecánica era como los bajos fondos. Recorrió una hilera tras otra de cubículos abiertos, cubiertos de tela para insonorizarlos, donde al día siguiente su variopinto personal a media jornada se sentaría ante las pantallas individuales de ordenador para llamar a los números de teléfonos aleatorios que había arrojado la unidad

central: leerían las preguntas requeridas de manera mecánica y teclearían las respuestas con el mismo desinterés. No sospecharían nada. Eran yonquis con tejanos rotos, enfermeras neozelandesas que no estaban de turno y andaban preocupándose porque no les venía la regla, hombres de negocios fracasados que habían padecido los errores de otros y estudiantes sin experiencia que se morían de ganas de cometer los propios. Solo importaba que tuvieran vagos conocimientos de informática básica y pudieran presentarse allí en un plazo de dos horas cuando se los llamaba. No tenían forma de saber qué ocurría con la información que recopilaban, ni les habría importado. Sally se paseó por la moqueta gastada por el tiempo, con su buena dosis de chicle pisoteado, examinó las baldosas de poliestireno que faltaban en el rincón donde se había levantado el suelo al atascarse el desagüe, recorrió con un dedo las estanterías metálicas a rebosar de manuales informáticos y listines telefónicos, y los albaranes desparramados por ahí como envoltorios de caramelos en un día ventoso. Hasta allí llegaba muy poca luz natural para exponer las entrañas de la industria de los sondeos de opinión. Sally les decía a los clientes que se hacía así por seguridad, pero la realidad era que aquel sitio, simplemente, era un vertedero. Una planta en una maceta había luchado por sobrevivir, sin conseguirlo, y ahora hacía las veces de cenicero. Aquél era su imperio.

Pero aquel imperio sin papeles, informatizado y con aire acondicionado, tenía sus ventajas. Unos años atrás habría tenido que trasladar toneladas de papel para hacer lo que le habían pedido que hiciera; ahora solo tenía que mover un par de dedos, apretar unas cuantas teclas –las que tocaba, eso sí– y... tachán, ahí estaba. Tu resultado. El resultado de Urquhart. Pero ahí estaba el problema. Se había mostrado inflexible a la hora de especificar qué cifras quería, y se las había dado ya a Brynford-Jones. No importaba cuánto jugara ella con las especificaciones ni cuánto hiciera oscilar la balanza de la muestra, hacía falta algo más que un pequeño sesgo. Tendría que acabar haciendo lo que nunca había hecho hasta entonces: amañar el resultado. Coger dos cifras, la del Gobierno por un lado, la de la oposición por el otro, y hacer los cálculos marcha atrás. No se trataba tanto de masajearlas un poco como de molerlas hasta hacerlas puré. Si aquello salía a la luz, jamás volvería a trabajar, quizá incluso la encerrarían por fraude criminal. Estaba mintiendo, engañando, robándoles las opiniones a hombres y mujeres

corrientes y aprovechándose de ellas. Por Francis Urquhart. ¿Era en eso en lo que consistían sus sueños?

Paseó una vez más la mirada por la estancia, con sus paredes pintadas de negro para disimular las grietas, su olor a humedad que ni siquiera conseguían ocultar los ambientadores, sus viejas cafeteras eléctricas y sus muebles de segunda mano, sus rincones a rebosar de vasos de plástico y cajetillas de tabaco vacías, su sistema de alarma de incendios, rojo ladrillo en medio de tanto gris, una reliquia de los años setenta que probablemente no funcionaría ni aunque la arrojaran al Vesubio. Cogió la planta muerta, arrancó las hojas secas y marchitas, quitó las colillas, acicalándola como si fuera una vieja amiga de dudosa reputación, y luego la tiró, con maceta incluida, en la papelera más cercana. Aquél era su imperio. Y no era suficiente.

Los ojos de Sally revelaban la falta de sueño, y los había ocultado tras unas gafas ligeramente tintadas, que no hacían sino resaltar sus labios carnosos y la excepcional vivacidad de su nariz. Cuando cruzó el umbral de Downing Street uno de los porteros le dio un codazo a un colega; habían oído hablar de ella, por supuesto, pero aquélla era la primera vez que aparecía a plena luz del día. Y Elizabeth Urquhart estaba en casa, además. Ambos esbozaron sonrisas esperanzadas, deseando poder encontrar alguna excusa para cachearla en busca de armas.

Él estaba en la Sala del Gabinete. Se veía distinta a la última vez, cuando habían estado allí a oscuras, sin otra cosa para guiarlos que el resplandor distante de las farolas, las yemas de los dedos y las puntas de las lenguas de ambos. Él volvía a estar sentado en su silla especial, pero en esta ocasión una funcionaria apartó la silla que había al otro lado de la mesa para ella. Le dio la sensación de estar a un millón de kilómetros de él.

–Buenas tardes, señorita Quine.

–Primer ministro. –Sally asintió con coqueta timidez mientras la funcionaria se esfumaba.

Urquhart hizo un ademán un poco torpe con los brazos.

–Perdona todas estas... ejem... formalidades. Tengo un día ajetreado.

–Tu sondeo de opinión, Francis.

Sally abrió el maletín y sacó una única hoja de papel, que le arrojó a través de

la mesa. Él tuvo que alargar el brazo para cogerla. La estudió brevemente.

–Por supuesto, ya sé que éstas son las cifras que pedí. Pero ¿dónde están las cifras auténticas, Sally?

–Las tienes en la mano, Francis. Parece absurdo, ¿a que sí? No has tenido que hacerme falsear y amañar los datos. Diez puntos de ventaja, exactamente lo que me pediste. Tienes la victoria asegurada.

Él parpadeó rápidamente mientras asimilaba aquella información. En su rostro empezó a asomar una sonrisa como los primeros albores de un nuevo amanecer. Asintió varias veces con la cabeza de pura satisfacción, como si lo hubiera sabido siempre.

–Podría haber conservado la virginidad, al fin y al cabo –terció ella.

Urquhart alzó la vista de la hoja de papel con el ceño fruncido. Sally había pretendido dejar algo claro con esas palabras, pero ni idea de qué narices era. ¿Sobre un puñado de cifras, un sondeo más entre los miles que se hacían? Estadística selectiva, la clase de cosa que los departamentos gubernamentales hacían de manera instintiva? Sacó un pañuelo de vivos colores y se limpió la nariz con gesto meticuloso, casi exagerado. Quería celebrar aquello, pero ella parecía decidida a pinchar su euforia. Eso, y la distancia que los separaba a ambos lados de la mesa, volvería más fácil lo que estaba por llegar.

–¿Qué tal esos clientes nuevos que te mandé?

Ella arqueó las cejas, sorprendida; le pareció salirse por la tangente.

–Bien. Estupendamente. Gracias.

–Soy yo quien debería darte las gracias, Sally. Habrá más en el futuro... Más clientes, quiero decir. Quiero seguir ayudando.

Volvía a mirar las estadísticas, no a ella. Estaba claramente incómodo: se abría la correa del reloj para masajearse la muñeca, se aflojaba el cuello de la camisa como si tuviera claustrofobia. ¿Claustrofobia? Si ella era la única persona en la habitación aparte de él...

–¿Qué pasa, Francis?

Sally pronunció su nombre con tono más nasal de lo habitual; de un modo menos atractivo, se dijo él.

–Tenemos que dejar de vernos.

–¿Por qué?

–Lo sabe demasiada gente.

–Hasta ahora no te preocupaba que así fuera.

–Elizabeth lo sabe.

–Ya veo.

–Y luego están las elecciones. Es todo muy complicado.

–Pues amañar tus malditos resultados no ha sido exactamente fácil.

Siguió un silencio. Él seguía tratando de encontrar algo en la hoja de papel en lo que concentrarse.

–¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo tenemos que pasar sin vernos?

Urquhart alzó la vista con un destello de inquietud en los ojos y un rictus incómodo en los labios.

–Me... me temo que tiene que ser para siempre. Elizabeth insiste en que lo sea.

–Y si Elizabeth insiste... –el tono de Sally fue desdeñoso.

–Elizabeth y yo tenemos una relación muy sólida, muy madura. Nos comprendemos el uno al otro. No traicionamos esa comprensión.

–Madre mía, Francis, ¿qué coño crees tú que hemos estado haciendo, aquí, en todas partes de este edificio, incluso en la silla en la que estás sentado, si no ha sido traicionar a tu mujer? ¿O para ti no era nada personal? ¿Solo negocios?

Él no pudo seguir mirándola a los ojos. Empezó a jugar con el lápiz, preguntándose si ella acabaría con un ataque de histeria. Eso no, lo que fuera menos eso. No podía con las mujeres histéricas.

–¿Ni siquiera después de las elecciones, Francis?

–Jamás la he traicionado de esa manera. Cuando ha dejado claros sus deseos, no.

–Pero no hace falta que lo sepa nunca. El trabajo que hemos hecho juntos ha sido fantástico, de los que hacen historia.

–Y yo te agradezco...

–Ha supuesto mucho más que eso, Francis. Al menos para mí. No te pareces a ningún hombre con el que haya estado. Odiaría perder eso. Eres mejor que los demás, lo sabes, ¿verdad?

La nariz de Sally se movía de un modo muy atractivo, proyectando todo un código de sensualidad, y Urquhart se sintió dividido. Su relación con Elizabeth era su puntal; a lo largo de los años había compensado su sensación de culpa y de

incompetencia sexual, le había proporcionado un pilar desde el que enfrentarse a todas las tormentas de la ambición política, en las que había vencido. Eso lo había hecho un hombre. Por Dios, le debía mucho. Elizabeth había sacrificado tanto como él por su carrera, en algunos sentidos más incluso, pero ahora todo eso se desdibujaba mientras miraba a Sally. Ella se inclinó hacia él y sus pechos se vieron tentadores, como si el apoyo de la mesa del Gabinete se los ofreciera aún más llenos y turgentes.

–Estaría encantada de esperar, Francis. Valdría la pena.

Y cuánta razón tenía. A Elizabeth le debía mucho, pero con ella nunca había sido así, no había sido esa lujuria dominadora, cruda y desinhibida.

–Y también está nuestro trabajo juntos. Nos damos suerte el uno al otro, Francis. Esto tiene que seguir.

¡Nunca había traicionado a su mujer hasta entonces, jamás! Pero sentía una vez más esa irresistible tensión en su interior y, de algún modo, Elizabeth parecía pertenecer a otro mundo, a la clase de mundo en el que habitaba antes de convertirse en primer ministro. Las cosas habían cambiado; el cargo imponía reglas y responsabilidades distintas. Le había dado a Elizabeth lo que ella quería, la oportunidad de tener su propia corte en Downing Street, ¿tenía ella acaso derecho a pedirle más todavía? Y, de algún modo, él sabía que jamás sería capaz de encontrar otra Sally, que jamás tendría tiempo ni la posibilidad de hacerlo. Quizá podría reemplazar su mente, pero no su cuerpo ni lo que hacía por él. Lo había hecho sentirse por encima de todo y de todos, un hombre joven otra vez. Y siempre podía explicarle a Elizabeth que no le convenía a nadie tener a Sally vagando libre por ahí, descontenta, quizá con ansias de venganza; ahora no.

–Sería complicado, Sally. –Tragó saliva–. Pero me gustaría intentarlo.

–¿Tu primera vez? ¿Vas a renunciar a tu virginidad, Francis?

–Si quieres verlo así...

Le miraba fijamente los pechos, absorto en ellos como un conejo bajo unos faros. Sally sonrió, bajó la tapa del maletín y accionó los cierres como si hubiera atrapado la inocencia de Francis en su interior. Luego se levantó y rodeó despacio la enorme mesa. Llevaba un body negro muy ceñido con una chaqueta suelta de Harvey Nicks, un atuendo que él no le había visto hasta entonces, y cuando se acercó, echó atrás la chaqueta para exponer la plenitud de sus encantos

físicos. Urquhart supo que había tomado la decisión correcta. Era bueno para la causa, le aseguraría un apoyo continuo, una seguridad, y eso sí iba a entenderlo Elizabeth... si se enteraba alguna vez.

Sally estaba ahí, a su lado, y le tendía una mano.

—No veo la hora de que ocurra, socio.

Él se levantó y se dieron un apretón de manos. Se sintió triunfador, todopoderoso, como si no hubiera desafíos ni dilemas a los que no pudiera enfrentarse.

Era una mujer increíble, esa americana... casi como una inglesa de pura cepa, sugirió su sonrisa.

Menudo gilipollas inglés, pensaba ella.

La barba de Brian Redhead se había vuelto más larga y rala con el paso de los años, pero su mordacidad de Tyneside seguía siendo formidable de tan penetrante. ¿Cómo si no habría sobrevivido tanto tiempo como el decano de los locutores de radio matutinos y continuado atrayendo un flujo interminable de políticos a los que descuartizar antes de que se les hubiera enfriado siquiera la primera taza de café? Se sentaba en su estudio en la sede de la BBC, Broadcasting House, cual ermitaño en su cueva, a la busca de alguna verdad intangible, con la mesa llena de tazas sucias, notas abandonadas y reputaciones mancilladas, mirando con cara de pocos amigos a su productor a través del turbio cristal de la sala de control. Un reloj enorme y anticuado con un marco de roble pulido colgaba en la pared como si aquello fuera una sala de espera de los ferrocarriles británicos, con el segundero avanzando implacable.

—Llegó la hora, una vez más, de dar un repaso de los periódicos de la mañana, y tenemos aquí a nuestro comentarista habitual de los jueves, Matthew Parris, precisamente para hacerlo. Las vestiduras reales vuelven a estar un poco desgarradas otra vez, Matthew.

—Pues sí, Brian. Nuestra respuesta autóctona a todos esos culebrones australianos inicia un nuevo episodio lleno de enredos esta mañana, pero quizá haya indicios de alguna clase de final a la vista. Se ha sugerido que podríamos estar perdiendo a uno al menos de los jugadores clave, porque el último sondeo informal de opinión llevado a cabo en el *Times* sitúa a la oposición a diez puntos por detrás, y podría tratarse de un caso del camello y el ojo de la aguja para la

oposición. Sin duda a Gordon McKillin no le hará mucha gracia que lo comparen con un camello, ni con un vulgar vagabundo, ya puestos, pero debe de estar preguntándose cuánto falta para que lo manden a vivir debajo de un puente, uno real, eso sí. Es posible que le resulte mucho más cómodo que la Cámara de los Comunes esta tarde. Pero es el comentario editorial del *Times* lo que ha alimentado los fuegos del resto de Fleet Street en sus últimas ediciones. ¿Ha llegado el momento de celebrar elecciones para despejar el aire?, se pregunta. Nadie duda de que no sería solo el liderazgo de McKillin el que pasaría por el rasero popular, sino también el del rey. El *Mirror* se ciñe a lo más básico. «Bajo el presente sistema, podría ser el mayor papanatas del reino y aun así conservar su reinado. Por utilizar sus propias palabras, algo tiene que hacerse.» Y no todos los demás periódicos muestran tanto respeto. ¿No se acuerdan de los titulares del *Sun* de hace solo unos días, que exclamaban «El rey de la conciencia»? Es obvio que el jefe de redacción del *Sun* sí se acuerda, porque hoy ha vuelto a usar el mismo titular, pero con una ligera variación: «El rey de la conciencia... sucia». Por lo visto, en términos de política real, una semana es mucho tiempo. Hay más cosas en el resto de...

En un despacho de la City a varios kilómetros de distancia de Broadcasting House, Landless apagó la radio. El amanecer no era aún más que una pincelada en el cielo, pero ya estaba ante su escritorio. Su primer empleo había sido de repartidor de periódicos cuando tenía ocho años. Recorría las calles oscuras corriendo porque sus padres no podían permitirse una bicicleta, llenando buzones y vislumbrando aquí y allá una *négligé* y una porción de piel desnuda entre las cortinas mal corridas. Desde entonces había aumentado unos kilitos, y tenía unos cuantos millones más, pero había conservado el hábito de levantarse temprano para pillar a los demás. Solo había otra persona más en la oficina, la mayor de sus tres secretarías, que tenía el turno de mañana. El silencio y el cabello cano de la mujer lo ayudaban a pensar. Se quedó plantado un rato ante su ejemplar del *Times*, abierto sobre su escritorio. Volvió a leerlo, haciendo crujir los nudillos de cada dedo, uno por uno, mientras trataba de imaginar qué, y quién, había detrás de aquellas palabras. Cuando se hubo quedado sin nudillos se inclinó sobre el escritorio y apretó el botón del intercomunicador.

—Ya sé que es pronto, señorita Macmunn, y que aún estarán vertiendo leche

sobre los cereales integrales y rascándose los reales traseros, pero mire a ver si consigue contactar con palacio por teléfono...

Se había preguntado, muy brevemente y solo para sí, si debería consultarles, aceptar su consejo. Pero solo muy brevemente. Cuando paseó la vista en torno a la mesa del Gabinete para mirar a sus colegas, no consiguió encontrar paciencia en su interior para sus interminables debates y vacilaciones, sus infructuosas búsquedas del camino más fácil, su constante tendencia a recurrir al compromiso. Todos habían llegado con sus carpetas rojas del Gabinete que contenían los papeles formales y las notas que los funcionarios habían estimado necesarias para apoyar sus posiciones individuales o socavar suavemente las de los colegas rivales. ¡Colegas! Era solo su liderazgo, su autoridad, lo que impedía que se enzarzaran en unas riñas mezquinas que serían la vergüenza de un parvulario. En cualquier caso, las notas de los funcionarios eran irrelevantes, porque los funcionarios no sabían que él estaba a punto de apropiarse del orden del día.

No había tenido mucho sentido pedirles su opinión; todos habrían sido patéticos de tan predecibles. Demasiado pronto, demasiado precipitado, demasiado incierto, demasiados daños a la institución de la monarquía, habrían dicho. Demasiadas posibilidades de que perdieran a sus chóferes ministeriales antes de lo necesario. ¡Ay, hombres de poca fe! Necesitaban un pilar, alguien con agallas. Necesitaban que les dieran un susto político de muerte.

Había esperado hasta que dejaran de sonreír y felicitarse unos a otros por los resultados favorables en los sondeos de opinión... ¡como si esos resultados favorables fueran obra suya! Le había pedido al ministro de Hacienda que les contara hasta qué punto iban a ser horribles las cosas, en especial después de que el caos en los mercados hubiese dejado por los suelos la confianza empresarial. Era un túnel que se había cavado más largo y profundo de lo que nadie podría haber esperado, recitó el ministro, sin un solo atisbo de luz y con unos presupuestos para el mes siguiente que les abrirían agujeros en los calcetines, si es que les quedaban calcetines.

Mientras mordían esos huesos, una visión que daba náuseas, le había pedido al ministro de Trabajo que les diera las cifras. Con el inicio de las vacaciones escolares el 15 de marzo, unos trescientos mil jóvenes que habían terminado los estudios inundarían el mercado, y las perspectivas de empleo parecían tan

halagüeñas como el sobaco de una bruja. La cifra total de parados superaría los dos millones. Otra promesa electoral que se arrojaba por la ventana. Y luego se había vuelto hacia el ministro de Justicia para que les informara sobre las perspectivas en el juicio de sir Jasper Harrod. Por el escalofrío que captó en un par de rostros sospechó que había otras donaciones individuales que todavía no habían salido a la luz en el círculo de los insignes y, por el momento, poderosos. La fecha del juicio era el jueves 28 de marzo. No, no era probable que se pospusiera, pues la ropa sucia se había tendido a secar al cabo de solo unos días del primer mazazo del juez. Sir Jasper había dejado bien claro que no tenía deseos de sufrir él solo.

Los colegas habían empezado a tener el mismo aspecto que si navegaran en un bote neumático atiborrado contra un viento de fuerza nueve, momento en que él apretó su propia tuerca para aumentar su malestar. Corría el potente rumor de que McKillin estaba considerando dimitir en Pascua. Solo al gilipollas del ministro de Medio Ambiente, Dickie, le pareció que era buena noticia; el resto había reconocido al instante lo que era en realidad: la mejor esperanza de salvación que tenía la oposición, un nuevo comienzo, una ruptura limpia con las payasadas y los fracasos de McKillin, un salto hacia terreno más firme. Hasta los demás tontos del bote lo habían entendido; todos excepto Dickie. Tendrían que deshacerse de él, después de las elecciones.

Solo después de que el silencio hubiese pendido en el aire un buen rato les arrojó una cuerda de salvamento, una oportunidad de verse remolcados hasta tierra seca. Unas elecciones. El jueves 14 de marzo. Tenían tiempo suficiente si se apresuraban y salían corriendo a atar los cabos parlamentarios sueltos y a llevar a cabo una disolución que les permitiría escabullirse antes de que arreciara la tormenta siguiente y los anegara. No fue una sugerencia, ni una petición de opiniones, sino simplemente una indicación de su maestría táctica y de por qué era él el primer ministro y no cualquiera de ellos. Una ventaja potente en los sondeos de opinión. Una oposición en plena desintegración. Un chivo expiatorio de la realeza. Una agenda. Y una audiencia con el rey al cabo de menos de una hora para hacer pública la proclamación real. Qué más podían desear. Sí, sabía que era justo, pero había tiempo suficiente. Por los pelos.

—Majestad.

–Urquhart.

No se molestaron en sentarse. El rey no hizo ademán de ofrecerle una silla, y a Urquhart solo le hacían falta unos segundos para transmitir su mensaje.

–Solo tengo una cuestión que plantearle. Quiero unas elecciones inmediatas. El 14 de marzo.

El rey lo miró fijamente, pero no dijo nada.

–Supongo que para ser justo debo decirle que una parte del programa electoral consistirá en una propuesta para establecer un comité parlamentario de investigación de la monarquía, sus deberes y responsabilidades. Propondré a dicha comisión una serie de restricciones radicales de las actividades, el papel y la financiación tanto de usted como de sus parientes. Ha habido demasiados escándalos, demasiada confusión. Ya es hora de que decida el pueblo.

Cuando contestó, el tono del rey fue sorprendentemente dulce y controlado.

–Nunca deja de asombrarme que los políticos anden siempre pontificando en nombre del pueblo, pese a que pronuncian las falsedades más absolutas y absurdas. Sin embargo, si a mí, un monarca por derecho hereditario, se me ocurriera leer de la Biblia, aun así mis palabras se recibirían con suspicacia.

Semejante insulto se ofreció despacio para que calara bien hondo. Urquhart esbozó una sonrisa condescendiente pero no respondió.

–De manera que esto va a ser una guerra declarada, ¿no es así? Entre usted y yo. Entre el rey y su Cromwell. ¿Qué ha sido de esa antiquísima virtud inglesa del compromiso?

–Yo soy escocés.

–De modo que pretende destruirme, y conmigo la constitución que tan bien ha servido a este país durante generaciones.

–Una monarquía constitucional se erige sobre el concepto erróneo de dignidad y buena cuna. ¡Difícilmente es culpa mía que todos hayan resultado tener los mismos apetitos y preferencias sexuales que las cabras!

El rey se estremeció como si lo hubieran abofeteado y Urquhart comprendió que quizá se había pasado de la raya. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía hacerlo?

–No lo molestaré más, señor. Solo he venido a informarlo de la disolución del Parlamento. El 14 de marzo.

–Eso dice usted. Pero no me parece que vaya a pasar.

La reacción de Urquhart no fue de alarma; conocía sus derechos.

—¿Qué disparate es éste?

—Espera que haga pública una proclamación real hoy mismo, ahora mismo.

—Como tengo todo el derecho de hacer.

—Es posible. Aunque también es posible que no. Un punto interesante, ¿no le parece? Porque yo también tengo derechos que me otorgan los mismos precedentes constitucionales, el derecho a que se me consulte, el derecho a aconsejar y el derecho a hacer advertencias.

—Le estoy haciendo una consulta. Deme todos los consejos que quiera. Adviértame, amenáceme si le viene en gana. Pero eso no podrá impedir que me conceda la disolución que le exijo. El primer ministro tiene ese derecho.

—Sea razonable, primer ministro. Ésta es mi primera vez con estas cosas. Soy nuevo en este empleo. Yo mismo necesito consejo, necesito hablar con unas cuantas personas, asegurarme de que estoy llevando a cabo el paso constitucional adecuado. Estoy seguro de que estaré en posición de concederle su petición... ¿la semana que viene, digamos? Es bastante razonable, ¿no le parece? ¿Dentro de unos días nada más?

—¡No puede ser!

—¿Y por qué no?

—No puede esperar que celebre unas elecciones el Jueves Santo, cuando aquellos que no están de rodillas están tumbados boca arriba en plenas vacaciones de Pascua. No habrá retrasos. ¡No lo permitiré, me oye!

No le quedaba rastro alguno de compostura; Urquhart apretaba los puños de pura consternación y afianzaba las piernas como si estuviera a punto de lanzar un ataque físico directo contra el monarca. En lugar de encogerse o retroceder, el rey se echó a reír, produciendo un sonido gélido y hueco que reverberó contra el alto techo.

—Tiene que perdonarme, Urquhart. Una bromita mía. Por supuesto que no puedo retrasar su petición. Tan solo quería comprobar cuál sería su reacción. — Los músculos seguían tironeando de la cara para conferirle la expresión de una sonrisa, pero detrás de ella no había calidez alguna. Los ojos parecían de escarcha—. Parece tener un poco de prisa. Y debo decirle que yo también, pues su impaciencia me ha ayudado a tomar una decisión propia. Verá, Urquhart, le

desprecio a usted y todo lo que representa. La forma despiadada, implacable, absolutamente desalmada en que persigue sus fines. Me siento obligado a hacer cuanto esté en mis manos por detenerle.

Urquhart negaba con la cabeza.

–Pero no puede retrasar unas elecciones.

–No. Pero tampoco puedo aceptar lo que sé que es un hecho, que ha destrozado a mis amigos y mi familia y ahora trata de destruirme a mí y, junto conmigo, la Corona. ¿Sabe una cosa? Carlota bien puede ser una descerebrada, pero básicamente es un alma bondadosa. No merecía lo que usted le hizo. Pero el caso es que Mycroft tampoco. –Aguardó un par de segundos–. Ya veo que ni siquiera siente la necesidad de negarlo.

–Me abstendré de hacer comentarios. No puede probar nada.

–Ni falta que me hace. Al menos para mí mismo. Verá, Urquhart, ha utilizado a aquellos que amo como felpudo en el que limpiarse las botas después de haber recorrido las alcantarillas. Y ahora desea pisotearme a mí. No lo permitiré.

–No hay nada que pueda hacer. Tras estas elecciones, la Corona jamás volverá a estar en posición de jugar a la política.

–En eso, primer ministro, estamos de acuerdo. Me ha costado mucha angustia enfrentarme al hecho de que lo que he estado haciendo estos últimos meses, los ideales que he tratado de abrazar, los intereses que deseaba propagar, son pura política. Por desgracia ya no existe una línea divisoria. Si transmito una opinión en público, aunque sea sobre el tiempo, se vuelve política.

–Por fin estamos progresando.

–Yo sí. En su caso no estoy tan seguro. Tengo el deber, un deber casi divino, de hacer cuanto esté en mi mano por proteger la Corona. Y tengo un compromiso igualmente fuerte para conmigo mismo y esas cosas en las que creo. Pero la conciencia no se siente del todo tranquila bajo una corona moderna. Usted se ha asegurado de que así sea.

–El pueblo se asegurará de que así sea.

–Es posible. Pero no el 14 de marzo.

Urquhart se enjugó la boca con una mano en un gesto de exasperación.

–Está acabando con mi paciencia. Sí será el 14 de marzo.

–Pero no puede ser. Porque debe retrasar la disolución del Parlamento por otro

asunto inesperado.

–¿Qué asunto?

–Por un proyecto de ley para una abdicación.

–¡Otra de sus estúpidas bromas!

–No soy famoso por mi sentido del humor.

–¿Piensa abdicar? –Por primera vez, Urquhart empezó a sentir que perdía el control. Su mandíbula reveló un levísimo temblor.

–Con vistas a proteger la Corona y mi conciencia. Y con vistas a luchar contra usted y los de su calaña con todos los medios posibles. No hay otra manera.

Su sinceridad era inconfundible; ése había sido siempre el punto flaco de aquel hombre, una incapacidad absoluta de ocultar su honestidad. Los ojos de Urquhart se movieron con rapidez mientras trataba de calcular las repercusiones políticas y cuántos daños podía infligir en sus planes cualquier retraso. Aun así saldría vencedor, ¿no? El Parlamento del pueblo frente a la Corona. Tendría que exprimir otra semana de gracia del calendario, aunque significara que se hiciera en Jueves Santo... un día propicio para que los reyes se llevaran su merecido. A menos que... ay, Dios mío, no pensaría en reemplazar a McKillin como líder de la oposición, ¿verdad? No, era demasiado ridículo.

–¿Qué papel espera representar en la campaña? –Sus palabras sonaron vacilantes.

–Uno modesto. Poner de relieve las cuestiones que me preocupan... La pobreza, la falta de oportunidades para los jóvenes. La miseria urbana y medioambiental. Le pediré ayuda a David Mycroft. Tiene muchas aptitudes para la publicidad, ¿no le parece?

El rey había cambiado: la tensión habitual de su rostro parecía haberse aliviado y se veía más dulce, pues ya no lo acosaban las pesadillas ni la culpa autoinfligida. Casi daba la sensación de que estuviera divirtiéndose.

–Pero haga lo que haga deberá hacerse como es debido. No pienso enzarzarme en una confrontación personal ni en debates con usted. Aunque sospecho que otros van a mostrarse menos exigentes.

Se dirigió a un botón oculto tras una de las cortinas y lo oprimió. Casi de inmediato se abrió la puerta, y por ella entró Benjamin Landless.

–¡Tú!

–Yo. –Asintió con la cabeza–. Ha pasado mucho tiempo, Francis. Parece que sea una vida entera y que estemos en un mundo distinto.

–Qué extraña pareja, un rey y un matón de humilde cuna como tú.

–La necesidad obliga.

–Supongo que pretendes publicar y promover las paparruchas reales.

–Es posible, Francis. Pero sin que eso excluya otras noticias importantes.

Por primera vez, Urquhart se fijó en que Landless llevaba algo en la mano... ¿un fajo de papeles?

–Fotografías, Francis. Tú sabes mucho de fotografías, ¿a que sí?

Landless se las tendió a Urquhart, que las cogió como si le ofrecieran una copa de cicuta. Las estudió en silencio absoluto, incapaz de mover la lengua aunque hubiese conseguido dar con las palabras adecuadas.

–Por lo visto ha habido otro nuevo brote de esta clase de incidentes, ¿no le parece, señor?

–Lamentablemente –respondió el rey.

–Francis, reconocerás a tu mujer, por supuesto. La otra persona, la que hay debajo... perdón, encima en la que tú estás mirando... es un hombre italiano. Es posible que lo conozcas. Canta, o alguna chorrada por el estilo. Y no corre las cortinas como es debido.

A Urquhart le temblaban tanto las manos que las fotografías corrían peligro de caérsele. Con una exclamación de ira las estrujó en el puño y las arrojó al otro extremo de la habitación.

–La repudiaré. La gente lo entenderá, se apiadará de mí. ¡Eso no es política!

El rey no pudo contener un bufido de desdén.

–Espero sinceramente que tengas razón, Frankie –continuó Landless–, pero tengo mis dudas. A la gente va a parecerle que huele a podrido cuando se entere de tus propios intereses externos.

–¿A qué te refieres? –En los ojos de Urquhart empezaba a asomar cierta angustia.

–Me refiero a una dama especialmente joven y muy atractiva a la que no solo se ha visto mucho en Downing Street desde que llegaste allí sino que hace poco se ha forrado gracias a una serie de transacciones internacionales. Cualquiera podría pensar que sabía algo... o que conocía a alguien de dentro. ¿O tratarás

también de repudiarla a ella?

Las mejillas de Urquhart habían palidecido de pronto y sus palabras brotaron de unos labios temblorosos.

—¿Cómo demonios...? No es posible que supieras que...

Un brazo de oso le rodeó los hombros y Landless bajó la voz para hablar en conspiradores susurros. Como si fuera una señal, el rey se acercó a la ventana y les volvió la espalda para concentrarse en la vista de su jardín.

—Te contaré un pequeño secreto, viejo compinche. Verás, resulta que ella ha sido mi socia además de la tuya. Tengo que agradecértelo. Lo hizo de maravilla con lo de los bandazos de las divisas, me deshice de las libras justo a tiempo.

—Esto no es necesario —repuso Urquhart con un hilo de voz, desconcertado—. Podría haberte ido igual de bien conmigo...

Landless lo miró de arriba abajo, con cautela.

—No, qué va. Mucho me temo que no eres mi tipo, Francis.

—¿Por qué, Ben? ¿Por qué me haces esto?

—¿Cuántas razones quieres? —Levantó la mano para contarlas con sus dedos regordetes—. Porque era obvio que disfrutabas tratándome como si fuera mierda. Porque los primeros ministros vienen y van, y tú pronto no estarás, mientras que la familia real permanece. —Indicó la espalda del rey con la enorme cabeza—. Y quizá sobre todo porque él me acogió tal como soy, el grandote y malicioso Benjamin de Bethnal Green, sin mirarme por encima del hombro, mientras que nunca fui lo bastante bueno para ti o para tu insigne y poderosa esposa. —Giró la mano y la cerró a medias hasta convertirla en una garra boca arriba—. Así que te tengo agarrado por las pelotas, bien fuerte.

—¿Por qué? —continuó gimiendo Urquhart—. Dime, ¿por qué?

El puño de Landless se cerró con fuerza.

—Porque están ahí, Francis. Porque están ahí. —Soltó una risita—. Lo que me recuerda que tengo buenas noticias de Sally.

Urquhart solo fue capaz de dirigirle una mirada inquisitiva y llena de pesar.

—Está embarazada.

—¿De mí no! —soltó Urquhart con un grito ahogado.

—No, de ti no. —Su tono, que antes fuera paternalista, se volvió ahora desdeñoso—. Por lo visto no eres lo bastante hombre para nada.

De manera que eso también lo sabía. Urquhart se apartó de su contrincante, tratando de ocultar la humillación, pero Landless estaba en pleno arranque.

–Ella te ha hecho quedar como el idiota que eres, Frankie. Tanto en política como en la cama... o dondequiera que lo hicierais. No deberías haberla utilizado. Todo ese cerebro y tanta belleza, y los desaprovechaste.

Urquhart sacudía la cabeza como un perro que tratara de librarse de un collar que no quería.

–Ahora tiene nuevos negocios, nuevos clientes, un nuevo capital. Y a un hombre nuevo. Para ella es una vida distinta. Y estando embarazada, además... ya sabes cómo son las mujeres con esas cosas. O más bien no lo sabes, pero créeme que yo sí lo sé. Es una mujer excepcional y muy feliz.

–¿Quién? ¿Con quién ha...? –Pareció incapaz de terminar la frase.

–¿A quién ha preferido en tu lugar? –Landless soltó una risita—. Qué imbécil eres. Sigues sin verlo, ¿no?

El cuerpo entero de Urquhart se había encogido, tenía los hombros hundidos y la boca abierta. No podía asimilarlo, se negaba a hacerlo.

Una expresión triunfal inundó la cara gomosa del editor.

–Te he ganado en todo, Frankie. Hasta con Sally.

Urquhart sintió el deseo abrumador, primario, de alejarse de allí a rastras para encontrar un lugar oscuro, el que fuera, donde enterrar su humillación tan deprisa y tan hondo como le fuera posible, pero no podía irse, todavía no. Primero había una cosa más que tenía que hacer. Una última oportunidad, quizá, de conseguir un poco de tiempo. Hizo un intento de cuadrar los hombros y cruzó con rigidez la habitación hasta quedar ante la espalda del rey. Con el rostro contraído por el esfuerzo, inspiró profundamente.

–Señor, he cambiado de opinión. Retiro mi petición de una disolución del Parlamento.

El rey se volvió en redondo sobre los talones, como un oficial en un desfile.

–Vaya, no me diga, primer ministro. Pues va a ser condenadamente difícil, porque ya he puesto la maquinaria en marcha, ¿sabe? Un primer ministro tiene derecho a exigir unas elecciones, por supuesto, la constitución es muy clara al respecto. Pero no recuerdo, ni que me maten, en dónde se dice que también se le permite anularlas. En cualquier caso, soy yo quien disuelve el Parlamento y firma

la proclamación real, y eso es exactamente lo que voy a hacer. Si mis actos le parecen censurables por motivos constitucionales o bien personales, estoy seguro de que podré contar con su voto durante el debate de la abdicación.

–Retiraré mis propuestas para una reforma constitucional –dijo Urquhart, presa del agotamiento–. Si es necesario, me disculparé públicamente por cualquier... malentendido.

–Muy decente por su parte ofrecerse a hacerlo, Urquhart. Nos ahorra a mí y al señor Landless tener que insistir en ello. Me gustaría que diera esa disculpa en el momento de presentar el proyecto de abdicación.

–Pero no hay necesidad de eso. Ha ganado usted. Podemos dar marcha atrás al reloj...

–Sigue sin entenderlo, ¿no es así? Voy a abdicar, lo quiera usted o no. No soy el hombre adecuado para esta tarea para la que nací, no tengo la contención que se requiere en un rey. Ya he llegado a aceptar que es así. Mi abdicación protegerá la Corona y todo cuanto representa de manera mucho más eficaz que si trato de abrirme impaciente paso en las turbias aguas constitucionales. Ya se ha mandado a buscar a mi hijo y se están redactando los documentos para la regencia. Él es más paciente que yo, más joven, más flexible. Tendrá mayores posibilidades de convertirse en el gran rey que yo nunca podré ser. –Se dio golpes en el pecho–. Es lo mejor para mí, como hombre. –El dedo señaló entonces a Urquhart–. Además, maldita sea, es el mejor medio que se me ocurre para destruirlo a usted y todo lo que representa.

A Urquhart le tembló el labio.

–Antes era usted un idealista.

–Y usted, señor Urquhart, antes era un político.

EPÍLOGO

Llamaron a la puerta principal, con golpecitos suaves, vacilantes. Kenny dejó el libro y fue a ver quién era. La puerta se abrió y ahí plantado, en el umbral a oscuras, envuelto en un abrigo nuevo para protegerse de la lluvia y el viento, vio a Mycroft.

Mycroft había preparado con cautela sus explicaciones y sus disculpas. Con el anuncio de la abdicación y las elecciones, las cosas habían cambiado. La prensa tenía nuevos peces que destripar y los dejaría en paz, si Kenny podía comprenderlo. Y perdonar. Pero cuando alzó la vista hacia el joven vio el dolor en lo hondo de sus sorprendidos ojos y las palabras lo abandonaron.

Se quedaron ahí frente a frente, cada uno temiendo lo que pudiera decir el otro, no queriendo exponer una vez más las heridas apenas cicatrizadas. A Mycroft le dio la sensación de que transcurrieron varias vidas hasta que Kenny habló por fin.

—¿Piensas quedarte ahí fuera toda la puñetera noche, David? El té de los osos se estará enfriando.

AGRADECIMIENTOS

Fue mi querida tía quien lo puso todo en marcha. Me llamó por teléfono a medianoche, tras la emisión del último episodio de la serie *House of Cards* de la BBC, para quejarse: «¡Han dejado que el muy desgraciado se saliera con la suya!».

Y era la pura verdad, ¿no? En la primera versión del libro original, yo le había concedido el honor de la supervivencia a la encantadora corresponsal política Mattie Storin porque creía en la verdad, la justicia y el triunfo del bien. Pero esos tipos siniestros que dirigen el departamento dramático de la BBC son más duros de pelar: decidieron que las heroínas virtuosas no iban a conquistar la década de los noventa y le dieron la vuelta al final, dejando que el malvado Francis Urquhart saliera victorioso y que mi pobre y atractiva heroína acabara pisoteada en el suelo de la sala de montaje. Fue un malévolos giro del destino que no me ha traído más que buena fortuna y que consiguió que mucha gente, mucho después de que los rótulos de crédito acabaran de pasar, insistiera en saber qué ocurría a continuación.

Así pues, mi agradecimiento a Ken Riddington, Paul Seed y Andrew Davies, un equipo con un talento único cuyas aptitudes me metieron de cabeza en el negocio de la resurrección instantánea mientras ellos se dedicaban a recoger merecidos premios por todo el planeta. Y de manera muy especial, le debo mi gratitud a Ian Richardson. Su electrizante interpretación de Francis Urquhart me acompañará toda la vida.

Hay muchos otros a quienes me gustaría mostrar mi reconocimiento. John Hanvey me llevó de la mano a través de los pasajes más tenebrosos del negocio de los sondeos de opinión, mientras Tony Hutt hacía lo mismo en los establecimientos de copas más tenebrosos de Londres. Benjamin Mancroft me prestó su sabiduría, Charlotte Morrison uno de sus dormitorios y Tracy Macmunn su guardarropa y tres años de su vida. Chris Sear, de la Oficina de Información Pública de la Cámara de los Comunes, se mostró imaginativo, paciente y enormemente lleno de recursos a la hora de contestar a mis confusas preguntas, al igual que Ian Nimmo y Tim Walker en la City y el sargento Ian Allan en los campos de tiro de Westminster. También estoy en deuda con lord Callaghan de Cardiff, un comandante en jefe de mis tiempos de soldado de

infantería en el ejército enemigo. Muchos otros, tanto insignes como humildes, me guiaron a través de los laberínticos pasajes del palacio de Buckingham y Downing Street, pero prefieren permanecer en un inusual y tímido segundo plano. Si debe llevarse a alguien a la Torre de Londres para una encarcelación prolongada, es solo a mí.

Ah... Y gracias, querida tía.

CRÉDITOS

Alba Contemporánea

Colección dirigida por Luis Magrinyà

Título original: *To Play de King*

Publicado por primera vez en inglés por HarperCollins Publishers

© Michael Dobbs, 1992

© de la traducción: Patricia Antón

© de esta edición: **Alba editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe & James

Edición en formato digital: febrero de 2016

ISBN: 978-84-9065-184-1

Depósito legal: B-167-16

Conversión a formato digital: Alba Editorial

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es